RBA

NARRATIVAS

D. M. Thomas

El hotel blanco

EL HOTEL BLANCO

D. M. THOMAS

Título original: *The White Hotel*

© D. M. Thomas, 1981.
© de la traducción: Jaime Zulaika, 2012.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2015.
Diagonal, 189 — 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO769
ISBN: 9788490563618

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Hemos nutrido el corazón de fantasías,
y un sustento así le ha deparado un brutal crecimiento,
nuestras enemistades le procuran
más sustancia que nuestros amores…

W. B. YEATS,
Meditaciones en tiempo de guerra civil

La cita de las líneas de W. B. Yeats en la portadilla anterior ha sido autorizada por M. B. Yeats, Macmillan Londres, y Macmillan Inc., Nueva York. Asimismo expreso mi gratitud por el uso en el capítulo V de datos tomados de la obra de Anatoli Kuznetsov *Babi Yar* (Nueva York, Farrar, Straus & Giroux; Londres, Jonathan Cape, 1970), en especial el testimonio de Dina Pronicheva.

El capítulo 1, *Don Giovanni*, se publicó como un poema independiente en la revista *New Worlds* (1979).

D. M. T

NOTA DEL AUTOR

No se puede viajar muy lejos por el paisaje de la histeria —«terreno» de esta novela— sin tropezar con la majestuosa figura de Sigmund Freud. De hecho, Freud se convierte en una de las *dramatis personae*, como descubridor del magno y hermoso mito moderno del psicoanálisis. Por mito entiendo la poética y dramática expresión de una verdad oculta; y al hacer hincapié en este punto, no pretendo poner en tela de juicio la validez científica del psicoanálisis.

El papel que desempeña Freud en este relato pertenece por completo a la ficción. El Freud que he imaginado, sin embargo, se adapta a los hechos generalmente conocidos de la vida del Freud real, y en ocasiones he incluido, *passim*, citas de sus obras y cartas. Las cartas del prólogo y todos los pasajes relacionados con el psicoanálisis (incluso el capítulo 3, que adopta la forma literaria de un historial clínico freudiano) no se basan en hechos reales. Los lectores no familiarizados con los auténticos historiales clínicos —que son obras maestras literarias, aparte de todo lo demás— pueden consultar los volúmenes 3, 8 y 9 de la Pelican Freud Library (Penguin Books, 1974 − 1979).

D. M. THOMAS

PRÓLOGO

Standish Hotel,
Worcester, Massachusetts, EE.UU.
8 de septiembre de 1909

Queridísima Gisela:

¡Te envío un cariñoso abrazo de oso desde el nuevo mundo! Con el viaje, la hospitalidad, las conferencias, los honores (sobre todo a Freud, naturalmente, y, en menor grado, a Jung), apenas he tenido tiempo de sonarme la nariz, y mi cabeza es un torbellino. Pero ya está más que claro que América está ansiosa de recibir nuestro movimiento. Brill y Hall son tipos estupendos, y todo el mundo en la Clar University nos ha abrumado con su amabilidad y atenciones. Freud me maravilló hasta a mí con su genial destreza, pronunciando cinco conferencias sin ninguna nota; había compuesto sus disertaciones de antemano, durante un paseo de media hora conmigo. Apenas necesito agregar que causó una profunda impresión. Jung dio también dos excelentes conferencias sobre su trabajo, ¡sin mencionar ni una sola vez el nombre de Freud! Aunque en conjunto los tres nos hemos llevado espléndidamente, en circunstancias más bien penosas (¡incluidos, puedo decir, ataques de diarrea en Nueva York…!), *ha* habido una pequeña tensión entre Jung y Freud. Te cuento algo más al respecto dentro de un momento.

Pero querrás saber cómo fue el viaje. Fue agradable, ¡pero no vimos casi nada! Una densa neblina de mediados de verano descendió casi en el acto. En realidad no dejaba de ser impresionante. Jung, en especial, se sintió atenazado por la concepción de este «monstruo prehistórico» que avanza hacia su objetivo revolcándose en la oscuridad de la luz diurna, y pensó que nos estábamos deslizando hacia el pasado primitivo. Freud le pinchó por ser cristiano y, en consecuencia, místico (¡destino del que cree que los judíos han escapado!), pero confesó sentir cierta simpatía por la idea mientras miraba por la falsa ventana del

camarote y escuchaba lo que denominó «el grito de apareamiento de las sirenas de niebla». Emergiendo de aquella oscuridad, Nueva York era aún más imponente e increíble. Brill nos recibió y nos enseñó muchas cosas bonitas, pero ninguna más agradable que las imágenes en movimiento, ¡una «película»! A pesar de mi estómago revuelto me pareció enormemente divertido; sobre todo se veían policías cómicos persiguiendo por las calles a maleantes más chistosos todavía. No había mucha trama, pero la gente *se movía* realmente de un modo convincente y muy natural. ¡Creo que a Freud no le impresionó gran cosa!

Sí, tengo que contarte el suceso bastante extraordinario que nos aconteció en Bremen la víspera de nuestra partida. Estábamos francamente agradecidos por habernos encontrado felizmente en el lugar de la cita, y naturalmente excitados por la aventura que nos aguardaba. Freud fue invitado a un *lunch* en un hotel muy lujoso, y persuadimos a Jung de que abandonase su habitual abstención y tomase con nosotros un poco de vino. Al no estar, probablemente, acostumbrado a beber, se puso extraordinariamente parlanchín y alegre. Desvió la conversación hacia unos «cadáveres de turbera» que al parecer habían sido descubiertos en el norte de Alemania. Se presume que son cuerpos de hombres prehistóricos, momificados por efecto del ácido húmico en el agua de ciénaga. Parece ser que los hombres se habían ahogado en los pantanos o habían sido enterrados allí. Y bien, era medianamente interesante; o lo habría sido si Jung no hubiera hablado y hablado sobre ello. Finalmente Freud saltó varias veces: «¿Por qué te preocupan tanto esos cadáveres?». Jung siguió exaltándose por la fascinación que le causaba la historia, y Freud cayó de su silla, presa de un desmayo.

El pobre Jung se quedó muy trastornado por este giro de los acontecimientos —lo mismo que yo—, y no lograba entender qué había hecho de malo. Cuando volvió en sí, Freud le acusó de querer desplazarle. Jung, por supuesto, lo negó con la mayor vehemencia. Y, a decir verdad, es un compañero amable y animado, mucho más agradable de lo que sugieren sus gafas con montura de oro y su pelo cortado al cepillo.

En el barco hubo otro breve altercado. Para entretenemos (¡en la niebla!) empezamos a interpretar los sueños de los otros dos. A Jung le interesó enormemente uno de Freud, en el que su cuñada (Minna) tenía que cargar fardos de maíz en tiempo de cosecha, como una campesina, mientras su hermana (la esposa de Freud) la contemplaba ociosa. Con muy poco tacto, Jung insistió en presionarle para que proporcionara más información. Hizo constar

claramente que, en su opinión, el sueño tenía algo que ver con el afecto que Freud siente por la hermana pequeña de su mujer. Me asombró que conociera tan bien la vida privada de Freud. Naturalmente, este se sentía muy molesto y se negó a «arriesgar su autoridad», como expresó él mismo, revelando algo más personal. Jung me dijo más tarde que en aquel momento Freud había *perdido* su autoridad, por lo menos ante él. Sin embargo, creo que conseguí suavizar las cosas y ahora mantienen de nuevo buenas relaciones. ¡Pero por un rato me sentí como un árbitro en un combate de lucha! Todo muy difícil. No cuentes nada de esto.

Mi propio sueño (el único que pude recordar) era sobre una trivial decepción de la infancia. Freud, por supuesto, no tuvo el menor problema para averiguar que se refería a ti, querida. Vio exactamente la cosa: que yo temo que tu decisión de no divorciarte de tu marido hasta que tus hijas estén casadas sea un engaño a ti misma, y que no quieres consumar nuestra larga relación mediante un lazo tan profundo como el matrimonio. Bueno, ya conoces mis preocupaciones, y has hecho todo lo posible por ahuyentarlas; pero no pude evitar *soñar* con ellas, ya ves, ahora que estamos separados (y probablemente afectado por la deprimente niebla marina). Freud fue una gran ayuda, como siempre. Dile a Elma que le conmovieron sus buenos deseos, y dice que le emocionó profundamente que a ella le pareciese tan provechoso el análisis que le hizo. También te envía a *tirecuerdos*, y dijo con buen humor que si la madre iguala a la hija en encanto e inteligencia (¡yo le aseguré que sí!), soy un hombre envidiable… ¡Ya lo sé! Abraza y besa afectuosamente a Elma de mi parte, saluda también a tu marido.

La semana que viene vamos a visitar las cataratas del Niágara, acontecimiento que Freud considera el más importante de todo el viaje; y zarparemos a bordo del *Kaiser Wil helm* dentro de menos de dos semanas a partir de ahora. Así que llegaré a mi casa de Budapest casi antes de que recibas esta carta; y no acierto a expresarte cómo anhelo tu abrazo de bienvenida. Mientras tanto te beso (¡cielos!, ¡mucho peor!, ¡mucho mejor!) en mis sueños.

Siempre tuyo,
SANDOR FERENCZI

19 Berggase,
Viena

9 de febrero de 1920

Querido Ferenczi:

Gracias por tu carta de condolencia. No sé qué más puedo decir. Durante años he estado preparado para la pérdida de mis hijos; ahora sobreviene la de mi hija. Puesto que soy profundamente irreligioso no hay nadie a quien pueda acusar, y sé que no puedo dirigir mi queja a ningún sitio. «El invariable círculo de los deberes de un soldado» y «el dulce hábito de existir» harán que las cosas sigan como antes. Ciega necesidad, muda resignación. Muy profundamente puedo detectar el sentimiento de una honda herida narcisista que no va a cicatrizar. Mi mujer y Annerl están terriblemente afectadas, pero de un modo más humano.

No te preocupes por mí. Soy exactamente el mismo aunque un poco más cansado. *La séance continue*. Hoy he pasado más tiempo del que puedo permitirme en el Hospital General de Viena, formando parte de la comisión que investiga las alegaciones de malos tratos a los neuróticos de guerra. Me asombra más que nunca que alguien pueda pensar que la administración de corriente eléctrica a enfermos supuestamente fingidos los convertirá en héroes. Inevitablemente, al volver al campo de batalla, perdieron el temor a la corriente al encarar una amenaza inmediata: por tanto, fueron sometidos a *shocks* eléctricos aún más rigurosos; y así sucesivamente, sin ningún sentido. Estoy dispuesto a conceder el beneficio de la duda a Wagner-Jauregg, pero no me gustaría responder por otros miembros de su equipo. Nunca se ha desmentido que en los hospitales alemanes hubo casos de muertes durante el tratamiento y de suicidios como consecuencia del mismo. Es demasiado pronto para decir si las clínicas vienesas secundaron la inclinación típicamente alemana de conseguir sus objetivos despiadadamente. Tendré que presentar un memorándum a finales de este mes.

Me he visto asimismo impulsado a reanudar mi ensayo *Más allá del principio de placer*, que había dejado en suspenso, con la fortalecida convicción de que estoy en lo correcto al postular que el instinto de muerte es tan poderoso a su manera (aunque más oculto) como la libido. Una de mis pacientes, una mujer joven que padece una grave histeria, acaba de «dar a luz» unos escritos que parecen sustentar mi teoría: un grado extremo de fantasía libidinosa combinado con un grado extremo de morbosidad. Es como si Venus se mirase en el espejo y viese la cara de [1] Puede ser que hayamos estudiado los impulsos sexuales de una manera demasiado exclusiva

y que nos hallemos en la situación del marino que al contemplar con tanta fijeza la luz del faro se estrella contra las rocas en la densa oscuridad.

Tal vez en septiembre presente en el congreso un artículo sobre ciertos aspectos de este tema. Estoy seguro de que la reunión nos animará a todos, después de estos años terribles y desalentadores. He oído que Abraham se propone leer un artículo sobre el complejo de castración femenino. Tus sugerencias sobre el desarrollo de una terapia activa en el psicoanálisis me parecen admirables como tema de discusión. Aún es preciso convencerme de que «se puede obtener mucho más de los pacientes si se les proporciona parte del amor que han anhelado de niños», pero escucharé tus argumentos con gran interés.

Mi mujer y yo te agradecemos tus amables atenciones.

Cordialmente,
FREUD

19 Berggasse,
Viena
4 de marzo de 1920

Querido Sachs:

Aunque sus colegas le echarán mucho de menos en Suiza, creo que tiene toda la razón en ir a Berlín. Berlín se convertirá en el centro de nuestro movimiento dentro de unos años, no me cabe duda. Su inteligencia, firme optimismo, afabilidad y amplia cultura hacen de usted la persona ideal para emprender la tarea de instruir a los futuros analistas, a pesar de que le preocupe su falta de experiencia clínica. Tengo la mayor confianza en usted.

Me tomo la libertad de enviarle, como «regalo de despedida» —si bien confío en que su ausencia no será larga— un «diario» en cierto modo extraordinario que una de mis pacientes, una mujer joven, de carácter sumamente respetable, ha «dado a luz» tras la cura de aguas en Gastein. Salió de Viena delgada y volvió rellenita; e inmediatamente me entregó sus escritos. ¡Una auténtica *seudociesis*![2] Pasaba las vacaciones en compañía de su tía; apenas necesito declarar que jamás ha conocido a ninguno de mis hijos, aunque es posible que yo le haya comentado que Martin fue prisionero de guerra. No le aburriré con los detalles del caso; pero si

algo llama la atención del *artista* que hay en usted, le agradeceré sus observaciones. La joven ha visto interrumpida una prometedora carrera musical y de hecho escribió los «versos» que figuran entre los pentagramas de una partitura de *Don Giovanni*… Se trata, por supuesto, de una copia del manuscrito entero (el resto se hallaba originalmente en un cuaderno de ejercicios infantil), que ella ha hecho para mí con toda complacencia. La copia es, podríamos decir, la placenta, y no es preciso que me la devuelva.

Si es capaz de pasar por alto las expresiones groseras que la enfermedad ha arrancado de esta muchacha normalmente tímida y pudorosa, es posible que encuentre gozosos pasajes. Hablo como persona que conoce su temperamento rabelesiano. No se inquiete, amigo mío; ¡eso no me escandaliza! Echaré de menos sus chistes de judíos; ya sabe usted que aquí en Viena son todos terriblemente serios.

Confío en verle en La Haya en septiembre, si no antes. Abraham ha prometido un artículo sobre el complejo de castración femenino. Sin duda esgrimirá un cuchillo muy poco afilado. Es, no obstante, un hombre muy reflexivo y decente. Ferenczi tratará de justificar su reciente entusiasmo por besar a sus pacientes.

Nuestra casa sigue pareciendo vacía sin la presencia de nuestra «niña dominical», aun cuando la hemos visto poco desde que contrajo matrimonio. Pero ya basta.

Un cordial saludo. Atentamente,
FREUD

Desde el Policlínico de Berlín
14 de marzo de 1920

Querido y estimado profesor:

Perdone la postal: la juzgué apropiada a la luz del «hotel blanco» de su joven paciente, ¡por cuyo obsequio le ruego acepte mi agradecimiento! Hizo que el viaje en tren (¡de nuevo lo más idóneo!) me resultase rápido e interesante. Mis ideas sobre el diario son, me temo, elementales; las fantasías de esa mujer me impresionan como el Paraíso antes de la Caída; no se trata de que el amor y la muerte no cupiesen allí, sino de que no existía *tiempo* para que pudiesen tener un sentido. La nueva clínica es espléndida; no rezuma (qué lástima) leche y miel como el «hotel blanco», pero

es notablemente más duradera, ¡espero! Le enviaré una carta cuando haya ordenado mis cosas.

Cordialmente suyo,
SACHS

19 Berggasse,
Viena
18 de mayo de 1931

Al secretario
del Comité del centenario de Goethe
Ayuntamiento de Fráncfort

Querido señor Kuhn:

Lamento haber tardado tanto en responder a su amable carta. No obstante, no he permanecido inactivo en ese plazo, cuando mi estado de salud lo ha permitido, y el artículo está terminado. Mi antigua paciente no tiene inconveniente en que usted publique sus escritos junto con mi texto, de modo que los mando adjuntos. Espero que no le alarmen las expresiones obscenas diseminadas entre sus pobres versos, ni el en cierto modo menos ofensivo, pero asimismo pornográfico, material que ha empleado en la exposición de su fantasía. Debe tenerse en cuenta que (a) su autora padecía una grave histeria sexual, y (b) que su poema pertenece al dominio de la ciencia, donde el principio de *nihil humanum* es universalmente aceptado y aplicado; y no en menor grado por el poeta que advierte a sus lectores de que no teman ni rehúyan «lo que, desconocido o desdeñado por los hombres, camina en la noche por el laberinto del corazón».

Muy sinceramente suyo,
SIGMUND FREUD

1

DON GIOVANNI

1

Soñé con árboles caídos en una furiosa tormenta,
yo estaba entre ellos cuando una playa desierta
vino a mi encuentro y corrí, muerta de miedo,
había una trampilla pero no pude alzarla,
yo había iniciado con su hijo un idilio
en un tren que cruzaba en algún sitio
un túnel oscuro, bajo mi vestido su mano
tanteaba entre mis muslos y perdí el aliento,
me llevó a un hotel blanco junto al lago,
un paraje elevado, el lago era esmeralda,
no pude frenarme, abrasada en llamas
tras el primer ensanchamiento de mis muslos,
no hubo pudor capaz de ordenarme que bajara
el vestido y apartara su mano, los dos, luego
tres dedos que me clavó dentro pese al revisor
que frotó el cristal, paró un momento, miró atento
y se fue a recorrer el largo tren, sus dedos en mi piano
teclearon y en mis ojos creció un voraz deseo,
hasta que subimos las anchas escaleras,
casi en vilo yo, llegamos al vestíbulo
donde dormía el portero, y entonces cogió
las llaves y subió arriba, arriba, mi vestido
encima de mis caderas sin parar a desvestirme,
jugos bañaban mis muslos, azul era el cielo
pero al atardecer un viento blanco desde la montaña
coronada de nieve sopló sobre los árboles,

nos quedamos allí, no sé, una semana al menos
sin abandonar nunca la cama, yo rasgada, abierta
por su hijo, profesor, quizá más rota, ¿puede
hacer algo por mí, puede entenderlo?

Fue la segunda noche, creo, el viento
rebasó impetuoso los alerces, duro como sílex,
cayó de la glorieta el techo de pagoda,
se encresparon las olas y personas se ahogaron,
oímos que corrían camareros y huéspedes
mas su hijo no quitaba la mano de mi pecho
y después hundió sobre él la boca, el pezón se hinchó,
gritos y estrépitos recorrieron el hotel
parecía que surcábamos la mar en trasatlántico,
un buque blanco, siguió chupando, chupándome,
yo quería gritar, sus labios tiraban tanto
de mis pezones suaves, que lamía y lamía
uno después de otro, los dos se erizaron,
creo que estallaron dos cristales de ventana,
entonces él entró de nuevo con su ariete,
no puede imaginar qué puras las estrellas,
grandes cual las hojas de los arces
arriba en la montaña, caían y caían en el lago,
oímos a una gente que llamaba, creemos que de Leo
procedían las estrellas caídas, y con un dedo
hurgó un momento en mí junto a su polla,
me sobraba sitio, vibró transversalmente,
sacaron en penumbras cuerpos a la orilla,
sonó rumor de llanto, su dedo me hizo daño
metiéndolo derecho hasta arriba en mi culo,
con la uña mimosa rasqué su grueso pene
donde ya no era suyo, pues lo tiene
mi coño muy escondido, un rayo cayó,
un zigzag blanco de tan rápido trazo
que no aguardó a que el trueno restallase
encima del hotel, y ya reinó de nuevo la negrura,
con unas pocas luces sobre el lago,
el salón de billar quedó inundado,
qué pena que él no pudiese desatar su chorro,
fue tan hermoso, ahora, profesor, yo me sonrojo
cuando se lo cuento, aunque entonces grité
sin ninguna vergüenza, y una hora después

se corrió dentro, oímos portazos, estaban trayendo
cadáveres del lago, el viento era aún impetuoso,
dormimos con las manos en las manos del otro.
Una noche salvaron a un gato, casi había perdido
su pelaje negro en las ramas verde oscuro del abeto,
estábamos desnudos junto a la ventana y una mano
rascaba, revolvía el follaje, llevaba allí dos días
desde la inundación, esa noche me enseñó fotografías,
y entonces noté un hilillo de sangre,
y dije ¿te importa que los árboles se estén volviendo
rojos? No digo que jamás dejásemos el lecho,
salvado ya el gatito nos vestimos,
bajamos a cenar, había sitio para el baile
entre las mesas, yo apenas conservaba el equilibrio,
llevaba la ropa que vestí al levantarme,
sentía el aire en la piel, el vestido era corto,
quise débilmente retirar su mano,
dijo que no puedo, lo he intentado en vano,
deja, por favor, déjame tocarte, las parejas
nos sonreían indulgentes, al sentarnos se lamió sus dedos
relucientes, vi su mano roja cortando la grasa,
corriendo bajamos hasta los alerces y una brisa
fría sentí que me besaba la piel y era hermoso,
no oíamos la orquesta del hotel,
crecía en ocasiones una música zíngara,
esa noche casi me reventó el coño cada vez
más cerca de mi flujo de sangre, las estrellas inmensas
contemplaban el lago, no salió la luna
pero las estrellas invadieron el cuarto,
alumbraron el techo derrumbado con forma de pagoda,
en la glorieta, y a veces un rayo
iluminaba la blanca cofia de la montaña.

2

Las sirvientas pasaron todo un día haciéndonos la cama.
Despertamos al alba, salimos del hotel blanco
para cruzar en yate el extenso lago.
Desde el amanecer hasta que el día se apagaba

navegamos en el barco de vela blanca y tres palos.
Su hijo hundía en mí hasta la muñeca
la mano derecha, piel entrelazada y
encubierta por la manta de viaje.
El cielo estaba azul, sin asomo de nubes.
El hotel blanco se fundía con árboles.
Estos se fundían con el verde horizonte marino.
Dije: Por favor, fóllame, fóllame. ¿Demasiado franca?
Sin vergüenza lo digo. Fue el sol asesino.
Pero no había sitio donde tumbarse a bordo,
por doquier había gente que bebía vino
y roía pechugas de pollo. Nos miraron fijo
dos inválidos que nunca abandonaban la manta.
Tanto me aturdía la incansable caricia de su hijo,
profesor, como un émbolo que entra y sale
hora tras hora, que una especie de fiebre me invadió.
Cuando la puesta de sol desviaron la mirada
no hacia el ocaso purpúreo, sino a la llamarada
que circundaba el hotel, nuevamente visible
entre los altos pinos. El resplandor eclipsó
la luz del cielo; un ala estaba ardiendo,
y la gente espantada corrió a proa y miró el fuego.
Entonces me puso sobre él sin previo aviso,
su hijo me empaló, fue tan dulce que chillé
pero nadie me oyó entre gritos ajenos
cuando cuerpo tras cuerpo caía o saltaba
de los pisos más altos del hotel blanco.
Yo brinqué y empujé hasta que su polla
derramó su suave y rico licor. De los árboles pendían
cuerpos abrasados, volvió a ponerse erecto,
de nuevo arremetí, oh, no puedo explicarle
qué arrebato el nuestro, el fuego asoló el ala,
se veían las camas, ignoramos la causa,
alguien dijo que acaso el sol insólito
colándose a través de las cortinas, prendiendo
nuestras sábanas aún tibias, o quizá las criadas
(se prohibía fumar) encendieron las luces, fatigadas,
y se adormilaron, o sino el fuerte espejo,
o la montaña que se estaba fundiendo.
Esa noche no dormía, tan dolorida, pienso
que se me había desgarrado algo interior
su hijo estuvo en mí toda la noche,

inmóvil y tierno. Las mujeres cantaron
su fúnebre canto sobre la terraza,
donde los cuerpos yacen, no sé si conoce
el dolor escarlata femenino; los escalofríos
duraron muchas horas mientras el lago en calma
enviaba oscuras ondas a la orilla. Al alba,
seguíamos unidos pero insomnes. Soñé, por fin
dormida, que era *Magdalen*, un mascarón de proa
zambulléndose en profundos mares. Fui empalada
por un pez espada y bebí la tempestad
—con mi piel de madera tallada por el tiempo—,
el viento de icebergs allí donde nacen las luces norteñas.
Al principio era blando el hielo, una ballena
que cantaba llorosa una nana a mi corsé
(de finas ballenas), no distinguí entre el viento
y el lamento ballenáceo, la joroba de blancos
bloques sin fin. Luego, poco a poco, el hielo
me hendía, éramos una nave rompehielos,
me cortaron un pecho, me sentí abandonada,
di a luz un feto de madera, sus labios lamían
abiertos la nieve que la tormenta arremolinaba,
y girando como un aspa me rajó la ventisca,
vi la matriz girando en la blancura,
¿ha visto alguna vez un útero volante?
No puede imaginar qué alivio despertar
y ver que el sol ya caliente acariciaba
los muebles con su luz serena, y su hijo
me miraba tiernamente. Tan dichosa
vi mis dos senos en su sitio
que salté al balcón. Un aroma de hojas
y de pinos perfumaba el aire, me asomé
a la baranda y él vino por detrás
y me embistió hasta dentro, tan dentro
que mi corazón aún medio invernal
súbitamente se transformó en flor,
no sabría decir qué orificio era, sentí
que el hotel blanco y también las montañas
temblaban gradualmente, serpenteos negros
surgieron donde antes era todo níveo.

3

Amigos queridos que hicimos allí,
murieron esos días. Uno era mujer, la corsetera,
tan rolliza y jovial como su oficio,
pero las hondas noches eran nuestras a solas.
Llovían estrellas lentas y continuas como inmensas rosas,
y un naranjal fragante pasó una vez flotando
ante nuestra ventana, estábamos tumbados,
temerosos, con corazón mudo viendo que caían
apagadas, siseantes, en el negro lago,
un millar de linternas ocultas bajo paños.
No imagine que nunca pudimos escuchar
suavemente el tremendo silencio nocturno,
lado a lado, sin tocarnos o tan solo con su mano
rozando blandamente ese montículo que —dijo—
le recordaba a los helechos con los que jugaba
y donde se escondía de muchacho. Sus susurros
entonces me enseñaron muchas cosas de usted,
usted y su esposa de pie junto a la cama.
Crepúsculos: las flores de nube rosadas,
deslizantes, despeinando los picos nevados,
el hotel blanco giraba, giraban mis pechos hacia la oscuridad,
su lengua removía cada puesta de sol
en mi rugiente coño y mi garganta bebía su zumo,
transformado en leche o acaso la leche nació para sus labios,
la segunda noche mis pechos estallaban,
el amor en la tarde despertó nuestra sed,
bebió un vaso de vino y se tendió a lo largo,
abrí mi vestido y el dolor saltó como una chispa
antes de que su boca apresara mi pezón
y consentí que el viejo, amable cura
que cenó con nosotros me mamara el otro,
los huéspedes nos miraban con un cierto asombro,
y también risueños, como si dijeran: bien hecho,
que en el hotel blanco solo al amor tenemos derecho
sin pagar un precio demasiado alto,
y el chef, radiante, apareció en la puerta abierta.
La leche era excesiva para dos, el cocinero vino,
colocó un vaso debajo de mi seno,

bebió de un trago y dijo que era bueno,
le felicitamos, su comida era
tan delicada como siempre había sido,
más huéspedes con vasos exigieron nata,
y la caliente, la sedienta orquesta, la luz menguante
extendió de pronto mantequilla por los árboles
del otro lado de las puertaventanas, mantequilla
sobre el lago, el viejo cura seguía mamándome,
imploraba a su madre moribunda en un tugurio,
mi otro pecho alimentó otros labios, los de su hijo,
sentí que sus dedos debajo de la mesa mimaban
mis muslos, mis muslos trémulos, abiertos.
Tuvimos que subir corriendo arriba. Su polla estaba
ya erecta en mi caverna, mi coño desbordaba
incluso antes de alcanzar el clímax, el cura
había ido a guiar el duelo por entre la arboleda
hasta la fría ladera de montaña, oímos cánticos
descendiendo hacia la orilla, tomó mi mano
y hundió mis dedos en mí, junto a lo suyo,
y nuestra amiga, la rolliza corsetera,
metió también los suyos, era increíble tanto
en mi cavidad y sin embargo yo no estaba llena,
trajeron en carretas los cadáveres de la inundación
y el fuego, las oímos traqueteando por los pinos
hasta hacerse el silencio, alcé sus faldas
porque el cinturón la sofocaba y le dolía,
y dejé que él terminase dentro de ella,
no pareció distinto, pues el amor corría como un hilo
del lago al cielo a la montaña a nuestro cuarto,
en la penumbra vimos la fila de dolientes
a la sombra del pico, de pie junto a la zanja,
una brisa transportó el recuerdo del aroma
a naranjal y rosas desplomándose
sobre aquel universo de secretos, las madres
se desmayaban, derrumbándose sobre tierra fangosa,
tañió una campana de la iglesia tras el hotel blanco
o quizá más arriba, a mitad de la cuesta
que va al observatorio, palabras de esperanza
llegaban flotando desde el cura, un hombre
solitario pescaba con sus redes en el lago,
su sombrero ante el pecho, oímos un tronido,
sus cánticos retuvieron un momento la cumbre

que colgó en el aire y cayó luego,
la avalancha sepultó a dolientes y difuntos.
El eco se esfumó, no olvidaré el silencio
que creció como una catarata de tinieblas,
porque el lago blanco absorbió esa noche
velozmente la luz y no hubo luna,
creo que él penetró sus entrañas
y ella chilló jubilosa, y tan fuerte mordieron
mi pecho sus dientes que vertió gotas lácteas.

4

Una noche en que el lago era una lámina roja,
nos vestimos, trepamos hasta la cima del monte
detrás del hotel blanco, por la tosca senda
que serpentea entre pinos y alerces, y su mano
me ayudaba a escalar, pero también vibraba
en el fondo de mi cueva, la buscaba. Llegamos
a los tejos al lado de la iglesia y descansamos;
pastando en la hierba corta, un burro atado miraba,
llegó una vieja monja con un cesto de ropa
cuando él me penetraba, y dijo: el frío
manantial borrará el pecado, proseguid.
Era el manantial que alimentaba el lago,
que el sol subía para luego soltar lluvia.
Ella lavaba la ropa. Subimos la ardua ladera
hasta la región de perennes fríos
que dominaba los árboles. El sol se acostó
justamente cuando entramos, ciegos, al observatorio.
No sé si sabe cuánto admira su hijo las estrellas,
las lleva en la sangre, mas por el cristal no vimos
ninguna, habían ido a la tierra;
no supe hasta entonces que descendían
en copos de nieve a follar la tierra, el lago.
Esa noche fue demasiado oscura para regresar
al hotel blanco, jodimos otra vez y reposamos.
Vi de él una cascada de espectrales imágenes
y oí cómo cantaban las montañas,
los montes que se juntan como ballenas cantan.

Todo el cielo nocturno bajó esa noche en copos,
tumbados muy en silencio percibimos
los alegres suspiros de cuando el universo
nacía a la vida, hace tantos años,
al amanecer todo estaba blanco
trituramos estrellas para beber la nieve,
el lago también era todo blancura
y no se vio el hotel hasta que él tumbó la lente
para mirar al lago y encontró en la ventana
las palabras que yo había escrito con mi aliento.
Movió el telescopio y vimos edelweis
ondulando en un lejano hielo de montaña,
señaló donde caían varios paracaidistas
entre dos cimas, vimos el destello de la luz solar
en el azul ahora celestial, un broche de corsé,
era nuestra amiga, su muslo mostraba el cardenal
lila que el pulgar de mi amigo había impreso,
la visión le excitó, creo, mi cabeza débil
sintió que de nuevo él se empinaba, el teleférico
pendía de un hilo, se mecía en el viento,
mi corazón latía locamente y chillé, los huéspedes
caían por los aires, mi pecho vibraba
al compás de su lengua, nunca mis pezones crecieron
tan aprisa, las mujeres caían más despacio,
casi resbalando, porque el viento inflaba
sus enaguas y faldas. Los hombres descendían
entre ellas, mi corazón se quebraba,
las mujeres parecían ascender, no caer, en una danza
donde los hombres izaban con livianas manos
livianas bailarinas sobre sus cabezas,
ellos llegaron los primeros al suelo,
ellas cayeron luego en el lago o los árboles,
brillantes esquíes aterrizaron por último en silencio.
Al bajar descansamos junto al manantial.
A pesar de la altura vimos claros
los peces en el agua transparente, un millón
de aletas argénteas y doradas, veloces, serpeando,
y me recordaron el esperma en busca de mi ovario.
Unos peces se acercaban hambrientos a los muertos.
¿Soy sexual en extremo? Creo a veces que estoy
obsesionada, no es como si Dios llenase las aguas
de enloquecidas formas que se multiplican

o colmase de uvas la viña, la palmera de dátiles,
o hiciese que el macho se dilate para horadar la manzana
o que la ciruela tiemble ante el hedor del buey
o que el sol copule con la pálida luna. Su hijo,
ciervo en celo, avasalló mi recato.
La servidumbre era gente adorable. Nunca vi
servicio semejante, los teléfonos jamás enmudecían
ni la campanilla de la recepción,
parejas en luna de miel mendigaban un lecho,
imposible admitirles, doce clientes se iban
y entraba otra docena, cedieron un rincón
a una pareja cuyo llanto oímos cuando les echaron,
la noche siguiente ella gritó en algún sitio,
principiaba el parto, camareros y sirvientas
corrían con cálida ropa blanca. Rehicieron
al cabo de unos días el ala quemada,
toda la servidumbre cooperó, una mañana
en que yo tenía la cara enterrada en la almohada
y mis nalgas se inundaban por sus embestidas,
oímos que raspaban la ventana y vimos la cara
radiante y caliente del jovial cocinero
dando a la madera una fresca mano de pintura
blanca, él nos guiñó un ojo y no me importó cuál de los dos
me penetraba, el chef preparaba filetes poco hechos
y hermosos, el zumo era ahora natural
y era bueno sentirme parte de algún otro,
nadie era egoísta en el hotel blanco,
allí el agua lacustre sabía pulir piedras
de montañas que sobrevolaban los cisnes salvajes,
de plumón tan níveo que a su lado las cumbres parecían grises,
o bajaban en vuelo entre montes al lago.

2

EL DIARIO DE GASTEIN

Tropezó con una raíz, se levantó y corrió ciegamente. No había ningún sitio adonde escapar, pero siguió corriendo. El estrépito del follaje se hizo más intenso a sus espaldas, porque ellos eran hombres y podían correr más deprisa. Incluso si llegaba al final del bosque habría más soldados aguardando para dispararle, pero aquellos momentos suplementarios de vida eran preciosos. Aunque no bastaban. La única escapatoria era convertirse en uno de los árboles. Hubiera dado con gusto su cuerpo y su preciada vida por transformarse en un árbol congelado en su humilde existencia, hogar de hormigas y arañas. Para que los soldados apoyasen los fusiles contra su corteza y se registraran los bolsillos buscando cigarros. Acallarían su leve decepción diciendo: que uno escape no importa, y volverían a casa; pero ella, un árbol, embargada de gozo, haría que sus ramas elevasen un canto de gratitud a Dios mientras el sol se ponía entre los árboles próximos.

Al final se desplomó en la amarga tierra. Su mano tocó algo duro y frío; al apartar las ramas encontró la anilla de hierro de una trampilla. Se incorporó, arrodillándose, y tiró de la anilla. Durante algún tiempo había habido silencio, como si los soldados la hubieran perdido; pero volvió a oírles abriéndose paso por la maleza, muy cerca de ella. Tiró de la anilla con todas sus fuerzas, pero no cedió. Una sombra cayó sobre las hojas caídas. Cerró los ojos, esperando que todo estallase en el interior de su cabeza. Luego alzó los ojos y vio la cara asustada de un niño. Estaba desnudo como ella, y le manaba sangre de cien cuchilladas y rasguños.

—No se asuste, señora —le dijo—. Yo también estoy vivo.

—¡Silencio! —dijo ella. La anilla de hierro no se movía, y le dijo al niño que la siguiera reptando por la maleza. Quizá los soldados confundieran la sangre que dejaban a su espalda con la mancha carmesí de las hojas. Pero mientras ella se arrastraba, sintió que las balas se hundían en su hombro derecho, con toda suavidad.

El revisor la estaba zarandeando y ella, disculpándose, luchó con el cierre de su bolso. Se sintió estúpida porque, lo mismo que la anilla de hierro, el cierre no cedía. Luego se abrió, encontró el billete y se lo entregó. Él hizo en este un agujero y se lo devolvió. En cuanto el revisor hubo cerrado la puerta del compartimento, ella se sacudió el vestido a rayas negras y blancas y adoptó una postura más cómoda y decorosa. Echó una ojeada al soldado de enfrente, que había entrado mientras ella dormía; se ruborizó al encontrar su mirada y se puso a ordenar el contenido de su bolso. Advirtió que el joven con quien había dormido (es un decir) tenía plácidos ojos verdes. Ella cogió el libro y reanudó la lectura. De vez en cuando miraba por la ventana, y sonreía.

Era muy apacible: el traqueteo de los raíles, el giro de una hoja, el crujido del periódico de su compañero.

El joven se preguntó cómo se podía sonreír al contemplar la monótona llanura ocre. No parecía una sonrisa de feliz recuerdo o expectativa, sino simplemente de placer ante el paisaje que desfilaba por la ventanilla. La sonrisa transformaba los rasgos agradables e insulsos de la mujer. Su peso era más bien excesivo, pero su silueta estaba bien proporcionada.

Una de sus sonrisas degeneró en bostezo, que ella sofocó rápidamente.

—Un buen sueño —le dijo él audazmente, doblando su periódico sobre las rodillas y dedicándole una sonrisa amistosa. Las mejillas de la mujer enrojecieron. Asintió, mirando otra vez por la ventanilla.

—Sí —respondió—. O muerta, más que dormida.

A él le desconcertó la réplica.

—Es la falta de lluvia —prosiguió ella.

—¡Sí, efectivamente! —dijo el joven. No se le ocurrió nada más que añadir, y ella reemprendió la lectura. Se enfrascó en ella durante unas páginas; luego deslizó de nuevo la mirada hacia la llanura seca, detrás de fugaces postes de telégrafo, y retornó su sonrisa.

—¿Interesante? —inquirió él, señalando a su regazo. Ella le tendió el libro abierto y permaneció inclinada hacia delante. Él miró perplejo durante un momento los puntos blancos y negros que danzaban en la página al ritmo del tren, como las rayas de su vestido. Creyendo encontrar una novela ligera, le resultó difícil adaptarse al extraño lenguaje, y al principio pensó —por alguna razón— que el libro estaba en tamul o en algún otro idioma exótico. Estuvo a punto de decir:

—¿Así que es usted lingüista?

Entonces se dio cuenta de que era música. Había palabras en italiano entre los pentagramas, y cuando miró la rígida cubierta del libro (la encuadernación crujió entre sus manos) vio escrito el nombre de Verdi. Le devolvió el libro, diciendo que no sabía leer una partitura.

—Es hermoso —dijo ella, pasando los dedos por la cubierta. Explicó que estaba aprovechando la oportunidad de aprender un nuevo papel. Pero era frustrante no poder soltar la voz, puesto que el fragmento era muy melodioso. Él le dijo que adelante, que cantara; ¡aliviaría el tedio de aquella detestable llanura! Ella respondió, sonriendo, que no había querido decir eso, que su voz estaba cansada y tenía que darle un reposo. Se había visto obligada a interrumpir su gira de repente y a volver a su casa un mes antes. El único consuelo era que vería de nuevo a su hijito. Le cuidaba su madre; pero aun cuando al niño le gustaba su abuela, no era muy divertido para él estar todo el tiempo encerrado con una anciana. Le daría un alegrón ver que mamá volvía antes de tiempo. No había enviado un telegrama para avisarles de su regreso porque quería darles una sorpresa.

El joven asentía comprensivamente a lo largo de la insípida explicación.

—¿Dónde está el padre? —inquirió.

—Ah, ¿quién sabe? —Ella enterró la mirada en la partitura de ópera—. Soy viuda.

Él murmuró un «lo siento» y sacó una pitillera. Ella rechazó el ofrecimiento, pero dijo que le gustaba el olor del humo y que no le irritaría la garganta. No iba a cantar durante un cierto tiempo.

Cerró la partitura y miró por la ventanilla tristemente. Él pensó que estaba recordando a su marido, y tuvo el tacto de guardar silencio mientras fumaba. Vio que el atractivo pecho de su vestido a rayas negras y blancas subía y bajaba agitadamente. Su largo y lacio pelo negro enmarcaba un rostro algo duro. Los labios agradablemente curvados no compensaban del todo su amplia nariz. Tenía un cutis más bien moreno y graso que a él le gustaba, porque había pasado tres años sometido a una dieta muy inadecuada.

La joven estaba pensando en el humo del tren que se alejaba de ellos. También vio a aquel simpático soldado yaciendo glacial en su ataúd. Por fin consiguió controlar el ritmo de su respiración. Para desviar su mente de aquellas cosas terribles, empezó a interrogar a su compañero y descubrió que había sido prisionero de guerra y que

regresaba a la casa familiar. Su expresión compasiva (el joven era delgado y pálido) desembocó en otra de asombrado placer cuando ella captó las palabras: «Profesor Freud de Viena».

—¡*Por supuesto* que he oído hablar de él! —dijo ella, sonriente, olvidada toda su tristeza. Era una gran admiradora de su trabajo. Incluso en una época había pensado en acudir a su consulta; pero la necesidad había pasado. ¿Qué se sentía al ser hijo de un padre tan famoso? Como era de esperar, él arrugó la cara y se encogió irónicamente de hombros.

Pero no estaba en absoluto celoso de la fama de su padre. Simplemente quería casarse con una mujer joven y echar raíces. Ella tenía que ganarse la vida como cantante, constantemente solicitada aquí y allá, en todas partes, y qué tensión más terrible, ¿no? En realidad, no, respondió ella; normalmente no era así. Era la primera vez que había forzado la voz. Había aceptado insensatamente un papel demasiado alto para su registro y que exigía demasiada potencia. No era por naturaleza una cantante wagneriana.

El tren, que llevaba viajando unas dos horas sin hacer paradas, atravesando como una centella grandes ciudades sin disminuir siquiera la velocidad, les sorprendió deteniéndose en una estación pequeña y silenciosa, en medio de la gran llanura. Apenas era un pueblo; justo tres o cuatro casas y la aguja de una iglesia. Nadie esperaba para subir al tren, pero los pasillos se llenaron de forcejeos, confusión, gritos, y vieron un rebaño de viajeros que descendía al andén. Cuando el tren partió de nuevo observaron que la hueste apeada depositaba vacilantemente las maletas en el suelo. El villorrio pronto se perdió de vista. La llanura se volvió más polvorienta y desolada.

—Sí, ciertamente no vendría mal la lluvia —dijo el joven.

La mujer suspiró, diciendo:

—Pero usted tiene toda la vida por delante. A su edad no debería tener ideas tan melancólicas. Para mí, sin duda, es cierto. Tengo casi treinta años, estoy empezando a perder mis atractivos, soy viuda, dentro de pocos años mi voz comenzará a apagarse del todo, parece que hay poca cosa en perspectiva.

Se mordió un labio. A él le irritaba ligeramente que ella no tomara en cuenta o malinterpretase todas sus observaciones. Pero la renovada ascensión y caída de su pecho provocó en sus ingles un abultamiento que afortunadamente ocultó el periódico.

Cuando —sin soltar el periódico— recorrió el pasillo para lavarse las manos, comprobó lo vacío que iba el tren. Al parecer

eran los dos únicos viajeros que quedaban. Al volver descubrió que su ausencia, aunque muy breve, había roto la intimidad. Ella estaba leyendo de nuevo la partitura y mordisqueando un bocadillo de pepino (él vislumbró sus dientes pequeños, uniformes, nacarados, mientras masticaba). Le sonrió fugazmente antes de sepultarse en la lectura.

—Qué cantidad de cuervos hay en los alambres —se sorprendió diciendo el joven. A él mismo le pareció pueril, incierto, estúpido; su torpeza le turbó.

Pero la joven asintió con una alegre sonrisa, y dijo:

—Es un pasaje muy difícil. *Vivace*.

Inició un ronco y agradable tarareo, subiendo y bajando las arduas semicorcheas. Se detuvo tan súbitamente como había empezado, y enrojeció.

—¡Precioso! —exclamó él—. ¡No pare!

Pero ella movió la cabeza y se abanicó la cara con el libro abierto. Él encendió otro cigarrillo y ella cerró el libro y los ojos al mismo tiempo, echándose hacia atrás.

—Turco, ¿verdad?

La mujer pensó que el cigarro olía a opio y volvió a sentirse somnolienta en el caliente y viciado compartimento.

Él había aprovechado su breve ausencia para cambiarse de ropa y ponerse un elegante traje azul claro de civil. El tren entró en un túnel, transformando en coche cama el pequeño compartimento. Ella sintió que él se estiraba y tocaba su mano.

—Está sudando —dijo él, compasivamente—. Debería darle un poco de aire en la piel.

Ella no se sorprendió al sentir que su mano le separaba las piernas.

—Está bañada en sudor.

Era muy grato y libre permitir que el joven oficial le acariciase los muslos en la oscuridad. En cierto sentido, ya había dormido con él, concediéndole la intimidad mucho mayor de contemplarla mientras dormía.

—El aire está enrarecido —dijo, soñolienta.

—¿Abro una ventana? —sugirió él.

—Como quiera —murmuró ella—. Pero no puedo quedarme embarazada.

Pareciéndole casi imposible respirar, ella espació los muslos y facilitó las cosas. Él miraba la mancha oscura de su cara, en la que de vez en cuando relucía el blanco de sus ojos. Aquellos muslos deliciosamente rellenitos bajo la seda estirada resultaban demasiado

tentadores para alguien que había permanecido varios años enjaulado. Sobre los ojos de ella apareció un pequeño lunar rojo. Creció en intensidad y se ensanchó. Se desgajó en hilillos carmesíes, y él se percató de que se estaba quemando el pelo de la joven. Se quitó la chaqueta y le cubrió con ella la cabeza. Emergió sofocada, buscando aire, pero las llamas se habían extinguido. El tren entró bajo la luz del sol.

El fuego y la brusca luz habían quebrado el sortilegio, y el joven apagó el cigarrillo, enfurecido. La mujer se incorporó de un salto y se plantó ante el espejo, arreglándose el pelo y tapando la zona quemada con un liso mechón negro. Cogió de la rejilla su gorro blanco y se lo puso.

—Ya ves lo fácilmente que me excito. —Ella lanzó una risita ahogada—. Por eso es mejor que no empiece. No me cuesta mucho.

Él se disculpó por ser tan irreflexivo, y ella se colocó en el borde del asiento, tomando las manos de él preocupada y tiernamente, y le preguntó si podía quedarse embarazada. El negó con la cabeza.

—Entonces —dijo ella con alivio—, no ha pasado nada.

Él le acarició las manos.

—¿Me deseas? —preguntó ella.

—Sí. Mucho —respondió él.

Ella volvió a ruborizarse.

—Pero ¿qué pensaría tu padre si te casaras con una pobre viuda mucho mayor que tú? Y con un hijo de cuatro años. Esa es otra historia: mi hijo. ¿Cómo lo tomaría *él*? Tendría que conocerte y habría que ver cómo os lleváis.

El joven no supo qué responder. Decidió no decir nada y empezar a acariciarle los muslos otra vez. Observó, contento, que ella los separaba de inmediato y se dejaba caer hacia atrás, con los ojos cerrados. Su pecho palpitaba y descansó la mano libre sobre él.

—Podríamos pasar unos cuantos días juntos —sugirió.

—Sí —dijo ella, con los ojos todavía cerrados. Jadeó y se mordió un labio—. Sí, sería delicioso. Pero primero déjame que le vea y le prepare para conocerte.

—Quiero decir tú y yo solos —dijo él—. Conozco un hotel en las montañas, a la orilla de un lago. Es hermoso. ¿No te están esperando?

Negó con la cabeza, con un nuevo jadeo cuando su dedo se introdujo en la abertura. El joven perdió el interés por la mujer, absorto en el misterio de su dedo que había desaparecido dentro de ella. Él podía sentirlo deslizándose por la carne de ella, y sin embargo se había esfumado. Ella se humedeció tanto que pudo

meterlo más adentro. Ella gritó; había tantos dedos hurgando en su interior, como si fuera una fruta que él estuviera pelando. Imaginó que él hundía ambas manos dentro de ella para alcanzar la fruta. Tenía el vestido levantado hasta la cintura, y los postes telegráficos pasaban veloces.

Poco a poco, entre la bruma de sus sentidos aturdidos, oyó la lluvia torrencial que golpeaba la ventana del pasillo; por el otro lado, entretanto, la llanura seguía siendo árida y polvorienta, y el cielo de un amarillo relumbrante. La lluvia cesó, y al mirar a un costado vieron al revisor limpiando la ventanilla con un suave frote. Les miró con rostro atónito, pero ellos prosiguieron lo que estaban haciendo como si él no estuviera delante. El ruido sordo de las nalgas de ella contra los dedos de él hicieron que el libro cayese al suelo, arrugando el segundo acto de *El baile de disfraces*.

—¿No crees que deberíamos parar? —jadeó ella, pero él contestó que necesitaba mantener allí sus dedos.

Los necesitó allí mientras dejaban atrás calles de pulcras casas y luego altas viviendas de barrios bajos, con cuerdas para la ropa tendida de una ventana a otra. Y además estaban tan atascados que dudaba de poder sacarlos aunque hubiera querido. Ella accedió, convencida de que era imposible detenerse.

Pero él liberó los dedos sin dificultad cuando el tren llegó a la estación de empalme; y en el pequeño tren que les llevó a las montañas no hubo ocasión de recomenzar. Se sentó apretada contra él, conformándose con besarle los dedos o estrujarle la mano contra su regazo. Sus compañeros de viaje estaban muy animados, abriendo la boca de admiración a medida que el tren ascendía cada vez más arriba entre las montañas.

—¡Todavía hay muchísima nieve! —comentó la señora que se sentaba enfrente; la mujer de un panadero, a juzgar por el húmedo olor harinoso que despedía su cuerpo.

—Eso creo —respondió la joven con una sonrisa—. No me siento en absoluto manchada.

La esposa del panadero sonrió vagamente y concentró su atención en su hijita, que se movía impacientemente. La chiquilla estaba excitada porque era la primera vez que le llevaban a pasar unas auténticas vacaciones.

Incluso al final de la tarde, el lago era una brillante esmeralda. Estaban contentos de volver a hallarse solos mientras recorrían la corta distancia hasta el hotel blanco. A excepción del portero situado detrás del escritorio, el vestíbulo estaba vacío; y el hombre roncaba, inducido al sueño por la sofocante tarde. Debilitada por la

pasión del viaje en tren, la joven se apoyó contra el escritorio mientras su compañero —que había telefoneado desde la estación para reservar una habitación— consultaba la lista de reservas, descolgaba una llave del tablero y garabateaba un nombre en el libro de registro. Sobre el escritorio había un cuenco de melocotones amarillos y asombrosamente grandes, y el joven cogió uno, lo mordió jugosamente y se lo ofreció a su compañera. Luego aferró su mano y la fue empujando por la escalera. El dulce mordisco de melocotón la refrescó y casi subió corriendo y, mientras corrían, él ya estaba alzándole el vestido hasta la cintura. La seda susurró. La mano de la joven, tanteando, palpó su erección. Él la entró y ambos entraron en la habitación, sin que ella supiera con certeza en qué orden; y sin una pausa para examinar el dormitorio, ella se encontró de espaldas en la cama, con los muslos bien separados y recibiendo sus embestidas. No interrumpieron el acto del amor cuando él le quitó su gorro blanco y lo envió volando hacia un rincón.

La joven se sintió partida en dos, y vio el final de la relación antes de que propiamente hubiera comenzado; y su regreso a casa, hendida. Un reguero de salpicaduras corrió entre la puerta y la cama, y cuando acabaron ella hizo que llamase a una sirvienta para que lo limpiara. Mientras la criada, una muchacha oriental, se agachaba para limpiar las manchas de melocotón de la descolorida alfombra, de pie ante la ventana que daba a la veranda contemplaron con gozo el cielo azul del atardecer, los últimos minutos que preceden a la puesta de sol, en que el color del firmamento cambia.

El siguiente día trajo un azul renovado fuera de su habitación, pero la segunda noche (ella *pensó* que era la segunda noche, pero había perdido toda noción del tiempo) un trozo de pedernal, tan grande como un puño, cruzó como un rayo la ventana abierta. Era el viento que se había levantado durante la tarde y que ahora silbaba a través de los alerces, rompiendo el jarrón de flores que la sirvienta había colocado sobre la cómoda. El joven se plantó de un salto en la ventana y la cerró. El viento amenazaba con quebrar el cristal, y oyeron un estrépito amortiguado: el techo de la glorieta se desplomaba. La construcción tenía forma de pagoda y era pintoresca pero vulnerable, y el feroz viento la derribó. Durante un largo tiempo no recibió respuesta el timbre que tocaron, pero por fin la sirvienta subió a recoger el jarrón roto, las flores y el agua derramada. La muchacha tenía los ojos enrojecidos y el joven le preguntó qué le ocurría.

—Se han ahogado unas personas —dijo ella—. Las olas eran muy altas esta noche. Volcaron su barca.

La sirvienta miró perpleja la roca de pedernal que yacía en el punto donde había caído.

—Déjela —dijo el joven—. Será un recuerdo.

Ella la cogió del suelo y se la entregó, y él la sopesó en la mano, con asombro. No lograba concebir la fuerza que la había arrancado de la montaña e impulsado hasta el dormitorio.

Ella preguntó más tarde: «¿Es mi pecho más blando que esa piedra?». Él asintió, descansando sobre él la cabeza para poner a prueba su blandura. Oyeron claramente, aunque a lo lejos, los ruidos de personas agitadas corriendo por los pasillos; y cuando llamaron para pedir la cena les comunicaron que tendrían que contentarse con unos bocadillos, pues todos los camareros estaban ayudando a las víctimas de la inundación. Estaban famélicos, y él preguntó si podrían enviarles un poco de chocolate junto con los bocadillos. Acarició su pecho, mucho más blando que el pedernal, y se inclinó para chupar el pezón. La mujer se volvió ansiosa hacia los labios que la libaban; el pezón naranja se estiraba más y más. Paseó los dedos por sus cortos cabellos rizados mientras él seguía mamando. Oyeron el ruido de algo que se rompía —quizás una ventana o una pieza de loza—, y gritos. Tumultos del pánico. Y asimismo oyeron a huéspedes gritando. Le recordaron los lloros de su hijito, y acarició el pelo del hombre. Su seno parecía hincharse como un tambor, hasta alcanzar un tamaño tres veces más grande de lo normal. El viento azotaba la ventana. Él apartó los labios de su pecho para decir, inquieto: «Espero que no se rompa». Ella guió de nuevo el pezón hasta su boca y dijo: «No creo. Se hinchó así cuando estaba amamantando a mi niño».

El hotel se mecía en el vendaval, y ella pensó que se hallaba a bordo de un trasatlántico; oyó el crujido de las cuadernas, olió el fuerte olor salino por la portilla abierta y, desde la galera, el tenue aroma de la cena, teñido de mareo. Tendrían que cenar con el capitán y este le pediría que cantase en el concierto del barco. Quizá nunca llegasen a tocar puerto. Se sintió próxima a las lágrimas porque su pezón se dilataba tanto que empezaba a resultar doloroso; el dolor se concentraba allí, y sin embargo aquella punta nutricia en cierto sentido no le pertenecía, se alejaba flotando, como un apéndice vivo extirpado por el doctor del barco. Quiso que él descansara, pero no lo haría. Vio con alivio que los labios buscaban el otro pecho y comenzaban a estirar su otro pezón, aun cuando estaba ya bastante erecto por simpatía con su gemelo. «¿Son

tiernos?», preguntó él, por último; y ella respondió: «Sí, por supuesto, se aman uno a otro». Ella oyó que la portilla del camarote contiguo, detrás de su litera, se hacía añicos.

Él abrió con la mano su vagina y forzó tan rudamente la entrada de su pene que ella se echó hacia atrás, convulsionada. Él se incorporó para mirar al sitio por donde ella, tan misteriosamente, había devorado su virilidad. Él hizo que emergiera y se hundiera a su antojo. Ella notó en el pelo el roce más suave que pudiera imaginarse, y al llevarse allí la mano tocó algo seco y de un tacto parecido al del papel. Era una hoja de arce que había entrado volando, inadvertida, cuando estalló la tormenta, antes que la piedra. Le enseñó la hoja y él sonrió, pero su sonrisa se transformó en mueca debido al placer de entrar y salir, retrasando el orgasmo. Ella le puso la mano en las nalgas y le acarició con la seca y suave hoja de arce. Él se tensó, estremecido.

La llovizna había cesado, el viento amainado; abrieron la ventana y salieron al balcón. Abrazó a su amiga por la cintura y contemplaron cómo se escindían las nubes de tormenta, descubriendo estrellas más grandes de las que jamás habían visto. Y cada pocos instantes una estrella cruzaba diagonalmente el negro cielo, como una hoja de arce que se desgaja de una rama o como la manera en que los amantes cambian de postura con suaves movimientos mientras duermen. «Es una ducha de Leo», dijo él, en voz baja. Ella descansó la cabeza en su hombro. Vagamente vislumbraron actividad abajo, junto a la orilla del lago: cadáveres sacados a tierra. Algunas personas estaban gimiendo; otra voz pidió a gritos más camillas y mantas. La pareja regresó a la cama y se perdió de nuevo el uno en el otro. Esta vez ella notó que un dedo del joven hurgaba en su interior, junto a su pene; revoloteaba transversalmente al movimiento fálico de penetración y de salida; y más aprisa. A la joven le recordó el bombardeo de estrellas a través del cielo; formaba remolinos, torbellinos como el tempestuoso lago. Era evidente que la tormenta no había terminado, puesto que un rayo blanco centelleó verticalmente sobre el lago; lo vieron con el rabillo del ojo, dividiendo en dos el espacio negro de la ventana, y las cortinas se inflaron. «Ha sido fortísimo», susurró él; y por eso ella procuró acariciarle más suavemente, con la misma punta de la uña. Al mismo tiempo uno de sus dedos se le hundió en el ano y le hizo daño, pero ella quería sentir más dolor.

Había unas luces en el punto del lago donde los botes de salvamento seguían buscando cuerpos. El equipo de socorro se estaba recuperando del estruendo del trueno que había retumbado

en torno a sus cabezas justo antes —más bien antes que después— del rayo que había transformado en día la noche. El viento se alzó de nuevo y se apresuraron a remar hacia la orilla, porque aquella noche no había esperanza de hallar más cadáveres. El hotel hormigueaba de gente excitada o enloquecida; las puertas de cristal no cesaban de dar golpes a medida que traían a más muertos. El nivel del agua en la sala de billar, situada en el sótano, llegaba casi a la altura de las troneras, pero el comandante del ejército, impávido, rodeó con dificultad la mesa, resuelto a consumar su carambola. Había acabado con la última roja y todos los demás colores hasta el rosa. Era un tiro difícil en línea recta a lo largo de todo el tapete, pero su limpia tacada introdujo la bola en la tronera. El agua le llegaba a las caderas cuando dio un sorbo de cerveza y puso tiza en el taco. La bola negra se arrimó a la banda, pero imprimió a la blanca un efecto giratorio para apartarla de allí. Fue un hermoso golpe, y la bola negra cayó con ruido sordo en una sepultura acuática. El comandante había jugado solo aquella tacada, porque su adversario, un cura, había corrido a administrar los últimos sacramentos a los moribundos. Con una torva sonrisa de enhorabuena a sí mismo, el militar colgó el taco y salió nadando de la sala. En una de las habitaciones superiores los amantes dormían, a pesar del furioso viento que estremecía el cristal de la ventana; y mientras dormían conservaban las manos mutuamente enlazadas, como si temieran que de alguna forma fueran a esfumarse durante la noche. Un gato negro se agazapó, muerto de miedo, en la tenebrosa y oscilante rama de un abeto, frente a su balcón. Se tensó para saltar, pero comprendió que la distancia era excesiva.

Hasta dos días después nadie se dio cuenta de que el gato estaba atrapado en aquel árbol. Los jóvenes amantes oyeron un chirrido fuera de su ventana y salieron de la cama para ver lo que ocurría. Vieron a un comandante del ejército subiendo una larga escalera que se doblaba y crujía bajo su peso. Desde detrás de cortinas que se inflaban suavemente, observaron la difícil operación de rescate. El gato arqueó el lomo y escupió a su salvador, y le arañó cuando el hombre alargó la mano. El militar profirió una palabra obscena, y la joven amante se ruborizó porque no estaba acostumbrada a oír semejante lenguaje. Finalmente el comandante descendió por la escalera con el gato aferrado a su cuello.

En cuanto la joven vio el estigma escarlata en la mano castrense, notó la injuriosa caída de un coágulo de sangre en el interior de su propio cuerpo, y comunicó a su amante la mala noticia. Le sorprendió y alegró que él no se enfadara. Había un problema,

empero. Ella no tenía el menor equipaje. Había dejado su pesada maleta en el pasillo del tren que recorría la línea principal, y cuando todos los viajeros se apearon en tromba en el minúsculo villorrio, en medio de la llanura calcinada, alguien debió de haber cogido por error su maleta. No podía creer que se la hubieran robado. De todas formas, ya había desaparecido cuando llegaron a la estación de transbordo, quedándose sin vestidos, ropa interior, objetos de aseo y regalos para su hijo y su madre.

Tuvieron que llamar a la sirvienta. La cortés muchacha, una estudiante japonesa que se costeaba trabajando los gastos de su educación, tuvo dificultades para comprender el problema de la joven. Esta se vio obligada a dibujar, en una hoja del papel de cartas del hotel, una luna creciente junto a un cartucho femenino. La sirvienta enrojeció y se retiró. Afortunadamente ella también estaba menstruando, y volvió con una compresa. Se escabulló tímidamente, rechazando una propina.

Tendidos en la cama, miraron fotografías de la familia del joven. A ella le divirtió la imagen de Freud en la playa, con un bañador a rayas negras y blancas que podía haber sido confeccionado con el mismo material que su vestido. El joven también lanzó una sonrisa ahogada; parecía que le gustaba especialmente su hermana pequeña. Su sonrisa desembocó en tristeza al contemplarla.

Bajaron a cenar y él le preguntó si se encontraba bien para bailar al compás de la orquesta zíngara. Ella asintió. Mientras arrastraban los pies entre las mesas, ella se inclinó hacia él.

—¿Sientes cómo cae la sangre? —preguntó el amante.

—Siempre —dijo ella—. Me indispongo todos los otoños. La besó, excitado por la fragancia a cereza de su barra de labios; el cálido y húmedo sabor del beso le avivó el deseo. Ella tuvo que apartarse para coger aliento, pero le encantó el sabor a cereza de su barra de labios en la boca de él, y volvieron a besarse, roces de labios interminablemente breves. Ella se separó otra vez, diciendo que la música le despertaba ganas de cantar. Pero ya les estaba observando fijamente un número excesivo de comensales y parejas bailando. Le levantó el vestido por delante; ella trató débilmente de bajárselo, pero la garganta le dolía de placer y él insistió:

—Por favor, déjame. Por favor.

Fue un ronroneo para el oído de ella, mezclado con el dardo de su lengua.

—Pero te vas a manchar de sangre —susurró ella.

—No importa —respondió él—. Quiero tu sangre.

De modo que ella le rodeó el cuello con un brazo y le dejó hacer

lo que quería. Los bailarines y los comensales hicieron la vista gorda, sonriendo, y ellos les devolvieron la sonrisa.

—¿Está muy poco hecha? —preguntó él, mientras cortaba los sebos de la carne. Ella le cogió los dedos y se los besó.

—Mejor que nunca —respondió ella—. ¿No lo notas?

El filete restituyó la sangre que ella estaba perdiendo, y después corrieron hacia los árboles e hicieron el amor sobre la hierba, a la orilla del lago. A veces se abría una puerta y oían la música zíngara, y en todo momento hubo aquellas estrellas extraordinariamente grandes. No resultaba muy cómodo hacer el amor mientras perdía sangre, pero por otro lado podía abandonarse aún más porque no había temor a ninguna consecuencia. Cuando a medianoche subieron la escalera, más hojas de arce habían entrado en el dormitorio. Ella dijo, bromeando, que podría utilizarlas a modo de compresas. Tomó prestado el cepillo de dientes del amante, y mientras se los limpiaba él la rodeó con los brazos y le dio suaves besos en la nuca. Hubo más relámpagos; fucilazos sin trueno que acercaron mucho las cumbres nevadas de las montañas e iluminaron la estela de detritos dejados por la inundación y la tormenta.

POSTALES DESDE EL HOTEL BLANCO:

Una anciana enfermera:

> Estoy haciendo todo lo que puedo por una dulce pareja de jóvenes paralíticos. Es muy valeroso por su parte venir a pasar las vacaciones juntos. Están erguidos en sus tumbonas y comparten una manta (estamos en un yate en medio del lago). La comida es excelente y Elise se está recuperando, envía cariñosos recuerdos. Una secretaria:
>
> Espero que tu último día donde estás sea cálido y seco; donde estamos nosotros hace mucho calor, no hay ni una nube, está todo nublado, estamos en un barco sobre el lago, royendo huesos de pollo y bebiendo vino. El hotel es maravilloso, mejor que el folleto y buena clase de gente.

Un cura:

> Veo sus tres mástiles como un emblema de la pasión de Cristo y la vela blanca como su amado sudario. Eso me hace sentirme menos culpable por haber abandonado a mi rebaño. Mamá, espero que sigas bien. Hace buen tiempo. Una dulce muchacha católica se ahogó y murió en mis brazos hace unos

días. No te preocupes por mí. Estoy leyendo el librito que mandaste.

Una sirvienta japonesa:

Un prodigio que contar, mis amantes (la pareja en luna) se levantan al despuntar el alba y salen en barca. Eso quiere decir que yo y mi amiga nos pasamos el día haciéndoles la cama, su cama es indescriptible. Sin tiempo para escribir, ni siquiera un haiku.

Una corsetera:

El agua parece terriblemente fría, pero mañana tengo que darme un chapuzón. Estoy arrastrando la mano por encima de la borda. No me gustaría decir dónde ha puesto la suya el muchacho que está a mi lado con su chica. Bueno, la vida tiene que seguir. Claro que no es lo mismo cuando tu compañero ha fallecido, pero tengo que tratar de disfrutar el resto de las vacaciones en recuerdo de mi querido marido.

Un comandante del ejército:

Parece más un barco de tropas que un yate. Ha cambiado desde antes de la guerra. Estamos apretujados unos contra otros. Me gustaría tener una buena [3] para despejar el sitio. La inundación no se ha llevado a suficiente gente. ¡Cadáveres! ¡Por todas partes! Dick llega mañana en el primer tren.

Un relojero:

Prendió como un trapo untado en aceite. Estábamos disfrutando de un agradable paseo en barco y al momento siguiente pudimos ver nuestro hotel ardiendo como virutas. Perdimos de vista el sol, tan brillante era el fuego. Bueno, ahí se han quemado todas nuestras pertenencias, salvo la ropa que llevamos puesta.

Un botánico:

Desgarrador. Ayer encontré un ejemplar muy raro de edelweis. Lo dejé en el hotel, claro, y las llamas se lo han llevado.

La mujer de un banquero:

No podía dar crédito a mis ojos. Allí estaba nuestro hotel ardiendo hasta los cimientos en nuestra presencia, al otro lado del agua, ¡y ese jovencito poniendo a su chica sobre las rodillas y montándosela encima! ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Como en el juego de ensartar anillas! ¡Y toda aquella gente chillando como loca, algunos con parientes dentro del hotel!

Un agente de seguros:

Fue simplemente espantoso verles saltar por las ventanas de arriba. Había mangueras apagando el fuego pero no parecían servir de nada. Elinor, gracias a Dios, estaba conmigo. Yo había intentado convencerla de que hoy nos quedásemos a descansar en el hotel. En definitiva, estamos sanos y salvos y esperamos verte.

Su mujer:

Gracias al Señor que Hubert estaba conmigo. No tenía muchas ganas de salir en barco desde que tuvimos la inundación, pero le convencí de que viniese. Hace un tiempo estupendo, aunque por las noches refresca muchísimo. El cambio me ha sentado muy bien, y hemos conocido gente muy agradable.

Un niño:

Colgaban de los árboles como linternas mágicas.

Un pastor:

Pero los muertos resucitarán, no temo por eso. Y esta carne corrupta se hará incorruptible. La anciana con quien hicimos la excursión a las montañas pereció en el incendio. Pero mi alma glorificará al Señor.

Una pareja en luna de miel:

Nuestras vacaciones se han ensombrecido, pero de todas maneras somos muy felices. En la foto se ven el lago y las montañas, es un hermoso lugar, y el paisaje es impresionante.

La esposa de un panadero:

Tenemos el corazón deshecho. Nuestra querida madre ha

muerto en un terrible incendio que ha quemado el hotel. Gracias a Dios estábamos en el barco, pero lo vimos todo. Ardió como papel. Y pudimos ver la habitación donde estaba. Pero era una anciana, así que no debemos afligirnos mucho. Intentamos conservar la alegría por los niños, y tú debes hacer lo mismo.

Un dependiente:

Uno de los dormitorios llevaba mucho tiempo con las cortinas corridas, pero ayer estaban abiertas y creen que eso puede haber tenido algo que ver, aunque no veo cómo.

Su amante:

Creen que probablemente fue una de las sirvientas fumando a escondidas mientras hacía las camas. He visto a la chica japonesa fumando en el pasillo, lo que parece raro, pues normalmente son muy femeninas. Afortunadamente se quemó un ala que está lejos de nuestro dormitorio, así que nuestras cosas están a salvo.

Una pareja de jubilados:

Ahora dicen que la montaña (donde todavía hay cantidad de nieve) reflejó los rayos de sol. Como las gafas que usamos para leer, supongo. De todas formas es una tragedia horrorosa, así que ten cuidado con el fuego, querido. La servidumbre del hotel es maravillosa. A pesar de todo, ha valido la pena venir, son las vacaciones de toda una vida. Gracias por haberlo hecho posible.

Una cantante de ópera:

He venido a las montañas a descansar unos días antes de volver a casa. Creo que me está sentando bien. Las últimas semanas han sido agotadoras, y es delicioso no hacer otra cosa que disfrutar de la buena comida y el maravilloso paisaje. No duermo bien, es el único inconveniente, pero empiezo a relajarme un poco. Os veré pronto.

Una costurera:

Mi hijita ha muerto. Estoy destrozada. Te prometí enviarte una postal, querido, ¡pero con esta noticia! La van a enterrar aquí. Me voy inmediatamente después.

Un abogado:

> El único inconveniente es el ruido por la noche. Por supuesto que debemos compadecerles, pero nosotros también hemos sufrido una pérdida, y no es una excusa para estropear el sueño a los demás. Nos hemos quejado, pero el director no quiere o no puede controlarles.

Una prostituta retirada:

> Un caballero me piropeó por mi buena silueta, así que es evidente que no se me nota. Estoy reuniendo fuerzas día a día y acostumbrándome cada vez más. Siento un poco más caído el izquierdo, pero supongo que se me pasará. Tengo suerte, aquí hay mucha gente que está aún peor. El tiempo es bueno y la comida de primera calidad.

Nadie se sentía con ánimo de bailar. Los huéspedes cenaron en silencio y escucharon más enternecidos los dulces y melancólicos compases de la orquesta zíngara. Uno de su grupo, un violinista, había sido atrapado por el fuego en el ascensor, y su cadáver quedó irreconocible. Es posible que los jóvenes amantes hubieran bailado, pero no se presentaron a cenar.

Durante una de las pausas entre melodías, cuando solo prevalecía el tono bajo de la conversación sombría y el tintineo cortésmente silencioso de los platos, el comandante se levantó de su mesa (siempre cenaba solo, en una mesita de la esquina), fue hacia el estrado, murmuró algo al regordete y sudoroso director de la orquesta —que hizo una seña de asentimiento— y habló a los huéspedes por el micrófono. Dijo que le gustaría hablar con el mayor número posible sobre un asunto de cierta urgencia, y que si no les importaba tuvieran la amabilidad de coger una copa en el bar, después de haber cenado, y de reunirse en la sala de billar. Un silencio siguió a sus palabras, y después aumentó el tono de conversación. Aproximadamente un tercio de los huéspedes decidió averiguar de qué quería hablarles el «comandante loco» (como muchos de ellos le llamaban). Tras despachar las tazas de café y recoger en el bar brandis y licores, una considerable concurrencia se encaminó hacia la sala de billar y se acomodó en las filas de asientos en torno a la mesa. El tapete verde todavía se estaba secando de la inundación, y relucía bajo el foco como una piscina rectangular cubierta de verdín.

El comandante, que era inglés y se llamaba [4] se colocó junto a la cabaña de la mesa de billar y aguardó a que los rezagados se

apiñaran al fondo.

—Gracias por haber venido —empezó con voz firme y resonante —. Permítanme que rompa el hielo diciendo que no les he convocado para hablar de la muerte. La muerte y yo somos viejos conocidos y no me inspira ya ningún terror. Lloramos a quienes han muerto en la inundación y el incendio, pero no deseo hablarles al respecto. Esas cosas suceden. Son actos de Dios. No deberíamos consentir que esos sucesos arrojen una nube demasiado espesa sobre nosotros.

Un tranquilo murmullo de aprobación se elevó entre los huéspedes al oír estas palabras, y uno o dos miraron al alto y distinguido militar con un nuevo respeto.

El comandante bajó los ojos y apagó su cigarrillo muy lentamente, como si necesitase tiempo para ordenar sus pensamientos. Hubo un profundo silencio en la sala de billar, solo interrumpido por el ronroneo de un gato negro, la mascota del hotel (y el gran favorito de los clientes); se había introducido subrepticiamente entre el auditorio y estaba ovillado en el regazo de la mujer del relojero, que le acariciaba. El animal se había chamuscado malamente en el incendio, pero había sobrevivido sin gran daño.

—Han estado ocurriendo cosas raras, no obstante —prosiguió el comandante, resueltamente. Hizo una pausa para que sus palabras penetraran. Su verbo poseía el retintín de la autoridad militar. Habría tenido una buena guerra, pensó Henri Poussin, un ingeniero. Un cero a la izquierda antes y una nulidad de otro tipo después, pero cuando la tónica de los tiempos eran el apremio y la violencia, Lionheart tenía que haber sido el hombre indicado.

—¿Le importaría justificar esa afirmación, comandante? —dijo bruscamente Vogel, el abogado alemán.

El militar le miró con un desprecio apenas encubierto. Vogel era un cínico y un cobarde; le habían atrapado haciendo trampas a las cartas.

—Por supuesto que no —dijo el comandante, calmosamente—. Las estrellas que caen.

El silencio de la concurrencia se hizo aún más profundo, y todos —salvo Vogel— contuvieron al punto la respiración.

—Todo el mundo las ha visto —prosiguió Lionheart con calma —. No una o dos personas, sino todo el mundo; y no solo una noche, sino todas las noches. Grandes, brillantes, blancas estrellas.

—Grandes como hojas de arce —dijo la querida del dependiente, con voz suave y medio drogada. Se estrujó las manos, como

temerosa de haber hablado claro.

—Exactamente —dijo el comandante.

—Y las hojas de los olmos son rojas —dijo el relojero, levantándose de un salto y apartando la mano de su mujer—. ¿Lo ha notado alguien más?

Miró alrededor, excitado, y varias cabezas asintieron. Se refería al grupo de olmos que había al final del césped, detrás del hotel. La gente que había asentido bajó la mirada y se lamió nerviosamente los labios. Pero otras voces agitadas declararon que no era cierto. Su protesta apenas revelaba convicción, y en seguida enmudecieron. Se hizo de nuevo un silencio total, y una neta frialdad reinó entonces en la sala. Deseoso de evitar que cundieran la alarma y el desaliento, el comandante propuso que hicieran una pausa de varios minutos para que la gente subiera a servirse otra ronda. El militar se sentó, súbitamente cansado, y en el barullo de charlas y empujones hacia las escaleras, Vogel se le acercó; sus gafas sin montura centelleaban maliciosamente.

—Me sorprende usted, Lionheart —dijo, con bastante suavidad, pero asimismo una punta de desprecio y rencor.

El comandante se recostó en su silla.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Sembrando el pánico entre las damas. ¿Por qué no las ha dejado al margen de esto? No acepto por ahora sus ideas alarmistas. Pero aun suponiendo que fuesen ciertas, ¿no podría haberlas dejado al margen?

—En primer lugar, Vogel, está subestimando la inteligencia de las mujeres. Es una costumbre de personas que ejercen profesiones sedentarias; costumbre siempre imprudente, y en algunos casos peligrosa.

Vogel se ruborizó ligeramente, pero no perdió el control.

—¿Y en segundo lugar?

—Para su propia seguridad, por la seguridad de todos nosotros, tienen que saber que pueden amenazarnos cosas que no comprendemos. Por lo menos, yo no pretendo comprenderlas. Pero es que yo no he tenido el privilegio de una educación alemana.

El abogado se alejó bruscamente. El militar, disgustado, lamentó haberse dejado incitar a una observación descortés. Pero en seguida volvió a concentrar su pensamiento en los asuntos serios que les ocupaban, pues los huéspedes habían regresado con bebidas y aguardaban a que él reanudase el coloquio. Se puso de pie. Momentáneamente mareado, tambaleándose un poco, aferró la banda húmeda de la mesa de billar.

—Lo importante —dijo— es que contemos francamente lo que hemos visto o creemos haber visto; y, si es posible, encontrar explicaciones racionales. Por ejemplo, ¿soy el único que ha visto caer un rayo en el lago? Un rayo lívido, completamente vertical.

Miró en derredor con ojos interrogantes. Tras un breve y tenso silencio, una vieja enfermera se sonrojó y dijo sosegadamente:

—No, yo también lo he visto.

«Y yo», dijo un contable demacrado y de nariz ganchuda. Su mujer también asintió con la cabeza, vigorosamente. Varias personas más hicieron gestos reprimidos y turbados de asentimiento, y dieron un sorbo pensativo y preocupado a sus bebidas. El comandante preguntó si alguien más había presenciado sucesos extraños.

—Un banco de ballenas —dijo una atractiva secretaria rubia—. Ayer por la mañana, cuando fui a bañarme temprano. Pensé que estaba viendo cosas o, mejor dicho, *no* viendo cosas, si entiende lo que quiero decir, porque el lago no tiene desembocadura. No es posible, simplemente. Pero ahora me ha hecho usted pensar. Estoy segura de que no eran nubes bajas.

—Quizá vio usted su propia resaca —dijo Vogel con una risita disimulada.

—No. *Yo* también las vi —dijo la pálida hermana de Vogel—. Lo siento, Friedrich —añadió apresuradamente—, pero tengo que decir la verdad. Tuve que levantarme al amanecer, por una razón que no necesito precisar, y me asomé a la ventana.

—¿Y vio ballenas? —la apremió el comandante, con una suave y amable sonrisa.

—Sí.

Ella retorció su pañuelo y Vogel la miró con desprecio y repugnancia.

Al parecer nadie más había visto el banco de ballenas; pero nadie estaba levantado al amanecer del día anterior y el testimonio penosamente franco de la hermana de Vogel había causado impresión.

—¿Algún otro testimonio? —inquirió secamente el comandante —. ¿Sucesos raros, visiones extrañas?

Los ojos recorrieron la mesa, en el profundo silencio reinante.

—Entonces vamos a reflexionar sobre los datos que poseemos. Estrellas que caen. Hojas rojas. Un rayo. Un banco de ballenas…

Bolotnikov-Leskov, que sentado en el rincón más alejado se acariciaba su corta y elegante barba con aspecto atento y distante, intervino en este momento. La voz de tan eminente estadista

conquistó un instantáneo respeto, incluso de quienes no estaban de acuerdo con su política.

—No puedo sugerir nada con objeto de… —suspiró y extendió las manos— explicar lo de las estrellas caídas, las hojas rojas y el rayo. Pero *creo* disponer de una explicación para lo de las ballenas. Madame Cottin —hizo una reverencia a la señora regordeta vestida de azul, que a su vez inclinó su rostro sonriente a modo de respuesta— es corsetera. Y todos los corsés tienen, hablando llanamente, barbas de ballena. No me parece imposible que su presencia entre nosotros (que a todos nos ha alegrado mucho, gracias a su calor y vitalidad excepcionales) haya «llamado» a las ballenas, por así decirlo. Las ha atraído, cantado, convocado al hogar, llámenlo como quieran.

Madame Cottin, abanicando sus mejillas coloradas, dijo que, en efecto, había habido ocasiones en que las mujeres veían ballenas cuando ella se encontraba cerca.

Bolotnikov-Leskov le hizo una señal de gratitud con la cabeza, ruborizándose como un niño.

La explicación racional —o casi— de la aparición de las ballenas reconfortó a los presentes e infundió valor a algunos para mencionar los fenómenos que habían presenciado pero temido contar. Un pastor luterano dijo titubeando que había visto un pecho volando a través de los tejos una noche en que subía paseando camino de la iglesia, antes de cenar.

—Al principio creí que era un murciélago —dijo—, pero el pezón era claramente visible.

Una mujer de busto prominente y cabellos grisáceos declaró que recientemente le habían extirpado un pecho a causa de un bulto. El comandante Lionheart le agradeció su franqueza, y se oyó un murmullo bajo de compasión. Con el rostro marcadamente amarillo, Vogel dijo que *creía* haber visto un feto petrificado flotando en los bajíos del lago, pero que fácilmente podía haberse tratado de un pedazo de árbol fosilizado. Echándose a llorar, su hermana confesó haber abortado diez años atrás. Hubo un penoso y conmocionado silencio, y todo el mundo comprendió que Vogel ignoraba por completo aquel hecho. Le temblaron los músculos faciales, y el comandante sintió una ráfaga de piedad por el atónito abogado alemán.

Su hermana sollozaba inconteniblemente. Producía un sonido seco y fortísimo que casi resultaba intolerable; hombres que habían sobrevivido sin desmayo a la inundación y al incendio estaban encendiendo cigarrillos y puros, en un esfuerzo por calmar los

nervios. Sobrevino un enorme alivio cuando el pastor se inclinó por delante de Vogel, asió el brazo de la mujer con un apretón amable pero firme y la sacó de la habitación, abriéndole un pasillo entre los huéspedes y la mesa de billar. En el momento en que la escoltaban fuera, los que estaban cerca vieron que la mujer del panadero daba un codazo a su marido y le cuchicheaba algo al oído, y que él meneaba la cabeza. Pero una vez restablecido el silencio el hombre se levantó y, con la voz balbuciente y apenas audible de un miembro de la clase obrera, dijo que había visto un útero patinando por el lago. Estaba solo, pescando. El útero se había limitado a pasar rozando por la superficie y había desaparecido rápidamente.

—A veces, cuando uno está pescando, empieza a ver cosas, especialmente al amanecer y al crepúsculo. Pero no hubo error posible.

Se sentó, mirando de soslayo a su mujer en busca de su apoyo.

El comandante Lionheart no pudo reprimir una sonrisa burlona de sus dientes amarillentos al oír el acento bajo y cómico del panadero, aunque trató de fingir que estaba flexionando los músculos de las mejillas; e incluso Bolotnikov-Leskov, con todas sus ideas revolucionarias, sonrió solapadamente. El militar preguntó si alguien más había visto un útero deslizante. Una voz rompió el silencio y dijo que posiblemente había visto una barra de pan, y hubo risitas entre dientes que aliviaron la tensión. Pero otra voz anónima de hombre, desde el rincón en penumbras, restalló:

—¿Alguien ha visto los glaciares? En las montañas.

La declaración disipó todas las sonrisas e instauró en la sala un nuevo escalofrío.

Varios huéspedes realizaron tentativas de explicar las estrellas que caían, el rayo, las hojas rojas y los glaciares. Ninguna de ellas resultó convincente, ni siquiera para quienes las formulaban. Poniendo término a la reunión, el comandante recomendó vigilancia. Bolotnikov-Leskov expresó su gratitud al militar en nombre de todos los presentes —hubo otro murmullo de asentimiento— y propuso que, en caso de que alguien presenciara cualquier otro suceso inexplicable, informase inmediatamente a Lionheart; este tendría facultad para convocar otra reunión siempre que lo estimase necesario. La propuesta fue aprobada por sumisa unanimidad.

Al formar en filas de dos para subir la escalera, el panadero se halló junto a la anciana enfermera. Ella se aventuró entonces a contarle que su sobrina nieta, que esa noche no se encontraba bien y se había acostado temprano, había sufrido un mes antes una

operación en la que le fue extirpado el útero.

—La he traído aquí para que se recupere —dijo en voz baja, no queriendo que la oyesen—. Es muy triste, porque tiene poco más de veinte años. No he querido decirlo en público porque a ella le disgustaría que se supiera. Ya está bastante perturbada. Pero quería que lo supieran usted y su mujer.

El panadero le apretó el brazo, agradecido.

Hasta varias noches más tarde, los jóvenes amantes no se decidieron a bajar al comedor. Al hacerlo descubrieron que habían asignado su mesa a nuevos huéspedes. Prácticamente no tenía término la afluencia de esperanzados visitantes que llegaban al hotel blanco, y una mesa libre era un lujo que el establecimiento no podía permitirse. El jefe de camareros se lo explicó, disculpándose, a la joven pareja, diciendo que había supuesto que deseaban tomar todas las comidas en su habitación. Les rogó que aguardaran mientras él iba a decir unas palabras a Madame Cottin, una mujer rolliza, impúdicamente atractiva y artificialmente rubia que ocupaba sola una mesa para dos. Madame Cottin sonrió, aprobando la idea, e hizo una señal de bienvenida a la joven pareja que esperaba al otro lado del comedor. El jefe de camareros trajo velozmente una nueva silla y escoltó a los amantes hasta la mesa de la dama. Estaban muy apretados, y el joven se deshizo en disculpas por violar de aquel modo su intimidad; pero Madame Cottin desechó con risas todas sus excusas y rió con buen humor cuando las piernas chocaron embarazosamente debajo de la mesa.

Dijo que estaba encantada de tener compañía. Su marido había muerto en la inundación y la soledad no le resultaba fácil. Sacó un pañuelo y se enjugó una lágrima; pero pronto estaba, a su vez, pidiéndoles disculpas por imponerles su pena.

—Trato de no llorar muy a menudo —dijo—. Al principio estaba inconsolable, y estoy segura de que hacía desgraciado a todo el mundo. Pero me dije que debía serenarme. Era injusto con los demás, que han venido aquí a pasarlo bien.

El joven dijo que admiraba muchísimo su coraje. Había reparado en ella la vez anterior en que bajaron a cenar; la había visto riendo y bailando, era el alma de la fiesta. Madame Cottin esbozó una sonrisa forzada.

—No fue fácil —dijo. De hecho, había sido terriblemente doloroso fingir jovialidad mientras su corazón estaba en el féretro al lado de su marido.

Se había hecho un poco más llevadero, añadió, después de la

espantosa tragedia del incendio. La visión de la fresca pesadumbre ajena había acabado por crear una distancia entre ella y su propio duelo. Además, comparado con morir quemado, ahogarse era una especie de muerte misericordiosa. Siempre se ve a alguien que está peor que tú, dijo. Enjugó las lágrimas de nuevo; pero luego, no queriendo estropear la velada de sus compañeros, se puso más alegre y empezó a contar hilarantes historias, en especial sobre sus clientes. Ambos quedaron prendados de Madame Cottin. Las lágrimas le corrían por las mejillas al contar sus divertidas historietas sobre cómo ajustaba corsés a señoras (e incluso a caballeros). Tras haber comido con muy buen apetito, se dio una palmada en su estómago bien alimentado y dijo que era un anuncio viviente de sus propias mercancías. «¡Realmente voy bien servida!». Rió y separó las manos como un pescador que muestra el tamaño de la pieza cobrada. El panadero, de hecho, al tropezar con su mirada desde el otro lado de la sala, malinterpretó el gesto y lo superó abriendo los brazos todo lo que pudo, con radiante sonrisa. La velada transcurrió rápidamente, como si el relojero, que estaba sentado en la mesa contigua, hubiera triplicado la velocidad de todos los relojes de pared y pulsera.

Los amantes acompañaron a Madame Cottin a su habitación, que casualmente era la siguiente a la suya, al otro lado de la cabecera de la cama. Noche tras noche habían oído desgarradores sollozos procedentes de aquel dormitorio. Su admiración y respeto por ella se acrecentaron aún más: comprendieron lo que le costaría reprimir su aflicción todo el día. Y una vez más, esa noche, al caer el uno en los brazos del otro y empezar a desvestirse mutua e impacientemente, oyeron el rumor de la congoja de Madame Cottin detrás de la pared. Pronto dejaron de oírlo, sin embargo, perdidos en su propia incontinencia.

Más tarde tuvieron su primera disputa de amantes. Fue muy alegre y en ningún momento superó el tono de un susurro. Él estaba convencido de que estaban cayendo estrellas a través del cielo negro que se veía por la ventana, y ella sostenía que eran rosas blancas. Pero entonces pasó flotando algo que indudablemente era un naranjal y, dejando los susurros, se quedaron contemplándolo, admirados. Las brillantes naranjas relucían en el oscuro follaje susurrante. Los amantes salieron al balcón para ver cómo se hundía el naranjal en el lago. Cada fruta siseó por separado y se extinguió al tocar el agua quieta.

Sin que pudieran verla, Madame Cottin se hallaba al mismo tiempo asomada al balcón. No conseguía dormir. Vio que en el lago

había centenares de fanales, y un paño negro los fue apagando uno a uno. Había pasado otra noche llorando. Tras desvestirse y ponerse su camisón de algodón, vertió el frasco de cristal casi lleno de sus lágrimas.

Totalmente agotados, los amantes yacían en la cama uno junto a otro. Era extraño y refrescante no tener que escuchar ningún rumor de aflicción. No tenían idea de qué hora era. El tiempo, que había volado durante la cena, ahora se arrastraba para Madame Cottin, tumbada con los ojos abiertos en la oscuridad; y, de un modo diferente, no existía para los huéspedes dormidos, para los muertos depositados en las frías despensas ni para los amantes. Sus almas, columpiándose al borde del sueño, como alguien que oprimido por el calor se hace la cama en el balcón, peligrosamente, se acompasaron con el total silencio. El oído de ella era más fino que el de él, y oyó silencios que el joven no captaba. Ni siquiera se tocaban sus dedos. De vez en cuando la mano del joven jugueteaba cansadamente con la colina enmarañada de su vello púbico, con más afecto que lujuria; y a ella le gustaba que él le hiciera eso.

Él rompió el silencio murmurando que su montículo le recordaba una colina donde muchas veces había jugado y comido de niño. La colina estaba recubierta de helechos, y había jugado a cazador y cazado con un primo. Recordaba el temeroso placer de acechar o ser acechado a través de los rígidos helechos con su intenso olor veraniego. Era la única vez en su vida en que se había sentido realmente próximo a la tierra.

—Mi padre dice que hay cuatro personas presentes siempre que se hace el amor —dijo él—. Están aquí ahora, por supuesto. Mis padres.

La joven vio la austera figura de Freud a los pies de la cama, junto a su tímida esposa. El traje negro de Freud y el camisón blanco de su mujer se disolvían y fundían en el vestido de la joven, oscuramente tirado en el suelo, donde él lo había arrojado.

Lo que más les gustaba eran las puestas de sol. De las montañas emanaban nubes rosadas, como flores. (De hecho, la anciana enfermera vio una noche todo el cielo transfigurado en una enorme rosa carmesí, con innúmeros pétalos entretejidos; y sumisamente fue derecha a contárselo al comandante.) Aunque eternamente inmóvil, la rosa parecía girar sobre sí misma, y los amantes tuvieron la misteriosa impresión de que toda la tierra estaba girando. Así también giraban sus pechos en las manos del joven, a medida que la noche iba cubriéndoles; y asimismo daba vueltas su lengua mientras agitaba delicadamente el sexo de ella, o trataba de penetrar más y

más dentro, como si quisiera forzarla en la ladera de su montaña. Ella se estaba abriendo de tal modo que sentía que su vagina se ahuecaba hasta formar una caverna, de suerte que expelió aire como una ventosidad y a su rostro afluyó el rubor, aunque ella y él sabían que no era tal cosa.

El tiempo, con sus suaves manos de cirujano, estaba curando silenciosamente a Madame Cottin. Mientras los amantes pasaban el día en el aire enrarecido de la habitación, ella salía a pasear en torno al lago con el padre Marek, el anciano y bondadoso sacerdote católico. Sus convicciones representaban un gran consuelo para ella. La apremió a retornar al seno de la Iglesia, comparando sus efectos con uno de sus corpulentos corsés. Los dogmas religiosos, le dijo sonriendo, eran las barbas de ballena del alma. La analogía la deleitó, y lanzó una risita sofocada. Tras un hermoso y largo paseo matutino a través de los bosques y las flores silvestres, el cura y la corsetera pararon a tomar un refrigerio en una agradable posada junto al lago, a kilómetros de cualquier lugar. Al llevar el pan y el queso a una de las mesas en la ribera fluvial, vieron a Vogel y a Bolotnikov-Leskov. Se sintieron obligados a reunirse con ellos, aunque ninguna de las partes deseaba el encuentro. Bolotnikov-Leskov se hallaba en mitad de una perorata política, y había cobrado demasiado ímpetu para interrumpirse. El problema, explicó mientras Madame Cottin sonreía tristemente y dejaba que la mirada errase por el lago, era que su partido era el mejor para las masas, pero desgraciadamente ellas no podían darse cuenta. Temía que la única respuesta fuese la bomba.

El ojo de águila de Vogel captó el temblor de la mano del cura mientras este bebía su zumo de ciruela; notó también su tez colorada. Su formación jurídica le reveló que el eclesiástico había sido enviado de vacaciones para desintoxicarse. Ambos corseteros, el varón y la mujer, concluyeron rápidamente el pan y el queso y se disculparon por su apresurada marcha. Dijeron que querían bordear todo el lago.

Los jóvenes amantes estaban viviendo su segundo altercado, esta vez más serio. Él la estaba interrogando celosamente acerca de la relación sexual de ella con su marido; aquello la irritó porque era improcedente y pertenecía a un remoto pasado. La discusión sacó a relucir, por primera vez, la inmadurez del muchacho; la escasa diferencia de edad no había parecido significativa hasta entonces. En realidad ella ni siquiera la había notado. Pero de pronto resultaba demasiado evidente, en aquel arrebato de celos a propósito de los difuntos. De ahí pasó a enfadarse por otras cosas,

como los fétidos cigarrillos turcos que él fumaba todo el tiempo, llenando la habitación de un olor rancio e indudablemente arruinando para siempre su voz de cantante.

Al final, por supuesto, fue incluso más encantador que antes. Amorosamente acoplados en la cama, mirándose a los ojos, no podían creer que hubiesen intercambiado palabras hostiles. Pero tuvo que demostrar que pensaba más en él de lo que había pensado en su marido mediante una acción insólita: metiéndose su pene en la boca. Fue terriblemente íntimo hallarse cara a cara con aquel rico bulbo de tulipán, aquel monstruo rezumante y húmedo. En realidad, absorberlo con la boca era tan inconcebible como meterse una verga de toro. Pero cerró los ojos y lo hizo, con temor, para demostrarle que le amaba más que a su marido. Y no era desagradable, distaba tanto de serlo que sucumbió a la curiosidad; apretó, acarició y chupó el mástil de tal forma que se dilató aún más en su boca y eyaculó dentro de ella. Movido por los celos, la insultó en términos groseros, lo que a ella le excitó de un modo sumamente peculiar.

Era una excitación nueva, justamente en un momento en que pensaban que habían llegado al fin de la novedad. Por obra de una curiosa transubstanciación, aproximadamente al mismo tiempo sus pechos empezaron a dar leche; durante tanto tiempo habían sido lamidos.

Cuando bajaron a cenar, sus pechos reventaban. Disfrutaron del barullo de la actividad, la risa de los huéspedes, el dinamismo de los camareros, la vivacidad de la orquesta zíngara, el aroma de los platos; sus senos, fuertes y robustos bajo la seda mientras caminaba entre las mesas, gozaban de todo ello. La atmósfera del hotel blanco se había restablecido. El tiempo había curado. El espíritu animal había revivido. La orquesta zíngara había encontrado un huésped italiano que tocaba el violín incomparablemente mejor que el violinista muerto, de modo que los músicos, aunque lloraban a su compañero, se regocijaban con el espléndido sonido que estaban produciendo, puesto que el nuevo violín estimulaba sus modestas habilidades hasta nuevas cumbres.

Debido a la partida de varios clientes, el jefe de camareros pudo ofrecer a los jóvenes amantes una mesa mejor y más grande. Se sentaron a cenar con Madame Cottin y con el cura. La pareja mostraba un talante relajado y jovial tras pasar todo un día al sol y al aire fresco. El anciano de rostro colorado trazó con la mano un ademán aprobatorio y permisivo cuando la joven se abrió la parte delantera de su vestido, explicando lo llenos y doloridos que tenía

los pechos. El cura lo comprendió, porque su madre había sufrido la misma dolencia en sus años mozos. Tras limpiarse los labios con una servilleta, el joven se inclinó para cubrir el pezón con la boca, pero antes de que pudiera hacerlo manó leche encima del mantel. Ella se puso muy roja y se deshizo en disculpas, pero el padre Marek y Madame Cottin rieron, censurando su turbación, y un camarero llegó sonriente y limpió diestramente el salpicón con un paño blanco, dejando tan solo una tenue mancha. Preguntó si querían un mantel nuevo, pero todos dijeron que no era necesario; no era más que leche inocua.

La joven vio al cura mirando ansiosamente su seno rellenito mientras su amante chupaba. El cura jugaba con un vaso de agua y en su fuero interno anhelaba una bebida más fuerte. Ella le preguntó si no le importaría ocuparse del pecho que quedaba, y beber de él.

—¿Está *segura* de que no le importa? —dijo el anciano sacerdote, conmovido y halagado—. Reconozco que es muy tentador.

Miró de soslayo a Madame Cottin, que sonrió, aquiescente:

—Lo *es*, ¡desde luego! Después de todo hemos dado un largo paseo. —Apuró su vaso de vino y se sirvió otro—. Le sentará bien. ¡El agua no es bebida de hombres!

Él parecía todavía indeciso, vergonzoso.

—Me encantaría que lo hiciera —dijo la joven—. Por favor.

Y el joven apartó la boca del grueso pezón para decir:

—Hágalo, por favor. Es demasiado para mí, sinceramente.

El cura no necesitó más invitación y pronto estaba mamando, muy contento. No menos feliz y aliviada, la joven se echó hacia atrás y acarició el denso pelo liso de su amante y la rala testa del clérigo. Ella notó que el sol había herido la parte superior de la cabeza eclesiástica. Por encima de las dos cabezas, la joven sonrió a los ocupantes de la mesa contigua: el panadero, su mujer y los dos niños. Estaban dando sorbos de sus vasos de agua. El panadero había hecho ahorros durante unos años para aquellas vacaciones, pero no podía permitirse despilfarros. No obstante, devolvió la sonrisa al sediento cuarteto.

—No se lo reprocho, ¿y tú? —comentó a la mujer y a los hijos—. Si puedes hacerlo, ¿por qué no disfrutarlo mientras puedas?

Su mujer, cuya envidia cesó ante el aroma del pato asado que le habían servido en aquel momento, omitió el ácido comentario que estaba a punto de hacer y dijo simplemente:

—Bueno, es bonito ver alegre a todo el mundo.

En efecto, no había un solo rostro mohíno en el gran comedor, como si todos hubieran decidido simultáneamente compensar esa noche la tristeza de las cenas anteriores. Por su parte, los camareros expresaban un ánimo festivo, dando saltitos al compás de la música mientras pasaban corriendo y fingían hacer juegos malabares con las bandejas cargadas. Incluso el corpulento cocinero abandonó sus hornos y se asomó a ver la causa de tanta alegría. Recibió un aplauso clamoroso e hizo una mueca para expresar su deleite, secándose el sudor que le empañaba la cara redonda. Madame Cottin se levantó, fue hacia él y le hizo entrega de su vaso de vino vacío. Le señaló a sus amigos absortos y tiró del brazo del chef. Tímido, a regañadientes, dejó que empujaran su oronda armazón por la sala, mientras su amplia sonrisa enseñaba el hueco donde le faltaba un diente. Hubo aplausos y pataleos cuando Madame Cottin le acercó hasta la mesa. La joven de busto desnudo sonrió y saludó con la cabeza al tímido gigante de sonrisa abierta, y suavemente apartó del pezón a su amante. (El cura, feliz, seguía chupando, sin siquiera haberse percatado de los joviales sucesos que tenían lugar alrededor.) El joven, con los labios manchados de blanco, otorgó sonriente su espontáneo acuerdo, y el cocinero, inclinándose, tomó tiernamente el pezón turgente con el pulgar y el índice y lo ordeñó poniendo debajo el vaso de vino. Cuando estuvo lleno, lo levantó en el aire triunfalmente y bebió la dulce leche de un único y sustancioso trago. Ante los agradecidos comentarios de todos los comensales sobre la calidad de su cocina, volvió hacia la misma con una amplia sonrisa y las puertas de batiente se cerraron tras él.

En una mesa grande que ocupaba una familia de ocho personas, la festiva algarabía rivalizó con la mesa de los jóvenes amantes, disputándoles la divertida atención de los demás huéspedes. Estaban despachando botellas de dos litros de champán en un tiempo récord; rompían vasos, pronunciaban clamorosos brindis, y voces discordantes pero alegres entonaban las canciones zíngaras. Circuló el rumor de que el cabeza de familia, un anciano holandés casi ciego, había escalado la montaña de detrás del hotel y había regresado con una *tradescantia*, así llamada porque solo crece en lugares elevados y en fisuras de rocas únicamente accesibles a una [5] El anciano se había consagrado tardíamente a la botánica, y el hallazgo de aquel día culminaba su sueño más querido.

Cuando oyeron todo esto, Madame Cottin y la joven intercambiaron murmullos y llamaron al camarero. Acudió prestamente, todo oídos, y a continuación, con la misma agilidad, se plantó de un salto ante la familia de holandeses para transmitirles la

invitación de la joven. Casi antes de que pudiera terminar sus palabras, todos saltaron de las sillas y cruzaron el comedor como un rayo para aceptar la amable oferta. Y en cuanto acabaron su vaso de leche o bebieron directamente de su pecho, otros risueños huéspedes, ligeramente achispados, se levantaron para unirse a la cola. También la orquesta pidió su refrigerio. E incluso Vogel, sin perder por un instante su expresión altanera y su aire aburrido (como si dijera: aquí estoy, luego más vale que me una al rebaño), se acercó y mamó fugazmente del seno. Al volver junto a su hermana, se limpió la leche de los labios con una mueca sarcástica.

Declinando de repente, el sol pintó de mantequilla los árboles que se veían por las puertaventanas, y los huéspedes se serenaron. El cura, satisfecho, separó la boca del pezón y dio las gracias; entonces sintió una punzada de dolor en el corazón al recordar a su madre, le invadió un sentimiento de culpa al evocar su soledad y su pobreza, tan remota en su Polonia natal. Además, tristemente, había incumplido su voto. Tenía que prepararse para la misa de cuerpo presente en beneficio de las víctimas de la inundación y el incendio. Le tentaba más descabezar un sueño, pero debía cumplir con su deber. Se levantó y buscó al pastor. Iban a compartir las tareas de su ministerio. La joven se abrochó el vestido.

Sintió la mano de su amante tocándola por debajo del mantel. Habían bebido tanto que a ella le daba vueltas la cabeza. Su amante y Madame Cottin tuvieron que sostenerla mientras caminaba lentamente hacia la puerta del comedor. Protestó diciendo que se podía arreglar perfectamente, y pidió a Madame Cottin que subiera delante y cogiera el abrigo para ir al entierro. Pero la corsetera dijo que no iba. No podría soportarlo.

Ya en el dormitorio, Madame Cottin desnudó a la joven y la acostó con dulzura en la cama. El pene del joven amante había permanecido en su vagina incluso mientras subían despacio las escaleras; y entonces la afable viuda le dejó puestos el corsé y las medias para que él pudiera seguir dentro de ella todo el tiempo. La amante oyó vagamente los cánticos del cortejo al salir rumbo al cementerio, y tendida en la cama gozó apaciblemente de su amigo. Tenía los ojos cerrados, pero sintió que él le cogía la mano y se la guiaba adonde quería que sus propios dedos penetrasen también en la vagina, al lado de su falo. Amén de la uña acariciante de su amiga, el amante sintió la dureza del anillo de Madame Cottin.

—Me ayuda a sobrellevar la pena —murmuró la corsetera, y la joven musitó que la entendía: también su anillo de boda había sido una ayuda en la pesadumbre, y todavía no soportaba la idea de

quitárselo del dedo.

Transportaban los cadáveres en carretas; las oyeron pasar traqueteando a través de los pinos antes de sumirse en el silencio. La joven se sintió vacía en donde más llena estaba, y pidió más, soñolientamente. Al abrir los ojos con esfuerzo, vio a su amante y a Madame Cottin besándose apasionadamente.

El sendero que bordeaba la orilla hasta el cementerio de montaña era muy largo, y el cura ya había recorrido a pie el trayecto ese mismo día. Además, se sentía pesado por los alimentos que había comido y el fuerte licor que había bebido. Era evidente que otros se encontraban en su mismo estado, y pronto se cansaron de cantar los himnos funerarios. Guardaron silencio, escuchando el chirrido de las ruedas de carreta sobre el camino arenoso.

El sacerdote entabló una vacilante conversación con el pastor. Era la primera vez que conversaba algo extensamente con un ministro de la fe opuesta; pero el desastre crea extrañas relaciones, pensó. Fue un diálogo interesante sobre temas de doctrina. Por lo menos podían estar de acuerdo en que el amor de Dios estaba más allá de todo análisis. Abarcaba sin costuras ni fisuras la totalidad de Su creación. Ahora se tambaleaban de fatiga —porque el pastor tampoco era joven— y dejaron de hablar para conservar las fuerzas. Los pensamientos del cura volvieron a centrarse en el pecho que le había amamantado. Trató de recordar su redondez y calor. Pensó también en Madame Cottin, que le había dado tan buen consejo, en la caminata de aquel día, sobre sus sentimientos de culpabilidad.

Las amplias carnes de Madame Cottin, liberadas de las barbas de ballena que se le clavaban después de la copiosa cena, estaba siendo cosquilleada y hurgada por sus dos jóvenes amigos, y se revolvía, chillaba y reía al debatirse por escapar de sus manos. Había confesado tontamente que tenía cosquillas, y se aprovechaban plenamente de ello. No era rival para un joven fuerte, y mucho menos para una joven que también se abalanzaba sobre ella. Una o dos veces casi llegó a zafarse y a saltar de la cama, pero en ambas ocasiones el joven hincó los pulgares en la parte más tierna de sus muslos y ella tuvo que rendirse, tendida y jadeante. Entonces, debilitada y perdido el equilibrio, le agarraron por las piernas y se las abrieron de par en par, y ella gritó y se debatió de nuevo, muerta de risa mientras le cosquilleaban los pies. El joven se instaló entre sus piernas y acalló sus gritos con un beso, y tuvo que prometer, para poder respirar, que sería buena chica y le dejaría hacer. Madame Cottin jadeó y rió, más sosegada, y su risa dio paso a rápidas inhalaciones de sus labios, que sonreían tenuemente o

besaban los de él con breves y veloces toques.

Mientras una fuerte brisa tiraba del dobladillo de su abrigo castrense, el comandante Lionheart recordó otros entierros multitudinarios a los que había asistido y todas las cartas que había tenido que escribir. Cuando el color ya desertaba el cielo y el día comenzaba a oscurecer bajo la sombra de la montaña, creyó ver un naranjal que descendía flotando rumbo al lago; y también vio rosas. La impresión fue lo suficientemente vívida para decidirle a mencionar el hecho durante la próxima reunión, proyectada para la noche siguiente. Las rosas coincidían extrañamente con la visión que había tenido la anciana enfermera. Antes no le había prestado demasiada atención, pues la mujer rondaba la edad en que se chochea. Sintió pena por la callada, triste y encantadora muchacha a cargo de la anciana. Pero tal vez esta *había* visto realmente una rosa en el crepúsculo. La tradescantia… también eso era raro. El padre Marek empezó a dirigir la palabra a la hilera del frío y envarado cortejo, y el comandante desvió su pensamiento hacia el atractivo y joven teniente —su sobrino— que llegaría en el primer tren del día siguiente. Pasarían un buen rato esquiando. Allí arriba estaba su pendiente favorita.

El universo, pensó Bolotnikov-Leskov, es una célula revolucionaria que comprende un solo miembro: el número perfecto para la seguridad. Dios, si existiese, apretaría los dientes bajo la más cruel tortura y de sus labios no saldría una sola palabra de traición, puesto que no tendría nada que traicionar, nada sabría.

Escuchando solo a medias lo que musitaba el sacerdote, contempló a sus pies con curiosa indiferencia la tapa del féretro que ocultaba el cuerpo de la ingenua joven que había compartido su fervor; de hecho, había sido tan devota que le hablaba del advenimiento de la edad dorada incluso mientras hacían el amor.

Los gatos, pensó el violinista Enrico Mori, no tienen quien les lea consoladoras mentiras. Los gatos saben que no hay resurrección, salvo si la trasplanto a mi música. Acarició la cabeza del gato negro que les había seguido a lo largo de todo el camino desde el hotel. Descansaba ronroneando en los brazos de la prostituta aquejada de cáncer. Sabía que era una prostituta porque una vez ella le había mantenido mientras estudiaba música en Turín. Se habían reconocido la primera noche, y la ramera se sonrojó al verle y se alejó.

En su alocución, el padre Marek estaba hablando del sudario de Cristo, manchado con Su sangre. Su faz milagrosa estaba diciendo: «Confiad en mí, yo he soportado por vosotros la oscuridad y el frío

de la tumba». Mori advirtió que el pastor, situado junto al sacerdote, parecía incómodo. Por supuesto, pensó, no le gusta esta charla a base de imágenes.

Cuando el pastor se hizo cargo del oficio, leyendo el entierro protestante, Mori miró abajo, a su derecha, donde reposaba un ataúd diminuto. Los llorosos padres lo cubrían de flores. Mori solo había hablado unos minutos con la niña; ella le había preguntado si podía probar su violín. Pero en tan breve tiempo se habían hecho amigos, y sufrió un sobresalto al enterarse de que había muerto abrasada.

Le divirtió, no obstante, ver que el gato saltaba de los brazos de la prostituta y salía disparado por el sendero como alma que lleva el diablo. Pronto se perdió de vista en el camino que llevaba al hotel. Convocado a vísperas, pensó Mori, porque las campanas de la iglesia de detrás y encima del hotel blanco habían empezado a repicar; el sonido se esparció débilmente a través del lago y un pescador solitario en el medio del agua comenzó a quitarse el sombrero. A la derecha de Mori, la madre de la chiquilla se desplomó en el suelo y, como obedeciendo a una señal, otras mujeres de la fila se desvanecieron. Ese era el problema de un oficio fúnebre mixto, pensó Mori: es demasiado largo, crea una excesiva tensión nerviosa.

Un trueno estalló en los oídos de todos los presentes, y Lionheart, mirando hacia arriba, supo que el final había llegado. Había oído en su vida truenos más tonantes, y siempre había escapado sano y salvo; pero esta vez no había escapatoria. El pico de la montaña se había desgajado, y gigantescos cantos rodados bajaban retumbando por las faldas del monte. Las personas en duelo habían iniciado un himno propiciatorio, y por un momento pareció que la música sostuviera las piedras en mitad del aire. La tierra se estaba abriendo a sus pies.

La joven vio cómo los dolientes caían en la zanja uno tras otro, como afligidos por una pesadumbre intolerable, uno por uno. Contempló cómo se crispaban convulsivamente y la tierra y las rocas se derrumbaban sobre ellos. La oscuridad, esa noche, cayó de un modo muy súbito mientras escuchaban, tumbados en la cama, el silencio tras el trueno. Frío bajo la sombra de la montaña, el aire seguía siendo cálido en torno al hotel blanco, y dejaron la ventana abierta. El lago bebió de un trago la luz del sol, y no hubo luna que la reemplazara. Todos tenían mucha sed, y el joven tocó el timbre para llamar a la sirvienta. La muchachita japonesa se sobresalió al ver tres cabezas en la almohada, y ellos festejaron con una risita su

desconcierto. Les llevó tres vasos y una botella de litro de vino.

El vino de mucho cuerpo les revivió. La experiencia había sido incomparable para los tres y hablaron de ella, dichosos. Madame Cottin observó, complacida, que los jóvenes amantes conservaban incólume su mutuo afecto y lo demostraban por medio de besos y juguetones mordisquitos.

Lejos de dañar su amor, la experiencia lo había robustecido; o por lo menos eso creía la joven. La generosidad siempre recompensa a quien la ejerce, y su amabilidad con la mujer solitaria y afligida había estrechado aún más su vínculo. De modo que se sentía feliz. Y su amante también lo era porque estaba tumbado cómodamente entre ambas, carne sabrosa entre dos rebanadas de pan. Bebió, encendió un cigarrillo turco para Madame Cottin y se lo entregó; encendió otro para él, dio una bocanada, exhaló el humo con un suspiro de placer y se volvió para dar a su amante un beso afectuoso.

Madame Cottin les envidió sus firmes cuerpos jóvenes, pues a los treinta y nueve años sabía que había rebasado con creces sus tiempos mejores. Y las campanas de la iglesia, repicando como si viniesen de la habitación de arriba, acrecentaron su melancolía. Probablemente, lo máximo que podía esperar de la vida a su edad eran unas breves aventuras como aquella; pero la mayor parte del tiempo solo poseería soledad. Alcanzó la botella de vino y se sirvió otro vaso; pero el líquido dejó de caer cuando el vaso se hallaba medio lleno.

—¿No hay más que esto? —preguntó, excusándose.

—Es todo lo que sabemos al respecto —dijo la joven, con tono pensativo—. Es lo único de lo que podemos estar seguros. Completamente seguros.

Puesto que habían terminado el vino, el joven empezó a mimar los pechos rellenos y más bien fláccidos de Madame Cottin. Le separó las piernas y se encaramó sobre ella. La joven ofreció un pezón a la corsetera, puesto que el vino se había transformado en leche y tenía otra vez los senos doloridos y llenos. Madame Cottin se lo llevó con gratitud a la boca. Al mismo tiempo él se puso a chuparle el suyo, y el círculo del placer se hizo casi completo. El joven estaba muy excitado, con el pene muy tieso, y empujaba tan fuerte que Madame Cottin gritó; al hacerlo juntó los dientes y mordió el pezón de la joven, extrayendo sangre mezclada con leche. Era ya tarde cuando Madame Cottin se vistió y volvió a su habitación. El hotel estaba oscuro, silencioso.

El timbre nocturno despertó al adormilado portero de noche. Al

abrir la puerta entraron Bolotnikov-Leskov y Vogel; parecían cansados, sucios, despeinados. Ambos pidieron que les subieran a sus habitaciones gran cantidad de café, un generoso brandi y una ronda de bocadillos, así como los periódicos habituales de la mañana. Bolotnikov-Leskov deseó cortésmente buenas noches a Vogel al separarse en el primer piso. Ni siquiera le gustaba el abogado, pero compartían los mismos principios generales en la vida. Además, Vogel era un superviviente, como él mismo, y hombres así valen lo que mil derrotados virtuosos.

Hacia el atardecer del día siguiente él estaba intranquilo y sugirió que se levantaran de la cama y salieran a pasear por las montañas. Ella estaba cansada y hubiera preferido un paseo junto al lago: quizá con Madame Cottin. Mientras sus ojos se iban acostumbrando al diluvio de luz, la joven vio que la pequeña sirvienta japonesa había estado llorando. Le preguntó si le ocurría algo, y la muchacha le habló del desastroso desprendimiento de tierra que había sepultado a los dolientes. Estaba muy trastornada porque había cogido cariño al comandante inglés, que fue una de las víctimas. Había descubierto, sorprendida, que el militar visitó antaño su patria e incluso conocía un poco de su lengua. Solo, a la espera de que llegase un sobrino suyo que era teniente del ejército, le había pedido que saliera con él de paseo durante las horas que ella tenía libres por la tarde. Se había interesado mucho por sus estudios y había demostrado ser un amigo inteligente y afable. Le echaría de menos.

Agradecida por la comprensión de la joven, la sirvienta se disculpó un momento y volvió apretando contra el pecho un libro delgado que dijo que el militar le había dado justamente la víspera, durante su último paseo juntos. La joven cogió el libro y vio escrito en la sencilla cubierta: *Reina de los prados*, poemas de Harold Lionheart. Hojeó rápidamente los veinte o pocos más poemitas del volumen y lo devolvió a su dueña con un gesto de entendimiento.

—Es un recuerdo suyo —dijo.

Con los ojos humedecidos, la muchacha abrió el libro por la primera página y se lo volvió a entregar. La joven vio unos versos escritos con buena caligrafía y con la siguiente rúbrica: «Con amor, el comandante Harold Lionheart». La muchacha explicó que ella le había hablado de unos pequeños versos que debía escribir durante las vacaciones por encargo de su profesor. Y el día anterior, al llevarle el té de la mañana, el militar le había regalado el libro con los versos japoneses traducidos en la primera página. El detalle

conmovió tanto a la chica que le arrancó lágrimas. La joven leyó las líneas caligrafiadas:

Al ocaso,
hasta el hueso de la ciruela puede tornar
carmesí el lago verde.

La ciruela que se casa
con un buey puede esperar
gran tristeza, magno júbilo.

Como morder una ciruela
para llegar al hueso, la pasión
dura esta hora solamente.

Cuando la ciruela madura
el cisne vuela. Cuando mi amor
está cerca, mi corazón canta.

Detrás del hotel, el sendero que ascendía la montaña era rocoso y escarpado, serpenteando entre grupos de alerces y pinos. Al principio caminaron con sendos brazos en torno a ambas cinturas; pero en cuanto se estrechó la senda y se volvió más empinada, él dejó que ella fuera delante. Llevaba la ropa más inadecuada para una escalada, pero era el único vestido que tenía. En el calor muerto, el sudor le pegaba el vestido a las nalgas y a los muslos; y él no pudo resistir la tentación de deslizar su mano de vez en cuando por la hendidura entre las dos piernas. Llegaron a una terraza fresca y herbosa donde la aguja de la iglesia anidaba entre los tejos. Haciendo un alto para respirar, él le rodeó con los brazos la cintura y le giró la cara para poder besarle la garganta y los labios. La acostó sobre la hierba corta.

—Puede venir alguien —susurró ella, mientras la mano le alzaba la falda hasta la cintura.

—No importa —dijo él—. Te deseo. Por favor.

Un burro atado pastaba en la hierba segada, y al enrollar la cuerda en la estaca del vallado hacía su dominio cada vez más reducido. El animal pertenecía a una Orden de monjas que vivían y rezaban en la casa convento anexa a la iglesia. Sin que los amantes la vieran, una monja vieja y encorvada salió portando un cesto de ropa sucia, pues cerca de donde estaban había un manantial. Creyeron oír el ruido de rocas cayendo sobre ellos, pero era la anciana religiosa sacudiendo la ropa con una recia estaca.

Turbada, la joven se separó de su amante y se bajó nerviosamente el vestido. La monja dejó un momento la tarea y les brindó una amplia sonrisa desdentada.

—No se inquieten —dijo—. Aquí nada es pecado gracias a este manantial, ¿saben? Prueben este agua antes de marcharse. Pero no tengan prisa. Siento haber interrumpido. No tardaré mucho.

Explicó que la Orden necesitaba ropa blanca limpia para el oficio conmemorativo por el padre Marek y los otros católicos muertos en la avalancha. Se persignó píamente.

Los amantes siguieron haciendo el amor, tras una pausa para dar las gracias con una sonrisa a la religiosa, que les deseó un buen día y buena suerte y se marchó con su pesado cesto de ropa mojada. Ahuecando las manos, los amantes bebieron del manantial. El agua estaba helada y era refrescante. Mientras se sacudían la hierba de sus ropas miraron el lago, abajo, asombrados al verlo tan rojo como la más jugosa de las ciruelas.

El sendero ascendente se perdía entre cantos rodados y engañosas extensiones de nieve, y tuvieron que caminar con mucho tiento. A veces fue preciso avanzar gateando; y la oscuridad que sobrevenía velozmente acrecentaba la dificultad.

—Me he roto el vestido —comentó ella; y él dijo que por la mañana irían a la estación para ver si su equipaje había aparecido. En caso contrario, podrían preguntar a la sirvienta si había una tienda donde comprar ropa.

—Y un cepillo de dientes —dijo ella—. Me bastaría con eso.

El objetivo de su escalada era un pequeño observatorio construido en la montaña pero más tarde abandonado. Lo encontraron cuando ya el sol se ocultaba tras un pico, trayendo la noche en el mismo momento. Hacía un frío espantoso, y la joven se dijo que ojalá hubiera llevado un abrigo. Entraron en la armazón negra. No había nada dentro, excepto una abertura en el techo para un telescopio que nunca llegó a instalarse.

Él había calculado mal el tiempo que tardarían en escalar la montaña. No había posibilidad de efectuar el descenso esa misma noche.

—Yo te daré calor —dijo él; se tumbaron en el suelo glacial y la apretó estrechamente entre sus brazos. Por la ranura del techo cayeron sobre ellos flecos de nieve.

—Por favor, no me dejes embarazada —musitó. Él pudo ver que el blanco de sus ojos era más inmaculado que los copos de nieve. Ella pensó: Así es tan fácil que suceda. No, irónicamente, en un lecho cálido sobre el que caen rosas y naranjales, sino en una noche

helada, cuando las estrellas descienden como copos a través de una ranura diminuta. Un frío fleco cayó sobre su mejilla y la joven pensó: Es la simiente de Dios. La ferocidad con que el joven le hizo el amor le proporcionó calor. Oyó torrentes montaraces, los oyó débilmente no solo en aquella montaña, sino en todas las que rodeaban el lago y el hotel blanco. Y los torrentes cantaban, porque la noche y la nieve consentían que los montes se reunieran; cantaron como lo hicieron las ballenas al alba, sin ser oídas, cuando la secretaria y la hermana de Vogel las habían vislumbrado.

A la joven también le había alegrado la densa cascada de nieve que caía, medio enterrando el iglú. En la noche cayó el cielo entero, todas las estrellas y las constelaciones. Ella escuchó el mismísimo comienzo del universo, un sonido muy suave y susurrante.

Amanecieron cercados por la helada y muertos de hambre; tuvieron que conformarse con acumular nieve, un racimo entero de blancas estrellas, y con beberla cuando se fundía. Salieron a través de la pared de estrellas que se había formado en la entrada, y miraron boquiabiertos lo blanco que estaba todo. Incluso el lago se veía recubierto de hielo. Entre este y la nieve únicamente asomaba el verde oscuro de algunos pinos y abetos. El hotel blanco mismo irradiaba blancura. Había simplemente una densa nieve en donde creyeron que debía estar el establecimiento.

—Tenemos que encontrar el camino de vuelta —dijo él, sin esperanza.

—Ya sabes que no es posible —respondió la mujer—. No podemos encontrar la huella de nuestros pasos. Además, ¿para qué? Recuerda lo que dijo la monja, que aquí no hay pecado.

El joven no respondió; se limitó a mesarse su esmerado bigote como si quisiera persuadirse de que seguía existiendo, y emprendió la ardua marcha. A medida que el sol fue despuntando y las nubes se disipaban velozmente, se sintieron más alegres. El esfuerzo de caminar torpemente por la nieve les reactivó la circulación sanguínea; se estremecieron de calor y energía. Vieron el hielo del lago quebrándose en témpanos, y a estos desvanecerse en el agua azul. Unos cuantos pájaros estaban silbando. La nieve resbaló con un siseo de la aguja de la iglesia, y guiándose por ella no les resultó difícil seguir el sendero. A mitad de camino entre el observatorio y la iglesia había una superficie plana de descanso, con un asiento de madera y un telescopio, y a través de su lente vieron a los alpinistas que atacaban la cara vertical de la montaña, al otro lado del lago.

Se sentaron allí y se besaron, felices. El día se estaba haciendo hermoso; la nieve fundiéndose caía al lago, estrepitosa, desde un

millar de torrentes y para entonces ni una sola nube empañaba el cielo. Pero seguían sin divisar el hotel blanco.

El joven se levantó y fue hacia el telescopio. Lo tumbó hacia abajo en dirección del hotel, y cuando se deshizo un pedazo de nieve que fue a depositarse en el mirador, vio la ventana de su dormitorio. En efecto, allí estaban las palabras que ella había trazado con el aliento y el dedo, justo antes de partir: una frase de Heine. La llamó para que lo viera. Ella sonrió al distinguir dentro, vagamente, los cepillos de pelo de su amante, la bandeja de té sin recoger y la cama deshecha. Empezó a preocuparse, sin embargo, por no haber explicado a la sirvienta la causa de las manchas de sangre que había en las sábanas. Pero ella tenía que estar acostumbrada a ver lechos caóticos, los anales del amor humano.

Dejó que su amante le quitara el telescopio, y el joven comenzó a girarlo a la ventura. Vio edelweis ondulándose en la brisa, probablemente a unos quince kilómetros de allí. Apartando el telescopio de la lejana montaña hacia el azul del lago, captó el reflejo de la luz solar y tuvo que desviar la vista. Miró de nuevo con mayor cautela y vio que era el reflejo de un broche de metal sobre la liga de un corsé blanco. El metal había desgastado ligeramente el elástico y, creyendo reconocerlo, respiró hondamente.

—¿No es Madame Cottin? —preguntó.

Ella aplicó el ojo a la lente y vio un pálido y rollizo muslo contra el deslumbrante azul, y un cardenal que se difuminaba. Y allí —al ladear levemente el telescopio— había una tensa cara rosácea.

—Sí, es Denise —dijo ella. Él volvió a mirar y sonrió. Había otra gente cayendo cerca de ella; sin embargo, con el ojo desnudo no se veía más que un teleférico arrastrándose despaciosamente entre dos montañas. El cardenal que le había hecho a Madame Cottin en el carnoso muslo le incitó a rodar con su asustada amiga por la corta y mojada hierba de montaña. Ella intentó gritar que el aire era demasiado escaso; la súbita pasión del joven la obligó a respirar hondo para no ahogarse.

Cuando el teleférico se soltó de uno de sus cables y expulsó a los pasajeros aterrados por la parte de arriba, descubierta, lanzándolos al aire, el hijo del panadero tuvo la suficiente presencia de ánimo para agarrar fuertemente al gato negro que había subido a bordo tras sus pasos. Simplemente debido a una caricia que el niño le había hecho en la escalera del hotel, el gato le siguió a lo largo de todo el sendero hasta el teleférico. Ahora el animal maullaba y arañaba, pero el niño lo sujetaba firmemente.

No le estaba chupando el pezón, sino que lo hacía vibrar

rápidamente con la lengua; como el niño que levanta ondas rozando el agua de mar con una piedra lisa. El movimiento del aire alzaba sus faldas y las enrollaba en torno a la cintura; por eso las mujeres descendían más despacio que los hombres. Con el corazón en la boca, Madame Cottin vio a un atractivo muchacho holandés que caía completamente vertical —como ella— a muy pocos centímetros de su cuerpo, y tuvo la extraña sensación de que no descendía hacia la muerte, sino que sus fuertes brazos la izaban en alto. Una vez, inolvidablemente, había visto bailar a Pavlova; ahora, joven y delgada, se había transformado en la bailarina. Los hombres y los niños llegaron antes al suelo o al lago. Madame Cottin vio que el hijo del panadero aterrizaba en un pino, con los pies por delante, y se las ingeniaba para volverse de espaldas (espalda que se partió al instante) a fin de garantizar la salvación del gato. El negro minino saltó de sus brazos y bajó por el tronco clavando las uñas.

A continuación aterrizaron las mujeres y las niñas; y en último lugar, tras un lapso que pareció una eternidad, una nube de esquíes, brillantes a la luz del sol, se hundió en los pinos o el lago.

Descansaron de nuevo junto al manantial —donde el burro aún pacía— y ahuecaron las manos para beber el agua pura. Visitaron la iglesia, llena de flores para el oficio fúnebre, y luego erraron por el cementerio tapiado que los lugareños reservaban para sí. El camposanto y los tejos retenían el calor. Cada tumba ostentaba en la lápida una fotografía sonriente de la persona fallecida; y había muchas jarras de cristal con siemprevivas. Una anciana de negro se inclinó para ver la foto de una de las sepulturas, y la joven se avergonzó de que la vieran con el vestido desgarrado.

—No me gustan las siemprevivas —dijo, enlazando el brazo con el de su amante y llevándole fuera del cementerio.

A medida que se acercaban al lago, ella vio peces nadando en sus aguas: millones de aletas argénteas o doradas retorciéndose y girando sin objeto para siempre jamás. O al menos eso pensó. De hecho no eran movimientos sin objeto; advirtió que nadaban en busca de alimento; los ojillos redondos y estúpidos miraban con curiosidad (para darse un banquete) las enormes formas grises que se sumergían en el agua. Los peces coleteando le recordaron a renacuajos en una charca y también al esperma, una foto que su aya le había mostrado, esperma amplificado a mil veces su tamaño. Coleteaban sin aparente objetivo, y sin embargo estaban buscando.

Esa noche, en la cena, al joven le sorprendió que ella estuviera callada y deprimida. Y no porque la depresión reinase en la atmósfera, puesto que persistía la animación general. Había llegado

una nueva muchedumbre de turistas y, naturalmente, no cabía esperar que se afligiesen por infortunios que les habían precedido. Al contrario, su estado de ánimo era excelente al comienzo de las vacaciones. Solo quedaban unas cuantas caras familiares: Vogel, los miembros más mayores de la familia holandesa (comiendo en silencio), Bolotnikov-Leskov y la joven pálida, triste, patéticamente delgada, en compañía de su anciana enfermera.

Tanto la orquesta zíngara como el personal de servicio trataban de mantener un ambiente jovial en atención a los recién llegados; pese a que ellos mismos habían perdido a algún ser querido. El acordeonista había convencido a la popular sirvienta japonesa de que intentara esquiar en su medio día libre. La noticia disgustó a la joven cuando el camarero se la comunicó. Evocó algunos de los versos de la japonesa, traducidos por el comandante inglés, y se los recitó a su compañero:

> La ciruela que se casa
> con un buey puede esperar
> gran tristeza, magno júbilo.

A diferencia de su amigo, ella no los consideraba divertidos; le parecían preocupantes, enternecedores, incluso eróticos. Se puso en el lugar de la ciruela, rezumando su humedad virginal y temblando en el tálamo a medida que llega la hora en que el buey se acerca. Previó la temible ruptura del himen, la horrorosa penetración. La idea le estremeció, le deparó sudores.

Pero sabía que no debía verlo de ese modo. Era lo que le estaba deprimiendo; y finalmente, mientras tomaban un sorbete de limón, se lo contó. Se preguntaba si había llegado a estar obsesionada con el sexo. Reconoció pensar en ello casi todo el tiempo. Incluso gozaba en su corazón al recordar la palabra fea que había llevado el rubor a sus mejillas cuando oyó que la decía el comandante inglés en las ramas del abeto. Y otras palabras que hasta le avergonzaba conocer. Le regocijaban porque eran sucias. Nunca había hablado a nadie de aquella perversidad íntima.

Él sonrió con benevolencia y cogió sus manos. Ella las retiró y rodeó con ellas, ausente y perturbada, la taza de café.

—No es como si el mundo que me circunda fuese sexual —dijo —. Si fuera así, hasta cierto punto tendría disculpa. Si hubiera peces engendrando millones de huevos, viñas preñadas de uvas, dátiles doblando las palmeras con su peso, melocotones anhelantes de que el toro llegue por la noche.

Alzó la vista de la taza de café, buscando ayuda en los ojos

verdes de su amante; pero él evitó su mirada, descansó la mejilla sobre un dedo y se volvió para observar a la orquesta. Su negativa a ayudarla la enfureció, pues él era en gran parte responsable de sus obsesiones. Antes de conocerle, las había mantenido controladas.

—Y si no estoy pensando en el sexo, estoy pensando en la muerte —añadió amargamente—. A veces en las dos cosas al mismo tiempo.

Cogió un cuchillo de la tabla de quesos y lo estrujó con manos tensas.

No agregó que había previsto las muertes de Madame Cottin, de la estudiante japonesa, de la mujer con un solo pecho y de todos los demás; o de que preveía la muerte de él y la suya propia.

La joven alegró el ánimo cuando él le trajo un licor del bar y ambos salieron a la agradable terraza para disfrutar de los últimos rayos cálidos de sol. Algunos de los recién llegados ansiaban hablar con ellos, sabedores de que habían presenciado la tragedia del teleférico. Los nuevos huéspedes fingían horror y piedad, pero subterráneamente prevalecía un sentimiento de excitación mucho más poderoso ante el imponente drama que acababan de perderse; así como el infinito alivio de que el accidente hubiera ocurrido hoy en lugar de mañana.

De pie o tambaleándose al lado de Bolotnikov-Leskov, Vogel, borracho, estaba con un grupo de recién llegados. Estaba diciendo en voz muy alta que podría haber sido peor: había un gran número de judíos entre las víctimas. Pensaba en Madame Cottin y en los jóvenes miembros de la familia holandesa.

Era un comentario indeciblemente ofensivo en presencia de la anciana pareja holandesa y de la muchacha inválida. Se hizo el silencio. Su amigo ruso, incómodo, se apartó de Vogel. Al volver, se disculpó ante los judíos que habían oído las palabras injuriosas. Era inexcusable, dijo; pero debían tener la caridad de recordar que Vogel había sufrido más que muchos los desastres del hotel blanco, habiendo perdido un primo en la inundación, un amigo querido en el incendio y a su hermana en el desprendimiento de tierras. Además, él —Bolotnikov-Leskov— y Vogel se libraron por puro milagro, puesto que se habían adelantado al grupo principal con intención de usar el teleférico, pero en el último minuto cambiaron de idea debido a la incertidumbre del tiempo. Ellos también podían haber salido volando por los aires.

Así que tal vez se podía disculpar a Vogel por embriagarse y dar libre curso a comentarios insultantes. No obstante —debía admitirlo —, no era el más agradable de los hombres en los momentos

mejores.

Uno de los nuevos huéspedes, un médico belga, preguntó si se creía que la ruptura del cable pudiera haber sido un acto de terrorismo político. Bolotnikov-Leskov afirmó que era una hipótesis imaginable. De ser así, lo deploraba, aun cuando, a su juicio, tales actos desesperados habrían de repetirse forzosamente en tanto hubiera en el mundo injusticia y violencia ejercida contra el pueblo.

A los nuevos huéspedes empezaba a incomodarles la charla sobre violencia y terrorismo, y la conversación que tenía lugar en la terraza desembocó poco a poco en temas más gratos, como las probabilidades de que al día siguiente hubiera nieve firme y tranquilas aguas.

Los jóvenes amantes se fueron a la cama, y lo único inquietante que amenazó su descanso fueron las tenues pero frecuentes llamadas de teléfono en las profundidades del hotel. Casi siempre se trataba de gente que solicitaba habitaciones, pues el hotel blanco era extremadamente popular y tanto en verano como en invierno recibía más peticiones de las que era posible atender. Desde este punto de vista solamente, las catastróficas muertes de los días pasados eran un don del cielo; pero ni siquiera aquella insólita y rápida desocupación bastaba para satisfacer la demanda, y hubo que rechazar a muchos clientes. El personal del hotel hizo maravillas para acomodar al mayor número posible de personas. El mismo día de la muerte de Madame Cottin, los jóvenes amantes oyeron que metían a rastras por la puerta contigua una cama de campaña, a fin de hacer sitio para un joven matrimonio y su niño.

Se encontró sitio también para una joven pareja con un bebé muy en camino. En realidad no había espacio para ellos, pero la mujer lloraba enloquecida y finalmente se despejó un desván. En mitad de la noche, los gritos de la muchacha despertaron a los amantes; a continuación oyeron a la infatigable servidumbre corriendo con toallas, agua caliente y las demás cosas necesarias para un parto. En aquella otra noche de frío intenso y nevada, fue providencial que se hallara un hueco para la pobre mujer. De todas formas, era insensato haberse presentado en el hotel sin certeza de encontrar habitación y con un embarazo tan avanzado.

Honraba a la servidumbre excesivamente atareada el hecho de que nunca se quejase. Era sencillamente maravillosa; el calificativo figuraba, en diversas formas, una y otra vez en el libro de huéspedes… «Comida suculenta y ningún problema. Hasta el año que viene…». «Mejor que mejor. Nos han tratado a cuerpo de rey». «Gracias por alojarnos. Servicio e instalaciones excelentes.

Volveremos…». «Buen precio…». «Ningún sitio nos ha gustado más. Lo pasamos bien cada minuto». Todo el personal, desde el limpiabotas hasta el director, arrimó el hombro durante las horas libres para restaurar el ala quemada y poder tener todas las habitaciones disponibles. Incluso el jefe de cocina, el radiante y corpulento chef, colaboró en la restauración; lo que resultó embarazoso, pues un día los amantes fueron perturbados por un chirrido en la ventana, y al asomarse vieron al jovial y risueño cocinero, brocha en mano. La joven estaba siendo montada por detrás; roja de vergüenza, trató de simular que se había arrodillado para orar. Pero habían llegado tan lejos y fue tan alegre el guiño que él les dedicó, que pensaron que no había nada malo en llamarle y pedirle que se uniera a ellos. Y debía de ser bueno haciendo más cosas que filetes, porque la joven, con los ojos cerrados y la cara sepultada en la almohada, no supo quién de los dos le estaba haciendo el amor: era igualmente estupendo, tierno y lleno de buen jugo. Le regocijó que parte de su cuerpo fuese penetrado por alguien distinto. El espíritu del hotel blanco se oponía al egoísmo.

A veces se sentía a disgusto y encerrada, pero si proponía salir a pescar, él la tomaba en sus brazos y decía que quedaba poco tiempo. En el exterior, resultaba triste no ver la figura familiar del panadero echando las redes en medio del lago. Ni a su hijo volando la cometa. Ni al viejo cura leyendo en su tumbona. Ni a Madame Cottin riéndose a carcajadas con el descarado y joven camarero. Pero los cisnes volaban entre las cumbres alpinas, planeando rumbo al lago o alzando el vuelo para abandonarlo. Las deslumbrantes cimas parecían grises en comparación con su plumaje inmaculado.

3

FRAU ANNA G.

En el otoño de 1919, un médico que yo conocía me pidió que examinara a una mujer joven que durante los últimos cuatro años había sufrido de fuertes dolores en el pecho izquierdo y región pélvica, así como una afección respiratoria crónica. Al formularme su solicitud añadió que en su opinión era un caso de histeria, aunque existían ciertas contraindicaciones que le habían impulsado a examinarla muy a fondo a fin de descartar la posibilidad de alguna afección orgánica. La joven estaba casada pero vivía separada de su marido, en casa de una tía. La enfermedad de nuestra paciente le había malogrado una prometedora carrera musical.

Mi primera entrevista con esta mujer de veintinueve años no me sirvió para hacer grandes progresos en la comprensión de su caso, ni logré vislumbrar el menor signo de la vitalidad interna que estaba seguro de que ella poseía. Su rostro, en el que los ojos eran lo más notable, mostraba indicios de intenso sufrimiento físico; sin embargo, había momentos en que no revelaba nada, y en esas ocasiones me acordé de las caras de las víctimas de traumas bélicos, cuyo examen había sido mi deprimente tarea. Me resultaba difícil oírla cuando hablaba, a causa de su respiración ronca y rápida. A consecuencia de sus dolores, tenía unos andares desgarbados, inclinada hacia delante desde la cintura. Estaba sumamente delgada, incluso según los baremos de aquel año infortunado, cuando pocos en Viena tenían suficiente para comer. Sospeché que padecía una anorexia nerviosa además de sus otras dolencias. Me dijo que la mera idea de la comida la ponía enferma, y se sustentaba con naranjas y agua.

Al examinarla comprendí la resistencia de mi colega a abandonar la búsqueda de una explicación orgánica de sus síntomas. Me sorprendió la precisión con que la paciente me describió la naturaleza de sus males, el tipo de respuesta que cabe

esperar de un enfermo que padece una afección orgánica; a menos que, por añadidura, sea neurótico. El histérico tiende a hablar de su dolencia imprecisamente, y posee tendencia a responder a la estimulación de la parte afectada más con una expresión de placer que de dolor. Frau Anna, por el contrario, indicó dónde le dolía de un modo preciso y sosegado: el pecho izquierdo y el ovario izquierdo; y se mostraba reacia y acobardada ante mi intención de examinarla.

Ella misma estaba convencida de que sus síntomas eran orgánicos, y le desilusionó mucho que yo no pudiera encontrar la causa y exponérsela correctamente. Mi convicción creciente de que, a pesar de las apariencias contrarias, me hallaba frente a un caso de histeria se vio confirmada cuando confesó que también sufría alucinaciones visuales de un carácter trastornado y espantoso. Tenía miedo de confesar que padecía aquellas «tormentas en la cabeza», porque le parecía un reconocimiento de que estaba loca y tendría que ser internada. Pude persuadirla de que sus alucinaciones, al igual que sus dolores y dificultades respiratorias, no eran signo de locura; de que, en efecto, dada la naturaleza incurable de la realidad, la mente más sana puede convertirse en víctima de síntomas histéricos. Su comportamiento se volvió después un poco más relajado, y pudo contarme algo de la historia de su enfermedad y de su vida en general.

Era el segundo hijo y única chica de padres moderadamente ricos. Su padre procedía de una rusa familia judía de comerciantes, y su madre de una cultivada familia católica polaca que se había asentado en Ucrania. Al casarse a pesar de las barreras raciales y religiosas, los padres de Frau Anna demostraron sus propios ideales liberales, pero sufrieron las consecuencias de verse desterrados por sus familias. El único pariente próximo que no se enemistó con la pareja fue la tía de la paciente (con la que vivía ahora), la hermana gemela de su madre. Esta mujer se había casado con un profesor de idiomas vienés que pertenecía a su misma religión y a quien había conocido cuando él asistía a una conferencia en Kiev, ciudad natal de las dos hermanas. De ahí que ambas se vieran obligadas a vivir separadas, pero su estrecho vínculo quedó incólume.

A consecuencia de su lealtad con su gemela, la tía de Frau Anna también se fue apartando cada vez más de su familia, con la excepción de su padre, que fue a vivir con ella en su ancianidad. La paciente pensaba que estas desavenencias familiares habían empobrecido su propia vida. Por otra parte, tampoco tenía muchos parientes de su propia generación para compensar estas rencillas.

Su madre había dado luz a un hijo en los primeros años de su matrimonio, vástago al que siguió Anna cinco años más tarde. Para su pesar, la tía no había tenido hijos.

La paciente conservaba un entrañable recuerdo de su madre. Esta poseía un carácter cálidamente maternal, buena presencia, espíritu creativo (era una acuarelista de cierto talento) y una alegría impulsiva. Si estaba de mal genio, normalmente por culpa del mal tiempo en otoño e invierno, mimaba a sus hijos doblemente en cuanto se le pasaba. Ella y el padre de Anna formaban una hermosa pareja. El padre tenía gran energía y encanto, y la niña le adoraba, aunque hubiera preferido que no estuviese tan atareado. El hombre había trabajado increíblemente duro, sin apoyo de los padres, para triunfar en los negocios. Poco después del nacimiento de Anna se había trasladado con su familia a Odessa, donde llegó a convertirse en dueño de una empresa de exportación de cereales. Prácticamente, su único descanso consistía en navegar: era orgulloso propietario de un espléndido yate.

Todos los veranos, en el agradable puerto de mar, se reunían con ellos el tío y la tía de la paciente. La chiquilla anhelaba esas visitas, que, gracias a la costumbre vienesa de las largas vacaciones veraniegas, duraban varias semanas. Con los familiares invitados y buen tiempo para salir en yate, el padre pasaba más días alejado de los negocios y se volvía más simpático y accesible; y la madre realmente florecía como un árbol con la llegada conjunta del sol y de su querida hermana. No teniendo descendencia, la hermana, naturalmente, adoraba a su sobrinita. Era una mujer de carácter apacible y devoto. Pianista dotada, prefería la tranquilidad de la sala de música a la posible turbulencia del yate. El tío de Anna era más sociable: campechano, jovial, como se supone que son los tíos. La paciente recordaba su afición a las bromas, como ponerse una gorra blanca de oficial para ir a navegar. Los dos tíos eran importantes para Anna por cuanto formaban su única «familia» aparte de sus padres y hermano; y con este último no se sentía muy vinculada.

Si yo no hubiera estado familiarizado con las tendencias idealizadoras de nuestra edad adulta, habría creído que la primera infancia de la paciente no había conocido interregnos tediosos o displacentes, sino que consistió totalmente en la construcción de castillos de arena en la playa y navegaciones en el yate de su padre, bajo el cielo azul, por los acantilados de la costa del Mar Negro; y que este feliz estado duró interminablemente. De hecho, aquellos recuerdos dichosos y vívidos solo se prolongaron hasta el quinto

verano, porque la sombra del acontecimiento que supondría una cruel y súbita expulsión del paraíso ya gravitaba sobre ella: la muerte de su madre.

Su madre tenía por costumbre entretener el tedio del invierno mediante ocasionales visitas a Moscú para recorrer tiendas, teatros y galerías de arte. Dos cosas consolaban a Anna de su ausencia: tenía a su padre entero para ella, y su madre siempre regresaba cargada de regalos. Aquel año, justo antes de Navidad, no volvió con los obsequios esperados. Llegó, en su lugar, un telegrama con la noticia del incendio que había destruido el hotel en que se alojaba. Para la mente inmadura de Anna, la mala nueva solo significaba que su madre estaría fuera unos cuantos días más. Sin embargo, le trastornó el llanto de su niñera cuando la desnudaba para meterla en la cama. Recordaba haberse quedado despierta, preguntándose dónde estaría su madre y escuchando la furiosa tormenta que había estallado fuera. Dos de las alucinaciones recurrentes de su vida adulta —una tempestad en el mar y un incendio en un hotel— estaban claramente relacionadas con el trágico suceso.

Su acongojado padre se apartó de los negocios más o menos por completo; en todo caso prefería la compañía de su hijo, a la sazón lo bastante crecido para mantener una conversación razonable. Anna fue confiada a los cuidados de su niñera y su institutriz. No volvió a haber más visitas del tío y la tía, ya que por una triste coincidencia aquel había muerto, pocos meses después, de un ataque al corazón. Sus ingresos de profesor habían sido modestos, y su viuda, todavía joven, se vio obligada a vender la casa, mudarse a un apartamento barato y ganarse mal que bien la vida dando clases de piano. Descontando unas cartas y pequeños regalos ocasionales, la agobiada e infeliz mujer perdió contacto con los hijos de su hermana. Ni ella ni el padre de la paciente se habían vuelto a casar.

Puede concebirse fácilmente la soledad y la desventura de la niña, privada tan cruelmente de su madre, abandonada por su tío y tía (tuvo que parecerle que así era) y tratada con indiferencia por el padre. Afortunadamente, se hicieron cargo de ella sirvientas afectuosas y sensibles, en especial su institutriz. A la edad de doce o trece años, Anna podía hablar tres lenguas aparte de su idioma natal, el ucraniano; estaba familiarizada con la buena literatura y demostraba poseer un talento musical considerable. Le gustaba bailar y pudo recibir clases de ballet en el *lycée*. Esto ofrecía la ventaja de darle la oportunidad de hacer amigas, y se volvió por su propia cuenta muy sociable y popular. Así pues, en conjunto sobrevivió a la pérdida de su madre mejor de lo que muchos, o

quizá casi todos los niños hubieran hecho.

A los quince años, un desagradable incidente le dejó huella. Había disturbios políticos; una sublevación de la Armada; violencia y manifestaciones callejeras. Para observar los acontecimientos, la paciente, acompañada de dos amigas, se aventuró imprudentemente por la zona portuaria de la ciudad. A causa de su ropa y aspecto distinguido, fueron amenazadas e insultadas por un grupo de insurgentes. Las muchachas no sufrieron daño físico, pero se llevaron un gran susto. Lo que más afectó a la paciente fue la actitud de su padre cuando ella regresó a casa. En lugar de consolarla, la regañó fríamente por haberse puesto en peligro. Quizá simplemente ocultaba su preocupación y estaba verdaderamente disgustado por el grave riesgo que había corrido su hija; pero para la muchacha la hostilidad paterna fue la prueba definitiva de que no la quería lo más mínimo. A partir de entonces devolvió reserva por reserva, frialdad por frialdad. No mucho después de este episodio vivió su primera experiencia de afección respiratoria, que fue tratada como asma, pero sin resultado positivo. Al cabo de varios meses se curó sola.

Poco después de cumplir diecisiete años, abandonó Odessa y la casa de su padre y se desplazó a San Petersburgo, sin más motivo que la perspectiva de que iban a hacerle una prueba en una escuela de ballet. No tenía amigos en la capital ni otro medio de vida que una pequeña herencia legada por su madre y que ahora tenía edad para reclamar. Salió airosa de la prueba y vivió frugalmente en una habitación alquilada de un barrio pobre de la ciudad. Cogió cariño a un joven que vivía en la casa: un estudiante, A., muy comprometido con el movimiento de reforma política. La introdujo en un círculo de amigos de similares ideas.

Su interés por la militancia política estaba enteramente subordinado a su relación con A. Ella vertió en su primer amor todo el ardor puro y generoso propio de esa experiencia; su relación era un *affaire de coeur*, no de carne. Pero al cabo de un tiempo él la abandonó por algo más importante: la conflagración inminente. Casi al mismo tiempo le repudió la profesión que había elegido: no porque careciese de aplicación o aptitudes, sino simplemente porque se estaba haciendo una mujer y adquiriendo peso que no lograba perder, ni siquiera mediante ayunos rigurosos. Se vio obligada a reconocer que la naturaleza no la había destinado a ser primera bailarina. Por suerte, en aquella época angustiosa una de sus profesoras de ballet, una joven viuda que vivía sola, le ofreció su amistad y la invitó a compartir su casa hasta que ella decidiese lo

que hacer en la vida. Madame R. se convirtió en su mentora, así como en su amiga. Iban juntas a teatros y conciertos, y durante el día, mientras Madame R. daba sus clases en la escuela de ballet, Anna leía los libros de su bien provista biblioteca o salía a dar placenteros paseos. Fue un período de su vida feliz y tranquilo que le levantó los ánimos.

El cómodo y mutuamente conveniente arreglo concluyó cuando inesperadamente Madame R. decidió casarse. El hombre en cuestión, un oficial de la marina retirado, se había convertido en amigo inseparable de ambas, y Anna no había sospechado que un compromiso de este tipo estuviese amenazando su tranquila existencia. Sin embargo, no pudo menos de alegrarse por la buena suerte que su amiga tenía bien merecida. Madame R. y su nuevo marido rogaron a Anna que se quedase, pero ella no quiso interferir en su felicidad. Dudaba de dónde ir y qué hacer; pero justo en el momento preciso, un hado especialmente bondadoso empujó a la joven hacia un nuevo país y una nueva profesión. Su tía le escribió desde Viena para decirle que su padre —el abuelo de Anna—, que había vivido varios años con ella, había muerto, y estaba sola de nuevo. Preguntó a Anna si le gustaría ir a vivir con ella, al menos durante unos meses. La muchacha no titubeó en aceptar la invitación y se marchó a Viena, tras una triste despedida de su afable amiga Madame R. y su marido.

Al encontrarse cara a cara con su tía, por primera vez desde que murió su madre, sucumbió tanto a la tristeza como a la felicidad. Su primera impresión fue que la recibía afectuosamente su propia madre, graciosamente convertida en una mujer de mediana edad. [6] Por su parte, la tía encontró sin duda muchos y conmovedores recuerdos de su hermana en aquella sensible e inteligente muchacha de veinte años. Tía y sobrina trabaron en el acto una cálida relación, y Frau Anna nunca tuvo ningún motivo para lamentar la decisión de abandonar su país natal.

Como ocurre tan a menudo, el cambio de entorno provocó cambios en la misma Frau Anna. Su niñera le había insuflado una fe católica no demasiado entusiasta, la religión familiar por lado materno. Durante los años de la adolescencia se había alejado de ella, pero bajo la influencia de la tía se volvió devota. En un terreno más práctico, y también como consecuencia del ambiente musical que rodeaba a la tía, halló un entusiasmo y una aptitud que prometían cerrar la grieta abierta por su fracasada tentativa de llegar a ser bailarina. Bajo la dirección de una amiga íntima de su tía, la joven aprendió a tocar el violoncelo; y con enorme sorpresa

descubrió que poseía un gran talento musical. Hizo tan rápidos progresos que su profesora predijo que al cabo de unos meses podría convertirse en una virtuosa.

Tres años después de su llegada a Viena, tocaba en una orquesta profesional y asimismo planeaba casarse. Su prometido era un joven abogado de buena familia, profundamente aficionado a la música, que la había conocido durante una reunión social en el conservatorio. El joven era de buenos modales, modesto y más bien tímido (una combinación que la atrajo), y muy pronto se enamoraron. La tía lo aprobaba totalmente, y Anna se llevaba bien con los padres del novio. Este pidió su mano y —tras una lucha muy breve entre su anhelo de felicidad doméstica y una carrera de músico profesional— ella aceptó.

Pasaron la luna de miel en Suiza y después se instalaron en una casa agradable. Su tía, visitante frecuente y bienvenida, fue feliz al pensar que un sobrino o sobrina nieta pronto la consolaría de toda la angustia que experimentaba viéndose de nuevo sola, porque no ignoraba lo mucho que Anna deseaba tener un hijo.

La única nube que empañaba el horizonte de la joven pareja era el rumor de guerra. Cuando estallaron las hostilidades, el marido fue llamado a filas en el departamento jurídico del ejército. La despedida fue triste, pero quedaba el consuelo de que estaría lejos del frente y lo suficientemente cerca para visitar el hogar a menudo. Se escribían todos los días y la paciente se ocupaba fructíferamente de su carrera musical en una ciudad hambrienta de los últimos vestigios de cultura civilizada. En efecto, conforme la experiencia mejoraba su técnica, su carrera empezó a prosperar. Disfrutaba de la compañía de su tía y de numerosas amistades. En general, quitando el contratiempo principal de estar separada de su marido, estaba atareada y contenta.

Por esta misma época, cuando su marido aguardaba su primer permiso para volver a casa, sufrió una recaída del trastorno respiratorio que le había aquejado en Odessa, y asimismo contrajo dolores en el pecho y abdomen que la dejaron postrada. Perdió por completo el apetito y tuvo que dejar la música. Informó a su marido de que había caído enferma y le comunicó que era consciente de que nunca podría hacerle feliz, y volvió a vivir con su tía. Habiendo obtenido un compasivo permiso, el marido fue a implorarle que recapacitase, pero ella se mostró inflexible. Aunque él nunca la perdonaría por el dolor que le estaba causando, ella le rogó que la olvidara. Él no había cejado en sus intentos de que volviera a su lado; y solo hacía unos meses había accedido a una separación

legal. Durante los últimos cuatro años, Frau Anna había vivido en una reclusión casi total. Su tía la había llevado a muchos médicos, pero ninguno había sido capaz de encontrar la causa de su dolencia ni de proporcionarle el menor alivio.

Así pues, esta fue la historia que la infortunada mujer me refirió. No aportaba luz a las causas de su histeria. Bien es verdad que había un suelo abonado para el desarrollo de una neurosis, en particular la temprana pérdida de su madre y la indiferencia del padre. Pero si la muerte prematura de uno de los padres y la negligencia del otro fueran terreno suficiente para la formación de una histeria, habría muchos miles de casos. Y en el de Anna, ¿cuál era el factor oculto que había determinado la creación de una neurosis?

Lo que guardaba en la conciencia era solo un secreto y no un cuerpo extraño. A la vez ella sabía y no sabía. Asimismo, en un sentido su mente trataba de decirnos lo que andaba mal, puesto que la idea reprimida configura su propio símbolo exacto. La psique de un histérico es como la de un niño que esconde un secreto que nadie debe conocer, pero que todos tienen que adivinar. Y por lo tanto facilita las cosas diseminando pistas. El niño que había en Frau Anna nos decía claramente que examinásemos su pecho y su ovario; y precisamente el pecho y el ovario izquierdos, puesto que el inconsciente es un simbolista preciso e incluso pedante.

Durante muchas semanas no pude hacer grandes progresos en mi tentativa de ayudarla. En parte, las circunstancias en que trabajábamos no eran las más idóneas; era difícil crear una atmósfera de confianza en un cuarto sin calefacción durante el invierno, con paciente y médico llevando abrigo, bufanda y [7] Además, el análisis tenía que interrumpirse a lo largo de muchos días cuando sus dolores se hacían tan angustiosos que se veía obligada a acostarse. Se produjo, con todo, una remisión de su anorexia; pude convencerla de que tomase alimentos sólidos, en la medida en que pudiera obtenerse comida nutritiva en la ciudad durante aquella época.

Un factor mucho más decisivo en la lentitud con que hacíamos progresos era su fuerte resistencia. Aunque no tan pudibunda como muchas de mis pacientes, la joven se mostraba reticente hasta el punto de guardar silencio cuando surgía en el curso de la charla cualquier cuestión acerca de sus sentimientos y conducta sexuales. Una investigación inocente, como por ejemplo sobre el tema de la masturbación infantil (fenómeno casi universal), chocaba con su

tajante negativa. A juzgar por su actitud, se diría que yo estaba haciendo esa pregunta a la mismísima Virgen. Descubrí que tenía motivos fundados para dudar de los recuerdos superficiales que me había referido; y ello no era de buen agüero para emprender una investigación más profunda. Ella era poco fidedigna, evasiva; me enfurecía aquella pérdida de tiempo. Para ser justo con ella, debo agregar que pronto aprendí a distinguir entre su sinceridad y su falta de franqueza: si estaba ocultando algo, manoseaba un crucifijo que llevaba en la garganta, como si pidiera que Dios la perdonase. En suma, había en ella una *propensión* a la verdad, aunque solamente fuese sobre la base de la superstición, que me hizo perseverar en ayudarla. Me vi obligado a sacarle la verdad con un señuelo, frecuentemente lanzando una sugerencia provocativa. La mitad de las veces ella mordía el anzuelo y se retractaba de su historia o la modificaba.[8]

En una ocasión se retractó a propósito de su idilio con A., el estudiante a quien había amado en San Petersburgo. Hasta entonces solo me había contado hechos triviales sobre él: que era estudiante de filosofía, de familia rica y conservadora, unos años mayor que ella, etc. Se aferraba a su relato de que había sido una relación «blanca». Me asombró el adjetivo que empleaba y le pregunté con qué cosas asociaba la palabra «blanco». Dijo que evocaba las velas de un yate; y parecía razonable suponer que estaba recordante el yate de su padre. Pero nunca se deben apresurar conclusiones en el psicoanálisis: dijo que estaba pensando en un fin de semana en San Petersburgo, cuando ella y otros miembros del grupo político, A. incluido, por supuesto, salieron a navegar por el golfo. Hacía un perfecto día de verano y era un alivio para ella viajar en barco de nuevo y gozar de una pausa en las conversaciones «serias» que empezaban a aburrirla e incluso a asustarla. Nunca se había sentido más enamorada de A., y él fue tierno con ella y tan respetuoso como siempre. Tuvieron que compartir un camarote, pero no intentó tocarla ni una sola vez; la conciencia de ambos siguió siendo blanca como las velas o como las noches blancas.[9]

Estaba, sin embargo, jugueteando con su crucifijo, y en su cara se pintaba una expresión de tristeza. Le dije bruscamente que no me estaba diciendo la verdad y que yo sabía que había habido una relación sexual. Frau Anna confesó que había dormido con él unas cuantas veces, hacia el final; él le había rogado y suplicado, y por fin, casi por cansancio, ella había «caído». Usó el verbo inglés; nuestra conversación discurría en alemán, pero no era infrecuente que ella deslizase vocablos extranjeros de vez en cuando. Yo había

aprendido a permanecer alerta ante su posible importancia.

Decidí «probar mi arma», como dice el refrán.

—Me alegro de que sea franca —dije—. No tiene por qué avergonzarse. Y por cierto, ahora que hablamos de esto, ¿no va a confesar que la dejó embarazada, pero que perdió el niño cayendo por una escalera?

La pobre muchacha luchó con sus sentimientos y luego admitió que era cierto; no se cayó por las escaleras, sino que tuvo una mala caída en el estudio de ballet. Nadie lo había sabido, excepto Madame R., o ni siquiera sospechado, y se quedó atónita al ver que yo había descubierto su secreto. Me preguntó cómo lo había hecho.

Respondí:

—Porque su relato sobre ganar peso y, por ende, tener que dejar la danza, no sonaba a verdad. Yo debía adivinar que a *usted* le resultaba difícil engordar en cualquier momento, aunque le hubiera favorecido mucho. Era una manera obvia de decirme indirectamente lo que había ocurrido, ya que en realidad quería que yo lo supiera. Probablemente siguió bailando durante un tiempo perjudicial para su estado, y le molestaba enormemente *empezar* a ganar peso; y en general no sabía lo que hacer en una situación imposible.

El silencio de la joven me reveló que había puesto verdaderamente el dedo en la llaga, y me alegré de no haber llevado mi interpretación hasta su final lógico: que al proseguir enérgicamente sus ejercicios de danza, secretamente había esperado que se produjera el desenlace mencionado; en efecto, incluso podría haberlo precipitado. Estaba ya bastante trastornada por haber sido descubierto el pecado de su juventud.

A partir de aquel momento, sin embargo, se volvió más vivaz y sincera, como sí se hubiera visto exonerada del fardo de irreal perfección que había acarreado. Incluso poco después tuvo un destello de humor astuto. Me estaba refiriendo una de sus alucinaciones recurrentes, en la que caía por el aire hacia la muerte. Sus ojos brillaron un momento y dijo:

—¡Pero no voy a tener un hijo![10]

Un día vino con un sueño. Normalmente dormía mal y soñaba poco: un aspecto en sí mismo de su resistencia. De modo que un sueño completo era un hecho insólito y grato, e hice un gran esfuerzo tratando de interpretarlo. Tal como lo relató Frau Anna, el sueño es el siguiente:

> Yo iba viajando en un tren, sentada enfrente de un

hombre que estaba leyendo. Trabó conversación conmigo y pensé que me hablaba con excesiva confianza. Él se bajó en una estación de un lugar dejado de la mano de Dios, y decidí apearme para librarme de él. Me sorprendió que se apeara también cantidad de gente, porque era un pueblo pequeño, un lugar completamente muerto. Pero el rótulo del cartel rezaba Budapest, y eso lo explicaba. Pasé sin ser vista por delante del revisor, porque no quería enseñarle mi billete, ya que con el mío debía ir más lejos. Crucé un puente y me encontré ante una casa que ostentaba el número 29. Traté de abrirla con mi llave, pero descubrí sorprendida que no abría; de modo que seguí adelante y llegué al número 34. Aunque mi llave no giraba, la puerta se abrió. Era un pequeño hotel privado. Había un paraguas de plata que se secaba en el vestíbulo y pensé: mi madre se aloja aquí. Entré en una habitación blanca. Finalmente entró un anciano caballero y dijo: «La casa está vacía». Saqué un telegrama del bolsillo de mi abrigo y se lo tendí. Lo sentí por él porque yo conocía el texto. Dijo, con una voz espantosa: «Mi hija ha muerto». Estaba tan entristecido y afectado que pensé que yo ya no existía para él.

Al oír por primera vez el sueño me alarmé, porque me revelaba que quien lo había soñado era muy capaz de resolver sus problemas quitándose la vida. Los viajes en tren son en sí sueños de muerte; y en aquel caso tanto más, puesto que se había apeado «antes de su parada» y «en un lugar dejado de la mano de Dios». El hecho de eludir al revisor era una evidente alusión a las proscripciones contra el suicidio; y el puente era asimismo otro símbolo de la muerte. En cierto sentido, el sueño de Frau Anna no podía haber sido más claro; no obstante, yo estaba también seguro de que contenía muchos otros elementos de carácter más personal. Le pedí, por tanto, que cogiese el sueño pedazo a pedazo y me dijese lo que se le ocurría en relación con él. Ella tenía ya cierto adiestramiento en la interpretación de sueños porque previamente habíamos analizado unas cuantas muestras de menor importancia; además, como ella era inteligente, yo había alentado su deseo de estudiar algunos de mis casos anteriores.

—Se me ocurre algo —dijo—, pero no puede estar relacionado con el sueño, ya que sucedió hace mucho tiempo, y realmente no tuvo mucha importancia en mi vida.

—Da exactamente lo mismo —dije—. Vamos, ¡adelante!

—Muy bien. Supongo que el hombre del tren me recordaba a

alguien que me estuvo importunando durante un viaje que hice de Odessa a San Petersburgo para tratar de abrirme camino en la vida. De esto hace —¿cuánto hará?— doce años, y lo había olvidado por completo. No me asusté demasiado, puesto que había mucha gente alrededor. Pero se inclinó hacia mí y no dejaba de hablarme de una forma más bien llamativa; me preguntó qué iba a hacer cuando llegase a San Petersburgo y me ofreció ayuda para buscar un sitio donde vivir. Al final me enfadé y tuve que marcharme a otro compartimiento.

Le pregunté si recientemente había ocurrido algo que le hubiese hecho soñar sobre aquella experiencia; y la incité recordándole unos cuantos detalles, como por ejemplo el libro que su compañero leía en el sueño.

—Bueno, en realidad recuerdo que el joven del tren a San Petersburgo era un fastidio porque me hablaba mientras yo quería seguir leyendo mi libro. Era un texto de Dante, y me tenía que concentrar para entenderlo porque mi italiano no era muy bueno. Y ahora que usted lo dice, supongo que mi hermano sale en el sueño.

Debo interrumpir la narración en este punto para decir que Frau Anna había vivido recientemente una experiencia bastante perturbadora. Su hermano había decidido abandonar Rusia con su mujer y sus dos hijos, a causa del alboroto revolucionario, y emigrar a los Estados Unidos; y se habían detenido en Viena para decir hola y adiós, por así decirlo, a Anna y a su tía. Hacía varios años que la paciente no había visto a su hermano, y era posible que no volviese a verle nunca. Aunque —o incluso porque— jamás se habían sentido próximos, el encuentro y la despedida deprimieron aún más a Frau Anna.

—Cuando nos estábamos despidiendo en la estación, mi hermano mitigó la incomodidad de la situación eligiendo con calma los libros para el viaje. Recuerdo que pensé que *Vita Nuova* de Dante sería una lectura apropiada, si bien mi hermano no se interesa por los clásicos, es una persona muy pragmática. Compró unas cuantas novelas de acción. De todas formas, era absurdo pensar que en un quiosco de estación fuese posible encontrar la obra de Dante.

Yo empezaba a ver el camino que iba siguiendo el sueño. Le recordé los números de las casas y le pregunté si tenían algún significado.

Lo pensó intensamente, pero reconoció su desconcierto.

—¿No podría ser que usted tiene veintinueve años? —sugerí—. Y su hermano tiene… ¿cuántos? ¿Cinco más?

Frau Anna asintió, sorprendida por la lógica matemática de su sueño.

—Usted se detuvo primero ante la puerta de su propia casa. Debería haber sido la llave correcta, pero no lo era. En cambio, consiguió entrar en el número 34: la residencia de su hermano, supongamos. Allí solo era una invitada, de modo que la ve como un hotel privado.

Le pregunté si reconocía al hombre que había entrado en la habitación. Le insté a que recapacitara sobre las palabras «la casa está vacía».

Al cabo de un rato logró trazar la asociación. Su hermano había comentado con bastante poco tacto lo mucho que disgustaba a su padre su partida, porque el hijo se había hecho cargo del negocio paterno y siguió viviendo cerca del padre tras su matrimonio. Frau Anna recordó haber pensado bastante amargamente que *ahora* su padre se sentiría solo en su casa vacía; mientras que al marcharse ella del hogar él no había expresado más que una tristeza convencional y ningún deseo vehemente de volver a ver a su única hija.

En este momento mis impresiones acerca de su sueño se transformaron en certeza. La partida de su hermano con la familia completa —mujer e hijos— *en route* hacia una *vita nuova*, contrastaba con la propia conciencia que tenía mi paciente de haber llegado a un punto muerto o, mejor dicho, de hallarse realizando un viaje sin sentido. Su hermano siempre había tenido la certidumbre de ser el favorito del padre, y este sabía adónde iba su hijo; por el contrario, el viaje adolescente de Anna a una ciudad lejana había sido claramente un último y desesperado intento de hacer que su padre reparase en su existencia. Estaba plenamente dispuesto a permitir que su hija inocente afrontase peligros físicos y morales, prefigurados por el acuciante joven del tren.

Aventuré la idea de que en el sueño se entremezclaban dos fantasías. Si su padre recibiese un telegrama anunciando que ella había muerto, entonces quizá se entristeciera a la postre. Pero paralelamente a este deseo, reforzando más que contradiciendo su trágico pensamiento, existía el anhelo de que ojalá ella nunca hubiera nacido: como chica, como Anna. ¡Si al menos hubiera podido ocupar el lugar de su hermano! Abandona el viaje en tren que representa su propio destino para penetrar en una existencia imposible: la de su hermano. En el hotel privado, la habitación blanca simbolizaba el útero de la madre, que únicamente aguardaba la llegada del padre de Anna para concebir al vástago varón. El

paraguas puesto a secar en el vestíbulo representa al pene que ya ha eyaculado. El padre trae la nueva vida, ya que sin un *hijo* «la casa está vacía». Anna estaba muerta, por suicidio o profilaxis; no importaba por qué causa, y a él le tenía sin cuidado. La reacción paterna de tristeza y conmoción representaba el cumplimiento del deseo de la paciente. El sueño de esta también lo sabía: ella «no existía» para él.

Agobiada por la tristeza de su propio sueño, la joven no se mostró inclinada a discutir mi interpretación en un grado significativo, salvo en un punto de carácter triste del que no tuvo ánimos para hablarme y que yo mismo reservaré para el momento oportuno. En ningún caso afectó al significado global, que era completamente manifiesto.

En el curso de nuestras conversaciones, mientras yo la estaba interrogando sobre la naturaleza de las atenciones excesivamente familiares del joven del tren, ella recordó un fragmento olvidado. Anna no creía que el nuevo material tuviese alguna importancia, pero yo había aprendido por experiencia que los elementos oníricos olvidados al principio y posteriormente recordados son por lo general los más esenciales. Así habría de ocurrir en este caso, aun cuando su significado pleno no sería claro hasta una fase muy posterior del análisis.

> Le dije al joven que iba a Moscú a visitar a los T——, y me contestó que no podrían alojarme y que tendría que dormir en la glorieta. Añadió que allí haría calor y que tendría que quitarme toda la ropa.

Los T——, me explicó, eran parientes lejanos por parte de madre que se habían instalado en Moscú. Su madre y su tía habían pasado las vacaciones con ellos durante su juventud, y habían mantenido un afectuoso contacto con la madre de Anna después de su matrimonio. Frau Anna no les había visto nunca, pero según su tía eran una pareja hospitalaria y cariñosa. Su tía, de hecho, solo le había hablado de ellos el día anterior: evocó con añoranza las vacaciones que había pasado en su compañía y mostró deseo de que Anna llegase a conocerles, pues estaba segura de que un cambio le haría un bien inmenso. Pero ahora eran viejos y quizá ni siquiera habían sobrevivido a las penalidades.

Me pareció que el fragmento expresaba el anhelo de la joven por liberarse de las tristes represiones de su vida de entonces y por reclamar el paraíso perdido de los años pasados con su madre: es decir, en efecto, estar desnuda en la «glorieta» o lugar de felices

estíos calurosos. Ella no discrepó de esta interpretación; y asimismo le trajo a la memoria aquellos años remotos que estimaba divertido y conmovedor rememorar.

Su casa de Odessa se hallaba circundada por numerosos acres de matorrales y árboles semitropicales que descendían hasta la misma orilla del mar. Había una diminuta playa privada. La glorieta se encontraba en medio de una arboleda, en un rincón alejado del jardín. Los anteriores propietarios habían descuidado la construcción, y en consecuencia se usaba poco. Una tarde abrasadoramente cálida, todo el mundo se había desperdigado por los jardines y la casa, en busca de aislamiento a causa del calor. El padre de Anna estaba probablemente trabajando, y ella creía que su hermano se había ido a pasar el día con unos amigos. Anna tenía calor y estaba aburrida; jugaba apáticamente en la playa, donde su madre pintaba ante el caballete y, por tanto, no quería que la molestasen. Habiendo sido regañada por parlotear, Anna decidió que intentaría encontrar a su tía y su tío. Erró por los jardines y por último llegó a la glorieta. Le agradó descubrir que su tío y su tía estaban dentro, aunque comportándose de un modo que ella no podía entender; la tía llevaba los hombros desnudos, aunque normalmente solía cubrirlos del sol, y el tío la estaba abrazando. El abrazo persistía, estaban demasiado absortos para reparar en que Anna se aproximaba a través de los árboles, y la niña se retiró sigilosamente. Volvió a la playa a contar a su madre la extraña historia; pero su madre había abandonado el caballete, se había tendido sobre una roca plana y al parecer estaba dormida. La niña sabía que en dos circunstancias concretas no se debía molestar a su madre por ningún concepto: cuando estaba pintando y, mucho menos aún, cuando estaba durmiendo. Así pues, decepcionada, volvió a errar por el jardín y regresó a la casa a tomar una limonada.

¿Qué hacer con este recuerdo? Indudablemente se trataba de una evocación adulta; pero eso no demostraba que nos hallásemos en presencia de una fantasía. Tengo mis dudas respecto a que alguna vez tengamos recuerdos *de* la infancia; quizá lo único que poseemos son recuerdos *relacionados con* la infancia. Nuestros recuerdos de la niñez nos muestran los primeros años de nuestra vida no como fueron, sino como nos pareció que fueron en los períodos posteriores en que surgieron dichos recuerdos. A la joven le divertía evocar la primera vez en que vislumbró la sexualidad adulta; al mismo tiempo la enterneció conocer la tierna intimidad de su tía con su tío en la atmósfera recreativa de unas vacaciones

estivales en Odessa; y más especialmente por cuanto a su tía le resultaba ahora demasiado doloroso hablar de aquellos tiempos pretéritos.

Sin embargo, era necesario que yo le preguntara si acaso había visto más de lo que recordaba. De ser así, su memoria no podía llevarla más lejos; y, en efecto, parecía muy improbable que una joven pareja de casados, que habrían podido retirarse a la intimidad de su habitación, hubieran corrido el riesgo de verse importunados. No obstante, la aparición del recuerdo en el sueño de Frau Anna parecía indicar que se trataba de algo importante. No era imposible que tuviera alguna relación con su histeria, pues aquellos a quienes Medusa petrifica han vislumbrado su rostro anteriormente, en una época en que no podían darle un nombre.

Los días y semanas siguientes no aportaron grandes progresos. Probablemente tanto el paciente como el médico tenían la culpa. Frau Anna, por su parte, se parapetaba totalmente detrás de sus defensas, y a veces convertía el empeoramiento de sus síntomas en una excusa para no venir a verme. Para ser justo con ella, diré que estoy seguro de que ella creía que sus dolores eran insoportables. Me rogó que decretara una operación quirúrgica para la extirpación de su pecho y su ovario. Por mi parte, confieso que me irritaba su falta de colaboración y me contagiaba su apatía. En una ocasión refirió que había tirado un pedazo de comida a un perro callejero, y que el animal estaba demasiado débil y desnutrido para arrastrarse hasta el alimento; y que ella se sentía en un estado muy parecido. Empecé a descuidar el análisis ocasionalmente, limitándome a exhortarle para que no se quitara la vida. Señalé que el suicidio no es más que una forma disfrazada de asesinato; pero que sería un ejercicio vano, con pocas posibilidades de surtir algún efecto en la víctima elegida, su padre. Frau Anna dijo que solo los dolores indecibles podrían obligarla a acabar matándose. Durante aquellos diálogos fue completamente racional. Aparte de los síntomas que la debilitaban, nadie la hubiera tomado por una histérica. Había algo impenetrable que acrecentaba mi irritabilidad. Pensé en utilizar su conducta evasiva como excusa para poner término al tratamiento; en justicia, no obstante, no podía hacer eso, porque a pesar de todo era una mujer de carácter, inteligencia y veracidad interna.

Entonces aconteció un triste suceso que podría haberme proporcionado la disculpa perfecta para interrumpir el tratamiento: la súbita e inesperada muerte de una de mis hijas.[11] Quizá mi estado de ánimo oprimido de las semanas precedentes había sido una preparación para ello. No es un acontecimiento propio para

detenerse en él, aunque si uno fuera dado al misticismo, bien podría preguntarse qué secreto trauma en la mente del Creador se ha transformado en los síntomas de dolor que nos rodean por doquier. Como yo no era de esa inclinación, solo quedaba «*Fatum & Ananke*». Al reemprender mis tareas encontré una carta de Frau Anna. Además de expresarme su condolencia por la pérdida que yo había sufrido y de informarme que había ido con su tía a pasar unas cortas vacaciones en Bad Gastein[12] su carta contenía una alusión al sueño de varias semanas anteriores.

> Me ha trastornado profundamente el elemento de predicción que había en mi sueño. No lo mencionaría si no estuviera segura de que tampoco escapará a su memoria.
>
> En aquel momento, yo estaba medio convencida de que el hombre que recibía el telegrama era usted (por lo menos en parte), pero temía disgustarle innecesariamente, pues conozco los tiernos sentimientos que le inspiran todas sus hijas. Hace mucho que sospecho que, además de mis otros achaques, estoy condenada a la maldición de eso que llaman clarividencia. Previ la muerte de dos de mis amigas en la guerra. Es algo que he heredado de la familia de mi madre, al parecer: un rasgo de gitanos; pero no es un don que me procure deleite, sino todo lo contrario. Espero que esto no le trastorne más de lo que ya está.

No tengo ningún comentario que hacer sobre la «predicción» de Frau Anna, salvo decir que la dolorosa noticia llegó (no era extraordinario) por telegrama. Parece verosímil que la mente sensitiva de la paciente detectara en mí preocupaciones, muy por debajo del nivel de consciencia, respecto a una hija con niños pequeños y que vivía lejos, en una época en que había numerosas epidemias.

Lo que ocurrió al regreso de Frau Anna de Gastein fue totalmente inesperado e ilógico. Hasta tal punto lo fue que si yo fuera un escritor de novelas en lugar de un hombre de ciencia, dudaría en ofender la sensibilidad artística de mis lectores describiendo la siguiente fase de nuestra terapia.

Llegó a la cita con cinco minutos de retraso y entró con el aire despreocupado de quien simplemente desea decir hola antes de marchar a reunirse con una amiga para ir al teatro o de compras. Habló locuazmente, con una voz firme y vibrante, sin el menor rastro de decaimiento. Había engordado tal vez unos diez kilos, cobrando así —o recobrando— todos los atributos de la femineidad

vistosa. Había un vivo color en sus mejillas y un centelleo en sus ojos. Llevaba un vestido nuevo de atrayente estilo y un nuevo peinado que favorecía a su rostro. Ante mí, en suma, no compareció la inválida deprimida y terriblemente delgada que yo esperaba, sino una mujer joven y atractiva, ligeramente coqueta y rebosante de salud y vigor. Apenas necesitó informarme de que sus síntomas habían desaparecido.

Yo había pasado muchas vacaciones en Gastein, pero nunca, según mi experiencia, sus aguas termales habían obrado tales milagros. Se lo dije, añadiendo secamente que quizá debería abandonar el ejercicio de mi profesión e instalar allí un negocio hotelero. Ella soltó una auténtica carcajada; luego, recordando mi luto, adoptó una expresión compungida por su irreflexiva alegría. Le aseguré que su buen humor causaba en mí los efectos de un cordial. Sin embargo, pronto se hizo patente que, lejos de haberse liberado de la histeria, esta simplemente había cambiado de dirección.[13] Mientras que antes había socavado su fortaleza física con atroces punzadas que, con todo, no afectaban a su raciocinio, ahora había liberado su cuerpo a expensas de su mente. Su desenfrenada locuacidad reveló en seguida una frenética irracionalidad. Su alegría era el humor desesperado de los soldados que bromean en las trincheras; y sus esfuerzos por mantener una conversación coherente desembocaron en un monólogo ensoñado, casi un trance hipnótico. Antes había sido desventurada pero sensata; ahora era feliz y vesánica. Su elocución abundaba en productos imaginativos y alucinaciones; en ocasiones no se trataba tanto de un discurso cuanto de un *Sprechgesang*, prácticamente un recitado operístico, de tono elevado y dramático-lírico. Debo añadir que desde que ingresó en la orquesta de una de nuestras principales compañías de ópera, se había consagrado devotamente al arte.[14]

No parecía consciente del efecto que estaba causando, y persistió su alegre convencimiento de que se había repuesto totalmente. Como no consiguió hacer una crónica cabal de su estadía en Gastein, le sugerí que intentara poner por escrito sus impresiones. En una oportunidad anterior había respondido bien ante tal propuesta, ya que le gustaba la literatura y disfrutaba escribiendo; era, por ejemplo, una inveterada redactora de cartas. No obstante, yo no estaba en absoluto preparado para las nuevas producciones literarias de Anna, con las cuales se presentó al día siguiente. Puso en mis brazos, vacilantemente, un libro de pastas blandas. Vi que se trataba de la partitura del *Don Giovanni* de Mozart. Descubrí que había escrito «sus impresiones» de Gastein entre los pentagramas,

como si se tratase de un libreto alternativo; e incluso había ensayado el ritmo y la rima, más o menos, de forma que su manuscrito pudiera leerse casi como si constara de aleluyas. Si la versión de Mozart realizada por Anna se hubiera cantado, empero, en cualquiera de nuestros teatros de ópera, el director habría sido procesado por ultraje a la moral pública, pues el texto era disparatado y pornográfico. Había utilizado expresiones que solo se oyen en los barrios bajos, cuarteles y dependencias de clubs masculinos. Me pregunté asombrado dónde habría aprendido aquellas palabras, porque, que yo supiera, ella no había frecuentado los lugares donde se empleaban.

A primera vista, poca cosa me pareció evidente, salvo ciertas referencias a sus alucinaciones y un audaz reconocimiento del fenómeno de la transferencia. En su fantasía, tomaba el lugar de Don Juan uno de mis hijos; apenas necesito decir que ella no le conocía. Resultaba nítido que estaba expresando un deseo de ocupar de algún modo el lugar de mi hija fallecida, mediante matrimonio. Cuando le hice partícipe de esta deducción, Anna dijo, bastante avergonzada, que solo era una broma «para levantarme el ánimo».

Estimando excesivo para mis fuerzas el caudal de imágenes irracionales, la invité a que se marchara y pusiera por escrito su propio análisis sobre el material que había redactado, con prosa ceñida y sobria. No sin razón, juzgó que mi demanda equivalía a una reprimenda, y tuve que asegurarle que el «libreto» me parecía de un gran interés. Tras una pausa de varios días, me entregó un cuaderno escolar de ejercicios lleno de su desaliñada escritura. Aguardó sin aliento (literalmente, ya que había sufrido una leve recaída de su síntoma asmático) mientras yo echaba un vistazo a unas cuantas páginas. Comprobé que en lugar de haber escrito una interpretación, como yo le había pedido, había preferido ensanchar su fantasía original, embelleciendo aquí y allá una palabra, de suerte que por lo visto yo no había ganado nada más que la tarea hercúlea de leer un documento de gran extensión y desorden. Aunque en cierta medida había atenuado la crudeza de las descripciones sexuales, perduraba el raudal erógeno, una *inundación* de lo irracional y libidinoso; las olas eran menos procelosas, pero bañaban un terreno mucho más extenso. Me hallaba ahora ante una imaginación inflacionista que no conocía límites, como la moneda en aquellos meses: una maleta llena de billetes no valía para comprar ni una sola barra de pan. Transcurrió una hora infructuosa, y después le dije que leería su documento detenidamente cuando

dispusiera del tiempo necesario. Al hacerlo así, empecé a vislumbrar un sentido detrás de la llamativa máscara. Gran parte del texto era un puro cumplimiento de deseos, sensiblero cuando no repulsivo; pero también encontré aquí y allá pasajes que no carecían de un toque de habilidad y sentimiento: descripciones «oceánicas» de la naturaleza, mezcladas con fantasía erótica. No pude evitar la evocación de las palabras del poeta:

> El lunático, el amante y el poeta
> están hechos por entero de imaginación…[15]

Al terminar la lectura del cuaderno estaba persuadido de que podría revelarnos todo, con tal de que estuviéramos en condiciones de descifrarlo.

Hay un dicho jocoso que afirma que «el amor es una nostalgia»; y siempre que un hombre sueña con un lugar o un país y se dice a sí mismo, mientras todavía está soñando: «Este lugar me resulta familiar, yo he estado aquí antes», podemos interpretar que el lugar es el cuerpo o los genitales de la madre. Todas las personas cultas que hasta ahora han tenido la oportunidad de leer el diario de Frau Anna han experimentado la misma sensación: el «hotel blanco» les resulta conocido, es el cuerpo de su madre. Es un lugar sin pecado, sin nuestro fardo de remordimiento; la paciente nos dice que ha perdido el equipaje en el camino, y que llega sin siquiera un cepillo de dientes. El hotel se expresa con el lenguaje de las flores, aromas y sabores. No es necesario intentar una clasificación rígida de sus símbolos, como han hecho algunos investigadores: pretender, por ejemplo, que el vestíbulo es la cavidad oral, la escalera el esófago (o, según otros, el acto del coito), el balcón los pechos, los abetos circundantes el vello púbico, etc.; más acertado es el sentimiento global que inspira el hotel blanco, su franca vinculación con la oralidad: chupar, morder, comer, engullir, tragar, con el maravilloso narcisismo de un bebé que mama. Aquí está la identidad oceánica de los primeros años de un niño, el paraíso autoerótico, el mapa de nuestro primer país de amor: todo ello vertido con la *belle indifférence* de una histérica.

Me pareció que allí estaba la prueba de la profunda identificación de Anna con su madre, en un período anterior al complejo de Edipo. Y esto, exceptuando el grado de intensidad registrado en el caso de Anna, no debe sorprendernos particularmente. El pecho es el primer objeto amoroso; el bebé que mama del seno materno se ha convertido en el prototipo de toda relación amorosa. El hallazgo en la pubertad de un objeto amoroso

es, de hecho, el redescubrimiento del mismo. La madre de Anna, afectuosa y amante del placer, legó a su hija un autoerotismo vitalicio,[16] y por tanto su diario representa una tentativa de retorno a la época en que el erotismo oral reinaba de forma suprema y el lazo entre madre e hija no se había roto. Así pues, en el «hotel blanco» no hay división entre Anna y el mundo externo; todo se traga entero. La libido recién nacida prevalece sobre todos los peligros potenciales, como el gato negro del que cuenta sus espeluznantes huidas de la muerte. Este es el lado «bueno» del hotel blanco, su hospitalidad abundante. Pero la sombra de la destrucción no puede olvidarse ni por un instante, y mucho menos en los momentos de mayor placer. La madre dadivosa estaba planeando su visita al hotel condenado.

Ahora yo tenía la ridícula sensación de que sabía absolutamente todo lo que se podía saber sobre Frau Anna, salvo la causa de su histeria. Y surgió una segunda paradoja: cuanto más convencido estaba yo de que el «diario de Gastein» era un documento notablemente valeroso, tanto más se avergonzaba Anna de haber escrito una obra tan repugnante. No consiguió descubrir dónde había oído las expresiones indelicadas o por qué le había parecido oportuno emplearlas. Me suplicó que destruyera sus escritos porque consideraba que solamente eran fragmentos diabólicos improvisados por la «tormenta en su cabeza»: en sí misma fruto del gozo que experimentó al verse una vez más libre de dolores. Le dije que solo me interesaba llegar a las verdades que con seguridad contenía su notable texto; ¡y agregué que me alegraba mucho que ella hubiera eludido al censor, al revisor del tren, en su camino hacia el hotel blanco!

Únicamente con la mayor desgana la joven se prestó a repasar conmigo su relato, haciendo un alto allí donde se le ocurriese alguna asociación. Había remitido su recaída leve de dificultad respiratoria, y estando persuadida de que se hallaba plenamente curada, no podía entender mi insistencia en seguir adelante. Afortunadamente, el efecto de la transferencia la volvió también reacia a poner término al análisis.

—El hotel blanco es el sitio donde nos alojamos —comenzó—. Me encantaba estar en las montañas, era un alivio enorme después de las penalidades de Viena; pero también quería un lago, un lago inmenso, porque me siento más libre junto al agua. El hotel tenía una piscina verde ¡y me permití transformarla en un lago! Casi toda la gente era huésped del hotel. Había una mescolanza

extraordinaria: personas que intentaban reanudar sus costumbres después de la guerra, me figuro. Por ejemplo, *había* un oficial inglés, muy cortés y recto de espaldas, que había sufrido un trauma por bombardeos en Francia. Escribía poesía y me enseñó uno de sus libros. Me cogió por sorpresa; aunque no parecía muy bueno, en la medida en que puedo juzgar textos ingleses. Me habló repetidamente de un sobrino que llegaría más tarde para ir a esquiar juntos. Pero oí decir a alguien que el sobrino había muerto en las trincheras. Una vez, el comandante nos reunió a todos en asamblea para comunicarnos que nos hallábamos bajo amenaza de ataque. Pensé en tejer un divertido episodio en torno a la escena, porque después de todo hay muchísimas cosas que no comprendemos, como por ejemplo las hojas en otoño y las estrellas que caen.

La interrumpí para inquirir si no había un vestigio de su infancia en la comparación que frecuentemente hacía entre las estrellas que caen y las flores.

—¿Qué quiere decir?

—Recuerdo que usted dijo que las medusas parecían estrellas azules debajo del agua.

—¡Ah, sí! Lo primero que hacía por la mañana era bajar corriendo a la playa para ver si habían llegado más medusas[17] por la noche. Sí, por supuesto, hay muchas cosas de mi pasado mezcladas en esto. En Odessa teníamos a una muchachita japonesa que trabajaba como doncella, y solía recitarme *haikus* —versos breves— mientras abrillantaba y quitaba el polvo. Por alguna razón pensé que sería bonito que se hiciera amiga de un comandante inglés hospedado en Gastein, pues ambos eran seres solitarios y amantes de la poesía. El comandante tenía un aspecto tan triste, tratando de convencer a la gente de que jugase con él al billar ruso. Es una mezcla del pasado y el presente, como yo. El ruso, por ejemplo: es mi amigo en San Petersburgo tal como lo imagino ahora. Ha medrado mucho, he visto su nombre en los periódicos.

Comenté que su retrato de él era muy satírico.

—Me abandonó, ya ve. Más exactamente, se abandonó a sí mismo, puesto que tenía cantidad de cosas buenas cuando nos conocimos; podía ser afectuoso y tierno, incluso tímido. Por eso le quise.

Frau Anna hizo una pausa para recobrar el aliento y luego prosiguió:

—Había una cantidad tremenda de personas egoístas en el hotel. Realmente hubieran sido capaces de seguir escribiendo sus alegres

postales si el hotel se hubiese incendiado, con tal de que *a ellos* no les pillara el fuego. —(Una referencia a la parte del diario redactada en forma de postales, del tipo banal que a menudo se manda a los amigos cuando uno está de vacaciones)—. Había una orquesta zíngara, un pastor luterano con cara de suero y un hombrecillo agradable de quien se reía todo el mundo porque solo era maestro panadero y usaba un lenguaje vulgar; y una familia numerosa de holandeses. Pero el viejo holandés no era botánico. La tradescantia de la montaña era un pequeño obsequio para usted. —Se ruborizó, risueña—. Sé que le encanta encontrar especímenes raros. Lo busqué en un libro de flores alpinas y me pareció el más raro.

—¿Y respecto a la prostituta retirada? —pregunté—. ¿Estaba en el hotel?

—No. O mejor dicho, sí. Yo misma.

—¿Cómo es eso?

Hizo una pausa antes de responder:

—Tengo pensamientos deshonestos.

Observé que si albergar pensamientos deshonestos constituía una inmoralidad, todas mis pacientes, en realidad todas las damas respetables de Viena eran igualmente prostitutas. Agregué que me merecía respeto la franqueza de su confesión, que había exigido mucha valentía.

Dos o tres semanas después de haber reanudado el análisis, los síntomas de Frau Anna retornaron con toda su fuerza. El golpe fue demasiado duro para que ella lo encajase. Le dije que no me sorprendía y que no debía desesperar. Como ya le había advertido, las remisiones eran lo habitual, pero los síntomas reaparecerían hasta que no llegásemos a la raíz de su histeria; y le aseguré, con más confianza de la que en verdad sentía, que nos estábamos aproximando a la luz que brillaba al final del túnel.

Al volver a leer el diario de Anna, me asombró nuevamente la exuberante y desvergonzada energía de los pasajes sexuales. Le pregunté si había tenido otras relaciones además de las entabladas con el estudiante A. en San Petersburgo y con su marido, y respondió con una enfática negativa. Su vida sexual, en suma, se había limitado a un breve idilio a la edad de dieciocho años y a unos pocos meses al comienzo de su matrimonio. No pude evitar la sospecha de que aquella mujer tan claramente apasionada y tan capaz de sentimientos fuertes había triunfado sobre sus necesidades sexuales a costa de duras batallas, y de que sus tentativas por asfixiar al más poderoso de todos los instintos le habían provocado

un grave agotamiento mental.

Era el momento de abordar lo más espinoso de la aventura amorosa central y narcisista que narraba en su diario. En efecto, por usar la analogía de su forma artística predilecta: en el teatro del cuerpo de su madre solo había en escena dos personajes importantes cantando su dúo amoroso, por muchas figuras decorativas que hubiese a sus espaldas. Por lo menos, así lo entendí yo.

Siempre hablaba del marido del que estaba separada de un modo que evidenciaba que le seguía queriendo. No le culpaba lo más mínimo de la separación; había sido bueno con ella en todos los aspectos: fiel, considerado, generoso y amable. La responsabilidad de la ruptura correspondía por entero a mi paciente, pero el motivo que alegaba firmemente era a todas luces una evasiva: que más que otra cosa en el mundo deseaba darle hijos, pero que estaba convencida de que para ella tener un niño únicamente reportaría desgracias. Aunque sentía remordimientos por haber hecho infeliz a su marido, hubiera sido mucho peor negarle el derecho a procrear descendencia. Era una suerte, dijo, que ante su propia insistencia hubieran practicado el coitus interruptus, porque así él podría haber anulado el matrimonio y haberse casado con otra mujer que le hiciera dichoso. Ella no quiso o no pudo dar más explicaciones, y huelga decir que no me satisficieron en absoluto.

Creyendo que la fantasía narcisista de su diario tenía que estar fuertemente relacionada con las nupcias de Anna, le pregunté un día a quién, en su opinión, representaban los amantes. «¡Aparte de que el joven es mi hijo!», añadí.

Sin embargo, todavía no cedían sus barreras. Insistió en que los amantes estaban inspirados en una pareja que pasaba la luna de miel en el hotel de Gastein. La impudicia de su comportamiento en público les había hecho populares. Las sirvientas se quejaban porque dormían hasta tarde por la mañana; y los amantes se habían conducido de un modo escandaloso durante una excursión, ante las mismas narices de Anna y de su tía: aunque ciertamente no de una forma tan escandalosa como los amantes del diario. Su conducta le había sobresaltado y al mismo tiempo divertido; asimismo, la joven pareja le había llegado al corazón, porque su don adivinatorio de Casandra le informó de que los nuevos desposados no vivirían muchos años.

—¿No está presente *usted* en la recién casada? —inquirí, con ironía.

—¡Sí, naturalmente! Ya se lo he dicho.

—Con su marido.

—No exactamente. Estaba pensando sobre todo en la pareja que pasaba su luna de miel.

En ese momento estaba jugueteando con su crucifijo.

—¡Vamos! ¡Ahora va a decirme que los recién casados se hicieron amigos de una corsetera y la invitaron a compartir su cama!

—¡No, por supuesto que no! Creo que ella debe haber sido Madame R.

La revelación no era inesperada, pues siempre había hablado con excepcional cariño de su mentora y amiga de San Petersburgo. Pregunté por qué había transformado a Madame R. en una corsetera.

—Porque siempre hacía hincapié en la disciplina si queríamos triunfar en el ballet. Autodisciplina hasta el punto de sufrir.

—Entonces el hotel blanco…

—Se trata de mi vida, ¿entiende? —me interrumpió con cierta irritación, como si dijera, como Charcot: «Ça n'empêche pas d'exister».[18]

—¿Y su amiga era dada a aventuras livianas? —inquirí.

—¡Pues claro que no! Es una judía convertida a la ortodoxia, ¡y ya sabe que no hay nadie más devoto!

Frau Anna prosiguió diciendo que había estado pensando en el matrimonio de su amiga (confiando en que estuviesen bien y felices en aquellos tiempos difíciles) y en las imágenes místicas del Cantar de los Cantares.

—Formaban una pareja ideal. Ella tuvo suerte encontrando un marido tan guapo y distinguido. Ya no era joven, desde luego, pero algunos hombres parecen volverse más atractivos a medida que envejecen.

Se detuvo, nerviosa; y le pregunté si no había existido cierta rivalidad entre ella y Madame R. Al negar la hipótesis, su ahogo y ronquera aumentaron; se llevó una mano involuntariamente al pecho. Le recordé que su anuncio de boda le había pillado por sorpresa.

—¿Nunca pensó que el interés de él iba dirigido a usted, Frau Anna?

No contestó, pero negó con la cabeza mientras luchaba por recobrar el aliento.

—En su diario, sin embargo, ¿no se ve usted desplazada por esa mujer? —insistí—. Su cama es invadida por una rival, ¿no es eso?

—¡No tiene nada que ver con eso! —respondió, en un tono muy acongojado. Después, en su aflicción, dejó escapar una confesión sorprendente—. Si tiene que saberlo, se trata de la luna de miel con mi marido; tiene usted razón. Al menos en este punto. Las dos mujeres son en realidad una sola. Ya ve, pensé que si hubiese tenido la suerte de poseer la vivacidad y el optimismo de mi amiga, a pesar de todo lo que ha sufrido, no estaría ahora tan horriblemente tensa.

—¿Y por qué fue así, Frau Anna?

—Tenía miedo de no estar a la altura de sus esperanzas.

—Entiendo. Su marido creyó que usted era virgen, naturalmente, y ¿temió usted que lo descubriera?

—Sí.

Volvió a tocar el crucifijo.

Le dije que me estaba haciendo perder el tiempo; que no podía seguir tolerando sus mentiras; que a menos que fuese completamente sincera conmigo no tenía ningún sentido continuar el análisis. Finalmente, mediante amenazas de este tipo, conseguí arrancarle la verdad sobre su matrimonio. En su íntimo había sido no una decepción, sino un completo desastre; una pesadilla, al menos desde el punto de vista de mi paciente. El responsable de ello fueron las alucinaciones, de las que su vida nunca se había visto totalmente exenta y que durante aquel período la presionaron constantemente. Surgían ante sus ojos siempre que tenía lugar el acto sexual. Eran del carácter obsesivo que describió en su diario, y únicamente variaban en los detalles. La inundación y el incendio del hotel podían vincularse a la muerte de su madre; las otras dos alucinaciones, la de la caída desde una gran altura y la de los dolientes sepultados por un desprendimiento de tierras, le resultaban inexplicables; la última era la más frecuente y también la más espeluznante, puesto que la paciente sufría de claustrofobia.

No creía que su marido hubiese sospechado algo. ¿Podía yo imaginar —me dijo— qué tormento había sido ver aquellas escenas desfilando ante sus ojos mientras fingía arrebatos de dicha? ¿Y no estaba yo de acuerdo en que su matrimonio no podía mantenerse sin causar un gran daño a su marido?

Se disculpó de no haber confesado todo esto en una fase anterior del análisis diciendo que no había querido dar la impresión de que culpaba a su esposo. Y se empecinó en que no existía el menor reproche. Había sido tierno, paciente y hábil; a ella le habían encantado todas las caricias íntimas que conducían al coito; o por lo menos así había sido hasta que la conciencia de que la alucinación era inevitable motivó que temiese incluso los preámbulos. Dijo que

además esto no importaba, porque estaba segura de que las alucinaciones solo significaban un aviso de lo que ya me había dicho: que bajo ningún concepto debía concebir un hijo. Incluso el coitus interruptus entrañaba un elemento de riesgo.

En Gastein se había resignado a no tener hijos, y por eso había recobrado la salud. Se había sentido capaz de sublimar sus deseos y necesidades; pero en la hediondez de Viena habían vuelto a atormentarla, y en consecuencia los síntomas reaparecieron.

Ahora yo debía estar de acuerdo, concluyó malhumorada, en que era imposible que la felicidad que había descrito en su diario se refiriese a su propio matrimonio; solo las catástrofes eran «autobiográficas». Comentó asimismo que si *alguien* se había propuesto como candidato para ser su marido, era el abogado alemán a quien llamó Vogel. Expresé mi asombro, y Frau Anna dijo que ignoraba por qué le había pintado con colores tan negros, y que daría cualquier cosa por recordarlo. Ciertamente, su esposo y su familia habían expresado en ocasiones juicios moderadamente antisemitas; pero con menos frecuencia y más moderación que la mayoría de la gente. Ello no había dado lugar a ninguna fricción entre ambos, por la sencilla razón de que no había estimado necesario contar a su marido aquel irrelevante aspecto de su pasado.[19] Le preocupaba mucho su malévola caricatura de un joven excelente. Tuve que tranquilizarla asegurándole que era perfectamente comprensible: se había visto compelida a herirle, lo que le resultaba sumamente doloroso, y por tanto estaba enfurecida con él por haberla obligado a experimentar aquel dolor.

Poco después de su confesión de los problemas sexuales que había encontrado en su matrimonio, logré suscitar otro recuerdo desagradable de su pasado. Le había dado un historial clínico recientemente publicado para que lo estudiase,[20] y me había estado presionando para que comentara con ella la particular obsesión del paciente por el coito *more ferarum* (normalmente con sirvientas y mujeres vulgares). Pareció interesarle excesivamente; y por supuesto me recordó un incidente que aparece hacia el final del diario. A propósito de ello, le indiqué que era sorprendente que una forma de unión sexual no comúnmente practicada en círculos educados figurase en su experiencia. La paciente se mostró angustiada a ese respecto, y le resultó difícil hablar; pero en cuanto se repuso suficientemente me refirió un episodio relacionado con A., el padre del niño abortado en San Petersburgo.

El episodio ocurrió en el curso de lo que anteriormente ella había calificado de recuerdo especialmente dichoso de su relación

con él: un fin de semana de crucero por el Golfo. Salían juntos desde hacía unos tres meses, y habían creado un vínculo profundamente romántico: pero aún seguía siendo «blanco», por emplear la gráfica expresión de Frau Anna. Había tal vez una docena de jóvenes a bordo del yate. El fin de semana comenzó de un modo bastante armonioso. Lo habían pasado bien, mezclando las conversaciones serias con un abuso de licores proporcionados por el padre rico de A. Después, el segundo día, Anna y su amigo tuvieron una disputa seria. Giró, de hecho, en torno a Madame R., que había tomado la iniciativa de invitar a su casa a Anna y a otras alumnas para coloquios más informales y actividades culturales. A. acusó a Anna de vender su alma al esteticismo. La pelea se vio exacerbada por el hecho de que él y sus amigos estaban empezando a aceptar la necesidad de recurrir a la violencia política; y el difunto marido de Madame R. había perecido víctima de una bomba reservada para un estadista. Habiendo conocido directamente, en la tristeza y la soledad de su maestra, las consecuencias de los actos violentos, Anna comunicó a A. que se iba a separar del grupo.

Ebrio y furioso contra ella, A. dejó de ser el muchacho que Anna amaba. La placentera excursión en yate se tornó siniestra para ella, adquirió el clima de pesadilla de los *Pose sos* de Dostoievsky. Su amigo le chamuscó el pelo con un habano e hizo otros gestos agresivos. Ella le dijo que su relación había terminado y se fue a llorar al camarote, donde, por último, se quedó dormida. Poco después algo alteró su sueño, y al despertar presenció el horroroso y degradante espectáculo de A. y otra joven tendidos en la litera de enfrente y acoplados en unión carnal. [21] Lejos de avergonzarse de su conducta, insultó a Anna con observaciones groseras y burlonas, y obviamente la había despertado adrede. Anna no esperó hasta el final del crucero, sino que, buena nadadora desde su niñez, saltó al agua y ganó la orilla a nado.

Para su desgracia, pocas semanas después se dejó convencer de que estaba arrepentido y todavía la amaba. Echó la culpa al alcohol que había ingerido, la sobreexcitada atmósfera de los tiempos que corrían y su abstinencia sexual. Ella le aceptó de nuevo y durante un breve lapso se convirtió en su amante. Al igual que más tarde con su marido, sufrió angustiosas alucinaciones. Se mudó al apartamento de A.

Quedó embarazada. Descubrió que él había cogido un tren hacia el sur en compañía de la joven del yate. En aquella época espantosa le salvó la vida la amistad de Madame R., porque Anna había

empezado a frecuentar los puentes del Neva, debatiéndose entre poner o no término a sus desventuras; y estaba convencida de que lo hubiera hecho, con posterioridad a la consumación del aborto, a no ser por la confianza que le inspiró su maestra y el albergue que le ofreció en su casa.

Tan dolorosa fue para la paciente la experiencia de rememorar las imágenes de aquella época de su vida, que apenas tuve el valor de preguntarle por qué había hablado meses antes en términos entusiastas de aquel crucero en yate. Cuando finalmente la interrogué al respecto, ella fingió que yo estaba confundiendo dos fines de semana distintos.

Sus síntomas siguieron siendo graves; dormía mal y había perdido todo el peso recobrado, sustentándose una vez más a base de una dieta autoimpuesta de naranjas y agua. En una ocasión dijo:

—Usted me dice que mi enfermedad está probablemente relacionada con sucesos que he olvidado de los primeros años de mi vida. Pero aunque sea así, no se pueden modificar esos sucesos de ninguna manera. Entonces, ¿cómo se propone ayudarme?

Y yo le respondí:

—Al destino sin duda le sería más fácil que a mí aliviarle de su afección. Pero mucho habremos adelantado si logramos transformar su sufrimiento histérico en una infelicidad común.

En este punto del desentrañamiento dolorosamente lento de la misteriosa enfermedad de mi joven paciente empecé a vincular sus trastornos con mi teoría del instinto de muerte. Las vagas ideas de mi ensayo a medio terminar, *Más allá del principio de placer*,[22] casi imperceptiblemente comenzaron a adquirir forma concreta, a medida que meditaba sobre la trágica paradoja que regía el destino de Frau Anna. Ella poseía un ardiente deseo de satisfacer las exigencias de su libido y, al mismo tiempo, una necesidad imperiosa, nacida de alguna fuerza que yo no acertaba a comprender, de envenenar el pozo de su placer en su mismo origen. Ella misma había reconocido que su instinto maternal era insólitamente fuerte; sin embargo, pesaba sobre ella una prohibición absoluta de tener hijos, impuesta por algún autócrata al que yo no lograba identificar. Le encantaba la comida; pero no comía.

También era extraña (aunque demasiados años de psicoanálisis me habían hecho parcialmente inmune a esta extrañeza) la compulsión de su psique respecto a revivir la noche de tormenta en que supo que su madre había muerto en el incendio de un hotel. He

dicho ya que en determinados momentos la expresión de Frau Anna me recordaba los rostros de las víctimas de neurosis de guerra. Sigue siendo oscura para nosotros la razón por la que esas pobres víctimas del campo de batalla se fuerzan una y otra vez a revivir en sueños los dramáticos sucesos originales. No obstante, es asimismo un hecho que todo el mundo, no solo los neuróticos, muestra indicios de poseer un impulso irracional a la repetición. Observé, por ejemplo, un juego que entretenía a mi nieto mayor, consistente en realizar una y otra vez acciones que únicamente podían haber tenido un significado desagradable para él: acciones relacionadas con la ausencia de su madre. Existe también el ejemplo de la conducta de autocastigo que se detecta a lo largo de la vida de ciertas personas. Empezaba a considerar a Frau Anna no como una mujer separada del resto de nosotros por su enfermedad, sino como alguien cuya histeria exageraba y hacía resaltar una lucha *universalentre* el instinto de vida y el instinto de muerte.

¿No había un «demonio» de repetición en nuestras vidas, y acaso no tenía que emanar de que nuestros instintos humanos son profundamente conservadores? ¿No podría ser, por ende, que todos los seres vivos están de luto por el estado inorgánico, la condición original de la que han emergido por accidente? ¿Por qué, si no, pensé, tenía que existir la muerte? Porque la muerte no puede ser considerada una necesidad absoluta cuyo fundamento sea la misma naturaleza de la vida. La muerte es más bien cuestión de conveniencia. De este modo argumentaba mi mente.

Frau Anna se hallaba simplemente en primera línea, por así decirlo; y su diario era su último parte bélico. Pero el vulgo civil, si se me permite denominar así a los sanos, estaba también demasiado familiarizado con la lucha constante entre el instinto de vida (o libido) y el instinto de muerte. Los niños —y los ejércitos— erigen torres de ladrillos solo para derribarlas. Amantes perfectamente normales saben que la hora de la victoria es también la hora de la derrota; y por consiguiente mezclan las coronas funerarias con las guirnaldas de conquista, llamando a la tierra que han conquistado *la petite mort*. Los poetas no están menos familiarizados con el fastidioso conflicto:

Ach, ich bin des Trebens müde!
Was soll all der Schmerz und Lust?[23]

Mientras yo me demoraba de este modo analizando la dimensión universal de la dolencia de Frau Anna, Eros en combate contra

Tánatos, tropecé con la raíz de su angustia personal. Hasta aquel momento nunca había sido capaz de establecer ningún hecho que hubiera podido contribuir a desatar su histeria. Los dolores en el pecho y ovario le habían sobrevenido en una época en que se hallaba atareada y feliz, venturosa en su carrera reanudada y aguardando ansiosamente el primer permiso militar de su marido, confiada en que todo iría bien entonces. No recordaba ningún episodio desagradable que hubiera podido influir en la aparición de su enfermedad. Una noche se había acostado plenamente dichosa tras haber escrito a su marido una carta muy cariñosa en la que insinuaba que le gustaría quedarse embarazada durante su próximo permiso en casa. Los dolores la habían despertado esa misma noche.

Un día llegó a la cita conmigo en un estado de ánimo infrecuentemente alegre. Explicó que había recibido una carta de su antigua amiga de San Petersburgo, con la espléndida noticia de que tanto ella como su marido habían sobrevivido ilesos, aunque con ciertas estrecheces, y de que su unión se había visto bendecida por el nacimiento de un hijo.

Aunque el niño ya tenía tres años, Madame R. recordaba a Frau Anna su promesa de ser la madrina si alguna vez surgía la feliz ocasión. Fueron las primeras noticias que Anna tuvo de su amiga desde hacía casi cuatro años, y las primeras que *ella* le mandaba desde antes de la guerra. Su alegría era, por tanto, fácil de entender.

Sin embargo, mientras estaba expresando el placer que le causaba la idea de tener un pequeño ahijado, sus dolores, que anteriormente solo habían sido moderados, se acrecentaron mucho. Eran tan intensos que suplicó mi permiso para marcharse a casa. Yo no estaba dispuesto a dejar que se fuera sin tratar de descubrir la causa de aquel súbito deterioro, y le pregunté si por azar no estaba celosa del feliz suceso acontecido a Madame R. La pobre mujer lloraba de dolor mientras negaba vigorosamente tan despreciable pensamiento.

—No sería en absoluto sorprendente ni vergonzoso, Frau Anna —dije—. Después de todo, si no hubiera abandonado a su marido, usted misma habría conocido indudablemente esa misma bendición.

Siguió negando, llorosa, que tuviese celos, pero confesó la verdad gracias al gesto de manosear el crucifijo. Pensé que era el momento adecuado para revelarle, por fin, qué «don del cielo» había sido a veces para mí su crucifijo; pero antes incluso de que pudiese explicarle por qué, ella me estaba diciendo, con cierta excitación, que ahora recordaba con más detalle el comienzo de sus

dolores.

Antes de volver a casa para escribir por la noche una carta a su marido, había cenado apaciblemente con su tía, después de haber asistido por la tarde a un concierto. Ahora recordaba que fue aquel mismo día cuando había tenido las últimas noticias de Madame R. Las nuevas le habían llegado merced a una afortunada circunstancia. Su marido le escribió que había estado interrogando a un oficial de la capital rusa; y en un momento de más calma habían descubierto que el fino hilo de una coincidencia vinculaba la vida de ambos. El oficial conocía a la amiga de Anna e informó de que Madame R. gozaba de buena salud y (según creía) esperaba un hijo. Frau Anna había comentado con su tía la emocionante noticia. ¿Sería cierto? ¿No era peligroso un embarazo para una mujer de mediana edad? ¿Qué regalo enviaría para el bautizo cuando lo permitiesen las circunstancias? Su tía sugirió un crucifijo y Anna estuvo de acuerdo. Era todo lo que podía recordar de la conversación. Se había ido a su casa, escrito una carta feliz y amorosa y despertado enferma durante la noche.

La paciente, cuyos dolores habían remitido de algún modo en la excitación del recuerdo, estaba acariciando el crucifijo en el curso de su relato; y yo pasé entonces a explicarle la importancia que para mí tenían aquellos gestos involuntarios. Mis palabras tuvieron por efecto provocarle un nuevo acceso de fortísimos dolores, pero también despertarle en la memoria una nube de recuerdos olvidados de aquella noche y, en consecuencia, desatar el nudo de su histeria. Huelga decir que ello no ocurrió sin que existiese mucha congoja por su parte y mucho tanteo de sus defensas por la mía. Lo esencial de su historia fue lo siguiente:

Las noticias de San Petersburgo le habían afligido y al mismo tiempo alegrado. Confesó que lo primero se debía a su conciencia de que si hubiera consentido a su marido el acto sexual completo, ella misma podía haber estado embarazada para entonces. Pero había ahuyentado esta ligera perturbación abordando el tema de un regalo de bautizo. La tía mencionó por casualidad que le habían regalado su propio crucifijo el día de su nacimiento, y lo había llevado día y noche a partir de la primera comunión. Al decir esto, la tía tocó orgullosamente su cruz de plata. Qué buen uso había tenido, comentó; era distinto el caso del de Anna, por la sencilla razón —agregó— de que la madre de Anna se había arrancado el suyo el día de su boda y jamás se lo había vuelto a poner. Era un gesto de cólera contra la hostilidad de sus propios padres. De hecho, a partir de aquel día había abandonado sus prácticas religiosas. El

crucifijo había permanecido intocado en su joyero hasta que finalmente fue a parar a manos de Anna.

La tía había hecho entonces un comentario algo exento de tacto al afirmar que su hermana tenía un carácter egoísta y mundano; luego, arrepintiéndose rápidamente, empezó a ensalzarla y a hablar alegremente de aquellos tiempos lejanos. Era raro que hablase del pasado, porque le resultaba doloroso; Frau Anna disfrutó del placer de conversar acerca de su madre, a la que apenas había conocido. La tía evocó la buena presencia de su hermana; y también la suya en aquellos días, antes de volverse una vieja inválida, ya que desde luego se parecían mucho. Sacó el álbum de fotos para confirmarlo: y recordó sonriendo que la gente solía decir que solo era posible distinguirlas mirándoles el busto, ¡para ver cuál de las dos llevaba la cruz! Al contemplar a las dos atractivas jovencitas, Anna sonrió también y pensó que recordaba vagamente que la gente solía decir eso. Entonces cruzó su mente un recuerdo olvidado: el incidente de la glorieta. Al recordarlo entonces —y relatado ahora— difería en una cosa de la versión que yo había oído antes.

La niña, que estaba aburrida y tenía calor, se impacientó con su madre por estar tan enfrascada en la pintura. Todos los demás habían desaparecido después de la comida del mediodía. Anna decidió volver a la frescura de la casa y atormentar un rato a su niñera. Había olvidado que era el medio día libre de la empleada doméstica, así que se conformó con beber limonada y jugar sola con sus muñecas en el cuarto de los niños. Hacía menos calor cuando volvió a salir fuera. Anduvo explorando a través de los árboles y sorprendió la escena de la glorieta. Le sobresaltó ver el pecho y los hombros escandalosamente desnudos de su tía, y retrocedió hasta refugiarse en los matorrales. Bajó a la playa para pedirle a su madre que le explicara por qué la tía y el tío se estaban comportando de un modo tan extraño; pero para entonces su madre dormitaba sobre una roca. Sabía que era una norma estricta no molestar a los adultos cuando estaban descansando, de modo que volvió a la casa y se puso a jugar otra vez con sus muñecas. En lo más recóndito de su alma se alegraba de que su madre estuviese dormida sobre la roca… ya que, por supuesto, sabía que en realidad no era su madre la que estaba allí tendida. Aparte de los cien signos secretos por los que un niño conoce a su propia madre, eran inconfundibles el vestido de cuello alto de la tía y el centelleo de la plata en su pecho, contrastando con la escandalosa desnudez de la mujer que había visto en la glorieta.

Pero entonces, ¿qué estaban haciendo allí su madre y su alegre

tío? Era algo demasiado perturbador y misterioso, y la niña lo olvidó mientras jugaba. La Anna adulta, cuando el recuerdo volvió a su memoria con todos los aditamentos del saber maduro, inmediatamente supuso lo peor; y le resultó igualmente intolerable. El icono de la bondad materna había mantenido hasta entonces el frágil sentido de su propia valía. Bastaba una fisura y se rompería en pedazos, destrozando de paso a la joven mujer. Ahora, el abrazo de una sola tarde se convertía en el incesto de muchos estíos y muchas glorietas. Su madre no llevaba un crucifijo porque no merecía llevarlo: de este modo corrían sus pensamientos, sin dejar de escuchar las reminiscencias que desgranaba la tía. Después, de repente, otro pensamiento: ella, Anna, tampoco merecía llevar uno; ella también se lo arrancaría del cuello.[24]

Pero ¿por qué razón? No conocía ninguna. Ella cumplía sus deberes religiosos y llevaba una vida irreprochable. ¡Casi demasiado irreprochable! En un sentido, ¿acaso no estaba celosa de su madre? Es posible que hubiera sido perversa; pero ¡qué gran placer tenía que haber sentido para querer volar a los brazos del tío, a la más mínima oportunidad y fuese cual fuese el riesgo! Por supuesto que iba a reunirse con él todas aquellas veces que había dejado a Anna con la niñera y regresado muchos días después. Tiene que haber en mí una tristísima carencia, pensó; en efecto, *yo* no podría concebir que se hiciese un viaje de cientos de kilómetros… ¡para soportar la tortura! ¿Qué es lo que va mal en mí? Está claro que el veneno de mi madre todavía corre por mis venas, pero en una dirección muy, pero que muy diferente. Y ni siquiera puedo compartir este fardo con otra persona, como hacía mi madre. Estoy completamente sola. De pronto, la verdad acerca de sí misma, que la joven no había descubierto, cayó sobre ella como un relámpago en la oscuridad: ¡viajaría cientos de kilómetros —en este mismo instante, si fuera posible— para ver a mi amiga! Pero ahora ella está criando a su hijo, ¡estoy más sola que nunca!

Ahora todo estaba claro. Yo había escuchado su agitada narración con una creciente certeza de conocer el desenlace: no era de ningún modo enteramente opuesta a ciertas sospechas que ya tenía. La clarificación, no obstante, causó un efecto demoledor en la pobre muchacha. Se removió, inquieta, lloró ruidosamente cuando le expuse la situación con estas secas palabras:

—O sea que usted no quería *un* hijo, quería *el* hijo de Madame R…, si la naturaleza hubiera hecho posible tal cosa.

Se quejó de un dolor intolerable e hizo un desesperado esfuerzo por rechazar mi explicación: no era cierto, yo la había convencido

de que confesara eso, era incapaz de albergar semejantes sentimientos, nunca podría perdonarse a sí misma, solo había querido decir que ahora era aún menos probable que su amiga comprendiese su anormal horror a quedarse embarazada. La enfrenté a hechos ineludibles. ¿No era significativo que sufriera sus alucinaciones destructivas durante la única actividad sexual que le permitía su consciencia? ¿Que sus únicas relaciones perdurables y fructíferas hubieran sido con mujeres? ¿Que todavía conservara sus fuertes instintos maternales pero, llegado el momento, le inspirase repugnancia la idea del permanente lazo doméstico que entrañaría la maternidad? ¿Que su diario dibujara un retrato más vivo de la personalidad de Madame R. (encarnada en «Madame Cottin») que del joven amante? Comparado con Madame R., ¿no era él un simple cero a la izquierda?

La pobre mujer seguía resistiéndose a aceptar el hecho. La gravedad de sus síntomas persistió durante un rato. El grado de sufrimiento y la intensidad de su lucha no disminuyeron hasta que le ofrecí mis dos argumentos de consuelo: que no somos responsables de nuestros sentimientos y que su comportamiento, el hecho de que hubiese enfermado en aquellas circunstancias, era prueba suficiente de que poseía un carácter ético. Todo don, en efecto, tiene su precio, y el de liberarse de un conocimiento inaguantable había sido una histeria. Para cuando volvió a casa esa noche, había sepultado tan completamente la conciencia de su homosexualidad que pudo escribir una carta insólitamente ardiente a su marido. Pocas horas después reaparecieron sus dolores. La Medusa rechazada había exigido su precio. Pero valía la pena pagarlo; de lo contrario hubiera sido aún peor.

Cuando le expliqué todo esto su resistencia cedió, pero sin desaparecer del todo. Mejor dicho, lo aceptó y lo descartó al mismo tiempo, en su ansia de desviar nuestra conversación hacia el descubrimiento menos amenazador del comportamiento de su madre. Su alivio por haber revelado aquel recuerdo de infancia fue palpable; y en cuanto nos pusimos a explorarlo se produjo una progresiva mejoría de su estado.

No pude sino admirar la económica manera en que su mente había hecho inofensivo aquel recuerdo, mediante un simple corte con un par de tijeras, dejándola persuadida de que la visión escandalosa no pasaba de ser un tierno abrazo marital. Sin embargo, yo todavía no sabía con certeza qué había visto Anna. Si aquello no encubría un hallazgo mucho más devastador, si no era nada más que su fogosa madre y el tío de Anna abrazándose, más o

menos expuestos a la vista de cualquiera que acertase a pasar por allí hubiera sido comparativamente inocente. Convino en que esto era cierto… en teoría; empero, estaba convencida de que su madre y su tío eran adúlteros, y que de algún modo lo había captado a pesar de tener tan solo cuatro o cinco años. La paciente señaló, como prueba de la culpa de ambos, lo excitada y excesivamente indulgente que se volvía su madre a medida que se aproximaba la visita del cuñado. Anna recordó las depresiones de su madre en otoño e invierno, sus viajes a Moscú y los suntuosos obsequios que traía a la vuelta: como si quisiera acallar la conciencia. No creía en absoluto que hubiese ido a Moscú, sino más bien a algún lugar adecuado entre Odessa y Viena —probablemente Budapest— para acudir a las citas con su amante. (En su calidad de profesor de idiomas, sin duda tenía que asistir a numerosas conferencias…) Recordaba haber captado un silencio incómodo, tanto antes como después de que su madre hubiese sido trasladada a casa para su entierro; una desgana para hablar de la difunta entonces o después; el hecho de que su tía no hubiese ido al funeral, no volviese a visitar jamás la casa y casi nunca mencionase ahora aquella época de su vida. Cuando argumenté que había explicaciones perfectamente válidas —y más probables— para todo esto, se puso furiosa, casi como si *necesita se* consolidar la culpa de la madre. Rememoró, de un modo sospechosamente repentino, que los marineros que la habían insultado cuando tenía quince años habían formulado obscenos comentarios acerca de su madre, diciendo que todo el mundo sabía que había perecido con un amante en Budapest. Habían empleado un término grosero para sugerir que no se pudo separar sus cuerpos calcinados.

Ahora estaba alegando, por supuesto, que el tío no había muerto en Viena de un ataque al corazón pocos meses después de la muerte de la madre, sino que falleció en el mismo incendio del hotel. Su padre y su tía, de común acuerdo, habían fabricado la falsa historia para frenar las murmuraciones; pero, como suele suceder en estas cosas, probablemente todo el mundo en Odessa sabía lo que había ocurrido, salvo Anna y su hermano. Cuando le pregunté si no debía hacer partícipe a su tía de tales sospechas, contestó que no quería reabrir heridas. La insté, no obstante, a hacerlo, o incluso a consultar archivos de periódicos; porque estaba seguro de que sus fantasías se estaban desbocando. En aquel momento se encontraba tan mejorada que empezaba a pasear sola por la ciudad. Y un día irrumpió en mi despacho con aire de triunfo. Blandió ante mí dos fotografías. Una de ellas, algo descolorida y ajada, era de la tumba

de su madre; y la otra, reciente, era de la de su tío. Dijo que había descubierto, tras largas pesquisas, el lugar en que reposaba este, porque su tía no lo visitaba. La sepultura estaba cubierta de hierba, tal como se veía en la foto. Para mi sorpresa, la fecha de fallecimiento que constaba en ambas tumbas, tenue pero discernible, era la misma. Tuve que admitir que me impresionó, y que la balanza de evidencias, tal como parecía, se había inclinado hacia su versión de los hechos. Sonrió y saboreó su triunfo.[25]

Es hora de resumir lo que sabemos sobre el caso de esta infortunada joven. Circunstancias de los años primeros de su vida habían conseguido crearle un pesado fardo de culpa. Todas las niñas, cuando llegan a la fase de Edipo, empiezan a cultivar impulsos destructivos contra la madre. Anna no fue una excepción. Deseó la «muerte» de su madre y —como si hubiera frotado una lámpara mágica— su madre *había* muerto. Gracias a la serpiente (el pene del tío) en su paraíso, el campo quedaba libre para Anna, y ahora podía hacer lo que toda niña desea: tener un hijo de su propio padre. Pero en lugar de reportarle la felicidad, la muerte de su madre le deparó la desventura. Aprendió que la muerte significaba permanecer en la fría tierra para siempre, no simplemente estar fuera unos cuantos días más. Tampoco su matricidio se vio recompensado por el amor del padre; por el contrario, este se mostró más frío y distante; evidentemente la estaba castigando por su horrendo crimen. Anna había provocado su propia expulsión del paraíso.

Protegida por el afecto de sustitutas de la madre, niñeras e institutrices, fue castigada —de nuevo por hombres— cuando una chusma de marineros la asustó y la insultó. Aprendió de ellos que quizá su madre había merecido morir por ser una mala mujer. Pero para entonces la aspereza de su padre con ella le había impulsado a una intensa idealización de la madre; los comentarios de los marineros eran insoportables, y había que enterrarlos en el subconsciente junto con el recuerdo de la glorieta. En esa época contrajo los síntomas de dificultades respiratorias y asma; quizás un símbolo mnémico de asfixia en un incendio. Simultáneamente, su padre demostró de una vez por todas que le era indiferente el bienestar de su hija, y esta le expulsó de su corazón, decidida a construirse una vida nueva y aparte.

En la capital, tuvo la desgracia de encariñarse con un amante indigno, de un temperamento sádico y algo siniestro. Sin embargo, cabía esperar que eligiese un amante de esta clase, porque a los diecisiete años ya estaba establecido el modelo compulsivo de sus

relaciones. Era de esperar que el acto sexual con A. resultase un fracaso; y asimismo que entablase amistad con una mujer que habría de «salvarla», aunque no antes de que fuera mayor el daño sufrido. En casa de Madame R. recuperó su amor propio; el afecto maternal de la viuda quedó absorbido por el diseño idealizador del amor materno: el auténtico *primer amor*. En Frau Anna arraigaron sentimientos de carácter homosexual, si bien era incapaz de admitirlo ante sí misma y mucho menos ante Madame R. Afortunadamente logró sobrevivir a la conmoción del nuevo matrimonio de su amiga gracias a la reaparición en escena de la tía, una mujer de frustrados sentimientos maternales y que, de hecho, era el misterioso retrato de su propia madre. Resulta tentador considerar que el descubrimiento en esta época del talento musical de Anna, especialmente porque se expresaba en los ricos tonos del instrumento que había escogido era un «florecimiento» espontáneo de su restaurado sentido de la propia valía.

Movida por el deseo de demostrarse a sí misma que era capaz de entablar una relación normal, buscó un marido. Como era de prever, la iniciativa supuso un nuevo desastre, pero Anna era reacia a reconocer el fracaso. Tuvo que experimentar un secreto alivio cuando el estallido de la guerra la separó de su esposo. No obstante, fue precisa una grave enfermedad mental para que ella se resolviera a zanjar el matrimonio, alegando (ante sí y ante otros) que sería incapaz de afrontar el hecho de tener hijos.

Las noticias de Madame R. y una desafortunada observación formulada por la tía amenazaron con desbaratar todo lo que tan penosamente había conseguido. Su matrimonio era una hipocresía; y la música era, al menos en parte, una sublimación de sus auténticos deseos. Costara lo que costase, había que erradicar la incompatible idea; y el precio fue la histeria. Como siempre ocurre con el subconsciente, los síntomas fueron adecuados: dolores en el pecho y el ovario debido al odio inconsciente a su femineidad desvirtuada; anorexia nerviosa: un total aborrecimiento de sí misma y el anhelo de desaparecer de la faz de la tierra. Además, reapareció el jadeo, los ahogos que la habían aquejado durante su pubertad, como una consecuencia de haber vislumbrado las auténticas circunstancias de la muerte de su madre. Persistió la incertidumbre de por qué los dolores afectaban al lado izquierdo del cuerpo. Con tal de que se adecúe al simbolismo primario, no es infrecuente que una histeria ataque a una debilidad física de la constitución; y es posible que existiese en el pecho y el ovario izquierdos de la paciente una propensión a la enfermedad que se haría manifiesta

más adelante en la vida. Por otra parte, quizá la elección del lado izquierdo derivase de un recuerdo que nunca afloró a la superficie. Ningún análisis es completo; las histerias tienen más raíces que un árbol. Por ejemplo, en una fase bastante tardía del análisis, la paciente contrajo una suave fobia a mirar espejos, afirmando que dicho acto le provocaba palpitaciones nerviosas. Esta fobia, afortunadamente efímera, nunca fue satisfactoriamente explicada.

El análisis de Frau Anna fue menos completo de lo normal. Puesto que creía haber recobrado prácticamente la salud, estaba impaciente por reemprender su carrera musical. Hubo entre nosotros altercados que en cierto modo me alegró presenciar, puesto que significaba que estaba recuperando su independencia. Muchos de ellos guardaron relación con mis juicios sobre su afecto por Madame R.; algunas veces seguía mostrándose reacia a admitir francamente que en ese cariño había un componente homosexual. Ambos teníamos la sensación de que debían interrumpirse nuestras conversaciones, y nos separamos amistosamente.

Le dije que a mi entender estaba curada de todo menos de la vida, por así decirlo. No lo discutió. Se llevó consigo una razonable esperanza de supervivencia en una vida que sin duda sería siempre poco menos que difícil y es posible que a menudo solitaria. Hacia el final, pudo declarar que comprendía hasta qué punto su madre había quizás anhelado afecto y novedad, una vez que se hubo disipado el primer embeleso del matrimonio. Esta aceptación del inalterable pretérito debió mucho a la serenidad de Gastein y la ulterior redacción de su diario: un interesante ejemplo del modo en que el inconsciente preparaba a la psique para una final ascensión a la consciencia de ideas reprimidas.

He comparado el diario a un escenario de ópera; pero en el símil existe una gran diferencia, a saber, que los personajes en el drama de Frau Anna son intercambiables. Por ejemplo, el joven es sucesivamente (o incluso al mismo tiempo) el padre de Anna, su hermano, su tío,[26] su amante A., su marido y hasta el insignificante muchacho del tren que iba a Odessa. Anna misma es (a veces) la cantante de ópera, pero también la prostituta sin un pecho, la pálida y delgada inválida sin útero, la amante muerta en la tumba colectiva. En ocasiones las «voces» son claras, pero más a menudo se mezclan, se fusionan con otras: «el espíritu del hotel blanco se oponía al egoísmo». Con la ayuda moderada del médico, el diario de Frau Anna la condujo hacia la salud psicológica mediante la aceptación de la misteriosa individualidad de su madre. La corsetera simbolizaba algo que la paciente no mencionó: la

hipocresía. La madre no era como aparece: ni por asomo era tan estricta consigo misma. Era Medusa, así como Ceres.[27] Cuando más amorosa parecía con su hijita, su mente quizás estaba en otra parte. Pero muy por debajo del nivel consciente, Frau Anna estaba aprendiendo a perdonar la naturaleza falible de su madre, y en consecuencia (mucho más profundamente) la suya propia.[28]

Así, pues, yo erraba totalmente al suponer que los personajes centrales eran «un hombre, una mujer; una mujer, un hombre».[29] A pesar de todas las apariencias en contrario, el papel del varón, del padre, en el teatro privado de la paciente era subordinado, y nos encontrábamos con dos heroínas: la paciente y su madre. El documento redactado por Frau Anna expresaba su anhelo de retornar al abra de la seguridad, al hotel blanco original (todos hemos sido huéspedes del mismo): el útero materno.[30]

Aproximadamente un año después, volví a ver a Frau Anna por casualidad. Merced a una agradable coincidencia, el encuentro tuvo lugar en Bad Gastein, donde yo pasaba unas vacaciones con otro miembro de mi familia. Estábamos dando un paseo cuando vi una cara conocida. Resultó que Anna tocaba en la orquesta de una pequeña compañía en gira, y me alegró comprobar que tenía buen aspecto; en efecto, en lugar de faltarle más bien le sobraban carnes. Pareció contenta de verme y expresó su esperanza de que asistiéramos a la actuación de esa noche. Se dirigía a un ensayo. La ópera que le correspondía interpretar era una pieza moderna de cierta oscuridad, y pretexté mi incapacidad crítica respecto a la música actual… ¡agregando que indudablemente habría asistido si ella hubiera tocado *Don Giovanni*! La maliciosa alusión no le pasó inadvertida, y sonrió. Le pregunté si estaba familiarizada con el idioma de la ópera (cuya partitura tenía en las manos) y me respondió que sí, que había agregado el checo a su repertorio. Mi pariente expresó su admiración por el hecho de que pudiese aprender a leer tantos idiomas, y dirigiéndose sobre todo a mí, Frau Anna contestó con una sonrisa melancólica que a veces se preguntaba de quién había heredado ese talento. Era quizás inevitable que se preguntase a sí misma si la frialdad de su padre, tras la muerte de la madre, nacía de la sospecha de que Anna no era su hija.

Frau Anna declaró que de vez en cuando seguía sufriendo suaves recidivas de sus síntomas, pero nunca hasta un punto que le impidiese ejercer su profesión. Temía, sin embargo, que su tardío comienzo y su prolongada recaída no le permitiesen alcanzar las cumbres de su carrera. Me complace afirmar que a lo largo de los

años he seguido teniendo noticias suyas, y que en su calidad de talentosa instrumentista practica con éxito su arte en Viena y vive aún en compañía de su tía.

4

EL BALNEARIO

1

En la primavera de 1929, Frau Elisabeth Erdman viajaba en tren desde Viena a Milán. Se había permitido el lujo de adquirir un billete de primera clase para cerciorarse de que llegaría en forma al término del trayecto; durante gran parte del mismo viajó sola en su compartimento, disfrutando del paisaje, leyendo de vez en cuando una revista o cerrando los ojos y ensayando en voz baja la parte vocal que le habían encomendado. El tren iba casi vacío y almorzó sola en el amplio y agradable vagón restaurante. La atención de tantos camareros le puso nerviosa; engulló la comida y volvió a su asiento.

El tren se detuvo en un diminuto pueblo tirolés —la estación era poco más que un simple andén—, y Frau Erdman pensó al principio que en el tren viajaba una personalidad, porque un gentío aguardaba en la estación. Más tarde, con fastidio, cayó en la cuenta de que eran viajeros, porque se doblaban bajo el peso de maletas y mochilas; fueron subiendo en tropel. Eran demasiado numerosos para los vagones de segunda clase; se desperdigaron por los de primera. Cinco hombres y mujeres con mochilas invadieron su compartimento, y apresuradamente tuvo que colocar sus cosas en la rejilla. Incluso había gente en el pasillo, apoyada en las ventanillas y en la puerta. Tras el barullo de la instalación, mochilas y esquíes sobresalían de la rejilla sobre la cabeza de Frau Erdman, y se sintió apretujada contra una esquina por las voluminosas carnes de sus compañeros de viaje. Llevaban tanta ropa que parecían —incluidos los tres hombres— personas embarazadas; hablaban en voz alta y se reían con la tosca camaradería de un grupo que ha compartido unas

vacaciones y que, por tanto, considera un intruso a todo desconocido. Frau Erdman empezó a sufrir ligeros síntomas de claustrofobia entre tanta grasa de ballena: tal fue la palabra y la imagen que le vino a la mente. Se levantó, se disculpó al pasar por encima de las piernas y se dirigió a la puerta.

Ella también —como si lo hubiese dictado la mala suerte— tuvo precisamente en ese momento ganas de ir al lavabo. Pero al mirar a ambos lados del pasillo comprendió claramente que tendría que librar una batalla horrorosa para abrirse camino entre tantas personas apiñadas, muchas de las cuales se habían sentado sobre sus maletas o mochilas. A unos cuantos metros de distancia, un joven que estaba en el pasillo advirtió su mirada inquieta y cortésmente le hizo una seña de que podía pasar. Pero ella movió la cabeza con una sonrisa forzada, como si dijera: *No vale la pena, puedo esperar*; él le devolvió la sonrisa, interpretando su mensaje y considerándolo divertido. Frau Erdman vio que el joven se hallaba de pie en un pequeño «claro», frente a una ventanilla abierta, de modo que se abrió paso a codazos para llegar hasta él. Sacó la cabeza por la ventanilla y aspiró profundamente el aire.

Muy aliviada, se recostó contra la ventanilla de cristal de un compartimento. El joven le preguntó si le molestaba el humo de su cigarrillo y, cuando ella le contestó que no, le ofreció uno de su pitillera. Ella declinó la invitación, y él aprovechó para comentar el hecho notable de la cantidad de mujeres que fumaban en aquellos tiempos: ¿ella no había sentido la tentación de probar? Sí, dijo ella, le había gustado el tabaco siendo más joven, pero lo había dejado por miedo a estropearse la voz. Inmediatamente lamentó haberlo dicho, porque daba pie a preguntas curiosas y las consiguientes respuestas podrían hacer pensar al joven que hacía ostentación de sus talentos. Llegaron las preguntas que cabía esperar y ella admitió que era cantante profesional; se dirigía a Milán; iba a cantar en la ópera. Sí, se trataba de un papel bastante importante.

La información impresionó al joven. Escudriñó el rostro vulgar y algo arrugado de Frau Erdman —que, no obstante, tenía ojos y labios expresivos—, intentando recordar si había visto su fotografía en los periódicos. Sabía poco de música, afirmó, ya que era estudiante de geología en la universidad, pero todo el mundo había oído hablar de La Scala de Milán. Ella debía de ser una de las «divas». La mujer rió —al hacerlo casi se volvió atractiva— y negó vigorosamente con la cabeza.

—¡Me temo que no, en absoluto! —dijo—. Solamente soy una suplente. Quizás haya oído hablar de Serebryakova, ¿sí? —(El joven

negó con la cabeza)—. Bueno, pues es una gran cantante. Ella cantaba el papel, pero se cayó por unas escaleras y se rompió un brazo. Su suplente no estaba a la altura del compromiso, así que se vieron en apuros. La ópera es en ruso, ¿comprende?, y no hay muchas sopranos que puedan cantar en ruso y que no estén contratadas ya desde hace meses. ¡Yo soy la única que se les ocurrió!

Lanzó una sonora risita, y los pliegues que orillaban el borde de sus ojos se arrugaron. Le agradó su propia modestia, que era sincera, y le satisfizo comprobar que carecía de delirios de grandeza.

El joven protestó ruidosamente y ella reiteró su explicación:

—¡Es cierto! Es por lo único que me han dado el papel. No me molesta. Me considero muy afortunada. Ya no voy a mejorar; casi he cumplido los cuarenta. Habré cantado en La Scala en un buen papel. ¡Será todo un recuerdo!

Se encogió de hombros, divertida.

Luego centró la conversación en torno al joven. Él dijo que aquel verano pasaría los exámenes finales y que después confiaba en encontrar un puesto docente en Roma y casarse allí con su novia. El motivo de su viaje era ir a verla, después de una semana de descanso que le hacía mucha falta y que pasó escalando y esquiando en las montañas y durmiendo bajo las estrellas. La vacación le había reconfortado. Ella le interrogó acerca de la interesante experiencia, pero él la decepcionó con su reserva al ponerse a expresar los aspectos espirituales del alpinismo. Su gran ambición, confesó el joven, era escalar el Jungfrau. Por alguna razón, Frau Erdman juzgó bastante graciosa esta confidencia, pero asintió seriamente, encubriendo una sonrisa, mientras él exponía la dificultad de la empresa.

Tras cruzar los lagos brillantes y los valles fértiles del Tirol, el tren se internó en un túnel y el estruendo extinguió la conversación. El trayecto subterráneo fue lo bastante largo para convencer a ambos de que no tenían nada en común, y de que seguir hablando carecía de sentido; así pues, al emerger a la luz, guardaron silencio hasta que Frau Erdman dijo que mejor hubiera sido recorrer el peligroso trayecto para lavarse las manos. Al ponerse en marcha, pasó por delante del joven y ambos se dijeron adiós y buena suerte. Ocupó su asiento en el concurrido compartimento, y miró a la ventanilla en lugar de a través de ella porque una densa lluvia había empezado a azotarla.

Afortunadamente, en la siguiente estación, al otro lado de la

frontera italiana, acoplaron más vagones; y el revisor pasó ordenando a los viajeros de segunda que abandonaran los asientos de primera clase. Frau Erdman exhaló un suspiro de alivio y se acomodó a sus anchas. Pensó que más valía que repasara la partitura entera; disponía de mucho tiempo, pero ya el primer coro, en el que los fatigados campesinos regresaban de los campos de cosecha, le inspiró un talante soñador, y no leyó más. Cuando el tren entró en las afueras de Milán, se sintió nerviosa y tuvo que combatir su dificultad respiratoria. Se puso frente al espejo para peinarse y renovar la pintura de labios. Le inquietó que de repente cayeran en la cuenta de que era demasiado vieja para representar a una jovencita. Imaginó el desencanto de las caras que irían a recibirla.

Pero si cundió tal sentimiento en el grupo que le dio la bienvenida, lo disimularon bien. Un hombre alto, calvo y cargado de espaldas se adelantó, inclinándose, y se presentó como el Signor Fontini, director artístico. Su mujer, baja, regordeta y vestida de un modo remilgado, hizo una reverencia; y Frau Erdman estrechó cuatro o cinco manos, demasiado azorada para retener los nombres. Luego la cegaron los *flashes*, y el Signor Fontini y los demás casi la empujaron a través de una algarabía de reporteros que le acosaban a preguntas, con sus cuadernos de notas preparados. En el tumulto y la excitación de la llegada, ella se había dejado una maleta en el tren, y uno de los asistentes del director tuvo que volver corriendo a buscarla. Por fin salieron de la estación —un paraguas abierto encima de ella la protegía de la lluvia—, le acompañaron hasta una limusina y se la llevaron. En su hotel, en el corazón de la ciudad, aguardaba otro comité de recepción, que depositó en sus brazos un ramo de flores. Pero el Signor Fontini, temiendo que la diva suplente se fatigara demasiado, le despejó el camino hasta el ascensor y la escoltó personalmente hasta la suite del tercer piso. Un botones y un maletero les siguieron con el equipaje. El Signor Fontini le besó la mano, diciéndole que descansara un par de horas y que él la llamaría para ir a cenar a las ocho y media. Una vez sola en el lujoso alojamiento, se desplomó en un sofá. El aireado y espacioso salón era digno de una reina. Había jarrones de flores por doquier. Se desvistió, se dio un baño; y mientras yacía tendida en la bañera, extraordinariamente mimada y consentida, le inquietó la idea de que su actuación nunca justificaría aquel trato principesco.

Ya vestida para la cena, se sentó ante el escritorio que dominaba una calle muy concurrida y escribió una postal a su tía de Viena. «Querida tía —escribió—, afuera cae la lluvia y en mi suite llueven

flores. ¡Sí, he dicho suite! Me abruma su creencia de que soy muy importante. ¡No me refiero a las flores! No voy a ser capaz de afrontar la cena, ¡y mucho menos el ensayo de mañana o la representación misma! Me voy a caer por las escaleras y a romperme una pierna. Con amor, Lisa».

Y allí, en la mesa que crujía bajo el peso de las flores, cubertería de plata y cristal tallado, estaba la gran Serebryakova, esbelta, hermosa y elegante a pesar de su brazo en cabestrillo. Una de las más grandes sopranos del mundo y que apenas había sobrepasado la treintena. Estaba previsto que hubiese vuelto a Rusia el día anterior, pero ella había decidido quedarse para desear buena suerte a su sucesora. La amabilidad de tan magnífica diva desarmó a Lisa. Madame Serebryakova llegó a declarar que era una ferviente admiradora de la voz de Frau Erdman: la había oído una vez en Viena, cantando *La traviata*. Fue cuando hizo su primer viaje al extranjero, siendo todavía una desconocida.

Su deferencia y buen humor hicieron que Lisa se sintiera a gusto. Refirió con mucha gracia su caída por las escaleras de La Scala y sus tentativas de representar el papel pese al percance.

—Me di cuenta de que no valía la pena —dijo, guasona— cuando el público empezó a carcajearse.

No podían «aceptar» que Tatiana, la joven heroína romántica, tuviese el brazo en cabestrillo a lo largo de toda la ópera, sobre todo porque la acción abarcaba varios años. Mientras felicitaba a Serebryakova por su coraje, un destacado crítico había expresado su preocupación por el pobre nivel de la cirugía en la Rusia zarista.

—Entonces probamos con la suplente —dijo el Signor Fontini con un suspiro, extendiendo las manos—. Fue terrible. Al cabo de tres noches estábamos actuando en un teatro vacío. Pero en la velada de mañana no tendremos ese problema, puedo asegurárselo. Su llegada ha despertado una enorme expectación.

Insistió tanto en este punto, que podría haber dado la impresión de que Serebryakova era una auténtica segundona y el comité de selección había deseado *realmente* la presencia de Frau Erdman en todo momento. Lisa, que no creyó la mitad de los halagos, los recibió con una sonrisa; y, por extraño que parezca, empezó a pensar que *podía* encarnar el papel de Tatiana tan bien como Serebryakova. También dejó de preocuparse por su edad, pues resultó que el cuarto comensal de la reunión, un barítono ruso a quien antes solo conocía por su reputado nombre, era más viejo de lo que ella se había figurado. Victor Berenstein, que representaba a Onegin, tenía el pelo completamente blanco y con seguridad debía

andar por los cincuenta bien cumplidos. Ya entrado en carnes y de tez cetrina, la observó a través de sus gafas de concha, enjuiciando afablemente a su nueva compañera de reparto. Lisa también le observó, meditando que por suerte ella solo era una intérprete de la música de Tchaikovsky y de los versos de Pushkin, porque en la vida real no lograba imaginarse enamorada de aquel hombre, por muy amistoso y encantador que fuese. Lo más atractivo de él —aparte de su voz, naturalmente— eran sus manos. Eran en cierto modo más finas que el resto de su persona; masculinas, pero además tiernas y expresivas. Sus dedos largos y esbeltos cortaban incluso el bistec de una manera tierna y expresiva.

Al igual que Serebryakova, manifestó profunda admiración por la voz de Lisa y júbilo por el hecho de que hubiera podido aceptar el papel inmediatamente. La había oído cantar una pieza de Schubert en un disco chirriante. Pero Lisa le dijo que jamás había grabado un disco, y el barítono se sonrojó, presa de confusión y desconcierto, y se concentró con aire preocupado en un duro pedazo de carne.

Tanto él como Serebryakova (Victor y Vera, insistieron) formaban parte de la ópera de Kiev; y Lisa rápidamente desvió la conversación hacia el tema de aquella hermosa ciudad, donde de hecho había nacido. El interés que suscitó la mención de este detalle, que no figuraba en su reseña biográfica, permitió a Victor recobrar su aplomo. Había abandonado Kiev cuando tan solo contaba un año de edad, prosiguió Lisa, de modo que la conocía únicamente gracias a un par de breves visitas de vacaciones. Le gustaba lo que había visto. Sus dos compañeros rusos rivalizaron en la expresión de entusiasmo por su propia ciudad. Por supuesto que la situación de antaño había sido una pesadilla; pero poco a poco las cosas iban mejorando. La presencia de ambos en Milán ya indicaba un progreso; habían realizado sus viajes anteriores en compañía de equipos estrictamente reglamentados.

—¿Nunca ha sentido ganas de volver? —preguntó Vera—. ¿No siente nostalgia?

Lisa negó con la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de dónde está mi hogar. Yo nací en Ucrania pero mi madre era polaca. ¡Hasta me han dicho que tengo sangre gitana! He vivido en Viena casi veinte años! ¡Así que *díganme* cuál es mi patria!

Asintieron, comprensivamente, y afirmaron que para ellos era también bastante difícil saberlo. Vera era de Leningrado y Victor procedía de Georgia, y ambos eran, por supuesto, judíos.

—De raza, no de religión —añadió Vera precipitadamente. Pensando sin duda que el Signor Fontini podría sentirse desplazado de la conversación, le preguntó cuál era su hogar.

—La Scala —respondió él. Todos rieron, y Victor propuso un brindis por la tierra natal de su anfitrión: el hermoso teatro de La Scala.

A partir de entonces hubo profusión de carcajadas. Vera poseía un agudo sentido del humor y Lisa se sorprendió a sí misma —y a los demás— mostrándose más ingeniosa que nunca. Achispada por el vino y la excitación nerviosa, les hizo desternillarse de risa con sus absurdas —y verídicas— anécdotas. Victor Berenstein tuvo un terrible acceso de tos cuando, en mitad de una de las historias de Frau Erdman, el vino se le fue por un mal sitio.

Serebryakova le advirtió de que no bebiera demasiado, pues tenía que cantar en el ensayo de la mañana y no sería agradable tener resaca.

—Es capaz de emborracharse con leche —explicó a Lisa, mientras él protestaba que no dijese tonterías: no se había embriagado en su vida. Vera alzó hacia el cielo los ojos en blanco.

—Tienes razón —suspiró, apartando el vaso de vino de Victor, todavía medio lleno; y Serebryakova le dio palmaditas en la mano, aprobadoramente. Él respondió cogiendo a su vez la mano de Vera y acariciándola. Se miraron fijamente a los ojos y esbozaron una sonrisa cariñosa. Lisa ya había llegado a la conclusión de que entre ellos existía una relación íntima. Al principio pensó que se trataba de una simple amistad, de la camaradería que crea haber trabajado juntos durante varios años en el mismo teatro y hallarse juntos ahora en un país extranjero. Ciertamente no resultaba asombroso que, al buscar en ruso las palabras o frases adecuadas en italiano, emplearan la forma íntima de la segunda persona. Pero a medida que pasaba el tiempo y Victor se ponía un poco piripi, Lisa se dio cuenta de que estaban enamorados. Le horrorizó ligeramente que aquella Serebryakova, con su perfecta cara oval, sesgados ojos verdes y largos cabellos rubios (tan plateados como su propio nombre),[31] hubiera escogido prendarse de un hombre mucho mayor y tan poco atractivo. Sobre gustos no hay nada escrito. El descubrimiento la disgustó, y no sabía por qué. No era, desde luego, por gazmoñería, aunque sabía que Serebryakova estaba casada y Berenstein tenía todas las trazas de compartir el mismo estado civil. Tal vez fuese la franqueza de su comportamiento. Por ejemplo, después de haberse despedido del Signor Fontini y entrado en el ascensor del hotel, Vera cerró los ojos y descansó la cabeza en el

hombro de Victor; y solo el embarazoso cabestrillo impidió un contacto aún más estrecho. Él la rodeó con el brazo y le acarició el pelo. Al salir del ascensor en el segundo piso, deseando a Lisa buenas noches, él mantenía su brazo en torno a Vera.

Lisa se sintió sola y deprimida en su silenciosa suite, circundada por flores sin sentido. Encontró otra arruga en su rostro y se preparó para acostarse. Durmió poco y bajó a tomar el desayuno antes de que empezaran a servirlo. Estaba terminando su última taza de café cuando Victor y Vera entraron… juntos.

Al llegar el Signor Fontini para llevar a Lisa a la ópera, señaló el montón de maletas y sombrereras que aguardaban en el vestíbulo.

—De la diva —dijo—. ¡Ya ve que no viaja de vacío!

Vera iba a marcharse en el tren de mediodía, inmediatamente después del ensayo, habiendo suplicado a Lisa que le dejase asistir. Con el pecho palpitando de excitación nerviosa, Lisa sonrió al oír el gracioso comentario de Fontini. Luego salió a la cálida luz primaveral y subió a la limusina que la transportaría, cruzando dos manzanas, hasta el teatro de la ópera. Había olvidado las primeras frases del libreto de Tatiana, y tuvo que consultar la partitura para tranquilizarse.

Había aún más flores en su camerino. A través de él le condujeron directamente al vestuario, y a lo largo de la hora siguiente le hicieron arreglos para que le ajustasen los vestidos de Vera; esa impresión daba. Estaba tan aturdida por el poco familiar tratamiento de estrella que no pronunció palabra, limitándose a dejar que la llevaran de un lado para otro y la aguijoneasen como a una abeja reina. Hubo que acortar y ensanchar en diversos puntos los hermosos vestidos. Luego la llevaron apresuradamente a la sala de maquillaje para que atenuaran sus arrugas hasta adquirir piel fresca de muchacha, mientras las costureras daban los necesarios y rápidos toques finales a su vestuario. Le hicieron envasar café por la garganta y la encajaron dentro del vestido. No les contentó su pelo largo y apagado, que empezaba a exhibir vetas grisáceas. No les gustó en absoluto. Antes de la noche le buscarían una peluca. Las mujeres chismorrearon también acerca de su piel aceitosa, puesto que comenzaba a transpirar copiosamente. Confesó, avergonzada, que tenía tez grasienta y una tendencia a sudar, especialmente cuando estaba nerviosa.

Después salió al escenario. La orquesta, los miembros del coro, los proverbiales parásitos y las personas dispersas por las butacas (Serebryakova entre ellas) la recibieron con aplausos. Lensky, un guapo muchacho italiano, condenado a sucumbir de nuevo en su

duelo con Onegin, le besó la mano; lo mismo hizo el Príncipe, un viejo chocho que sería su marido en el último acto: un rumano barbudo y de mediana edad. El Signor Fontini le presentó también al director de orquesta, un hombre con aspecto de avispa, cuya reputación de implacable energía e infalible brillantez atemorizó a Lisa. La actitud del sesentón parecía estar diciendo: «¿Por qué me han endosado inválidos y viejas?». En un alemán chapucero (por alguna razón el mejor que conocía), formuló concisas palabras de consejo. Lisa atravesó la orquesta para estrechar la mano del primer violín. Onegin le sonrió. Ella hizo una señal de que ya estaba preparada. Todo el mundo, salvo su hermana Olga y Madame Larina, abandonó raudamente el escenario. El director alzó la batuta.

Más tarde, cuando dio golpecitos en el atril para llamar la atención sobre un error, solo tuvo palabras desabridas con los instrumentos de viento de madera. A Lisa le murmuró una sucinta enhorabuena; y Serebryakova, desde el patio de butacas, ya le había hecho un signo de aplauso con la cabeza y una señal de aprobación. El ensayo siguió yendo bien. Su actuación tuvo evidentes fallos, pero los fue corrigiendo a medida que se los indicaban. Asimismo quedó claro que tendría que aprender a compaginar sus movimientos y gestos con los de los intérpretes restantes.

—Lo cogerá en seguida —le dijo Victor al final de la sesión matutina—. Todo el mundo se da cuenta de que usted es una actriz nata. Se mueve como una bailarina. Bueno, es natural, ¡usted *fue* casi bailarina! Se nota. Y lo más importante: ¡que sabe *cantar*! ¡Gracias a Dios que ha podido venir!

Y Vera se precipitó al escenario y la abrazó exuberantemente con su brazo bueno.

—*Chudno*[32] —dijo—. ¡Admirable!

Confesó que la escena de la Carta le había arrancado lágrimas.

—¡Ha sido como si lo oyera por primera vez!

Su generosa alabanza conmovió tanto a Lisa que ni siquiera acertó a agradecerla. No se había repuesto todavía de aquel pasaje, cerca del final, en que las lágrimas habrían brotado de *sus propios* ojos. Fue cuando tuvo que decir al contrito Onegin que todavía le amaba, pero que su respuesta había llegado demasiado tarde: ella no podía traicionar sus solemnes promesas matrimoniales. Al cantar la frase «¡La dicha era tan posible, tan próxima!», Lisa recordó a un estudiante de San Petersburgo a quien ella había amado con apasionado corazón, del mismo modo que Tatiana amaba a Onegin. Y, al igual que este, el joven había rechazado su amor, su generosa

entrega, y había refrenado sus nobles impulsos en aras de un sueño, una ilusoria libertad. Incluso mientras cantaba, recuerdos insólitos habían abrumado la memoria de Frau Erdman. Por un momento amenazaron con apoderarse de lo mejor de su canto. Se enfadó consigo misma. Tanto mejor si el público lloraba, pero la cantante debía permanecer fría y sin llanto.

Con todo, también estaba contenta por haber salvado aquel gran obstáculo con aceptable éxito. El director le expresó su satisfacción; el Signor Fontini exclamó «¡Bravo!», si bien con lúgubre semblante; y el primer violín, Monsieur Moreau, golpeó con el arco la madera de su instrumento, para mostrar su admiración. Varios miembros de la orquesta aplaudieron fugazmente y luego todo el mundo se desperdigó para ir a beber algo. Había otro ensayo por la tarde. Vera y Victor la invitaron a ir con ellos a su pequeña *trattoria* predilecta, situada en una callejuela, y donde les servían de inmediato comida buena y barata. Vera les comunicó que no tenía intención de marcharse en el tren de mediodía; ahora que había oído cantar a Lisa, ni una yunta de bueyes podría arrastrarle fuera de Milán hasta la representación de la noche siguiente. Indudablemente Victor rebosaba de gozo ante su cambio de planes: en presencia de los tramoyistas la abrazó y la besó firmemente en los labios.

Lisa les pidió consejo a propósito de una comida ligera, y ellos hicieron unas cuantas sugerencias que juzgó excelentes; es más, se preguntó por qué no se le habían ocurrido a ella misma.

En la mitad de su diálogo dichoso y creativo, les emocionó la aparición de un golfillo ante su mesa. Estiró la mano pidiendo limosna. Una dolencia antiestética le estaba desfigurando el rostro. Antes de que los camareros pudieran expulsarle, Lisa insistió en darle todas las monedas que llevaba en el bolso. De todos los sufrimientos, el que menos soportaba era el de los niños. Sus nuevos amigos se mostraron tristemente de acuerdo con ella; y Victor dijo que *aquello* era lo esperanzador de la Unión Soviética:

—No se puede hacer de la noche a la mañana, y todavía existen desigualdades monstruosas. Pero por fin estamos avanzando en la dirección correcta.

Vera coincidió con él; y Lisa les escuchó, impresionada por su equilibrado entusiasmo. Siguieron hablando de música y política —sobre todo de música— hasta que llegó la hora de volver para el ensayo. Vera se disculpó, diciendo que regresaba a descansar en el hotel. Onegin y la antigua Tatiana libraron una escaramuza amorosa que incomodó a Lisa, y se apartó.

Al alzarse el telón la primera noche, descubrió que se había disipado todo su nerviosismo; y ningún sentimiento personal enturbió la frase «La dicha era tan posible, tan próxima». Al contrario, se vio respondiendo de forma cada vez más instintiva y placentera a la voz y ademanes dramáticos de Berenstein. Hicieron sus reverencias para recibir los cálidos aplausos, ya que no tumultuosos. Entre bastidores, todo el mundo corrió a felicitarla; pero el elogio que más agradeció fue el silencioso gesto de Onegin, que formó un círculo con los dedos pulgar y corazón, como si dijera: «Perfecto. Todo saldrá bien». Ella fue sincera al afirmar que él había cantado maravillosamente. Durante los ensayos no había sabido con certeza hasta qué punto le gustaba la voz de Victor, pero en la representación había «arraigado» en el alma de Lisa. Por supuesto que su voz se hallaba en declive, como seguramente él no ignoraba; pero el límite sembrado de gravilla de la decadencia física parecía únicamente añadirle riqueza espiritual. Él desechó la alabanza con una mueca de descontento.

—Se agotó —dijo—. Ya no llego a las notas altas. Es mi canto de cisne.

Pero Serebryakova, asiéndole del brazo, dijo:

—¡Tonterías!

Victor se inclinó para susurrar al oído de Lisa:

—Hemos organizado una fiestecilla en nuestra suite. En honor de su primera noche y de la última de Vera. Venga, por favor.

¡En *nuestra* suite! Tamaña desfachatez la dejó estupefacta. Prefería que esos asuntos se llevaran con cierta discreción. Aceptó con gratitud, empezando a sentir (con tres horas de retraso, por así decirlo) la inmensa tensión del acontecimiento. Convendría relajarse tomando una copa. Así pues, después de cambiarse, todos se amontonaron en las limusinas y regresaron velozmente al hotel. Resultó que la suite «de ellos» en el segundo piso era aún más espaciosa y elegante y tenía más flores que la suya. El apartamento se llenó rápidamente, rebosaba de gente; el aire se enrareció debido al humo de cigarrillos y al estruendo de las voces; los camareros corrían de un lado a otro con bandejas de vino.

Después de haber bebido un par de vasos, Lisa confesó a Victor que le había preocupado mucho ser demasiado vieja para el papel. Él soltó una carcajada y dijo que su última compañera que hizo de Tatiana en Kiev ¡tuvo que ser sacada a escena en una silla de ruedas! ¡*Él* sí que era sin duda el Onegin más viejo que pisó un escenario!

—Usted tiene la edad más apropiada. ¿Cuántos años tiene?

¿Treinta y cinco? ¿Treinta y seis? Bueno, pues a sus treinta y nueve no se encuentra usted en su apogeo ni muchísimo menos, ¡y podría pasar tranquilamente por una muchacha de dieciocho años! ¡Sí, sí, en serio! Pero que un viejo de cincuenta y siete y pelo blanco interprete a un joven de veintiocho, ¡eso es realmente propasarse! ¡Bien está que los italianos sean educados para creer en milagros!

Y lanzó una nueva carcajada.

Vera se aproximó y Lisa le contó la chanza.

—¡Pero si es una chavala, querida Lisa! —exclamó Vera—. Verdaderamente, su voz ha mejorado muchísimo desde que la oí en Viena… y *en aquel entonces* me encantó. *Tiene* que venir a Kiev, ¿verdad, Victor? Le hablaré de usted al director en cuanto llegue allí. Claro que ya conoce su reputación y le hará mucha ilusión que cante para él. Tiene que alojarse con nosotros. Estoy segura de que podremos hacerle un sitio, aunque —sus ojos verdes bailaron— ¡voy a tener un hijo! Sí, pero es un secreto. Solo lo sabemos Victor y yo, así que por favor no se lo diga a nadie. Por eso vuelvo a casa, para descansar, aunque detesto abandonar a Victor. Cuídele, ¿lo hará? La buena nueva nos hace muy felices. Casi me alegro de haberme roto el brazo; pero —su sonrisa se borró por un momento — podía haber sido grave. Ya ve que de todas formas no hubiera podido acabar la temporada. Creí que me apenaría dejar mi carrera por un tiempo, pero ahora veo que no. ¡En mi vida me he sentido más feliz! ¡Así que tendré un bebé cuando usted venga!

Su alegría contagió también a Lisa; y Victor hacía muecas, avergonzado. La cuestión moral no era de su incumbencia, pensó Lisa; solo sabía que habían sido amables y generosos con ella, y ambos le gustaban mucho. Estrechó las manos de Vera y le dijo que se alegraba por ella y que le encantaría ir a visitarla, aunque no pudiese cantar en la Ópera. Pero Vera y Victor estaban seguros de que no habría ningún problema al respecto: sería recibida con los brazos abiertos. Entonces el Signor Fontini arrancó a Lisa de donde estaba para presentarle a dos acaudaladas mecenas de la ópera: viejas damas cuyos huesos crujían como hojas secas y que la ensalzaron de una forma incómoda. Sintió alivio cuando el director gritó pidiendo silencio. Poco a poco cesó la algarabía y él inició un confuso discurso de bienvenida a la excelente Frau Erdman y de apesadumbrada despedida a la maravillosa Serebryakova. Se levantaron vasos, se formularon brindis y el picajoso director de orquesta propuso una canción de adiós a la diva. La propuesta tuvo una acogida clamorosa, que aumentó en intensidad cuando Serebryakova resistió a los esfuerzos por arrastrarla hasta el piano,

donde Delorenzi, el director de orquesta, la esperaba ya impacientemente sentado. (El piano de cola formaba parte de la suite: Lisa también tenía uno.)

Por último, la hermosa estrella de la ópera —la blancura de su cabestrillo contrastaba casi bellamente con el negro puro de su vestido de seda— se dejó llevar al otro extremo de la habitación, pasando risueñamente por delante de un confuso grupo de amigos y admiradores, y cambió unas palabras con Delorenzi. Comenzó a tocar la serena y familiar introducción al *An die Musikde* Schubert; y entonces la soprano alzó el vuelo. No iban a permitir que se marchase tras una sola canción corta, y a continuación les obsequió —Victor había entregado a Delorenzi una partitura hecha jirones— con una conmovedora balada ucraniana. Los reiterativos y no obstante infinitamente diversos eslabones de la cadena melódica, cada frase que sonaba límpida, pura como un vaso de cristal y henchida de añoranza por la fértil tierra natal, hechizaron al auditorio. Se hubiera jurado que cuando la última de las numerosas frases finales se perdió en el silencio, su voz seguía cantando a solas en el corazón. Todos estaban demasiado conmovidos para aplaudir. El director se levantó de su escabel, se puso de puntillas —era un hombre muy bajo— y le besó ambas mejillas.

Lisa estaba sufriendo. Le había resultado penoso permanecer en la habitación mientras Vera cantaba, porque había padecido un acceso de ahogos realmente fuerte. Pensó que se moría. El ataque no tuvo nada que ver con el hecho de haber captado las palabras que un miembro de la orquesta decía, después de la audición de Schubert, a una persona que se hallaba a su lado: «Esta sí es una *auténtica* voz». No estaba celosa; sabía que no podía rivalizar con el arte de Vera, tan próximo a la perfección como ella siempre había deseado admirar, a este lado del paraíso y quizá también más allá. No solo veneraba a Serebryakova, sino que la quería; incluso tal vez se había enamorado un poco de ella en el plazo de un día.

En parte, desde luego, se debía al calor, el humo, el ruido y la promiscuidad de cuerpos. Pero más que todo eso, el ataque guardaba relación con el anuncio de que Vera estaba esperando un hijo; en efecto, le había empezado a faltar el aliento cuando Vera revelaba extasiada su secreto. Por alguna causa sintió una enorme desazón. Y en cuanto Vera acabó la canción popular, Lisa se acercó a ella, le dio las gracias con voz jadeante por su prodigioso canto y por la fiesta y le dijo que tenía que acostarse, pues el humo empezaba a afectarle la voz.

—¿No va a esperar los periódicos? —inquirió Vera, defraudada.

A salvo en su propia suite, percibiendo un débil rumor de conversación debajo de la alfombra, Lisa abrió de golpe una ventana y aspiró hondamente el fresco aire nocturno. Empezaba a reponerse. ¿Acaso soy sin saberlo una solterona amargada?, se preguntó mientras se desvestía. Durmió muy mal de nuevo, dando vueltas, removiéndose. Al despuntar el alba a través de las cortinas, dormía y se veía en sueños al pie de una profunda fosa llena de numerosos ataúdes. Justo debajo vio a Vera, con el cuerpo derecho y desnudo visible a través de la tapa de cristal. Mientras se afligía por su muerte, secundada por una hilera de llorosos dolientes, se oyó un estrépito sobre su cabeza y supo que un desprendimiento de tierras iba a derrumbarse y a sepultarla. Antes de que el desastre aconteciera, la despertó el teléfono. Era Vera; quería saber si se encontraba bien, porque parecía indispuesta y sin aliento. Lisa explicó que la había despertado en mitad de un mal sueño, y se lo agradecía.

—Bueno, olvide ese mal sueño. Acabamos de recibir los periódicos. ¡Las críticas son *excelentes*! ¡De verdad! Menos de lo que merece. Bajamos en seguida a desayunar; mi tren sale dentro de una hora. Dese prisa y baje. Llevaremos los diarios. Victor quiere desearle buenos días.

Tras una pausa, Lisa oyó la voz grave de Victor entonando: «¡Hola!», y a continuación colgó. Mucho más alegre, Frau Erdman saltó de la cama, corrió al cuarto de baño y se vistió rápidamente. Casi llegó al comedor antes que sus amigos. Le entregaron los periódicos abiertos en la sección de crítica. Pero antes de que pudiera empezar a leer, Vera descansó una mano en la suya y dijo:

—Simplemente recuerde que los críticos de aquí son unos cínicos. Créame, las críticas son *buenas* —mejores que las *mías*—, ¿no es cierto, Victor?

Tras una breve vacilación, Victor asintió.

A Lisa no le parecieron buenas en absoluto. «Triste es el deber de reseñar que una Serebryakova con un solo brazo vale más que una Erdman con dos», escribía uno de los críticos. El otro decía que su voz era «cruda y provinciana», y que cantaba con más emotividad que sentimiento. Había que reconocer que ciertos juicios equilibraban las reseñas adversas: «competente», «valerosa tentativa», «la escena de la Carta de Tatiana representada y cantada de modo enternecedor», «potencial expresivo».

—Créame, son los máximos elogios por parte de los críticos milaneses —insistió Vera, cogiendo otra vez la mano de Lisa y apretándola fuerte para demostrar su aserto, pues ambos

advirtieron que estaba consternada.

No eran las críticas, sin embargo, la razón de su tristeza. En realidad, no eran nada malas. Le habían puesto en guardia contra los críticos de Milán, y sabía que en las palabras tranquilizadoras de Vera había un punto de verdad. No, simplemente había sufrido un sobresalto que le enfureció mucho consigo misma, a causa de su propia estupidez. Uno de los críticos había escrito: «El entendimiento musical y dramático verdaderamente excepcional que existe en el dúo Berenstein-Serebryakova seguramente debe mucho a su larga vinculación con la Ópera de Kiev y también —huelga decirlo— al hecho de que son marido y mujer». Lisa recordó entonces dónde había visto muy recientemente el nombre de Victor: en un artículo sobre Serebryakova. Serebryakova, por supuesto, era solamente su nombre artístico. Ahora resultaba claro como el día. ¿Por qué había sacado una conclusión errónea? Descubrió más tarde que estaba escrito claramente en el programa que le dio al llegar el Signor Fontini; pero de un modo u otro, sus ojos habían eludido la evidencia.

Bebiendo de un trago su café, Vera se levantó de pronto y se inclinó para dar a Lisa un abrazo y un beso. Mientras su marido le envolvía con una esclavina roja y se la abrochaba al cuello, ella dijo a Lisa que esperaba verla en Kiev al año siguiente.

—No me acompañe al tren. Termine el desayuno. ¡Y buena suerte! ¡Nos mantendremos en contacto!

El primer día de descanso, asistió a misa en la catedral, pero el gran edificio la oprimió tanto que resolvió no volver. Era demasiado institucional. Prefería con mucho mezclarse con una minoría en algún templo de las afueras: era mucho más fácil creer. Incluso en Viena había demasiados católicos; pero no por eso la Iglesia estaba tan despiadadamente presente como en Milán. No podía creer en algo tan universalmente aceptable y tan infaliblemente cierto. Hasta *La última cena* de Leonardo, que fue a ver a un convento cercano, le provocó un escalofrío. Era demasiado simétrico. La gente no comía de aquel modo.

Quizá cuanto más cerca se estaba de Dios, más difícil era creer en Él. Por eso Judas le había traicionado; y el gallo cantó para Pedro. Cuando regresaba de ver el cuadro, Lisa tuvo que pasar por delante de una de esas hediondas garitas de estaño, junto a la calzada, donde orinaban los hombres. Aunque cruzó aligerando el paso y con la cara vuelta, vislumbró dos rostros aceitunados y curtidos que sobresalían del mingitorio, absortos en conversación.

No pudo reprimir el pensamiento blasfemo y vio a los dos hombres como si fueran Jesús y Judas, con las túnicas levantadas y enzarzados en un diálogo discreto, uno al lado del otro, después de la última cena. Estando tan cerca, tuvo que ser difícil para Judas aceptar que Cristo fuese el Hijo de Dios. Y, probablemente, aún más arduo para María, próxima a Él en el paraíso. De lo cual se deducía que también para Él debió de ser imposible. Derecho en su asiento como Boris Godunov, para Jesús tuvo que ser un tormento toda aquella santa farsa.

Pasó el instante blasfemo, pero la dejó terriblemente agobiada. Antes de escribir una postal a su tía, examinó atentamente la imagen que figuraba en ella. Era una reproducción borrosa del misterioso Santo Sudario de Turín. No era la primera vez que veía reproducciones del paño, y se preguntó si realmente sería el Sudario de Cristo; pero al hallarse cerca cobraba un significado más intenso. Pensó que quizá recuperase la espiritualidad si se acercaba a verlo. De suerte que durante otra jornada de descanso, cogió el tren a Turín.

Fue con Lucía, su sustituta. Era la muchacha —miembro del coro — cuyo catastrófico fracaso había obligado a enviar a Lisa un telegrama urgente. Lombarda de cabellos azabache, de gruesos labios rojos y brillantes ojos oscuros de largas pestañas, había sido elegida más por su buena presencia que por su voz. Nadie había previsto que Serebryakova, conocida por su fortaleza de caballo, pudiese faltar a alguna representación. Pero Lucía había tenido su gran oportunidad y había fracasado. Sus padres y seis hermanos y hermanas estaban presentes, orgullosamente, la noche en que la abuchearon en el escenario. Lisa era consciente del terrible revés que había sufrido la muchacha, y se propuso recabar su amistad y tratar de reparar el daño infligido a su moral. Temerosa de parecer condescendiente, al principio había adoptado una actitud enérgica y profesional, diciendo que le gustaría ensayar con ella alguna de las arias. Comprensiblemente, la muchacha se había mostrado reservada y un poco ofendida; pero era una apasionada de la música, y las tardes en la suite de Lisa, estudiando la partitura y practicando juntas, le habían parecido tan interesantes e instructivas que finalmente depuso su hostilidad. Lisa, por su parte, descubrió que disfrutaba ayudando a la chica a corregir algunos defectos de su técnica; en realidad poseía una voz muy prometedora, e hizo progresos bajo la tutela de Lisa. Si de nuevo tenía que realizar una suplencia, era probable que saliese del paso bastante airosamente.

Esto era importante para Lisa, pues su acceso de falta de aliento la primera noche —por fortuna efímero— la obligó a considerar la posibilidad de que quizás una noche no pudiese proseguir su actuación. Así pues, con total independencia de la actitud compasiva, había sólidos motivos profesionales para tratar de ayudar a la sustituta.

Para entonces ya habían trabado una firme amistad, amistad teñida en gran medida de adoración por parte de Lucía y quizá de afecto maternal por la de Lisa, ya que la joven lombarda apenas tenía veinte años. Devotamente religiosa y buena conocedora de Turín, Lucía aceptó encantada cuando Lisa le preguntó si quería acompañarla en su «peregrinación».

Y allí estaban ahora contemplando, no el Sudario mismo —que, enmarcado en hierro, había permanecido oculto a sus ojos cuando se arrodillaron en la catedral de Turín—, sino una copia de idéntico tamaño que colgaba de la pared del museo, y vieron las marcas de los clavos, la huella de los azotes, las verdaderas facciones de Cristo. Marcas y facciones habían aparecido no en la fotografía del Sudario realizada por Secondo Pia, sino en el negativo. Una monja, que contemplaba la imagen con lágrimas rodando por sus mejillas, hacía una y otra vez la señal de la cruz y murmuraba: «¡Terrible! ¡Terrible! ¡Qué malvados! ¡Qué hombres más malvados!». Lisa también se conmovió profundamente. Aquel cuerpo y rostro demacrados, atormentados y sin embargo dignos, con las manos convenientemente colocadas sobre los genitales… Mirando fijamente la imagen del fotógrafo, llegó a convencerse de que efectivamente era Jesús.

En el confesionario, de regreso a la catedral, Lisa dijo al sacerdote que después de haber visto una réplica de la fotografía del Santo Sudario, ya no creía en la resurrección de Cristo. Tras un instante de cavilación, el cura le dijo que no debía basarse en una dudosa reliquia para emitir un juicio sobre algo tan trascendental.

—No sostenemos que se trate del Santo Sudario —dijo—. Únicamente afirmamos que podría serlo. Si usted cree que es falso, no es razón para dudar de la resurrección.

—Precisamente es eso, padre —respondió Lisa—. Estoy completamente convencida de que el sudario es auténtico.

La voz del sacerdote denotó desconcierto.

—Entonces, ¿por qué dice que ha perdido la fe?

—Porque el hombre que he estado contemplando está muerto. Me recuerda a las flores secas.

El sacerdote le aconsejó que volviera a casa y que rezase en el

silencio de su habitación.

Lisa se confesó por segunda vez ante Lucía cuando se sentaron en un banco junto al río, recibiendo el calor del sol tras el vaporoso velo de una nube y comiendo pan y queso. Esta vez una confesión profana. Refirió a la muchacha algunos de los desastres de su vida: la falta de contacto con su padre y (hecho de menor importancia) con su hermano; su fracaso en la primera elección de carrera, el ballet, debido en parte a la mala salud pero sobre todo a la ausencia de talento; su matrimonio anulado… y a pesar de ello conservaba la sensación de estar casada para toda la vida. Envidiaba el amplio y amoroso círculo familiar de Lucía; envidiaba su juventud y las consiguientes esperanzas de alcanzar la felicidad hogareña. Y, debido a unos comienzos tardíos y una larga enfermedad, Lisa nunca llegaría a ser más que una *buena* cantante, mientras que Lucía podía al menos albergar la *es peranza* de ser algún día una gran diva.

—¿Cómo ha podido vivir…?

La muchacha bajó la cabeza, ruborizándose ante su propia audacia.

—¿Sin amor, quiere decir? Oh, trato de no pensar en ello. No ha sido fácil. No me faltan… pasiones, se lo aseguro. Pero una consigue ahogarlas bastante si se sumerge en el trabajo.

—Yo nunca podría sumergirme *tanto* —declaró la muchacha, con un suspiro. Lanzó una ojeada furtiva a su anillo de prometida.

—Es usted muy juiciosa, querida —dijo Lisa.

Guardaron silencio. A Lisa le turbó la descabellada idea de que si las manos de Cristo no hubieran estado colocadas de un modo tan discreto (y, no obstante, tan sugestivo), la Iglesia no habría podido exhibir Su imagen.

—Menos mal que Roma está tan lejos —dijo Lisa a Victor—. ¡Si fuese allí me volvería atea como usted!

Él negó que fuese ateo. Era imposible haber sido criado en el Cáucaso y contemplar por la noche los millares de puras, relucientes estrellas, sin abrigar un destello de sentimiento religioso.

Este comentario despertó en Lisa el ansia de la tranquilidad que reina en las montañas. Podía ir a Como y volver el mismo día. Preguntó a Victor si le gustaría acompañarla. Sus ojos se iluminaron, relampaguearon por un instante a través de sus gafas de concha, al evocar los picos nevados de su Georgia natal.

Un despejado día de junio tomaron té en la terraza de un hotel, divisando el esplendente lago y el telón de fondo de transparentes

montañas. Lisa se sentía tan ligera que le pareció posible abandonar flotando la terraza y sobrevolar el lago. La fresca y refrescante brisa la transportaría. Victor también se sentía feliz, gracias a las montañas y a la carta matutina de su esposa. El estado de ánimo de Vera era maravilloso, salvo en el hecho de que añoraba a su marido. En el mismo correo llegó un regalo para Lisa. Era un grabado de Chersonese debido al pincel de Leonid Pasternak. Lisa había hablado de Chersonese a Vera, expresando que era una zona costera del Mar Negro cara a su memoria. El obsequio era solícito, enternecedor.

Mientras sorbían el té, Victor volvió a leer la carta, riéndose mucho de los fragmentos que leía a Lisa. «He comprado un corsé de maternidad, querido. Estaré gorda como una vaca cuando vuelvas a casa». ¡Qué exultante estaba, dijo Victor, por tener un hijo, tan inesperado en la edad otoñal, a decir verdad! Cuánto echaba de menos a Vera; y qué insoportable sería su nostalgia sin la compañía de Lisa. Su primera esposa y su hijo de diez años habían perecido en la guerra civil. Un proyectil perdido cayó sobre su casa. Victor era todavía incapaz de hablar de ello. Hasta conocer a Vera no había esperado más dicha de la vida.

Salieron a dar un paseo en un funicular. Él seguía hablando de su mujer y del hijo en camino, haciendo una pausa de vez en cuando para señalar un hermoso paisaje. Ella nunca le había visto tan locuaz. De hecho, sin la presencia mediadora de Vera, le había parecido difícil comunicarse con él. Hablaba muy poco, salvo cuando estaba borracho; y su esposa le había impartido órdenes estrictas a este último respecto. Pero aquel día se sinceró en las montañas, aun cuando siguiese una línea de pensamiento tan estrecha como la vía del funicular. Lisa, por su parte, no se sentía habladora y se conformaba con asentir, sonriente, mientras absorbía el paisaje.

Había atardecido cuando bajaron a la ciudad, y a ninguno de los dos le apetecía ir corriendo a la estación. Él propuso que intentaran conseguir habitación en el espléndido hotel donde tomaron el té.

—No nos necesitan hasta mañana por la noche —la apremió—. No somos propiedad de Fontini, ¡aunque él crea que sí! ¡Y ese enano arrogante, Delorenzi, también se lo cree! Ya entiendo lo que usted piensa de Milán. ¡Un sitio espantoso! Bueno, que el diablo se los lleve, ¡vamos a quedarnos esta noche!

Pasada la primera sorpresa, Lisa se «animó».

—¡Estupendo! —dijo él, y se lanzó hacia el hotel. Volvió a salir radiante.

—Pero ¡si no llevo nada! —recordó Lisa de repente.

—¿Qué necesita?

Ella reflexionó.

—Bueno, supongo que solo un cepillo y pasta de dientes.

—Espéreme aquí.

Tres minutos después había vuelto con dos bolsas de papel.

—Ya tenemos equipaje —rió—. Yo necesito algo más, ¡algo para afeitarme!

Al subir en ascensor, les divirtieron ambos las miradas de sospecha del recepcionista y el portero. Una vez instalados en sus habitaciones respectivas, gozaron de una agradable y pausada cena. El comedor estaba repleto, pero era tan grande y alto que invitaba a la gente a comer en silencio o a conversar en voz baja. Victor se había repuesto de su racha gárrula; pero el silencio era placentero, no embarazoso. Miraron por la puerta-ventana el silente lago, que empezó a ondularse hacia el crepúsculo. Después dieron un paseo por la orilla. La noche cayó velozmente entre las montañas, hasta que las cumbres solo fueron «visibles» por la ausencia de estrellas allí, ya que el firmamento despejado estaba constelado de ellas. Lisa sintió que el Santo Sudario se alejaba de su mente y que la fe renacía pujante. Por muy banal que pareciese, Victor tenía razón: no era posible contemplar el cielo estrellado sin creer que existía *algo*.

Ante la puerta de Lisa, él la sorprendió depositando un fuerte beso en sus labios.

—¡Hace semanas que deseaba hacerlo! —dijo con una risita—. ¡Son tan… llenos, tan deliciosamente curvados! ¡Vera me perdonará! Espero que no le haya importado… Hasta mañana.

Él nunca había expresado curiosidad por el pasado de Lisa; pero una observación que ella formuló durante el desayuno, relativa a que «probablemente era medio judía», despertó el interés de Victor. Durante el apacible viaje en tren rumbo a Milán, se encontró contando cosas que jamás había dicho a nadie. Así como no era un buen conversador, Victor sabía escuchar; y a ella le alivió poder hablar con alguien; alguien comprensivo y no demasiado próximo. En conjunto, la excursión a Como fue reconfortante para ella y la relajó para poder afrontar con calma las dos semanas de trabajo que quedaban.

Una semana antes de acabar, fingió que le aquejaba una fuerte jaqueca antes de la función de tarde. Lucía la reemplazó y superó con éxito la prueba. Lisa dejó, por consiguiente, que la jaqueca persistiera hasta la noche. Lucía cantó de nuevo. Victor —y el

Signor Fontini, y Delorenzi— comprobaron asombrados el progreso secreto de la sustituta.

2

Victor pernoctó en Viena, en casa de Lisa y de su tía, antes de proseguir el largo viaje a Kiev. La anciana le pareció encantadora y culta. En realidad no era tan mayor, sino que un doloroso reumatismo la había envejecido. Aún no le había atacado las manos, por fortuna, y era capaz de tocar el piano con destreza y sensibilidad. Les suplicó que le ofreciesen una muestra de lo que se había perdido, lamentando no haberse encontrado lo suficientemente bien para ir a Milán con su sobrina. Al compás de su vigoroso acompañamiento, cantaron la escena final de la ópera, con un brío sin inhibiciones y una naturalidad que nunca habían alcanzado totalmente en escena. ¡Todo acontecía siempre demasiado tarde!

Durante los meses que siguieron a su regreso, y por primera vez en varios años, Lisa experimentó angustiosos deseos sexuales. Una noche, al salir de un concierto, la acompañó a casa el hijo de una de las amigas de su tía, un joven atractivo pero fatuo que contaba poco más de veinte años. Él la persuadió de que el taxi les depositase en su apartamento para tomar una copa antes de acostarse. Ella le dijo que estaba «indispuesta», pero él replicó que no tenía el menor reparo con tal de que ella tampoco lo tuviese. En realidad, Lisa sí tenía objeciones —una cosa así le parecía fea y de mal gusto—, pero accedió a que le hiciera el amor. Lo máximo que podría decirse es que desahogó parcialmente su ardiente anhelo físico y que no hubo rastro de los efectos secundarios que el acto le había producido en ocasiones anteriores: sin duda porque la concepción era imposible.

Pero se sintió degradada, porque para él no significaba nada más que una conquista y un objeto de curiosidad lascivo al dejarse seducir cuando se hallaba en aquel estado. Rechazó sus atenciones durante un mes y luego volvió a su apartamento. En cuanto acabaron, él empezó a interrogarla de una forma grosera e imperdonable sobre sus amantes anteriores. Ella no dijo nada, por supuesto, pero después de volver a casa y comprobar que su tía se encontraba bien, contestó en su fuero interno a la pregunta del

joven para satisfacción propia, y le horrorizó la respuesta. Uno de ellos, naturalmente, fue Willi, su marido, y otro Alexei, el estudiante de San Petersburgo, su primer y posiblemente su único amor. Pero ¿qué decir para justificar a los restantes? Estaba el joven oficial que la había seducido a los diecisiete años, en el tren que iba de Odessa a San Petersburgo. Bueno, en parte tuvo la culpa el sistema de literas mixtas de los trenes rusos; la sensación de cometer una diablura en su lucha por obtener la independencia; la emoción de ser transportada velozmente a través de la noche; y el champán al que no estaba acostumbrada. En realidad, pese a todo fue pura perversidad. Igualmente breve, vacua y carnal, y con el estigma suplementario del adulterio, fue su relación con el músico de la orquesta que pasó una noche con ella poco después de que su marido se hubiese ido al ejército. Había topado otra vez con él varios años más tarde, en Bad Gastein, le dio demasiado apuro dirigirle la palabra. Y finalmente aquel joven dandi: insignificante e indigno. Contando a su marido, ¡había cinco hombres! ¿Cuántas mujeres de Viena eran tan promiscuas, aparte de las clases más bajas que vendían sus favores? Se alegró de haber dejado de sentir la necesidad de confesarse. Bien, de todas formas ya no habría más en el futuro. Durante quince años había «sublimado» sus deseos —hasta aquel vergonzoso episodio presente—, y era mucho más apacible conservarse pura, por no decir asexuada.

Recién llegada de su afortunado debut en La Scala, Lisa se vio mucho más solicitada para cantar en óperas y recitales, y se volcó de nuevo en la música. Tuvo frecuentes noticias de Vera y Victor; y una de sus cartas le deparó una noticia que la agradó y la emocionó. Victor escribía que le habían convencido para que cantara *Boris Godunov* el año siguiente en Kiev —estaba acabado como barítono; sería su canto de cisne—, y su sugerencia de que ella, Lisa, fuese invitada a interpretar el papel de Marina, la esposa polaca del Pretendiente, había sido entusiásticamente aceptada. Recibiría muy pronto una invitación oficial. Estaban impacientes por volver a verla. Vera había trazado un asterisco a continuación de las palabras «canto de cisne», y garabateado debajo: «¡Patrañas!», seguido de una o dos frases para decir que era maravilloso que Lisa fuese a visitar Kiev, y que ella, Vera, estaba reventando todos los vestidos, pero que estaría delgada cuando Lisa llegase, criando ya a un hermoso bebé.

Un mes o así más tarde, sin embargo, llegó una carta que, a pesar de todo el calor personal, de algún modo transmitía un sombrío mensaje entre líneas. Le informaban de que se había

arrinconado el proyecto para llevar a escena *Boris Godunov*, pues se consideraba demasiado serio para el gusto del público. Estaban muy disgustados por el contratiempo y les encantaría verla; pero quizá fuese mejor que esperase un poco hasta que el niño hubiera crecido lo bastante para no precisar toda la atención de Vera. Tal vez para entonces la compañía decidiera finalmente representar *Go dunov*. De todas formas, en caso de que así fuese, Victor no encarnaría el papel estelar, ya que había resuelto retirarse.

Junto con una chaquetita azul que ella misma había tejido para el niño, Lisa envió una carta diciendo que lo entendía, y que en todo caso le hubiera resultado difícil dejar a su tía, cuyo reumatismo había empeorado mucho.

Dos semanas más tarde llegó una carta que la golpeó como un puñetazo en plena cara. Vera había muerto al dar a luz. La desgracia era fruto de la caída sufrida en Milán. Eso, al menos, creía Victor, aunque nadie más compartía su opinión. La criatura, un varón, estaba bien. La madre de Victor había abandonado inmediatamente su casa de Georgia para cuidar del niño. Era muy anciana, pero fuerte; fue bueno tenerla cerca. La gente decía que el bebé era el vivo retrato de Vera. Victor no podía creer que su adorada esposa hubiera desaparecido. Había tirado todos sus discos, porque no soportaba oír su voz y saber que estaba muerta. Había puesto la radio… y allí estaba Vera cantando una nana de Brahms a su pequeño.

El día siguiente al de la llegada de la carta, aparecieron esquelas de Vera en los periódicos vieneses: como si confirmasen su muerte.

Lisa lloró durante días. Le parecía increíble que pudiese llorar tan profundamente y echar de menos con tal intensidad a una amiga a la que solo había visto personalmente un día. Sin embargo, así era. No se le ocurría qué escribirle a Victor. Las palabras de tristeza y compasión le sonaban a falso al ponerlas por escrito, aunque le salían del alma.

Mucho después de que el golpe hubiera pasado, seguía llorándola. En invierno del mismo año, recibió de Leningrado la noticia de la muerte de Ludmila Kedrova, su amiga y antigua profesora de ballet en el Mariinsky. Habían mantenido una cordial correspondencia durante años, siempre que lo permitió la situación política; y Lisa jamás olvidó el cumpleaños de su ahijado. Ludmila solo tenía cincuenta años; había muerto consumida por el cáncer. El fallecimiento de aquellas dos amigas, ambas con hijos que les necesitaban, afectó hondamente a Lisa.

Ella también se sintió enferma durante un tiempo, aquejada de

dolores en el pecho y región pélvica que no le habían molestado en muchos años. Se trataba de la mera pesadumbre, pensó; y a su pena se sumó la perplejidad de que la muerte de Vera la hubiese trastornado más que la de Ludmila. Se preguntó si en parte no se estaba apiadando de sí misma. Asociaba a Vera con el único día de su vida en que había sido tratada, aunque absurda e inmerecidamente, como una persona importante. Desde entonces había tenido más contratos profesionales que nunca, si bien ninguno había sido particularmente relevante; y en la actualidad estaba menos solicitada. Se despertó un día y descubrió que tenía cuarenta años. Otros lo supieron antes que ella. Era la cantante de ópera que no había triunfado del todo; y pocos directores se muestran deseosos de contratar a una persona así para sus representaciones. Por supuesto, si eras una Patti, una GalliCurci, una Melba, apenas habías comenzado; pero si simplemente poseías talento, estabas acabada. Por lo menos eso creía ella, y le daba la impresión de que realmente no estaba cantando muy bien. Sabía que sus temores eran malsanos y los atribuyó al hecho de que no había vivido propiamente hasta que sobrepasó la treintena, lo que la sensibilizó enormemente al paso de los años. Bien por culpa de sus afecciones de garganta, bien a causa de una simple pérdida de confianza, su voz era ya menos pura. Tampoco le servía de consuelo el haber tenido serios problemas con los dientes. El dentista le salvó algunos con empastes de oro, pero tuvo que extraerle cuatro. La dentadura postiza perjudicó a su vanidad y a su voz. Era grotesco, pensó, estar cantando el *Liebe stod* y ser consciente de poseer dientes falsos.

Un suceso ocurrido a mucha distancia, que no tenía nada personal que ver con ella, la atormentó más que la congoja. Un hombre que había cometido numerosos asesinatos fue juzgado y condenado a muerte en Düsseldorf. El caso fue sensacional en muchos aspectos, y por ende se ocupó de él hasta la prensa vienesa. El hombre sentenciado había dado muerte indistintamente a hombres, mujeres y niños: aunque sobre todo a mujeres y niñas. Había aterrorizado a Düsseldorf, y ahora que le habían capturado se produjo tal alboroto público que iba a usarse la oxidada guillotina: la primera ejecución que se llevaría a cabo en Alemania durante varios años. Con diversos grados de seriedad y sensacionalismo, los periódicos austriacos se estaban sumando al acalorado debate en torno a la pena capital. Naturalmente, era un tema sobre el que todo el mundo tenía una opinión apasionada y farisaica.

Aunque torturada al pensar en los niños asesinados, Lisa

defendió la vehemente e instintiva convicción de que arrebatar la vida a un ser humano era abominable. Muchas de sus amistades compartieron su criterio. Muchas otras sostuvieron tan feroz como «moralmente» que el asesino múltiple, Kürten, debía ser eliminado como un perro rabioso.

Hubo violentas discusiones. Una de sus amigas, una maestra de escuela llamada Emmy, normalmente la persona más bondadosa y amable del mundo, enrojeció de cólera y abandonó airadamente el café donde habían estado discutiendo. Antes de marcharse, arrojó sobre el regazo de su amiga el espeluznante diario que publicaba los más sórdidos detalles del caso. Lisa tuvo que reprimir la náusea mientras se obligaba a leer el artículo.

La infancia del criminal, por supuesto, había sido indescriptiblemente espantosa: diez niños hacinados en una sola habitación con sus padres; sustentándose a base de perros y ratas; violado por una hermana mayor; su padre era un psicópata borracho. La instrucción de Kürten había consistido en aprender las artes de torturar y masturbar a animales. Todo ello confirmó a Lisa que no era culpable de ser un asesino. El resto del artículo le hizo dudar de si, incluso en su propio beneficio, debía permitírsele vivir.

Mataba porque necesitaba beber sangre. Una noche le había torturado de tal modo la frustración de no hallar una víctima, que segó la cabeza de un cisne dormido en el lago y bebió su sangre. Se dijo en la prensa que el criminal había expresado su esperanza de que al entrar en acción la guillotina permanecería vivo el tiempo necesario para oír su propia sangre manando a borbotones.

Había otros detalles horripilantes, como por ejemplo que había desenterrado a algunas de sus víctimas mucho después del crimen y había tenido comercio carnal con ellas; y —más silenciosamente escalofriante— que había seguido viviendo plácidamente con su esposa, que ignoraba su obsesión y actividades secretas. Pero fue la imagen del cisne y el anhelo del hombre de oír su propio torrente de sangre lo que atormentó a Lisa a lo largo de semanas, como una irrefrenable pesadilla diurna. Se paraba en seco en medio de la calle; en la cabeza le daban vueltas las imágenes del cisne dormido y la cuchilla que cae.

¡Y también le asaltaba la idea de que, por la gracia de Dios o mero azar, ella era Elisabeth Erdman de Viena, y no Maria Hahn de Düsseldorf! Despertando una mañana, llena de dulce vida, con modestos y radiantes planes de comprar un nuevo maquillaje o acudir a un baile… encontrando a un hombre encantador y agradable y paseando con él por los bosques; y luego… Nada. Pero

incluso lo que era más inconcebiblemente horroroso; si hubiera nacido siendo Peter Kürten… Tener que vivir cada instante de una vida, la única que nos ha sido concedida, siendo Kürten… Pero una vez más, el mismo pensamiento de que *alguien* tuvo que haber sido Maria Hahn y Peter Kürten le imposibilitaba para sentir cualquier clase de dicha por el hecho de ser Lisa Erdman…

Una vez que la ejecución se llevó a cabo, leyó en el periódico de Emmy que mientras el asesino había andado suelto, casi un millón de hombres fueron denunciados a la policía e interrogados como el presunto Monstruo en toda Alemania. Pero Kürten no se hallaba entre los sospechosos, pues incluso el fiscal había declarado que era «más bien un hombre agradable». En prisión, había recibido miles de cartas de mujeres; aproximadamente la mitad le amenazaba con espantosas torturas, y las restantes eran cartas de amor. Lisa lloró al leer todo esto; y lloró otra vez ese mismo día cuando se sentó apaciblemente con la tía Magda. Esta pensó que seguía apenada por la muerte de sus amigas, y la reprendió por vivir anclada en el pasado.

Pero no se trataba del pasado, sino del presente. En efecto, aunque aquel asesino hubiese muerto (y Lisa rezaba en su corazón para que no hubiese sido el *mismo* Peter Kürten cuando entró en el reino ignoto que aguarda a los difuntos), *en algún lugar*, en aquel mismo momento, alguien cometía el peor horror imaginable con otro ser humano.

Transcurrieron muchas semanas antes de que pudiese habitar de nuevo plenamente su propio cuerpo, y de que los agudos dolores se fuesen diluyendo en molestias ocasionales. Mucho después de que el caso hubiese desaparecido de los titulares —un asombro que duró nueve días—, le obsesionó el rostro de un niño tendido sobre un colchón, en un cuarto poblado por otras siete personas; la imagen de un hombre con gafas, tímido y bondadoso, apreciado por sus compañeros de trabajo y venerado por los niños; y un cisne blanco que anidaba en la orilla de un lago, sumido en un sueño del que ya no despertaría.

Pero había que ayudar a tía Magda a bañarse y vestirse; había que hacer las compras, cantar el *Liebestod*, ir a ver al dentista, visitar a una amiga en el hospital, ensayar un nuevo papel, llamar a un fontanero para que reparase una cañería rota, escribir tarjetas de Navidad, comprar regalos y enviarlos a la oscura familia de su hermano en América; mandar más adelante más tarjetas y obsequios a amistades más próximas, comprar un nuevo abrigo de

invierno y redactar cartas de agradecimiento.

Mantuvo una correspondencia frecuente con Victor Berenstein, haciendo todo lo posible por responder a sus interrogantes espirituales: las grandes cuestiones de la vida, la muerte y la vida eterna que en aquel momento preocupaban al barítono. Ella, por su parte, estaba más confusa que nunca al respecto de dichas cuestiones, y se lo hizo saber. Él, no obstante, parecía hallar consuelo en aquella amistad durante días negros. Y no solo personalmente aciagos, puesto que Victor formulaba insinuaciones de que la situación general había empeorado.

En aquella triste época de muertes y enfermedades, hubo también una resurrección del pretérito ido: nada menos que la de Sigmund Freud. Como llovida del cielo, le llegó una carta del médico en la que le comunicaba que había leído con interés y placer las reseñas de su actuación en La Scala de Milán, y que confiaba en que su carrera prosiguiese su curso ascendente y se encontrase bien. Él se estaba «hundiendo suave y más o menos dolorosamente» en las aguas de la muerte, habiendo sufrido repetidas operaciones en la boca. Tenía que usar una prótesis monstruosa. Seguía trabajando, aunque con gran dificultad, y recientemente había terminado un estudio de su caso que iba a ser publicado en Fráncfort, junto con los escritos de Lisa. Ese era el motivo que le impulsaba a escribirle. ¿Sería tan amable de leer el artículo adjunto y una copia mecanografiada de su propia obra (que muy bien ella podría haber olvidado), e informarle de si había algo a lo que pusiese objeciones? Por supuesto, él había encubierto la auténtica identidad de Lisa, pero le tranquilizaría saber que contaba con su plena aprobación para publicar el texto. De la publicación derivarían modestos derechos de autor, y podía tener la certeza de que recibiría la mitad de los mismos por su decisiva aportación.

Lisa, que en aquel momento padecía las molestias de una nueva dentadura postiza, sintió intensos remordimientos al conocer las dolencias infinitamente más penosas del profesor; y se propuso aprender la lección de no quejarse. Comprendió la desventura que para él suponía no poder fumar puros: Freud mencionaba en su carta esa prohibición y la consideraba probablemente como la consecuencia más dura de su cáncer y del artilugio mutilador que se veía obligado a usar.

Inmediatamente después de haber puesto a escurrir los platos del desayuno, Lisa llevó a su dormitorio el grueso paquete. Hasta la noche, en que tenía que actuar, solo abandonó su habitación para preparar el almuerzo a la tía. La tía Magda, cuyos ojos eran aún

penetrantes, vio que había llorado y que no había comido casi nada. Supuso que se debería a la carta y paquete que había recibido del profesor Freud y, prudentemente, se abstuvo de hacer comentarios. La redacción de la respuesta robó a Lisa tantas energías que apenas le quedaron para el público esa noche, y su actuación fue, como dijo un crítico, «incolora».

Apartamento 3
4 Leopoldstrasse
29 de marzo de 1931

Querido profesor Freud:

Su carta me ha causado una gran sorpresa y un doloroso placer. Placer, por tener noticias de alguien a quien tanto debo. Dolor, por verme obligada a remover cenizas del ayer. No lo lamento; ha sido saludable.

Me apena saber que tiene mala salud. Confío en que los esfuerzos de su médico logren una recuperación completa. El mundo le necesita demasiado para permitir que se «hunda suavemente», y mucho menos con padecimientos. Incluso ha sido tan amable de preguntar por mi salud y la de mi tía. La tía Magda sufre enormemente de reumatismo, pero se mantiene alegre y activa, y yo también gozo de una salud bastante buena. En otros aspectos, por desgracia, el año pasado no ha sido tan bueno. Mi amiga de San Petersburgo, Madame Kedrova (Madame R.), murió el pasado invierno, dejando marido y un hijo de catorce años (mi ahijado, a quien no conozco). Y otra amiga íntima falleció al dar a luz. Pienso en los niños que se han quedado huérfanos: y al leer *Frau Anna G*. he recordado la tragedia de su propia familia. Espero que sus nietos estén bien. Deben estar bastante creciditos. En aquella época tuve la terrible sensación de que uno de ellos no sobreviviría largo tiempo a su madre. Por favor, tranquilíceme diciendo que no ha sido así. Estoy segura de que fue un producto de mi morbosa imaginación de entonces. Por favor, salude de mi parte a su mujer y a Anna, y dele recuerdos a su cuñada. El poco tiempo que nos vimos en Gastein tuve la sensación de que seríamos buenas amigas si hubiéramos tenido la oportunidad de conocernos mejor.

La lectura de su sabio estudio, bellamente escrito, me ha conmovido más de lo que puedo expresar. Pero creo que no necesito decirlo. Ha sido como leer la historia de la vida de una hermana menor fallecida; en ella alcanzo a ver un parecido de familia y también grandes diferencias: características y acciones que nunca se

hubiesen podido aplicar a *mí*. No lo digo por parecer crítica; usted vio lo que yo le dejé ver; no: mucho más que eso, penetrando más profundamente en mí de lo que nadie lo ha hecho. No fue culpa suya que yo pareciese incapaz de decir la verdad o de afrontarla. Ahora puedo hacerlo, sobre todo gracias a usted.

Respondiendo directamente a sus preguntas: por supuesto que no tengo ni la más mínima objeción a que usted publique su estudio. Me consideraría honrada. En cuanto a mis vergonzosos —¿o debería decir desvergonzados?— escritos… Bueno, si usted estima que son *necesarios*… La cara se me puso púrpura al volver a leerlos. Yo había creído y esperado que estuviesen destruidos desde hacía mucho tiempo. Seguramente no se pueden publicar, ¿no es cierto? Pero supongo que tienen que incluirse para la comprensión del estudio, ¿verdad? ¿Cómo *he podido* escribir divagaciones tan obscenas? No le dije que en Gastein me asaltó una fiebre de deseo físico. Sí, por muy enferma que estuviese… o quizá porque lo estaba. Al adelantarme por las escaleras, un impertinente camarero, muy joven, me tocó en un punto íntimo y luego me miró con toda desfachatez, como si nada hubiera ocurrido. Por el aspecto me recordó a su hijo (el de la fotografía). Resumiendo, durante el resto de mi estancia fantaseé de un modo terrible a propósito del joven camarero. No sé cómo encaja su figura en el marco de mi homosexualidad, pero ya sabe usted que nunca acepté esa teoría.

Debo confesar que en realidad escribí los versos —«aleluyas», como usted, con razón, dice— mientras me hallaba en Gastein. El tiempo era fatal, y durante tres días no pudimos poner el pie fuera debido a una tormenta de nieve. No había nada que hacer salvo comer (y eso hice, empedernidamente), leer, observar a nuestros compañeros y elaborar fantasías sobre el joven camarero. El comandante inglés me dio la idea de escribir un poco de poesía. Un día me enseñó un poema que acababa de escribir sobre sus días escolares, tendido en las vacaciones de verano con un amante (de dudoso sexo) en un jardín inglés, bajo un ciruelo. Era sensiblero y pésimo. Pensé que difícilmente podría hacerlo peor, y siempre había disfrutado tratando de hacer poesía. Siempre sin éxito, desde luego. Quería que fuese escandalosa; o, mejor dicho, que reflejase honradamente mis complicados sentimientos sobre el sexo, y también quería que mi tía supiera realmente cómo era yo. Dejé el poema a su alcance y lo leyó. Puede usted imaginarse con qué horror.

Pues bien, cuando usted me sugirió que escribiera algo, pensé que intentaría ponerle a prueba con mis versos. Así que los copié en

mi partitura de *Don Giovanni*. No sé por qué lo hice. Seguramente porque estaba loca. Cuando me pidió que los interpretase, se me ocurrió ponerlos en tercera persona para ver si así les sacaba más sentido. Pero no resultó. Hacía falta *ustedpara* tal cosa y creo que es de resaltar el modo en que su comprensión de los versos parece haberse profundizado en los años que han transcurrido. Su análisis (el útero materno y todo lo demás) me parece enormemente acertado, aunque excesivamente caritativo para con la grosería de mi texto.

El corsé como símbolo de la hipocresía… ¡exacto! Pero también la contención de los modales, las tradiciones, la moralidad, el arte. Al leer mis indecentes revelaciones, me siento como si estuviera sin corsé ante usted, y me ruborizo.

Lamento no haberle dicho que ya había escrito *Don Giovanni*. No me parece que sea importante. Pero además hubo otros engaños, y he decidido que debo hablarle de ellos, porque tal vez usted piense que su estudio necesita ciertos cambios… o incluso que quizá sea mejor abandonarlo. No le reprocharé que me odie por todas las mentiras y las medias verdades que le he dicho.

Usted tenía razón al creer que mi recuerdo de la glorieta servía de biombo para ocultar otra cosa. (Aunque el incidente que he narrado también ocurrió.) En una ocasión, siendo una niña, llegué vagabundeando hasta el yate de mi padre cuando nadie esperaba verme allí y sorprendí a mi madre, mi tía y mi tío: los tres desnudos. Me llevé tal susto que creí que estaba viendo la cara de mi madre (o acaso la de mi tía) reflejada en un espejo; pero no, ambas estaban allí. Pensé que mi madre (o tal vez mi tía) estaba arrodillada en postura de oración; mi tío se había arrodillado detrás de ella. Sin lugar a duda se trataba de una penetración *a tergo*.[33] Puede estar seguro de que no me quedé para averiguarlo… Al parecer yo tenía tres años cuando ocurrió la cosa.

Hasta hace unos cinco no volví a evocarla, y fue tras una conversación muy emotiva con mi tía Magda. Mi hermano Yuri (desde Detroit) me informó de que mi padre había muerto. Había perdido su negocio y su casa, por supuesto, y había llevado una vida solitaria en una habitación. No se puede decir exactamente que su muerte me apenase, pero la noticia me afectó y decidí poner las cosas en claro con mi tía. Pobrecilla, le devoraban los remordimientos. Evidentemente deseaba confesar de arriba abajo la única cosa mala que había hecho en su vida. Confesó que dos o tres veces ella y mi madre se habían acostado en Odessa con mi tío. La única manera que encontró de explicar que hubiese sucedido con su

consentimiento fue decir que una esposa hace muchas cosas para complacer a su marido y puedo entenderlo. Parece ser que mi padre y mi madre formaban un matrimonio «blanco» desde hacía mucho tiempo. Mi tío convenció a la tía Magda de que sería inofensivo e incluso bondadoso… En fin, sea como fuese, la cosa es que ocurrió; pero a la tía no le hacía en absoluto feliz; y cuando yo entré alegremente en escena aquella vez, fue la excusa perfecta para decir: basta. Todos confiaron en que yo fuese demasiado pequeña para entender.

Después de lo cual, mi tía pensó que el agua había vuelto a sus cauces. Se confesó (me figuro) y confió en que el vergonzoso asunto pertenecía al pasado. No tenía ni idea de que su marido y su hermana continuaban viéndose; recorriendo extraordinarias distancias para encontrarse durante los meses de invierno; ni de que no se trataba de una simple atracción física, sino de un auténtico idilio. Solo descubrió la verdad cuando un policía llamó a su puerta, creyendo encontrar a un hijo o a una hija…, ya que, según el registro del hotel de Budapest, tanto mi madre como mi tío habían muerto…, Por cierto, yo no me equivocaba: ¡el tío Franz asistía a una conferencia pedagógica…! Los cadáveres estaban calcinados hasta un punto que impedía su identificación. Hasta que no enseñaron a mi tía algunas joyas de la mujer muerta, no reconoció las pertenencias de su hermana. Y tuvo que enviar un telegrama a mi padre. Es fácil de imaginar su apuro… Si no hubiese perdonado a mi tía los sórdidos sucesos acontecidos en mi hogar, habría tenido que hacerlo cuando supe la pesadilla que había vivido. Otro pensamiento que la atormentaba era que quizás el «trío» no suponía un comienzo; tal vez se habían estado burlando de ella. Es algo que jamás sabremos.

Mi tía está convencida de que irá al infierno por su participación en la tragedia, a pesar de que he hecho lo posible por persuadirla de que todos hacemos cosas horribles que pueden perdonarse. Por supuesto, cuando mi padre murió y todo esto salió a relucir, también se sintió espantosamente culpable por el modo en que los tres le habían engañado a *él*. Yo también debo dos «reparaciones» a mi padre. No fui en absoluto justa con él en el análisis. En gran parte fue culpa mía que nuestra relación fuese mala. Ya ve, creo que ya entonces yo sabía (no me pregunte cómo) que la muerte de mi madre tenía algo que ver con la escena que por azar sorprendí en el yate; y estoy segura —de esa manera ilógica propia de los niños— de que le censuré por no haber estado *allí*. Le culpé a *él* de la muerte de mi madre. Y en cierta medida es verdad que si hubiera

estado más con nosotros, nada de eso podría haber ocurrido. Y a propósito, no era solo a causa de sus negocios; también estaba comprometido con el Bund, el partido democrático judío. Tenía muchas cosas en la cabeza. Yo debería haber sido más tolerante.

También me acuso de haber calumniado a Alexei (A.). Aquel fin de semana en yate por el golfo de Finlandia *fue* delicioso, salvo por una discusión violenta. Fue la primera vez que dormimos juntos, y para mí, al menos, resultó maravilloso. Tuve unas leves alucinaciones —el «incendio»—, pero no fueron nada comparadas con el gozo de unirme completamente al hombre a quien amaba. El incidente que he relatado no sucedió realmente. Alexei era muy correcto, hasta puritano, en todo lo referente al sexo. Era muy capaz de hacer volar a la gente o de disparar a alguien —y evidentemente lo había hecho muchas veces—, pero no de hacer el amor con otra chica en mi presencia. Era muy cauteloso procurando que las emociones no interfirieran en la causa política; de hecho, para ser franca, si hubiera dependido de mí hubiéramos sido amantes mucho antes. Estoy segura de que le dolió abandonarme, pero consideraba que el matrimonio y un hijo ponían en peligro su misión en la vida. Creo que la joven con quien abandonó San Petersburgo era más que nada una camarada. Probablemente ella le convenía: yo era demasiado emotiva y frívola para ser la compañera de un revolucionario.

Pero volviendo al fin de semana en el yate… Después de haber hecho el amor, *creo* que me desperté en mitad de la noche (pero todavía había mucha luz en nuestro camarote) y vislumbré mi rostro en el espejo del ropero. *Creo* que debí de recordar entonces aquella escena de infancia en que vi a mi tío con las dos gemelas. Probablemente, cuando usted me interrogó acerca del contacto sexual *a tergo*, me *recordé re cordando* y confundí los dos yates. Es la única forma en que puedo explicar o disculpar mis burdas mentiras. Ni siquiera sé con certeza si yo sabía que estaba mintiendo. Estaba tan furiosa con Alexei por haber echado al traste todo lo nuestro, que quise acusarle de alguna obscenidad. Lo siento. Como ya he dicho, creo que era incapaz de contar la verdad. Es muy posible que me dejara llevar por una fantasía. Estoy segura de que me *gustó* la idea de haberme alejado nadando del yate.

Ni siquiera me chamuscó el pelo con un puro. Vi el destello de la cerilla que encendió usted encima de mi hombro y recordé mi pelo chisporroteando, pero no fue en el yate, con Alexei, sino antes, en Odessa, cuando me «capturaron» los marineros. Fue más repugnante y pavoroso de lo que le hice creer. No eran marineros del *Potemkin*,

como me parece que le dije, sino de un barco mercante que transportaba cereales para mi padre. Al percatarse en la calle de que yo era su hija, me obligaron a volver al barco con ellos. Habían estado incendiando, saqueando y bebiendo, y estaban completamente desquiciados. Creí que iban a matarme. Vi desde cubierta los muelles en llamas más allá del agua (creo que eso es el hotel incendiado). No dijeron nada de que mi madre fuese una mujer fácil; como usted conjeturó sagazmente, yo me lo inventé. No, me injuriaron por ser judía. Hasta entonces yo no había caído en la cuenta de que hubiese algo *malo* en el hecho de serlo. En aquella época había un fuerte antisemitismo en Rusia, así como fervor revolucionario. Incluso existía una organización abominable que abogaba por el exterminio de los judíos como raza. Mi padre me dio uno de sus panfletos para que lo leyera, a modo de «educación» como miembro de un clan perseguido. Pero yo solo aprendí estas cosas más tarde, tras mi bautismo de fuego en el barco. Los marineros consideraban a mi padre un inmundo explotador (quizá yo lo era) y ni siquiera sabían que se hallaba políticamente de su parte. Me escupieron, me amenazaron con quemarme los pechos con cigarrillos, emplearon un lenguaje zafio que yo jamás había oído. Me forzaron a cometer actos de sexo oral con ellos, diciendo que una sucia judía como yo solo servía para… Ya adivinará la expresión que usaron.

Al final me dejaron marchar. Pero desde entonces no me ha resultado fácil reconocer mi sangre judía. Me he desvivido por ocultarla; y creo posible que esto haya tenido algo que ver con mis evasivas y mentiras en general, desde muy pronto en mi vida; y particularmente con respecto a usted, profesor. Porque yo sabía que usted era judío, por supuesto, y me parecía vergonzoso avergonzarse. Creo que fue el dato más importante que le oculté. Traté de darle pistas en mi «diario».

Mi padre se portó muy bien conmigo después de aquel episodio; pero a mis ojos seguía siendo digno de reproche por ser judío. Lo que me disgustaba, lo que me parecía intolerable —y todavía no he llegado a comprenderlo: quizás usted pueda ayudarme— era que al revivir aquellos terribles sucesos los encontraba *excitantes*. Usted dice que yo respondía a todas sus preguntas sobre la masturbación como si fuese la Virgen. Pues bien, tenía toda la razón al sospechar que no estaba diciendo la verdad. Ciertamente no me *com porté* como la Virgen lo hubiera hecho; no, por lo menos, después del incidente del barco; sinceramente no logro recordar episodios más tempranos de mi vida. Tendida en la cama, repetía a solas las

palabras que habían usado, recreando en mi imaginación lo que me habían obligado a hacer. Para una muchacha «pura» como yo, a quien una niñera católica polaca había enseñado que la carne era pecado, mi reacción era más horrible que el suceso en sí. Tal vez por eso contraje «asma» no mucho después. Creo que recuerdo haber leído en uno de sus historiales clínicos que los síntomas de la infección de garganta, etc., proceden de la culpa originada por tales actos.

Vertí mis complicados sentimientos y fantasías —¡ya entonces!— en poemas pésimos y un diario privado. Un día sorprendí a nuestra doncella japonesa leyendo mi diario. No sé cuál de las dos se avergonzó más. El hecho concluyó en que nos tumbamos juntas en la cama, besándonos. ¡Ah!, pensará usted, ¡lo que yo siempre había dicho! ¡Lo reconoce! Pero ¿acaso la adolescencia no es una época de experimentación? Todo fue muy inocente y jamás volvió a ocurrir, ni con ella ni con nadie. Las dos estábamos solas y anhelábamos afecto. También pienso —basándome en lo que usted me ha enseñado— que yo estaba intentando acercarme más a mi padre por mediación de una intermediaria. Ya ve, estaba totalmente claro (y, de hecho, ella lo admitía) que entre las obligaciones de la doncella figuraba la de satisfacer de vez en cuando los apetitos carnales de mi padre. No era la única. Yo creo que casi toda la servidumbre, desde el ama de llaves para abajo, había recibido su «convocatoria». Él era guapo y encantador, y desde luego ejercía un poder absoluto. Sonia, mi institutriz, se ausentó una temporada en circunstancias muy sospechosas, y estoy segura de que él dispuso lo necesario para que abortara. En aquellos tiempos, sin embargo, la muchacha japonesa, que era muy bonita, era su predilecta. (Se marchó a su casa poco antes de que yo partiese a San Petersburgo.) Al conseguir que ella me besara aquella única vez, seguro que inconscientemente le estaba «tocando» a él y al mismo tiempo vengándome de su indiferencia.

Advierto que al parecer estoy repitiendo lo que he dicho antes. Hizo *todo* lo posible por establecer contacto conmigo; era generoso con el dinero y evitaba escrupulosamente todo favoritismo con mi hermano. No obstante, yo seguía pensando que para él suponía un esfuerzo, una cuestión de *de ber*. Posiblemente temía a las mujeres y se conformaba con contactos fortuitos. Tuvo que haber sido capaz de pasión, pues de lo contrario no se hubiera casado con mi madre contra viento y marea. Pero supongo que había llegado a lamentar el hecho de dar libre curso a sus emociones. Cuando le conocí parecía frío y calculador, un hombre que consagraba todas sus

energías a los negocios y —de forma muy clandestina— a la intriga política en favor del Bund. Después del episodio del barco creo que se dio cuenta de que me había «perdido», e hizo un esfuerzo especial por ser bueno conmigo. Incluso me llevó de vacaciones a esquiar al Cáucaso. Resultó desastroso, porque noté que en todo momento se hallaba a disgusto lejos de su trabajo. Sea como fuese, para entonces yo había empezado a culparle de mi horrendo crimen de haber nacido judía. Ambos sentimos un infinito alivio al volver a casa.

Ahora voy a hablar de mi marido. Él y su familia eran ferozmente antisemitas. Mucho más de lo que le di a entender a usted. Es cierto que no veo indicios de que él fuese extraordinariamente radical al respecto: pero todo, sin excepción, era culpa de los judíos. En todo lo demás era muy agradable y bondadoso, y yo estaba sumamente prendada de él. No le mentí en esto. Pero fíjese en que yo estaba *vi viendo* una mentira. Él decía que me amaba; pero si hubiera sabido que era de sangre judía me hubiese odiado. Cada vez que decía «te quiero», yo entendía «te odio». La situación no podía prolongarse. Todo esto me afectaba enormemente, porque en muchos sentidos formábamos una buena pareja, y yo quería establecerme y fundar una familia.

Esto me lleva a la noche en que recordé el incidente de la glorieta y quizás otros episodios. ¡Por unos instantes me inundó la dicha! ¿Comprende? Estaba convencida de que mi padre *no era* mi padre, ¡yo no era judía, podía vivir con mi marido y quedarme embarazada con la conciencia limpia! Pero, por supuesto, no podía tolerar el *alegrarme* de que mi madre fuese una adúltera y me hubiera hecho pasar como hija legítima ante su marido; ¡era tan indeciblemente sórdido y malvado! ¡*Alegrarse* de una cosa así! Y, como usted sabe, «sepulté» este hecho.

Por cierto, conseguimos una anulación. He oído decir que él se volvió a casar y se trasladó a Munich después de la guerra.

Así que ya ve, nuestra separación tuvo muy poco que ver con problemas sexuales. Siempre me ha resultado difícil gozar debidamente, sabiendo que había gente sufriendo «al otro lado de la colina». Y hoy sigue habiendo. No puedo describir mis alucinaciones; pero sé que se distinguían, de un modo peculiar, del mero placer (que yo continuaba experimentando). Lo mismo me ocurrió con Alexei; y debo confesar que hice un «experimento» con uno de los músicos de la Ópera, no mucho después de que mi marido se uniera al ejército, y con él también sentí lo mismo (aunque el placer fue, desde luego, superficial en extremo, y

corrompido por la culpa). No mentía cuando dije que las alucinaciones estaban estrechamente vinculadas a mis temores de tener un hijo. Si estoy en lo cierto, ahora debería de estar fuera de peligro, por así decirlo, ya que he empezado a tener faltas en la menstruación; un poco pronto… Pero en ningún caso pienso en la posibilidad de ponerme a verificarlo.

Tampoco puedo explicar mis dolores. (Se han repetido de vez en cuando.) Sigo creyendo que son orgánicos, de un modo extraño; y, cada vez que visito a un médico, ¡sigo esperando que me diga que he padecido de alguna enfermedad rara en el pecho y el ovario desde hace quince años! El «asma» a los quince años puede haber sido histérica, se lo concedo; pero no creo que lo demás lo sea. Estudiemos el asunto de nuevo. Perdí a mi madre a los cinco años. Fue algo terrible; pero, como dice usted, hay huérfanos por todas partes. Murió en circunstancias atrozmente inmorales; y muy dolorosas. Sí, pero logré sobreponerme a ello. ¿Hay alguna familia que no esconda un vergonzoso secreto? Francamente, no siempre he deseado hablar del pasado; me interesaba más lo que me estaba ocurriendo en el presente y lo que podría sucederme en el futuro. En cierto sentido, usted es el *responsable* de que me llegara a fascinar el pecado de mi madre, y le estoy sempiternamente agradecida por haberme dado la oportunidad de hurgar en la llaga. Pero no creo ni por un momento que *eso* haya tenido algo que ver con el hecho de sentirme mutilada por el dolor. Me hizo infeliz, pero no me puso enferma. Y, en último término, sí, es posible que haya un ligero componente bisexual en mi carácter; pero nada específicamente sexual, o por lo menos nada que no haya podido encarar con toda facilidad. En general, creo que mi vida ha sido más llevadera gracias a mi proximidad con mi madre.

Lo que me atormenta es saber si la vida es buena o mala. Pienso a menudo en aquella escena que sorprendí a bordo del yate de mi padre. La mujer que creí que estaba rezando tenía una expresión feroz y aterradora; pero su «reflejo» era tranquilo y risueño. La mujer sonriente (creo que tuvo que ser mi tía) descansaba su mano sobre el pecho de mi madre (como si la tranquilizara diciendo que todo era perfecto, que ella estaba de acuerdo). Pero los rostros —al menos eso me parece ahora— eran sumamente contradictorios. Y además tuvieron que serlo en sí mismos: alegre el de la mujer que hacía muecas, y triste el de la mujer que sonreía. ¡Medusa y Ceres, como usted dice tan brillantemente! Puede parecer una locura, pero pienso que la idea del incesto me perturba más profundamente como símbolo que como hecho real. El bien y el mal copulando

para crear el mundo. No, perdóneme, estoy escribiendo insensateces. ¡Delirios de una solterona solitaria!

De ahí la fobia a los espejos que sufrí durante una breve temporada. Fue cuando estaba leyendo el caso del «hombrelobo», con su incorregible obsesión por el comercio carnal *more ferarum*. (¿No somos, en realidad, muy parecidos a los animales?). Conocía a su paciente, por cierto. O, mejor dicho, conocía a su familia, por su reputación, en Odessa. Fue muy fácil deducirlo a partir de los detalles. Por esa razón —¿me permite un ruego?— prefería que no se refiriese a Odessa como «la ciudad de M———». No engañará a ningún conocido, de los pocos que quedan. Pero todas las demás personas se verán bien burladas pensando que soy violoncelista (!). Le agradezco el disfraz.

La historia del hombre-lobo me obsesionó durante años; una especie de Cristo contemporáneo.

Por lo menos *ahora* he sido sincera con usted, y lo único que puedo expresarle es mi sentido pesar por no haber sido franca con usted *entonces*, cuando estaba malgastando tanto tiempo y energía con una paciente indigna. Me conmueve indeciblemente conocer que derrochara tanta ciencia, paciencia y amabilidad con una pobre joven mentirosa y de débil ánimo. Le aseguro que su bondad no fue estéril. Le debo a usted solo todo conocimiento de mí misma que pueda poseer ahora.

Le deseo toda suerte de éxitos en la publicación de su estudio, siempre que decida llevar adelante su proyecto. Preferiría que mi verdadero nombre permaneciese al margen de cualquier negociación. Si llegasen a adeudarme algún dinero, dónelo, por favor, a una institución benéfica.

Muy sinceramente suya,
LISA ERDMAN

Sintió un gran alivio al haberlo confesado todo; todo lo pertinente. Se había propuesto decirle asimismo algo sobre el hecho de haberse acostado con el hombre «insignificante» del tren de Odessa a San Petersburgo, su primera experiencia de acto sexual y asimismo su primera experiencia de alucinación; pero su carta se había hecho tan extensa y estaba tan plagada de rectificaciones de sus mentiras, que le dio miedo. Una más podría «romper el lomo del camello»; y realmente *no* era importante, no podía decir que le hubiese preocupado mucho.

Sí, era maravilloso haberse descargado de todo aquello. Aguardó

impacientemente una respuesta. A medida que transcurrían días y después semanas sin recibir contestación del profesor, la ansiedad se transformó en una especie de terror. Le había ofendido mortalmente. Estaba enfurecido. En efecto, ¿acaso podía ser de otra manera? Ella merecía su cólera. Los ahogos volvieron (y no precisamente por perpetrar *fellatio*); se vio obligada a cancelar tres compromisos a causa de mala salud. Una mañana dejó caer la bandeja en que llevaba el desayuno desde la cocina al dormitorio de su tía, porque creyó oír la atronadora voz de Freud maldiciéndola.

Sufría pesadillas, una de las cuales le hizo gemir tan ruidosamente que obligó a la tía a entrar cojeando en su dormitorio, con la cara más blanca que su camisón. Se había encontrado con un hombre que subía las escaleras del apartamento. Se quitó su flexible sombrero y dijo que era el hombre-lobo, y que había venido a llevarla ante Freud. Estaba asustada, pero el hombre hablaba de un modo muy agradable, y explicó que Freud solo quería revisar los nombres geográficos de su manuscrito, reemplazando las iniciales por los nombres auténticos. De modo que ella le acompañó, pero en lugar de dirigirse a la casa de Freud la llevó a unos bosques. Él quería que le ayudase, dijo: le enseñó algunas fotografías pornográficas de una muchacha que fregaba el suelo, arrodillada y con el vestido levantado hasta las caderas. Era la única forma en que él hallaba reposo: contemplando aquellas fotos. Ella le habló seriamente al respecto y él pareció agradecer su ayuda. Se encontraban a la orilla de un lago y ella estaba admirando los cisnes. Al volverse hacia el hombre, se había convertido en un verdadero lobo; su cabeza era lobuna entre su sombrero y su raído abrigo negro. Él gruñó y ella echó a correr, y el lobo se lanzó en su persecución con el propósito de morderle la cabeza. Incluso mientras corría para salvar la vida, Lisa era consciente de que lo merecía por haber escrito aquella carta a Freud. Fue entonces cuando la tía Magda la despertó a empujoncitos, con su camisón blanco y una cara tan asustada como la abuelita de *Caperucita Roja*.

Cuando por fin llegó una carta, Lisa tardó varias horas en reunir el valor de abrirla. Le temblaron las manos mientras desdoblaba el papel escrito. E hizo una mueca de dolor al leerlo (pero sobre todo a causa del párrafo que hablaba del nieto). Se puso roja como un tomate al leer la mención que Freud hacía del *lapsus calami* que ella había cometido, y se murió de ganas por conocer el contexto, el cual simplemente no logró recordar. Con todo, en líneas generales, la carta era más clemente de lo que ella merecía.

19, Berggasse
18 de mayo de 1931

Querida Frau Erdman:

Gracias por su carta del 29 de marzo. Me pareció sumamente interesante, por supuesto; y no lo fue menos su *lapsus calami* al escribir «quizá yo» en lugar de «quizás él (mi padre) lo era». En fin, después de todo no es tan divertido como el error de uno de mis corresponsales ingleses, que me ha escrito para condolerse de mi «fastidioso judío» en lugar de [34] A eso obedece indirectamente mi tardanza en contestar. A mi mandíbula, quiero decir. He sufrido otra operación por su causa y me temo que me he retrasado en mi correspondencia.

Me alegro de saber que usted y su tía se encuentran bien. Respondiendo a su pregunta, mi nietecito Heinz murió a los cuatro años. Su pérdida puso fin a mi vida afectiva.

Vamos a lo principal. Prefiero seguir adelante con el estudio clínico tal como está, con todas sus imperfecciones. Si usted me lo consiente, me propongo añadir un comentario final en que se expongan y glosen sus tardías reservas. Tendré que sentirme obligado a insistir en que el médico tiene que confiar en su paciente tanto como el paciente debe confiar en su médico.

Me viene a la memoria una sentencia de Heráclito: «El alma humana es un país lejano que no se puede visitar ni explorar». No es del todo cierto, en mi opinión; pero el éxito depende de que se abra un puerto prometedor en sus acantilados.

Muy sinceramente suyo,
SIGMUND FREUD

Lisa contestó con una carta breve agradeciéndole su indulgencia y expresando su angustia ante la exactitud de su premonición. Confesó que sentía remordimientos, como si su corazonada hubiese sido de algún modo responsable de la muerte del niño. No esperaba una respuesta a su mensaje; en efecto, le pidió explícitamente que no se molestase en contestar. No obstante, al cabo de unos días le llegó una carta procedente del apartamento de Freud en Berggasse:

Querida Frau Erdman:

No debe angustiarse por la muerte de mi nieto, ya lejana en el tiempo. Es indudable que cuando su madre murió, él ya llevaba las semillas de su fatal enfermedad. Mi experiencia psicoanalítica me

ha persuadido de que la telepatía existe. Si volviera a vivir mi vida, me dedicaría al estudio de este tema. Está claro que usted es especialmente sensitiva. No debe permitir que eso la aflija indebidamente.

En realidad, uno de sus sueños en el curso del análisis me demostró que usted poseía ese poder. Probablemente lo ha olvidado. Según las notas que tomé entonces, soñó que una mujer y un hombre de mediana edad se casaban en una iglesia de Budapest; y en mitad de la ceremonia un hombre se puso en pie en medio de la reunión, sacó del bolsillo una pistola y se pegó un tiro. La novia chilló —era su anterior marido— y cayó desvanecida. Al referirme el sueño, me pareció perfectamente claro que hacía referencia a un trágico suceso que aconteció en Budapest a principios de aquel año (1919). Uno de mis colegas más distinguidos, que ejerce en esa ciudad, contrajo matrimonio con una mujer a la que había cortejado durante dieciocho años. Se había negado a divorciarse de su marido mientras sus hijas no estuvieran casadas. El mismo día de su boda con mi colega, el primer marido se suicidó. Estoy seguro de que usted captó la existencia de ese recuerdo en mi mente y que se fusionó con la situación de su madre: la cual, por supuesto, sigue constituyendo para mí la raíz de sus problemas.

Usted también aparecía en el sueño como una figura «nebulosa», consolando a la mujer desmayada, pero no por eso menos consciente de que el novio necesitaba su consuelo en un grado mayor que lo estrictamente correcto. Y es un hecho que mi colega había mantenido una relación muy ambivalente con una de las hijas de la mujer con quien se casó. La joven, por cierto, fue paciente mía en una época.

Es preciso agregar que nadie en Viena, salvo yo y uno o dos de mis más próximos colegas, conocía la tragedia relacionada con la boda de nuestro amigo, y con toda certeza usted no pudo obtener la información en ninguna parte. Me hubiera gustado incluir su sueño en mi estudio, pero su evidente conexión con la experiencia vivida por mi colega de Budapest lo hizo imposible, tanto más cuanto que no goza de buena salud y cree en la existencia de poderes telepáticos.

Le he dicho esto con el único fin de demostrarle que su don es totalmente inconsciente. No puede hacer nada al respecto. No está en su mano modificar el hecho, del mismo modo que le resultaría imposible transformar su hermosa voz en el graznido de un cuervo. Así que no lo intente.

Con mis mejores deseos,

Sinceramente suyo,
SIGMUND FREUD

Al observar que Lisa tenía un aspecto mucho más vivaz y dichoso, su tía se preguntó si habría una amistad masculina en perspectiva. Fuera cual fuese la razón del cambio, representó un sosiego para ella, pues había temido que su sobrina estuviese a punto de sufrir una nueva depresión nerviosa.

En realidad, Lisa tenía la sensación de hallarse extraordinariamente próxima a Freud: más cerca, de hecho, de lo que había estado cuando le veía casi todos los días. Le hacía sentirse así el tono de su última carta: tan inesperadamente cálida; felicitándola por su voz y su don psíquico, e incluso haciéndole el aún más halagador cumplido de compartir con ella una confidencia, la historia de su colega. Había algo extraño en ello. No se trataba de que ella pensase que la confidencia no era cierta: Freud era incapaz de mentir. Recordó el sueño; lo recordó todo excepto la parte que Freud había separado del resto, como si quisiera subrayarla para ella. No se acordaba en absoluto de haber estado presente en la tragedia de la boda como figura «nebulosa» que proporciona consuelo.

¿No era la forma que Freud empleaba para pedirle ayuda y apoyo en su vejez y enfermedad? Recordó la casi única observación personal que se había permitido confiarle nunca: una insinuación —todo lo más— de que su propio matrimonio, en el aspecto físico, había llegado a su término cuando Freud cumplió cuarenta años. ¿No aparecía eso en el sueño? Freud era el marido de mediana edad cuya personalidad de antaño ya había muerto. Por tanto necesitaba consuelo, «en un grado mayor que lo estrictamente correcto», de la joven que atendía a la mujer desvanecida… Bueno, se trataba clarísimamente de Anna Freud y de su madre. Pero Lisa era «Anna» en el estudio clínico… «Una relación muy ambivalente»… «La joven, por cierto, fue paciente mía en una época»…

Freud estaba suplicándole su amistad; pero temía que ella lo juzgase incorrecto si expresaba su ruego abiertamente. Quizá pedía más que amistad. De ser así, Lisa no debía reprimirse al intentar consolarle. Lisa se sumió poco a poco en un estado de enorme tensión, sin saber cómo contestar a aquella súplica. Decidió que lo mejor era limitarse a responder con ánimo relajado y amistoso, hablando sinceramente de temas relacionados con su historial… y a ver qué pasaba.

16 de junio de 1931

Querido profesor Freud:

Me ha conmovido profundamente su amable y generosa carta. Su cumplido sobre mi voz también me ha llegado al alma, ¡puesto que recordé que aún no me había oído cantar! Si fuese así no la consideraría hermosa. A decir verdad, cada día se parece más a la de un cuervo.

Poca cosa he hecho últimamente aparte de evocar una y otra vez la noche en que comenzó mi «histeria». Recuerdo unos cuantos detalles nuevos que pueden serle útiles para la confección de su apéndice. En primer lugar, me sentía feliz (como ya he dicho) al pensar que quizá no era judía. Este «quizá no» bastaba para justificar mi entrega total a mi marido, con la conciencia limpia; y con la gracia de Dios concebir un hijo. Hasta entonces, me había estado inquietando la inminencia de su permiso militar (usted tenía razón). Volvería antes de un mes. En sus cartas me estaba presionando para «ir hasta el final». No se lo reprochaba; era totalmente natural. Pero yo aborrecía la sola idea. Sin embargo, gracias a mi incierta cuna, pensé que podía acceder a sus deseos, y le escribí una carta apasionada al volver de la casa de mi tía.

Pero al dormirme tuve espantosas pesadillas. Ya ve, había empezado a sentirme mal por otras cosas. Una de las tareas de Willi era procesar a los desertores, y acababa de ganar un juicio, lo que quería decir que el pobre soldado iba a ser fusilado. Me había escrito contándome el brillante discurso que había convencido al tribunal, y estaba evidentemente orgulloso de su actuación. Sentí náuseas. No lograba «asociar» a la persona que había escrito aquella carta con el recuerdo que yo conservaba de su bondad. Así pues, ¿no serían mis dolores, que sobrevinieron esa misma noche, fruto de mis caóticas emociones, en lugar de ser el resultado de suprimir hechos conocidos? (Soy muy hábil suprimiendo hechos incómodos: en una ocasión «olvidé», una hora después de haberlo leído, que el primer galán se iba a casar con la primera actriz, a quien yo sustituía por haber caído enferma. ¡Y simplemente porque yo había soñado despierta que viviría con él un hermoso idilio!). Pero mis intencionados lapsus de memoria no me enferman.

¿Y acaso no me sentía mejor cuando usted me ayudó a «investigar» la aventura de mi madre, por la sencilla razón de que me excitaba la manera en que ello aclaraba los misterios? ¡Clarificación! ¡Anagnórisis! Acabo de cantar en un nuevo oratorio

titulado *Edipo Rey*, ¿se imagina? (!) Me gusta la idea de la clarificación. «¡Más luz! ¡Más luz!» Más luz… y más amor.

¿Qué piensa usted? Me limito a exponer ideas brumosas, no estoy en absoluto segura de ellas.

Tomo, por supuesto, como una confidencia el trágico asunto relacionado con su colega. A pesar de eso, su carta me pareció más animada, y ojalá que ello signifique que su salud ha mejorado. Yo me encuentro bien. La tía Magda está emocionada porque mi hermano viene de Estados Unidos a pasar unas vacaciones. No le queda mucha vida. No estamos totalmente solas: tenemos un sedoso y travieso gatito. Por desgracia le ha provocado a mí tía una erupción cutánea, y tendré que buscarle otro hogar. (¡Al gato, quiero decir!). A veces anhelo intensamente una compañía más estimulante. Daría algo por una de nuestras conversaciones de los viejos tiempos. Mi tía me está esperando para jugar un solitario de dos personas. Eso me impedirá dar libre curso a mi debilidad por escribir largas e incoherentes cartas.

Con cordiales saludos,
LISA

Una vez echada la carta al correo, vivió la experiencia cruel —aunque no desconocida— de recordar, o temer que recordaba, la parte dudosa de su sueño. Lo único que la salvaba era que no había sido más sincera. Pero no esperaba una respuesta, y no llegó ninguna.

Lisa y su tía recibieron a dos turistas americanos de cabellos grises, George y Natalie Morris. El primero ocupaba un puesto de responsabilidad en una empresa de automóviles de Detroit y había prosperado mucho en la vida. Natalie poseía incluso un abrigo de visón.

«No sé qué están haciendo aquí», escribió Lisa a Victor.

> Estoy esperando a que saquen sus banderitas americanas y que las ondeen mientras pasean por las calles. Tengo una amiga de Nueva York que les ha conocido y a quien inspiró repulsión su fuerte acento americano. Echan de menos sus batidos de leche en el drugstore de la esquina. No saben cómo arreglarse en un apartamento tan diminuto y sórdido (¡ha encogido desde que estuvieron aquí con sus hijos después de la guerra!). Tienen muchísimo miedo de contraer disentería. Natalie no logra encontrar un sitio donde le tiñan el pelo y le hagan la permanente. George hojea en vano la

sección de noticias extranjeras, en busca de los resultados de béisbol. Él y yo no tenemos nada en común, ni siquiera recuerdos. Se diría que vivimos en ámbitos distintos. ¿Cómo hemos podido salir del mismo vientre? No me animé a besar en la estación su barba sombreada de la mañana, así que nos dimos la mano. *Mein Bruder*! Estoy leyendo el *Inferno* para alegrar el ánimo. La visita es buena para tía Magda, por supuesto. Para ella sigue siendo su sobrinito Yuri, y alguien distinto con quien hablar.

Al cabo de dos semanas de la infernal visita, Lisa comprendió claramente por qué habían venido. Huidos ya sus hijos del nido familiar, George se sentía estéril y seco a la llegada de la menopausia. Quería que Lisa y la tía volviesen con ellos a los Estados Unidos. Ya había obtenido sus visas. Lisa podría enseñar música: había cantidad de oportunidades. George hizo la propuesta una noche, en la cena, y Natalie también procuró persuadirlas. Le hubiera encantado llevarse consigo a sus padres, en Moscú, pero no era posible.

Lisa rechazó de plano el ofrecimiento. Pero a la tía Magda le enterneció la invitación y prometió meditar al respecto. Al final, tras muchas discusiones lacrimosas con su sobrina, la tía aceptó. Le daría una pena terrible dejar a Lisa y abandonar Viena. Pero últimamente veía poca cosa de esta última: simplemente la vista que se divisaba desde la ventana, porque las escaleras le estaban vedadas. De su círculo de amigas, casi todas viudas o solteras, «algunas ya no existían y otras se habían alejado…», incluida su amiga más querida, la profesora de canto de Lisa, que de hecho había emigrado con sus hijos a América. Hablaba cariñosamente en sus cartas de la amabilidad de la gente.

George y Natalie podían ofrecerle una habitación agradable en la planta baja y un coche para sacarla de paseo. Disponían de dinero para pagar los mejores cuidados médicos y una enfermera en casa si era necesario y cuando lo necesitase. Si se iba, sería también bueno para Lisa, adujo la tía. Era un creciente fardo para ella (era cierto, aunque Lisa lo negó). No podía esperar seguir ganando buenos emolumentos durante muchos más años, y entonces ¿qué sería de ellas? Una vez sola, Lisa tal vez pudiera mantenerse dando clases en el conservatorio.

Realmente no se trataba tanto de tomar una decisión cuanto de que la tía y la sobrina derramaran unas lágrimas. «Fue divertido ver la cara de mi hermano —escribió también Lisa a Victor—. Estoy segura de que era eso lo que esperaban. Les gusto tan poco como

ellos a mí, pero ven a tía Magda como un animal doméstico en su casa, una exótica vieja dama europea que enseñar a los amigos. Incluso le han prometido comprarle un piano de cola, para tener así veladas culturales vienesas. Además, el querido George está buscando a su mamá».

Lisa observó cómo subían al tren a la tía, como si fuese un costoso *objet d'art* que los Morris hubiesen adquirido durante las vacaciones. Lisa y tía Magda no se atrevieron a mirarse a la cara, puesto que sabían que no volverían a verse. Otra capa de piel se pelaba y el apartamento se quedó de pronto muy grande y vacío. Lisa pasaba más tiempo en casa, a medida que se iban espaciando los contratos. Realizó gestiones en el conservatorio en busca de alumnos. Desde las tardes de Milán en que aleccionó a Lucía, había pensado que disfrutaría enseñando, e incluso que quizá tuviera talento para hacerlo. Pero años vanos, vacíos, se extendían ante ella.

Más tarde, en la primavera de 1934, Victor escribió desde Kiev expresando lo mucho que habían mejorado las cosas. Las malas cosechas se habían acabado. La gente tenía suficiente que comer. Le habían pedido que representase *Boris Godunov*, y lo iba a hacer a condición de que invitasen a Lisa a interpretar el papel de Marina. Se moría de ganas de volver a verla. De hecho, ahora que podía llamarla con buena conciencia, deseaba proponerle matrimonio. No era un gesto impulsivo; lo había pensado mucho. En aquellas semanas que pasó en Milán, se había sentido más a gusto con ella que con cualquier otra mujer, a excepción de Vera y de su primera esposa. Estaba seguro de que Vera hubiera aprobado su designio. ¿No le había pedido a Lisa que cuidase de él en su nombre? El pequeño Kolya se estaba desmandando, y necesitaba urgentemente una verdadera madre. La de Victor había hecho todo lo que estaba en su mano, pero era una mujer anciana y quería pasar sus últimos años en la casa del pueblo donde había nacido y vivido toda su vida. Tenía la morriña que solo los muy jóvenes y los muy viejos pueden experimentar. Pero Victor no quería que Lisa pensara que se lo pedía únicamente por consideraciones prácticas. Pensaba que habían intimado mucho a lo largo de años carteándose; pero él también estaba envejeciendo y la vida era demasiado corta para depender de las cartas… Si ella estimaba que le convenía casarse con un hombre cercano a la senilidad, le daría un gran contento.

Lisa condensó en un solo día todas las experiencias neuróticas y alucinatorias que había padecido antaño. Deambuló por la casa, ensoñada; se dirigió errática hacia su dormitorio con una jarra que

pensaba llevar a la cocina; vertió leche en un colador creyendo que era una cacerola. No sabía qué hacer; y no había nadie que pudiese ayudarla a tomar una decisión, nadie lo suficientemente íntimo para consultarle el caso. Numerosas razones le aconsejaban responder que sí. Sentía cariño por Victor, y le admiraba. Su corazón destilaba amor y compasión por el pequeño huérfano. Su propia vida, a pesar de tener muchos conocidos y unas cuantas amigas no especialmente íntimas, era cada vez más solitaria.

En la ciudad, por otra parte, cundía la violencia. Durante varios días oyó el estruendo de unos cañonazos, e imaginó que se encontraba de nuevo en Odessa a finales de siglo. La situación política era horrible por doquier, y parecía que aún faltaba lo peor.

Tres noches seguidas soñó con niños, y lo interpretó como una señal de que debía ir a Kiev y ser una madre para el hijo de Vera. Pero ¿ya sabría cómo? ¿Y amaba a Victor lo bastante? Verdaderamente no le amaba como había querido a Alexei o incluso a su marido. Y sin embargo, conforme leía la carta una y otra vez, empezaba a amarle un poco más, su corazón comenzaba a temblar.

Día tras día, semana tras semana demoró la respuesta. Vivió enferma de indecisión todos los instantes del día y la mayor parte de la noche. Luego su cerebro se cerró y fue incapaz siquiera de pensar. Pasó toda una tarde sentada en una iglesia, pero no vio más cercana la respuesta. Sus dolores volvieron en toda su intensidad; apenas podía respirar. No comía nada. Tuvo la loca idea de ir a Berggasse, llamar a la puerta de Freud y arrojarse a sus pies. Le preguntaría algo sin importancia, y según respondiese «sí» o «no» daría su contestación a Victor.

Una mañana sacó del maltratado taburete del piano la partitura de Eugene Onegin y tocó algunos fragmentos. Después, como disponía de mucho tiempo, empezó a componer su respuesta imitando la carta de Tatiana a Onegin. Resolvió que las rimas la guiasen hacia la decisión correcta. Después de escribir y tachar durante todo el día, justo pasada la medianoche, el poema quedó así…

> Tiemblo como una párvula;
> la pluma es en mis manos trémula.
> Tanya no podía ocultar sus pensamientos;
> los míos no los entiendo.
>
> En una sola cosa me parezco
> a la imprudente Tanya: en que mi pecho
> es pasto de las llamas, no conoce descanso.

Con pesar rememoras, lo sé,
el talante que te inspiró palabras
que me atormentan de noche y de día.

¡Día y noche!
¿Por qué has turbado mi paz?
Mi corazón ya frío, las ascuas cenicientas,
porque ha tiempo que encontré reposo
de la indignidad de la pasión.
Me contentaba, por comparación,
y así hubiera estado hasta la muerte.
Ya es muy tarde para enseñar a mi alma
—toda extenuada— el papel de Tatiana,
a florecer y abrirse como novia tuya.
¡Demasiado tarde!
Su antigua niñera, no Tanya,
se sienta a escuchar al pájaro nocturno,
la buena, tonta, ignorante vieja *nyanya*
para quien amor es palabra extraña.
Vocablo de un país lejano.
Pero eso no es cierto: palabra, para mí,
más fácil de olvidar
que retener en estéril recuerdo.
No sé por qué me da miedo
recoger la flor que anhelo
como si mi cuerpo fuera de hielo.
La verdad, empero, es que esos temores
han disminuido desde que crucé el Rubicón,
quizás algo pronto… Ya adivinarás
lo que estoy diciendo… ¿No prefieres por esposa a una joven
en edad de ser madre
para Kolya y de engendrar un hijo
que para él sea hermano o compañera?

Está solo y por tanto revoltoso.
Yo sería con él tierna, amorosa;
si aquí estuvieras tú me rendiría
a todo lo que me has pedido.
No soy indiferente a tu persona;
la noche en que me besaste, supe entonces
que tú harías discurrir el flujo helado.

¿Quién eres? ¿Ángel de salvación
o simplemente una insidiosa tentación?
¿Y quién soy yo? Una muchacha todavía
ingenua y ya de carne ajada: si te casas,
tú solamente has de ser causa de piedad,
pues hay peores suertes que la soledad.

Así pues, ¡sea! Ya lo he decidido.
No haré el papel de zarina polaca.
Como todo lo demás, también mi voz
ha cruzado la raya… Insensato sería,
aunque me halaga, pretender ser la novia
del mismo Pretendiente;
ronca es hoy la garganta antaño tierna.
¡Buena cara al mal tiempo sin remedio!
Y desecha la idea,
¡olvídala! Ronca como el cuervo
que ayer fue casi ruiseñor.

Escoge a alguien joven. Sin duda
has de creerme indecisa y cobarde.
Ahora debo dejarte. Y la otra cosa
que también pediste… Si mi canción
quieres, muy bien: iré deseosa
para cantar si acaso… detrás el telón.

De prisa y corriendo, escribió debajo, como idea tardía, unos versos de Pushkin, toscamente sencillos… «Quizá todo esto es pura futileza, / ilusiones de un alma inexperta, / y lo que está escrito es totalmente distinto… / Imagínate: ¡estoy aquí solo! / ¡Y nadie me entiende!…». Durante un momento, mientras aguardaba a que la tinta se secase, Lisa fue una muchacha enferma de amor de los años 1820, descubriendo su pecho temeraria y neciamente a un cínico sin amor. Pero a diferencia de Tatiana, Lisa no vaciló en cerrar el sobre con un lameteo de la lengua, después de haber firmado con su nombre; y al no tener una vieja niñera para enviar la carta, se puso el abrigo y bajó corriendo a la oscura noche para echar la misiva en la esquina de la calle.

Tras las horribles semanas de agobiantes dudas, fatigoso embalaje y tristes despedidas, la primera semana en Kiev constituyó un delirio. La amplia sonrisa de Victor en el andén de la estación; el encuentro con Kolya y su anciana abuela en el apartamento; una fiesta en el teatro de la Ópera y la bienvenida dispensada por todos los protegidos de Victor (deliciosos jóvenes); rememoración en excursiones y paseos de sus breves estadías en la ciudad; y la grata sorpresa (salvo en su incómoda conciencia de ser una privilegiada) de que el piso estuviese en el corazón urbano, la Kreshchatik, con sus elegantes cines, comercios y teatros. Después, tras una sencilla ceremonia, la fiesta de boda, más delirante aún que la de bienvenida; perspectivas de hallar alumnos de canto —si Kolya no resultaba una carga excesiva—; y brindis de celebración con este, aquel y el de más allá, mientras ayudaba a la madre de Victor a hacer las maletas. No tuvo tiempo para pensar; lo tuvo únicamente para darse cuenta de que había decidido lo correcto.

Fue idea suya que hicieran en compañía de su suegra el largo viaje por tren hasta Tiflis y volvieran por la ruta del Mar Negro; podrían embarcar en un buque de carga en el pequeño puerto georgiano de Poti, y viajar así hasta Odessa; de allí regresarían a Kiev en tren. Sería una fugaz luna de miel y asimismo una aventura feliz para el pequeño Kolya. Lisa pensó que la emoción de un viaje por mar le consolaría del adiós a la abuela y al mismo tiempo facilitaría la oportuna atmósfera relajada y apacible para que el niño y su nueva mamá pudieran conocerse.

La madre de Victor era una diminuta y encorvada anciana de ochenta años, ágil, calva y de mirada alegre. Estaba más emocionada que nadie, puesto que volvía al hogar de su pueblo para morir allí. El matrimonio de su hijo no le había disgustado en absoluto; de hecho, era un alivio evidente para ella. Quería muchísimo a su nieto y lloraba de pena al tener que dejarle; pero daba un trabajo excesivo para una mujer de su edad.

En Tiflis fue entregada en manos de una muchedumbre de parientes y vecinos, que entonaron un lamento fúnebre como si estuvieran recibiendo su cadáver. Lisa advirtió que a su marido le abrumaba aquel reencuentro con su propio pasado, y solamente para decirle adiós de nuevo; y en especial el hecho de abrazar a su madre, posiblemente por última vez. Fue demasiado doloroso para querer prolongarlo, y por suerte había un empalme veloz con el tren que atravesaba los montes para llegar a la costa. Pronto iniciaron la escalada de la abrupta pendiente —el tren iba impulsado por dos locomotoras que más bien parecían elefantes remolcando—, a

través de una panorámica grandiosa que tanto Lisa como Victor, por distintas razones, no pudieron contemplar de puro abatimiento. Más tarde surgió el Mar Negro y se precipitaron cuesta abajo a su encuentro. En Poti hallaron sin problemas un barco de carga que admitía pasajeros; y Lisa navegó de nuevo por el mar de su infancia.

El día en que Victor le presentó al niño de cuatro años con estas palabras: «Saluda a la señora que va a ser tu mamá», él había levantado la mano para estrechar la de ella y dicho seriamente: «Hola, Lisa». Todos se rieron y así se rompió el hielo. Ella le había cogido en brazos y le había abrazado y besado, jurando que era el vivo retrato de su madre, el mismo pelo rubio y lacio, los mismos ojos verdes y traviesa sonrisa. El niño había sonreído cuando ella le besó; y en realidad el viaje en barco no pareció necesario, puesto que él se había encariñado con la recién llegada. Seguía llamándola Lisa. Bueno, a ella le parecía muy bien; que la llamase «mamá» a su debido tiempo, si ocurría *alguna vez*… A Lisa no le importaba.

—¡Ha sido *tan bueno*, Victor! —exclamó, asombrada, cuando el chiquillo se acostó sin chistar en su camarote—. No veo que plantee el menor problema.

Él lanzó una risita y dijo que solo era una tregua antes de la tempestad.

Pero ella no podía creer que habría una tormenta. Unos cuantos chaparrones, desde luego; sabía ya, sin embargo, que podría afrontarlos. Naturalmente, por su edad podría ser su abuela; pero a él le parecería una mujer joven después de la viejecilla calva que le había servido de madre. Lisa se aseguraría de que Kolya tuviese cantidad de amiguitos.

Era un chiquillo aventurero: pronto encontró el puente y se nombró a sí mismo Primer Oficial. «Gobernó» el barco durante toda la mañana, y un camarero que reía entre dientes tuvo que bajarle a la hora del almuerzo. Con todo, le encantó volver a ver a su papá y a la nueva señora: le abrazó las piernas y le dijo: «¡Hola, Lisa!». Ella le acompañó a pasear por la cubierta y contemplaron a los delfines. Le explicó que, en invierno, el mar estaba cubierto de hielo; y más tarde, al desvestirle y meterle en la cama, le contó la historia de una inmensa ballena cuyo gracioso nombre era *Porfiria* y que hacía muchos cientos de años había vagabundeado hasta llegar a aquel mar, pues también le encantaban las aventuras. Los marineros malos intentaron capturarla, pero ella fue siempre demasiado rápida e inteligente para ellos. Kolya, acostado, se chupaba el pulgar, mirando a Lisa con los ojos redondos.

Mientras él dormía, cenaron con los oficiales del barco y unos

cuantos pasajeros. Incluso a los oídos poco aficionados les sonaba vagamente el nombre de Victor Berenstein, y estaban admirados. Le rogaron que cantara al compás del viejo y poco sólido piano. Él protestó, riendo, que sus días musicales se habían acabado; y les dijo que, en vez de acudir a él, se lo pidiesen a Lisa, que también era una cantante famosa. De este modo, la feliz pareja en luna de miel se vio obligada a cantar dúos. Ya en el camarote, él la regañó por haber fingido que no le quedaba voz. ¡Tendría que ensayar con *ella* su papel en *Boris*, de regreso a casa, y no con la advenediza Bobrinskaya, de Leningrado! Lisa, risueña, rechazó el cumplido; Kolya se movía, de modo que ella se sentó en su litera y muy suavemente tarareó una canción de cuna. El niño en seguida se sumió otra vez en un sueño profundo.

Se desvistieran con cierta vergüenza, aunque estaba oscuro, porque era la primera vez que compartían una habitación. Solo había dos dormitorios en el apartamento de Kiev, y al principio Lisa había dormido con la madre de Victor. La noche de bodas les pareció demasiado violento cambiar de habitación; de todas formas, solo iban a ser un par de noches. Esta vez, torpemente, él trepó a la estrecha litera contigua a la de Lisa; pero tan pronto como se rodearon con los brazos, se sintieron a gusto, felices. No les arrebató la frenética pasión de la juventud, pero en cualquier caso no hubiera sido posible a causa de Kolya, que dormía a su lado. Tuvieron que permanecer muy silenciosos. Quizás eso ayudó; no tenían así la obligación de zarandearse locamente, como se supone que hacen los amantes… y esta circunstancia provocó que ambos lamentaran varias veces la imposibilidad de hacerlo.

Se movieron suave, sigilosamente, al compás de las chirriantes cuadernas del barco y el chapoteo de las olas. Ella no tuvo visiones desagradables: únicamente, a través de una portilla, el destello de un faro familiar que había olvidado. Mientras hacían el amor ella escuchaba la tranquila respiración del niño. Casi como la de otro niño, la cabeza de Victor descansaba encima de su pecho. Los destellos del faro iluminaban el cabello blanco de su marido

El viaje cumplió todos los objetivos que ella había ambicionado, y aún más. Cuando atracaron en Odessa, una fresca mañana de fines de verano, Lisa pensó que ya empezaban a formar un grupo familiar. Una de las fotos de vacaciones, sacada por un pasajero, puso de manifiesto los prometedores inicios de unidad: apoyado contra un bote salvavidas, se ve la figura alta y corpulenta de Victor, con abrigo de astracán y sombrero de piel; su rostro afable y mofletudo mira de reojo, orgullosamente, hacia su esposa, con el

cuello del abrigo alzado y los cabellos despeinados por la brisa; a su vez, ella mira con orgullo al pequeño que se encuentra entre ellos, cogiéndoles de la mano. Sonríe a la cámara, con los ojos cerrados, pues parpadeó en el mal momento.

Lisa no reconoció la ciudad y la ciudad no la reconoció a ella. Cuando caminaban o recorrían en coche los lugares de interés, se sentía… ni siquiera muerta, sino irreal, como si nunca hubiera existido. En realidad, sí la reconoció alguien. Una mujer marchita de mediana edad se detuvo en la acera, dubitativa, y, mirándole directamente a los ojos, preguntó: «¿Lisa Morozova?». Pero Lisa negó con la cabeza y pasó de largo, arrastrando a Kolya para alcanzar a su papá. La mujer había sido una amiga íntima; ambas asistían a las mismas clases de ballet.

Victor malinterpretó su expresión sombría y enlazó el brazo de Lisa con el suyo, comprensivamente. Estaban en la zona de los muelles, y pensó que la deprimía aquel aire de desolación.

—No te preocupes; todo eso pertenece al pasado —murmuró.

Empezó a explicar a Lisa por qué casi todos los edificios comerciales de la zona portuaria estaban en ruinas y medio abandonados, incluido uno que antaño ostentaba un rótulo: *Morozov: Exportación de cereales*. Actualmente había un letrero del gobierno encima de las puertas, pero la pintura estaba también descolorida y las ventanas rotas.

Kolya quiso mirar por una ventana, y su padre le aupó hasta el alféizar. Pero dentro solo había oscuridad y algunos vidrios rotos.

Cogieron un autobús al este que recorría la costa hasta la antigua casa de Lisa. La laberíntica casa blanca había sido transformada en un balneario. Aunque sus instalaciones no eran, por lo general, accesibles a veraneantes de paso, en su calidad de destacado artista soviético, Victor pudo comprar tickets de almuerzo. El agradable comedor estaba lleno; principalmente, según parecía, de obreros de Rostov. Los anteriores propietarios no habían dejado un solo mueble ni cuadro; solamente los árboles, al otro lado de las puerta-ventanas, eran los mismos. Y la vieja camarera que les sirvió la sopa de berza había sido fregona en aquellos tiempos. Les sirvió con modales desabridos, y obviamente no reconoció a Lisa ni a Lisa le apeteció darse a conocer, aun cuando antaño hubiese intercambiado amistosas palabras con aquella mujer.

Después del almuerzo pasearon por los jardines. Ahora había un sendero de hormigón que bajaba a la minúscula cala y a la playa; pero esta última no había cambiado. La única diferencia era que

ahora numerosos extraños chapoteaban en el agua, en lugar del reducido grupo familiar de su infancia. Ayudó a Kolya a desnudarse y ella se quitó los zapatos y las medias (remangándose la falda hasta las bragas). Incluso Victor se recogió las perneras del pantalón y se mojó los pies. Lisa buscó medusas debajo del agua, pero no encontró ninguna. Después se tumbaron, dejando que el sol les secara las piernas: hacía calor, pero no tanto como ella recordaba, quizá debido a lo tardío de la estación.

En los vastos jardines subtropicales tampoco estaban las plantas, árboles y flores cuyo recuerdo conservaba su memoria. Le sorprendió aquella ausencia. Quizá su memoria había confundido su propio jardín con el de otros parajes que había visitado en el yate de su padre, más al sur. Dejó a Victor tomando el sol en la playa y cogió al niño para efectuar un viaje de exploración. El cambio no había afectado a los densos árboles de aquel rincón remoto del jardín; pero la glorieta, ya deteriorada en la época de su niñez, no era actualmente más que un dédalo de matorrales y zarzas que brotaban de las piedras y la madera podrida.

Experimentó la sensación de que ella no era más que un espectro. Ella misma era irreal, el chiquillo era irreal. Se hallaba separada del pasado y, no obstante, tampoco vivía en el presente. Pero de repente, mientras se apoyaba fuertemente contra un pino y aspiraba su fragancia penetrante y amarga, se abrió un espacio claro en su infancia, como si un viento que se levantara desde el mar despejase una bruma. No era un recuerdo del pasado sino el pasado mismo, igual de vivo y real; y supo que ella, Lisa, y la niña de hacía cuarenta años eran la misma persona.

Esta conciencia la colmó de dicha. Pero inmediatamente concibió otra idea que le produjo un júbilo casi intolerable. En efecto, mientras miraba atrás por el claro espacio abierto sobre su infancia, vio que no había una pared falsa, sino una extensión inacabable, como una avenida, en la que ella, Lisa, seguía siendo Lisa. Seguía estando allí, incluso al principio de todas las cosas. Y cuando miró en dirección opuesta, hacia el ignoto futuro, la muerte, la infinita extensión más allá de la muerte, seguía estando allí. Todo procedía del aroma del pino.

El resto del día transcurrió velozmente. Depositó flores en la tumba de su madre, después de que su marido la hubiese ayudado a despejar las zarzas; visitó el crematorio y descubrió el nombre de su padre en el libro de recuerdos; escribió y echó al correo postales para la tía Magda, su hermano George, una amiga vienesa y para su ahijado (a quien conocería pronto); llevaron a Kolya al terreno de

juegos del parque y le compraron un juguete caro por ser tan paciente y bueno. Cogieron el tren de noche a Kiev. Esperaron con ansia una cena tranquila una vez que Kolya se durmiese (tenía que estar exhausto). Pero apenas durmió en toda la noche y se aseguró de que ellos tampoco gozaran de un momento de descanso. Lloriqueó, se enfurruñó, vomitó, exigió la presencia de su abuela, mordió el dedo a Lisa, molestó con sus gritos a los demás pasajeros. A la mañana, cuando se apearon del tren tambaleándose, Victor y Lisa tenían un aspecto tan ojeroso que los amigos que fueron a recibirles —gente influyente que podía utilizar un coche— hicieron comentarios soeces. Kolya estaba hecho un angelito: dormitaba en los brazos de su padre.

Apartamento 5
118, Kreshchatik
Kiev, URSS
4 de noviembre de 1936

Querida tía Magda:

No puedo creer que ya estemos en Navidad. Espero que te hayan gustado los regalos. Tu carta fue muy bien recibida, como siempre. Siento que pases tanto tiempo postrada en la cama; siempre fuiste una persona muy activa. Pero George y Natalie fueron muy amables decorando tu dormitorio y dándote un aparato de radio. Como tú dices, tienes mucha suerte de estar en tan buenas manos. Dales cariñosos recuerdos, por favor. Fue una buena noticia conocer lo del ascenso de George; estoy segura de que no merece menos. Y felicita también a Toni de mi parte, por haber obtenido el doctorado. ¡Doctor Morris! Suena bien. Sus padres deberían estar muy orgullosos, y estoy segura de que lo están. ¡Además es guapa! Tiene un aspecto maravilloso con su toga y muceta, y seguro que tiene montones de admiradores. No acierto a creer que sea la misma chiquilla que vivió con nosotros en Viena. Ojalá pudiera verla ahora. Estoy convencida de que todavía me recuerda (si es que me recuerda) como una mujer flaca y tan deprimida que no tenía tiempo para nadie. Es una lástima que no nos conozcamos. Y lo mismo digo de Paul, por supuesto. Me alegro de que le vaya tan bien en la Escuela de Comercio.

Hemos llevado una vida muy ajetreada las últimas semanas. Kolya ha empezado la escuela y le gusta, pasados los primeros días de tristeza. ¡Es tan soñador el pobre! Un día volvió a casa a mitad de la mañana: ¡creyó que era hora de comer y solo se trataba del

recreo! ¡Recorrió las calles solo! Está creciendo como un helecho, y es difícil adaptarse al ritmo de sus necesidades. La ropa es cara, desde luego, y no siempre es fácil de obtener. Pero vamos tirando; en realidad somos muy afortunados. De vez en cuando Victor se queja de que se siente viejo; yo le digo que son tonterías, pues está saludable y tiene un espíritu joven. Está dirigiendo una nueva ópera que versa sobre la construcción de un embalse; no es tan mala como puede parecer. Tiene algunas canciones bonitas. Les entró el pánico de no tener listo el vestuario a tiempo, así que durante dos semanas fui a aportar mi granito de arena, cosiendo y dando puntadas. Fue muy divertido trabajar contra reloj y hacer risas con las chicas. Y también tengo dos alumnas muy buenas que vienen al apartamento tres veces por semana. Así que el tiempo pasa volando.

Justo dos semanas antes de la fecha en que debía estrenarse la ópera, recibimos la noticia de que la madre de Victor había muerto, y tuvimos que ir apresuradamente a Tiflis para asistir al entierro. No fue, desde luego, nada inesperado; su edad era muy avanzada y llevaba algún tiempo enferma; pero de todas formas es una desgracia, y menos mal que Victor estuvo tan ocupado, porque le ayudó a quitárselo de la cabeza. Algunos amigos cuidaron a Kolya. Solo estuvimos unos días fuera, pero le echamos de menos y creo que se puso muy contento al volver a vernos.

Es una pena que no te hayas encontrado bien para hacer ese viaje de visita a Hannah ni que ella te haya visitado a ti, pero fue muy delicado por su parte telefonearte el día de tu cumpleaños. (Me alegro de que nuestro regalo llegara a tiempo.) El teléfono es un invento maravilloso. Sigo pensando en escribirle, aunque sea para decirle cuánto agradezco sus magníficas clases ¡ahora que tengo alumnas propias! Mándale un fuerte abrazo cuando le escribas.

Sí, sería delicioso poder tomar el té juntas. Siempre ocupas una parte de mis pensamientos. Espero que el tratamiento con oro surta buen efecto. Es una bendición que tu vista haya mejorado. Confío en que te gusten los pañuelos que he bordado: un fragmento de Ucrania. Ahora ha empezado a nevar —la primera nieve del invierno—; tengo que ponerme el abrigo e ir a la escuela a buscar a Kolya. Amor y felicitaciones navideñas para todos vosotros.

Afectuosamente,
LISA, VICTOR Y KOLYA

5

EL COCHE CAMA

Despertó, por novena o décima vez aquella noche, y refunfuñó al darse cuenta de que todavía no había amanecido. Escuchó el sonido de susurros en la pared. Jamás volvería a oírlos de nuevo. Tenía la boca seca a causa de la excitación; deseó ordenar al sol que despuntase para poder emprender el viaje. La primera vez que se había «mudado de casa» fue solamente cuestión de atravesar la ciudad; y bien desventurada resultó aquella mudanza. El lugar era un tugurio. Pero ese día cruzarían fronteras, desiertos, cadenas montañosas… y aún quedaría camino. ¡Al día siguiente por la noche estaría durmiendo en un tren! Le devoraba la impaciencia. Seguramente faltaba poco para amanecer; ¿cuánto tardaría su madre en levantarse?

Pavel y él jugarían a las cartas en el tren. Con todo, era una lástima que los demás se quedasen, porque un juego entre cuatro hubiera sido más emocionante. Pavel jugaba bien, pero no era muy divertido con él solo. Echaría de menos al resto de la banda. Iba a añorar varias cosas: la búsqueda de comida, viendo lo que se podía coger sin ser cogido, y no tener que ir a la escuela. Sí, sería horrible tener que volver a la escuela, aunque complaciese a su madre. A decir verdad, ella ya le tenía bastante ocupado; pero al cabo de un par de horas se cansaba, afortunadamente, y le dejaba salir. ¿Echaría de menos aquella habitación? Sí, un poco, porque era el hogar, a pesar de ser un chamizo. Pero cantidad de cosas le harían olvidar rápidamente.

De todas formas, añoraría a Shura. Era realmente su mejor amigo. Aunque se preguntó si Shura no preferiría a Pavel. No era capaz de admitirlo, pero estaba un poco celoso. Su madre había dicho que probablemente dejarían viajar más tarde a los demás niños. Sentiría nostalgia de las visitas a la casa de Shura, porque allí siempre había comida. Le gustaba la madre de Shura; era joven y animada. Ojalá su propia madre no fuese tan vieja. Era incómodo

tener por madre a una mujer mayor. También sufría de aquella mala tos que nunca cesaba, y él esperaba que no se muriese. La oyó entonces toser al otro lado de la cortina. Dios, eso podía significar que casi era hora de levantarse.

Lo extraño de dormir consistía en que no se tiene idea de la hora que es. A veces uno se hace una idea mirando por la ventana, pero la cortina corrida al otro lado de la cama le tapaba la ventana. Estaba oscuro como boca de lobo. ¡Se le ocurrió el pensamiento aterrador de que solo fuese alrededor de medianoche! ¡Sin duda era imposible! Por alguna razón, parecía ser muy de noche; y él sabía que iban a levantarse muy temprano, antes del alba.

Dio vueltas en la cama e intentó matar el tiempo imaginando el lugar adonde iría. La única ayuda para su fantasía eran las historias de la Biblia que su madre le contaba algunas veces; pero no servían de gran cosa. Además eran aburridas. Era mejor concentrar el pensamiento en el viaje. Le gustaban los trenes. La primera vez que viajó en uno se había mareado, le contó su madre, y dio mucha guerra: fue cuando apenas era un bebé. No se acordaba. El viaje más largo que había hecho fue todo el trayecto hasta Leningrado. Entonces había dormido en una habitación de lo que antiguamente fue un palacio de verdad. Tenía cinco o seis años, pero recordaba un montón de cosas de aquellas vacaciones. Había un hombre viejo y otro más joven; y al mirar por el alféizar de la ventana le asombró ver agua. También se acordaba de haber estado una vez en un barco, pero resultaba un recuerdo muy vago. Los recuerdos, no obstante, eran extraños, porque realmente creía recordar su primera fiesta de cumpleaños. Rememoró que la abuelita le había cogido en brazos para que soplara la vela de la tarta. Pero eso fue mucho antes de cuando su padre y su madre le llevaron en barco. Quizá solamente imaginaba el recuerdo de su primer cumpleaños porque había una fotografía de entonces en el álbum. La abuela le sostenía para que apagara la vela de un soplo, y su padre también estaba, sonriente.

Imaginó el sonido de las ruedas del tren llevándoles a Leningrado y después de vuelta, y lo mezcló con el susurro de las cucarachas en la pared. Así se produjo una extraña melodía. Le gustaba escuchar diferentes sonidos; y en especial tratar de captarlos en el silencio de la noche, o recordarlos. Casi había sido el último de la clase en la asignatura de música, y había dicho a sus padres que la detestaba; ellos habían sufrido una decepción. Y, en un sentido, era cierto; aborrecía la clase de música que le hacían aprender. Todas aquellas notas aburridas. Pero (y ello era su gran

secreto) iba a ser compositor cuando creciera. Sería una conmoción para su madre. Si todavía vivía. Se movió en la cama, inquieto.

Su padre también era viejo; pero no importaba nada con tal de que volviera. Recordó la última vez que le había visto: estando aún medio dormido, recibiendo su beso y su abrazo y oyéndole decir que tenía que ser un buen chico y cuidar de su madre. Era el peor recuerdo de su vida, del mismo modo que el de las vacaciones en Leningrado era el mejor. No exactamente esa noche, sino las semanas que siguieron, cuando los otros niños le intimidaron y le pusieron verde, diciendo que su padre era un traidor. Eso ocurrió incluso antes de que algunos padres de *ellos* hubieran sido encarcelados; después fue peor. Le habían golpeado. Por eso tuvieron que mudarse. Pero él estaba seguro de que su padre no era un traidor. Su madre también poseía la misma certeza. No lograba comprender que a su padre le hubiesen metido en la cárcel por haber viajado al extranjero, hacía muchísimos años, o por haber puesto en escena una ópera sobre un cruel zar. Sin duda la prisión, dondequiera que estuviese, pronto estaría repleta; y cuando su padre volviese iría a buscarles… ¡y no les encontraría allí! De repente no le pareció tan buena idea marchar al extranjero. Se representó la imagen de su padre llamando a la puerta y alejándose luego con semblante triste.

Oyó a su madre tosiendo de nuevo, y evidentemente estaba ya despierta. Pronto se levantaría, encendería el fuego y prepararía el desayuno. Entonces se acurrucó y disfrutó del calor de la cama. Ella dejó de toser y reinó el silencio; como si se estuviera decidiendo a levantarse. Él aguardó los sonidos familiares: el chirrido de la cama, el crujido del suelo, el suspiro, el susurro y el frufú de su ropa al ponérsela, el roce de sus zapatos. Pero no oyó nada; nada más que la tos ocasional de su madre; se quedó otra vez medio dormido y soñó que su padre volvía y que los tres iban en trineo por las calles nevadas.

La anciana acostada pensaba en las muchas cosas que aún tenía que hacer. Luego se deslizó fuera del lecho tiritando, porque era una glacial mañana de otoño y todavía estaba oscuro. Si se levantaban tan temprano llegarían a tiempo de encontrar asientos en el tren. Acechó los ruidos en el piso de arriba, pero los Shchadenko seguían en la cama. Se vistió lentamente y notó un poco de calor, aunque todavía tiritaba. Ella sabía que más que por la fría noche era por culpa de la incertidumbre y la aprensión; había guardado algunas prendas cálidas para un caso semejante de emergencia, e igualmente había reservado ropa interior caliente

para Kolya y la había dejado lista en la silla junto a su cama. Viajarían una o dos noches en el tren y era posible que hiciera mucho frío. Arrastró los pies con las medias puestas, porque no quería despertar a Kolya con el ruido que hacían los zapatos. Dejémosle que duerma hasta el último minuto. Bien cansado estaría después de sus viajes.

Encendió la vela que había estado guardando para Navidades; luego prendió un fuego en la estufa con las últimas virutas de madera. A la luz de la hoguera y de la vela se veía que no era una mujer tan vieja, a pesar de su pelo grisáceo y rígidos movimientos: probablemente no rebasaba los cuarenta. Solo parecía mayor ante Kolya y —la mayor parte del tiempo— ante sí misma. Cuando el fuego estuvo bien vivo, deslizó los pies dentro de los zapatos, se pasó un abrigo por los hombros, alzó sigilosamente el picaporte de la puerta y se dirigió a tientas hacia el patio. Abrió la puerta del retrete. Al acurrucarse sobre el agujero, tratando de no aspirar el fétido olor, oyó un susurro a su espalda y una larga y borrosa forma gris pasó por delante de sus pies y salió velozmente por la puerta, que ella había aprendido a dejar entreabierta para facilitar aquellas huidas. Estremecida, sintiendo todavía el blando roce de la rata contra el tobillo, rasgó un pedazo del *Ukrainskoye Slovo*, se limpió rápidamente, se incorporó y se bajó el vestido. De nuevo en el patio, respiró hondo. El aire no era fresco todavía, porque el Podol exhalaba un olor perenne a grasa rancia y a materia en descomposición de los montones de basura; pero se había acostumbrado a ello y, comparado con el retrete, era aire puro y fresco. Volvió a entrar en casa.

Con el mayor silencio se quitó el abrigo, se desabrochó el vestido y vertió parte del agua del cubo en la jofaina, asegurándose de que quedaba suficiente. El agua era preciosa; había que ir todos los días a buscarla al Dnieper. Se lavó, retirando el vestido hasta los hombros. Entonces oyó arriba los movimientos de los Shchadenko, un bullicio de apresurados pasos. Sería un consuelo disponer de la compañía de Liuba. Metió en la cazuela los restos de las peladuras de patata. Las tortitas entibiarían el estómago de Kolya durante el viaje. Disfrutó del olor de las peladuras cuando comenzaron a chisporrotear.

Ya era hora de despertar a su hijo. No mucho tiempo atrás, le hubiera murmurado cosas al oído y cosquilleado hasta despertarle. Pero él se había vuelto púdico y reservado, y ella había puesto una vieja cortina que dividiese el cuarto y le diera ocasión de sentirse un poco independiente. Se limitó a pararse ante la abertura de la

cortina y le llamó. Él refunfuñó y ella le dijo que el desayuno ya casi estaba listo.

—¡Tenemos tortitas! —dijo ella, tentándole. A pesar de que él refunfuñó de nuevo y se dio media vuelta, ella sabía que no tardaría en abandonar de un brinco la cama. Estaba muy emocionado a causa del viaje.

Mientras ella daba los últimos toques al desayuno, él se presentó en pantalones y camiseta, olisqueó a conciencia las deliciosas tortitas y se sentó a la mesa. Ella le dijo que se lavase primero; pero antes tenía que ir al retrete, porque no sobraba agua y no había bastante para lavarse dos veces. Viviendo en condiciones tan inmundas, estaba segura de que habían conservado la salud durante los últimos tres años por ser muy escrupulosos respecto a la limpieza. Gruñendo que todavía no necesitaba ir, se echó una chaqueta sobre la camiseta y abrió de un golpe la puerta.

Ya sentados, mientras comían las tortitas, él le preguntó cómo creía que sería el sitio adonde iban. Ella solo pudo ofrecerle migajas de las enseñanzas de su infancia: los naranjales fragantes, los cedros del Líbano… Jesús caminando sobre las aguas… «Soy la rosa de Sharon»… La geografía y la Sagrada Escritura se mezclaban confusamente en su mente, y era difícil trazar un retrato convincente. Se sintió desesperadamente ignorante. La geografía jamás fue su fuerte. Empezaba a amanecer, y echó una mirada al triste patio con sus montones de basura, a espaldas de otros tugurios.

—Será un paraíso comparado con esto, Kolya —dijo—. Ya verás. Allí seremos felices.

Pero Kolya parecía dudarlo. Estaba muy contrariado porque dos de sus mejores amigos, Shura y Bobik, no eran judíos y no podían ir. Y ella no sabía que también le preocupaba que su padre no consiguiera encontrarles.

—No te preocupes —dijo—, nos encontrará. Tienen listas de la gente que ha emigrado. Cuando vuelva a Kiev podrá averiguar exactamente dónde estamos, y vendrá derecho a buscarnos.

Procuró que su voz y su expresión resultaran convincentes, y tocó brevemente el crucifijo que llevaba en la garganta. Nunca había hallado el momento oportuno para confesarle que su padre jamás volvería. Se lo diría cuando estuvieran asentados en un lugar seguro, lejos, donde fuera posible una nueva vida.

En cuanto terminaron la comida, ella lavó los platos con el agua que quedaba, los secó y los depositó en la desastrada maleta. Aunque habían vendido o empeñado, en un esfuerzo por sobrevivir,

la mayoría de sus pertenencias, todavía quedaba cantidad de cosas que prensar en una maleta. Kolya tuvo que sentarse encima para poder cerrarla. La ató con una cuerda para cerciorarse de que no se abriría de golpe en pleno viaje. Por fortuna la maleta estaba hecha al mal trato. Ella la había comprado a un precio caro con parte del dinero que su padre le dio por su diecisiete cumpleaños. Su memoria se remontó al día en que abandonó Odessa, más de treinta años antes, y experimentó idéntica inquietud. Sintió el corazón vacío y lastrado de plomo.

Junto a la maleta descansaba un paquete de papel atado con una cuerda. Contenía una botella de agua y algunas cebollas y patatas. Kolya había robado la comida unos días antes, al dar comienzo el saqueo. Ella enfermó de miedo al pensar en el riesgo que había corrido; pero había resuelto guardar lo robado. No sería tan fácil demostrar que habían hurtado unas cuantas hortalizas; además, devolverlas era igual de peligroso. Confió el paquete a Kolya y le insistió en que no lo soltara ni lo dejara caer.

Se pusieron los abrigos y se miraron de frente, dubitativos. Ella era consciente de que debía ocultar lo asustada que estaba.

—¡Di adiós a las cucarachas! —bromeó. Kolya parecía a punto de llorar, y ella se dio cuenta de que solo era un niño, a pesar de todas sus maneras de adulto. Le abrazó y le dijo que todo iría bien, y que se alegraba de tenerle a su lado para que la cuidara.

Dejando la maleta en el minúsculo vestíbulo, subieron las escaleras para ver si los Shchadenko estaban listos. Pero Liuba y los niños daban vueltas en medio de un completo desorden. Al cargo de tres niños y una suegra —una anciana que precisaba cuidados en manos y piernas—, Liuba parecía fatigada ya desde antes de que hubiese empezado la larga jornada. Había ropas desperdigadas por el suelo y estaba luchando por vestir a Nadia, la hija más pequeña. Pavel y Olga no movían un dedo para ayudarla, como de costumbre; la anciana se lamentaba en un rincón; y Nadia berreaba porque por fin había comprendido que tendrían que abandonar a Vaska, la gata. Su madre trataba de tranquilizarla diciéndole que Vaska se arreglaría muy bien con las sobras de los patios. Pero Nadia estaba inconsolable.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Lisa. Liuba negó con la cabeza y dijo que era mejor que se marchasen e intentaran encontrar un compartimento vacío; ella y su prole se reunirían más tarde con ellos. No tenía ni idea de cómo iba a ingeniárselas para llevar a su suegra a la estación; de un modo o de otro ya se apañarían, como siempre hasta entonces.

La mirada de Lisa reparó en las herramientas de zapatero que yacían junto a una caja de madera. Miró a Liuba, interrogante, y su amiga enrojeció y bajó los ojos. Lisa sabía que no tenía sentido decir nada; ella *iba* a llevarse consigo las herramientas de trabajo del marido, aunque había una posibilidad entre un millón de que Vanya encontrase a su familia, incluso en el caso de que fuese liberado un día. Lisa también se sintió culpable, porque no quedaba casi nada de Victor. Todo se había vendido para conseguir comida. Pero luego le habían devuelto paquetes y cartas, lo que significaba su muerte casi cierta; mientras que el marido de su amiga, que esta supiera, continuaba vivo en alguna parte. Había sido arrestado y sentenciado por hablar mal a un cliente de la vergonzosa calidad del material con que debía trabajar.

Oyeron un bullicio de vida en las otras viviendas que daban al patio.

—Más vale que te vayas —dijo Liuba—. Con un poco de suerte todavía no habrá mucha gente.

Kolya ya se encaminaba impacientemente hacia la puerta, pero Lisa se demoró, titubeando. Sin embargo, parecía ser el mejor plan: ir temprano y coger asientos. Las dos mujeres de cabellos grisáceos se abrazaron, y Liuba derramó lágrimas. Era muy emotiva. Mientras ella se secaba los ojos, Kolya sacó del bolsillo la vieja baraja de cartas, para informar a Pavel de que no las había olvidado. Luego su madre bajó tras él las escaleras, recogieron la maleta y el paquete y salieron al callejón que conducía a la calle. Había amanecido, pero la luz era aún tenue.

Al salir a la calle se quedaron pasmados. Todo el Podol se estaba mudando. En lugar de poder caminar bastante aprisa, tuvieron que abrirse camino hasta una larguísima cola que avanzaba despacio y ocupaba todo el ancho de la calle. Era como la inmensa muchedumbre en la que antaño Lisa se había visto atrapada, avanzando poco a poco hacia el estadio de fútbol de Kiev. Pero aquella multitud de entonces constaba sobre todo de hombres que se desplazaban con las manos libres. Este otro gentío que ascendía lentamente la Glubochitsa llevaba la casa a cuestas, como si dijéramos: viejas maletas de contrachapado, cestas de mimbre, cajas de carpintero… Y en vez de hombres fuertes, que se habían retirado con el ejército, había inválidos, tullidos, mujeres y su llorosa prole. Los viejos y enfermos habían abandonado el lecho y caminado. Algunas ancianas llevaban ristras de cebollas en torno al cuello, como collares gigantescos. Delante de Lisa y de su hijo, un mozo robusto cargaba a la espalda a una mujer muy vieja. Otras familias,

evidentemente, se habían unido y alquilado un caballo y una carreta para transportar el equipaje y a los viejos. En el barrio de Podol solo vivían los míseros entre míseros, pero todos poseían más bienes de los que podían acarrear. La turbamulta que iba delante era tan densa que Lisa se dio cuenta de que tendría mucha suerte si encontraban asientos en el tren para ellos dos; quedaba totalmente descartada la posibilidad de reservar sitio para Liuba y su familia.

La maleta era muy pesada —demasiado para Kolya, que se había prestado cortésmente a cambiar de fardos por un rato—, y al principio Lisa se alegró mucho de que hubiese largas pausas cuando la cabeza de la muchedumbre parecía haber llegado a un punto muerto. Pudo dejar la maleta sobre la calzada. Era de calidad tan superior a todas las maletas que llevaban otros que se sintió avergonzada. Después, durante una de las involuntarias paradas, ocurrió algo terrible: una anciana con un pañuelo en la cabeza salió disparada de un patio, se apoderó de la maleta y volvió corriendo al patio. Lisa y Kolya, gritándole, se abrieron camino hasta la puerta; pero dos hombres musculosos surgieron de detrás de la pared y obstruyeron la entrada. Había todo un montón de mercancías a espaldas de los hombres. Lisa imploró, lloró, pero ellos no se conmovieron. La multitud avanzaba lentamente, sin mirar la escena. No había alrededor policías ni soldados a quienes Lisa pudiese recurrir. Se alejó de la puerta, con lágrimas rodando por su rostro. Tímidamente, Kolya le cogió una mano y fueron arrastrados por la marea humana. Ella dejó de llorar y se secó los ojos; pero le invadió la más amarga desesperanza al pensar en los tesoros irremplazables que había perdido: las ropas, las cartas, el álbum de fotos, el dibujo de Leonid Pasternak y otros objetos preciosos que con tanto cuidado embaló la víspera.

Rostros se adosaban a las ventanas de las casas, contemplando la densa nube de emigrantes. Algunos se apiadaban de ellos, pero otros reían y se mofaban. Soldados apostados en las puertas examinaban atentamente a los viandantes. Un grupo de ellos gritó a una joven que caminaba delante de Kolya: «Komm waschen!». Señalaron con la mano el patio que había a su espalda, como si dijeran: «Necesita una limpieza». La muchacha volvió la cabeza en su dirección y al hacerlo vio a Lisa, pero no dio muestras de haberla reconocido. Lisa, por el contrario, la reconoció al instante: era la hija del primer violoncelista de la Ópera de Kiev. La llamó por su nombre —Sonia— y la muchacha miró de nuevo a la mujer de edad, intentando hacer memoria. Por fin la recordó, aunque estaba muy cambiada. Lisa temió que Sonia se negase a hablar con ella, y

no le hubiera reprochado que obrase de ese modo. Era notorio que Victor, para salvar a su familia, había trocado la libertad e incluso la vida de varios músicos de la Ópera, entre ellos la del padre de la chica. Pero Sonia pareció alegrarse de encontrar a alguien conocido, aunque vagamente, y se detuvo para esperar a que Lisa y Kolya llegaran a su altura.

Preguntó a Lisa si sabía a qué hora iba a salir el tren. Le preocupaba que partiera sin ellos. Estaban de nuevo casi parados, y la joven se puso de puntillas sobre sus tacones altos para tratar de ver algo por encima de la gente. Pero era imposible ver más que una gris extensión de cabezas y vehículos atestados de trastos. Suspiró, desesperada. Su maleta era pesada y ella estaba exhausta.

—Muy sensato viajar con pocas cosas —dijo, señalando el paquete de Kolya.

Lisa le narró el infortunio de la maleta robada. Se habían quedado sin nada.

—Procure no pensar en ello —dijo la joven—. He oído rumores de que van a enviar el equipaje aparte y dividirlo en partes iguales cuando lleguemos a Palestina.

Rumores: solo se oían rumores desde que Kolya y Pavel llegaron la víspera gritando que había un anuncio en la valla y montones de personas apiñadas en torno. Lisa y Liuba, que estaban cosiendo juntas, habían salido corriendo y conseguido pasar entre la multitud inquieta para leer el cartel. Como de costumbre, estaba impreso en papel barato de envolver y redactado en ruso, ucraniano y alemán. El bando decía que todos los judíos residentes en la ciudad de Kiev y sus inmediaciones debían presentarse a las ocho en punto de la mañana del lunes, 29 de septiembre de 1941, en la confluencia de las calles Melnikovsky y Dokhturov (cerca del cementerio). Debían llevar consigo documentos, dinero y objetos de valor, así como prendas cálidas, ropa interior, etc. Los judíos que no cumpliesen la orden y fueran descubiertos en cualquier otro lugar serían fusilados.

Las palabras sencillas y vulgares (prendas cálidas, ropa interior, etc.) eran extrañamente más escalofriantes que el frío y despreciativo término [35] La gente leía el decreto en voz alta, como si no lo entendiera.

—Un gueto, un gueto —murmuró alguien; y una anciana empezó a gimotear.

—Nos echan la culpa de los incendios —dijo un anciano de barba blanca. Las personas que se hallaban cerca de él dirigieron instintivamente la mirada hacia el centro de la ciudad, donde las

llamas, aún en pleno vigor, seguían chamuscando el aire.

Los alemanes habían entrado en la ciudad una semana antes, como triunfantes libertadores del yugo soviético, y habían sido bienvenidos con pan y sal. Los barberos judíos y ucranianos cortaron el pelo a los afables oficiales germánicos. Nadie deploró que los generales alemanes —en lugar de los jerarcas del partido comunista y los actores y músicos privilegiados— ocupasen los pisos lujosos de la Kreshchatik. Más tarde, una vez que los nuevos inquilinos se instalaron confortablemente con sus cuadros y sus pianos de cola, la Kreshchatik se transformó en un infierno. Alemanes y ucranianos saltaron hechos pedazos. Lisa, como todo el mundo, había ido a contemplar el magno incendio que destruyó el histórico centro urbano, donde antaño había vivido.

Indudablemente, el Ejército Rojo —que culpaba a los bárbaros nazis, ¡como si fuera probable que se destrozasen ellos mismos!— era el responsable de las explosiones. Unos cuantos soldados se habían quedado atrás para explosionar las bombas. Pero luego se esparció el rumor de que los culpables eran los judíos. De ahí que se divulgase el bando: los alemanes echaban la culpa a los judíos y los enviaban a un gueto situado probablemente en Polonia. De todas formas, aun en el caso de que los judíos *fueran* los responsables, ¿por qué castigar a todos por la acción de unos pocos?

Fue mientras las dos mujeres estaban mirando el papel gris de envolver cuando Liuba Shchadenko hizo su piadosa propuesta. Llevó a Lisa aparte de la muchedumbre y le susurró:

—*Tú* no tienes que irte. Tú no eres judía. Yo puedo ocuparme de Kolya. Uno más no será una carga.

Lisa montó en cólera: ¡que Liuba fuera capaz de imaginarse que enviaría a su hijo a un gueto sin ella! Pero inmediatamente le abrumó la noble generosidad de Liuba. Le brotaron las lágrimas. ¡Cuánto debía ya a aquella mujer! Cuando arrestaron a Victor y ella y Kolya tuvieron que abandonar su apartamento, Liuba Shchadenko, una pobre viuda que cosía para la compañía de ópera, fue a ofrecerle una habitación en su minúscula casa derruida. ¡Una mujer a la que apenas conocía! Dijo que lo hacía porque Victor le había dado trabajo cuando se quedó sin los brazos que aportaban el pan y embarazada de Nadia, y en rigor se limitaba a pagar una deuda. Pero el pago no solo había sido la cesión gratuita de una habitación. Había ido dándole labores de costura para que Lisa y Kolya no se murieran de hambre. ¡Y ahora aquel ofrecimiento! Era más que una santa: era un ángel. Lisa le apretó las manos y le dijo:

—No, ¡pero lo agradezco! Iremos juntas.

Iban llegando mejores noticias, por fortuna. No había ni que hablar de que les enviaran a un gueto. ¿Acaso no eran los alemanes una raza decente y civilizada? Lisa lo sabía bien por haber vivido la mitad de su vida entre amistosas voces alemanas. Ni siquiera los comunistas pudieron hablar mal de los germanos en el par de años que precedió a la guerra. ¡Vaya, si cuando la Kreshchatik había estallado los alemanes arriesgaron su vida, destacando equipos de hombres por toda la ciudad, advirtiendo a la gente de que abandonara sus viviendas! ¡Habían rescatado a los viejos, inválidos, niños, a las mismas personas que ahora supuestamente iban a enviar al gueto! No, les evacuarían a un lugar más seguro de la retaguardia. Pero alguien preguntó: ¿por qué evacuar primero a los judíos? La respuesta llegó en seguida, confidencialmente: «Porque los judíos están emparentados con los alemanes».

Y bien, ¿entonces cómo explicar el tono duro y brutal de la proclama? «Todos los judíos… Cualquier judío que…». Pero esto solo sonaba feroz a los oídos de los mismos judíos; para los alemanes no era más que una descripción neutra, como aquello de «prendas cálidas, ropa interior, etc.». Y fijaos —señaló una joven—, han escrito Melnikovsky y Dokhturov, calles que no existen; se refieren a Melnikov y Degtyarev; así que la orden ha pasado por las manos de un mal traductor. Él o ella le han conferido ese tono áspero.

Lisa sabía que la versión alemana poseía exactamente el mismo tono; pero guardó silencio. No sabía qué pensar. Su don de intuición se había desvanecido como la carne de sus huesos. Solo podía esperar y rezar para que los profetas de la perdición se hubieran equivocado. Tan solo una hora más tarde, cuando ya habían comenzado a empacar, la buena nueva corrió como la pólvora por todo el Podol: iban a enviarles a Palestina.

Las horas transcurrían lentas y seguía sin verse el final de la cola. El atasco de cabeza, obedeciera a la razón que fuese, se negaba a deshacerse y, no obstante, la muchedumbre que iba detrás de ellos les empujaba hacia delante. Era aterrador para las madres con niños pequeños, y a Lisa empezó a preocuparle el modo en que se arreglaría Liuba Shchadenko. Ella y Kolya tenían que haberles esperado y ayudado; se sintió culpable. Pero en el momento había parecido que lo más sensato era marcharse y encontrar asientos. Ayudó a una mujer agobiada que se hallaba a su lado con cuatro chiquillos: el mayor no tendría más de diez u once años, y el más pequeño unos dieciocho meses. Lisa la cogió —era una niña— de

brazos de su madre para darle un respiro. El bebé estaba chillando y Lisa intentó arrullarle en vano, y entonces tarareó una melodía que convirtió su chillido en lloriqueo. Era un bebé más bien feo, desfigurado por un labio leporino, y olía mal. Necesitaba que la cambiasen. Pero ¿cómo cambiar a un bebé en medio de aquel gentío? Probablemente la madre ni siquiera se había dado cuenta, porque los habitantes del Podol estaban habituados a los malos olores y a los bichos de todas clases. Lisa nunca se había sentido a gusto entre ellos, y se había mezclado con muy pocos aparte de Liuba. El bebé que tenía en brazos empezó a chillar de nuevo, y la madre quería que se lo devolviese. Lisa se lo entregó, aliviada. Pero ¡qué furia le inspiraba el hecho de que todos aquellos pobres niños y ancianos fueran obligados a sufrir de aquel modo, sin duda por culpa de la incompetencia de alguien!

Kolya estaba aburrido e irritable… ¿y cómo reprochárselo? Trató de encontrar juegos de adivinar palabras para entretenerle, pero él no dio muestras de interés. Cuando llevaban parados en el mismo sitio al menos veinte minutos, le convenció de que enseñase a Sonia sus trucos de cartas, y él accedió de mala gana. Utilizó como mesa la maleta de la joven. Sonia sonreía deleitada al ver los trucos, mientras que sus ojos observaban por encima de las cabezas de la gente que iba delante.

Sonia dijo a Lisa lo infeliz que le hacía haber tenido que dejar el violoncelo de su padre. Había sido su único amigo en los días amargos. Lisa evitó su mirada. Quería expresarle su pesar, pero no pudo encontrar las palabras.

Avanzaron unos centímetros en dos minutos, y luego estuvieron parados durante cinco. Cuando llegaron al largo muro del cementerio judío, el sol ya estaba alto y ardiente. Lisa se ahogaba en su abrigo de invierno devorado por polillas, pero temía que se lo arrebatasen si se lo quitaba. Autorizó a Kolya para quitarse el suyo, pero le dijo que lo agarrara muy fuerte; le prometió un vaso de agua en cuanto se hubieran instalado en el tren. El almacén de la Lukyanovka estaba muy cerca del cementerio, de modo que no les quedaba mucho trayecto. Seguramente la multitud se pondría en marcha pronto, ¿no? Deberían haber organizado mejor todo aquello.

Efectivamente, avanzaron un poco. De hecho podían ver una barrera de alambre de espino y filas de soldados alemanes y policías ucranianos colocados a ambos lados de la calle. El ruido y la confusión eran tremendos, como en todas las estaciones ferroviarias, pues, aparte de los viajeros, un gran número de rusos y

ucranianos había acudido para despedir a sus parientes, amigos o vecinos, y para ayudarles a subir a los ancianos y a cargar el equipaje. Algunos trataban de abrirse camino para regresar por entre el gentío; otros empujaban resueltamente hacia delante para dejar seguros a bordo del tren a sus seres queridos. Incluso había maridos y esposas diciéndose adiós: no era un prodigio que tardaran siglos en avanzar unos metros.

Kolya exhaló un inmenso suspiro de exasperación, y su madre le alborotó el pelo para consolarle. No podría hacerlo mucho más tiempo, ya que casi era más alto que ella y seguía creciendo como un helecho. La hija del violoncelista, Sonia, transmitió el mensaje llegado de delante: un tren acababa de partir, lleno, y otro se acercaba desde una vía muerta. Se dijo que la gente iba apretujada hombro con hombro en los pasillos del tren. El viaje sería para ellos muy desagradable.

Se vieron obligados a apretarse contra el muro del cementerio para dejar paso a un cabriolé. El conductor blandía furioso su fusta para despejar el camino. Tras haber depositado su carga ante la barrera de la estación, volvía ávidamente en busca de nuevos pasajeros. Por el resquicio momentáneamente abierto, vieron que todos los equipajes eran colocados en un montón a la izquierda. Sonia, al parecer, estaba en lo cierto: el equipaje iba a ser transportado separadamente, en otro tren, y más tarde dividido en partes iguales al llegar al punto de destino. A menos que se diese por supuesto que cada viajero había adosado etiquetas con su nombre. El problema ya no incumbía a Lisa, pero muchas personas que la rodeaban fueron presa de pánico y empezaban a hacer improvisadas etiquetas con pedazos de cuerda y papel arrancado de los paquetes.

Era demasiado tarde, porque se produjo un súbito avance hacia delante. El hombre encargado de la difícil misión de apilar las maletas con rapidez y eficacia era un cosaco alto y bien parecido, de largo bigote negro. Resultaba difícil no admirar su llamativo aspecto y aire de autoridad; y tampoco era fácil no experimentar en aquel momento una pizca de simpatía por los soldados y la policía que trataban de controlar aquella turbamulta irascible y blasfematoria. Por fin, Lisa y su hijo cruzaron la barrera. El tren esperado no aparecía por ningún sitio: no había otra cosa que la misma muchedumbre aguardando en torno, en un lugar ligeramente distinto, aun cuando ahora parecía saber que se hallaba un poco más cerca del objetivo. Era como hacer cola ante un cine en los viejos tiempos y dejar finalmente la calle para entrar en un

vestíbulo atestado. Como corroborando el parangón, la autoridad despojaba a la gente de sus «prendas cálidas». Un soldado se acercó y, cortésmente, arrebató de la espalda el abrigo de Lisa y tomó también el que Kolya llevaba en el brazo.

Nadie había hecho tal cosa con Lisa desde los días en que iba al teatro para asistir a una gala.

Se estremeció; pero no, en absoluto, de frío. Incluso sin el abrigo se sentía asfixiada. Lo extraño eran las ocasionales ráfagas de un fuego cercano de ametralladora. No podía tratarse de nada temible, pero las detonaciones resultaban inquietantes, a pesar de todo, y hubo una corriente subterránea de pánico que se expresó en la dedicación de todo el mundo a quehaceres triviales. Sonia, por ejemplo, se pintaba de nuevo los labios. No podía ser que estuvieran fusilando a alguien: tal vez se trataba de que algunos habían intentado desobedecer la orden de deportación y habían sido acorralados. Los niños lloraban, lo que era reconfortante, pues al menos había un sonido humano inteligible. El día era despejado, por supuesto, y llegaban hasta allí los rumores de los campos de tiro alemanes o incluso de las líneas del frente. Lisa rodeó a Kolya con el brazo y le preguntó si quería agua. El niño parecía pálido e indispuesto. Asintió.

Ella quitó la envoltura del paquete y le dio una taza de la botella de agua. Trocó con Sonia cebollas y patatas por parte del pan mohoso y dos pedacitos de queso. Sentadas sobre unos bultos, otras personas comían. De un modo u otro, la escena se había escindido en dos: creciente alarma y hasta pánico, por un lado; y por otro las posturas de grupos de excursionistas efectuando una comida campestre. Un avión trazaba círculos bajos sobre sus cabezas; seguían oyéndose a intervalos las ráfagas de ametralladora, pero la gente no las oía o las apartaba de la mente mientras estaban comiendo.

Los soldados desplazaban cada vez a un puñado de personas. Contaban un grupo, lo despachaban, aguardaban un rato, enviaban a otro. Cuando Lisa trató de tragar un pedacito de queso pero vio que no le pasaba por la garganta, aceptó mentalmente lo que había sabido desde antes de cruzar la barrera: que iban a ser fusilados. Se incorporó de un salto, como una muchacha de veinte años, obligó a Kolya a levantarse y se precipitó con él hacia la barrera. Muchos seguían luchando por salir al mismo tiempo que la muchedumbre empujaba para entrar. Arrastrando a su hijo por la mano, llegó hasta donde el cosaco alto impartía órdenes.

—Discúlpeme, no soy judía —dijo, jadeando.

Él le pidió el documento de identidad. Ella rebuscó en su bolso y por la gracia de Dios sacó una tarjeta anticuada que le fue entregada cuando llegó a Rusia y decía que se llamaba Erdman y era de nacionalidad ucraniana. Él le dijo que podía marcharse.

—¿Y qué pasa con este? —preguntó el cosaco, señalando al niño.

—Es mi hijo. ¡También es ucraniano!

Él insistió en ver sus papeles, y cuando ella alegó que los había perdido él le arrebató el bolso y encontró una tarjeta de racionamiento.

—¡Berenstein! —exclamó—. ¡Un niño judío! ¡Adentro!

Dio un empellón a Kolya, que se perdió entre la enfebrecida multitud. Lisa intentó sobrepasar al cosaco, pero él le cerró el paso con el brazo.

—Usted no es judía, no tiene que pasar, señora —dijo.

—¡*Tengo* que hacerlo! —respondió ella con voz apagada—. ¡Por favor!

El cosaco negó con la cabeza.

—Solamente los judíos.

—¡Yo *soy* judía! —gritó, luchando por zafarse de su brazo—. ¡Lo *soy*! Mi padre era judío. Por favor, ¡créame!

Él sonrió fríamente, sin dejarle pasar.

—*Mayim rabbim lo yukhelu lekhabbot ethaahavah u neharot lo yishtefuha*! —gritó. El cosaco se encogió de hombros despectivamente, bajó el brazo y la dejó pasar. Ella vislumbró la cara blanca de Kolya y se debatió para llegar hasta él. Kolya se arrojó en sus brazos.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó.

—No lo sé, cariño.

Lisa le acunó en sus brazos. Un descomunal soldado se aproximó a una muchacha que se hallaba cerca de ellos y le dijo:

—Acuéstate conmigo y te dejaré salir.

La cara de la muchacha no modificó su expresión aturdida, y al cabo de un momento el soldado se alejó. Lisa corrió tras él y le tiró de la manga. Él se volvió.

—He oído lo que le has dicho a esa chica —dijo—. Yo lo haré si nos dejas salir a mí y a mi hijo.

Miró inexpresivamente a la anciana enloquecida y se alejó de nuevo.

Se vieron tragados por un grupo que estaba siendo empujado para formar una cola. Kolya preguntó si iban a subir al tren, y ella se tranquilizó y le dijo: «Sí, probablemente»; y que en cualquier

caso se pondría justo detrás de él y que no tuviese miedo. El grupo emprendió la marcha. Todo el mundo había enmudecido. Desfilaron un trecho en silencio, entre filas de alemanes. A la cabeza de la comitiva se veían más soldados tirando de perros con correa.

Ahora recorrían un largo y estrecho pasillo formado por dos filas de soldados y perros. Los soldados tenían las mangas remangadas y todos enarbolaban una porra de goma o una gran vara. Llovieron golpes de ambos lados sobre cabezas, espaldas, hombros. La sangre le corría hasta la boca, pero apenas sintió el impacto de los golpes porque estaba tratando de proteger de algún modo la cabeza de Kolya. Acusó la salvaje descarga que caía sobre él —y hasta el restallido de un perrazo en la ingle del niño—, pero casi no notó los palos que aterrizaban sobre su propio cuerpo. Los chillidos de Kolya eran solo un fragmento del aullido colectivo, mezclado con los gritos de júbilo de los soldados y el ladrido de los perros, pero fueron los únicos que Lisa oyó, incluso acallando los suyos propios. Kolya dio un traspiés; ella le agarró por los brazos e impidió que cayera. Los alemanes estaban pisoteando los cuerpos caídos que habían sido atacados por los perros. «*Schnell, schnell*!», reían los soldados.

Fueron a parar, tambaleándose, a un espacio acordonado por tropas, un cuadrado de hierba sembrado de ropas. La policía ucraniana aferró la gente, golpeando y gritando: «¡Quitaos la ropa! ¡Rápido! *Schnell*!». Aunque doblándose de dolor y sollozando, Kolya empezó a desabrocharse el cuello de la camisa. «¡Vamos, cariño! Haz lo que dicen», le instó Lisa, porque vio que propinaban puntapiés o golpeaban con una manopla o una porra a todos los indecisos. Ella se despojó del vestido y de la combinación, y luego se quitó los zapatos y las medias a la par que ayudaba a su hijo, pues al niño le temblaban las manos y no acertaba a desatar los botones de la camisa y los cordones de los zapatos. Un policía empezó a golpearla con la porra en la espalda y los hombros; empavorecida, ella no lograba desabrocharse el corsé lo bastante aprisa y, cada vez más enfurecido con la lenta anciana de pechos fláccidos, el hombre se lo arrancó del cuerpo.

Una vez que estuvieron desvestidos, hubo un momento de paz. Un grupo de personas desnudas estaba siendo conducido en tropel hacia algún lado. Revolviendo entre ropas tiradas en busca de su bolso, Lisa sacó de él un pañuelo y limpió suavemente parte de la sangre y lágrimas de la cara de Kolya.

Vio en el bolso su tarjeta de identidad y tomó una pronta decisión. Entre los blancos contornos de gente desquiciada y

aturdida, localizó a un oficial alemán con trazas de ostentar el mando. Caminó resueltamente hacia él, le arrojó a la cara la tarjeta y le dijo en alemán que ella y su hijo se encontraban allí por error. Habían ido a despedir a alguien y se habían visto arrastrados por la multitud.

—¡Mire! —dijo—. Soy una ucraniana casada con un alemán.

El oficial, frunciendo el ceño, murmuró que se estaban cometiendo demasiados errores de ese tipo.

—Vístase y vaya a sentarse en aquel altozano.

Indicó un lugar donde había un puñado de personas sentadas. Lisa volvió apresuradamente junto a Kolya y le dijo que se vistiera de prisa y la acompañara.

La gente del altozano guardaba silencio, enloquecida de miedo. Lisa descubrió que no podía apartar los ojos de la escena que se estaba representando ante ellos. Grupo tras grupo salía tambaleándose del pasillo, gritando y sangrando, y un policía agarraba a cada víctima, la golpeaba de nuevo y la despojaba de la ropa. La escena se repetía una y otra vez. Algunas personas reían histéricamente. Otras envejecían en cosa de minutos. Cuando el don o la maldición de la clarividencia que poseía Lisa le falló fatalmente y se llevaron a su marido Victor hacia las tinieblas, el pelo se le puso gris de la noche a la mañana: el antiguo refrán era cierto. Pero ahora lo comprobaba con sus propios ojos. En el grupo siguiente al que siguió al suyo divisó a Sonia: y su pelo azabache se tornó grisáceo en el breve plazo que tardó en desnudarse y ser enviada al fusilamiento. Lisa vio que el fenómeno ocurría una y otra vez.

Tras un elevado muro de arena se oían los disparos. Obligaban a la gente a formar cortas filas y les hacían desfilar por la abertura que precipitadamente se había practicado en el muro de arenisca. El muro ocultaba lo del otro lado, pero todo el mundo, por supuesto, sabía lo que era. La ribera derecha del Dnieper posee hondos barrancos, y aquel en especial era majestuoso, inmenso, profundo y ancho como un desfiladero de montaña. Un grito lanzado desde una de las orillas apenas se oiría en la otra. Los flancos fluviales eran escarpados, e incluso salientes en determinados sitios; al pie discurría un arroyuelo de agua clara. En torno había cementerios, bosques y parcelas. Los lugareños llamaban Babi Yar al barranco. Kolya y sus amigos habían jugado allí muchas veces. Lisa advirtió que tanto los hombres como las mujeres que eran conducidos a través de la abertura, todos sin excepción, se llevaban las manos a los genitales. Lo hacían también casi todos los niños. Algunos hombres y chicos estaban deshechos por los golpes recibidos en el

sexo, pero el gesto obedecía sobre todo a una vergüenza instintiva, similar a la que hizo que Kolya no quisiera que ella le viera desnudo. Él también se había tapado al desvestirse, en parte a causa del dolor, pero asimismo debido a un natural pudor. De este mismo modo habían enterrado a Jesucristo. Las mujeres, a su vez, intentaban cubrirse los pechos con los brazos. Era terrible y extraño observar aquella preocupación por el recato en gentes que iban a ser fusiladas.

Kolya conservaba aún las manos apretadas entre los muslos. Estaba encorvado hacia delante y no conseguía parar el temblor. No lograba detenerlo, por mucho que ella le abrazara, le diese calor e intentara susurrarle palabras de aliento. Él no dijo nada. Se había visto privado del habla.

Ella supo que tenía que evitar un total derrumbamiento, incluso cuando vio que Liuba Shchadenko salía vacilante del pasillo abrazando a Nadia, su hija pequeña. La niña de tres años tenía la boca abierta de par en par, en un mudo alarido. La sangre bañaba la cara de Liuba, al igual que los rostros de Olga y Pavel, que surgió atolondrado detrás de ella. No había ni rastro de la anciana señora Shchadenko. Por un instante, inmediatamente después de haberse quitado el vestido por la cabeza, pareció que Liuba miraba derecha, con ojos acusadores, a su amiga sentada en el altozano. Pero en aquel momento no podía ver nada. Una vez desnuda, empezó a soltar los botones del vestidito de Nadia, pero con gran lentitud. Un policía, rabioso, agarró a la chiquilla, la transportó en vilo como un saco de patatas hasta el muro de arenisca y la lanzó por encima.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia…». «Ora pro nobis…». Lisa musitó las plegarias de su infancia mientras las lágrimas se despeñaban por sus párpados.

Nadie hubiera podido imaginar la escena, puesto que estaba ocurriendo. Lisa no oyó nada de la serie de gritos y aullidos ni del repiqueteo de las ametralladoras. Como en un film mudo, con los cúmulos blancos surcando a la deriva el cielo azul. Incluso empezó a creer que al otro lado del muro de arena nada horroroso estaba sucediendo. Porque nada podía ser peor o tan malo como aquello. No sabía dónde llevaban a la gente, pero no la estaban aniquilando. Dijo algo así a Kolya: «No es más que un susto. Ya verás, vamos a volver a casa y luego aparecerán sanos y salvos Pavel y los demás». Siempre le había resultado difícil matar a una simple cucaracha; y no existía ninguna razón para matar a todas aquellas personas. Los alemanes estaban formándolas en fila, disparaban por encima hacia un lado del barranco, se reían de la broma y les ordenaban que se

vistieran con nuevas ropas y fueran a sentarse en el tren. Era una locura, pero no tan demencial como la posibilidad contraria. Siguió creyéndolo a medias incluso después de haber oído decir a un oficial ucraniano:

—Mataremos primero a los judíos y luego os dejaremos ir.

Aquellas palabras iban dirigidas a una joven que Lisa había conocido levemente en los viejos tiempos: Dina Pronicheva, una actriz del teatro de marionetas de Kiev. Lisa la reconoció cuando salía con pasos vacilantes del pasillo. Dos viejos, quizá sus padres, le hicieron una seña con la mano desde otro grupo, probablemente dándole a entender que tratara de salvarse. En vez de despojarse de sus ropas, Dina se dirigió hacia el oficial ucraniano que estaba delante del altozano, y Lisa oyó su petición de que la dejara libre. Le enseñó el contenido de su bolso. Indudablemente no tenía aspecto de judía; menos incluso que Lisa, con su nariz algo larga. El apellido de Dina era ruso y habló en ucraniano. El oficial quedó convencido, y le dijo aquellas palabras a propósito de liberarla más tarde. Dina se sentó un poco más lejos, en una parte más baja del altozano. Como la mayoría de los que allí estaban, sepultó la cabeza entre los brazos: debido al pesar, al sobresalto o quizá también el miedo de que alguien la reconociera y gritase: «Es una sucia judía», confiando en salvar su propia piel.

Lisa recordó una oración que su niñera le había enseñado para protegerse de las pesadillas: «Tú que eres nuestro Salvador…». Hay cosas tan increíbles que tiene que ser posible despertar de ellas. Pero si bien la plegaria la ayudó un poquito, la pesadilla persistía. El mundo era un mundo de chiquillos arrojados por encima de un muro como sacos de cereales que se lanzan al interior de una furgoneta; de blanda carne blanca flagelada como las campesinas sacuden las ropas puestas a secar; de la reluciente bota negra que recibe un golpecito de la negra fusta del oficial aburrido que permanece de pie frente al montículo. «Tú, el Salvador…».

Se sintió impotente para ayudar a Kolya. No había nada que hacer más que pedir al cielo, egoístamente, que todos los demás fueran fusilados, con misericordiosa rapidez, y que los que estaban en el altozano fuesen autorizados a volver a casa. Entonó continuamente esta oración egoísta. Pero ni una sola vez lamentó no haber aceptado la propuesta de Liuba y no haberse quedado. Ahora comprendía por qué nunca tuvo que haber tenido hijos. Y, no obstante, pensar en que Kolya podía haber estado allí entre extraños, quizás en aquel grupo de niños del orfanato, era cien veces peor que el pavor de la muerte.

Entró en trance: todo lo que se desarrollaba ante sus ojos ocurría despacio y sin el menor sonido. Tal vez se había quedado literalmente sorda. Todo era más mudo que la más silenciosa de las noches. Y las nubes surcaban el cielo con la misma terrible, glacial, inhumana parsimonia. Asimismo hubo cambios de color. La escena adquirió una tonalidad malva. Contempló los cúmulos congregándose en el horizonte; los vio dividirse en tres y, alterando constantemente su color y forma, las nubes iniciaron su viaje por el cielo. No eran conscientes de lo que estaba sucediendo. Pensaban que era un día ordinario. Se hubieran quedado atónitas. La diminuta araña que escalaba una brizna de hierba pensó que era una simple y común brizna de hierba en un campo.

La tarde, inconcebible porción del tiempo, transcurrió despacio y empezó a oscurecer.

De repente se aproximó un coche descubierto en el que viajaba un oficial alto, bien hecho, elegantemente vestido y con una fusta en la mano. A su lado se hallaba un prisionero ruso.

—¿Quiénes son? —preguntó al policía por medio de un intérprete y apuntando con el dedo al altozano, donde ya había alrededor de cincuenta personas sentadas.

—Son compatriotas, ucranianos. Estaban despidiendo a gente; hay que ponerlos en libertad.

Lisa oyó al oficial gritar:

—¡Fusílelos ahora mismo! Si sale de aquí uno solo y se pone a hablar en la ciudad, mañana no se presentará ningún judío.

Ella cogió la mano de Kolya y la apretó muy fuerte mientras el intérprete traducía, palabra por palabra, la orden del oficial. El niño comenzó a jadear, sin aliento, y su mano tembló violentamente, pero ella aumentó la presión de la suya. Cuchicheó:

—Dios velará por nosotros, cariño… Ya verás.

Un súbito y brusco olor desagradable informó a Lisa de que el niño había perdido el control de los intestinos. Le abrazó estrechamente y le besó; entonces las lágrimas que había reprimido durante la mayor parte de aquella jornada fluyeron libremente por sus mejillas. Kolya no había llorado ni dicho una palabra en todo el tiempo que permanecieron sentados en el montículo.

—¡Vamos, pues! ¡En marcha! ¡Todos arriba! —gritó el policía. La gente se levantó como si estuviera ebria. Guardaban silencio y estaban formales, como si les hubieran ordenado que fuesen a cenar. Tal vez debido a que ya era tarde, los alemanes no se molestaron en obligarles a que se desnudaran, sino que les hicieron franquear vestidos la abertura del muro.

Lisa y Kolya se hallaban entre los últimos. Cruzaron la entrada y accedieron a una cantera arenosa de flancos prácticamente colgantes. Ya casi había oscurecido y ella no logró ver claramente el paraje. Uno tras otro, presurosamente, fueron colocados a la izquierda, a lo largo de una cornisa muy angosta.

A su izquierda estaba el lado de la cantera, a la derecha un profundo precipicio; la cornisa parecía haber sido cortada expresamente para llevar a cabo la ejecución, y era tan estrecha que, al pasar por ella, la gente se pegaba instintivamente contra el muro de arenisca, para no caer al foso. A Kolya se le aflojaron las piernas y hubiera caído de no ser porque Lisa le tenía cogido fuertemente por el brazo.

Les mandaron detenerse y ponerse de cara al barranco. Lisa miró abajo y la cabeza le dio vueltas al verse en un lugar tan alto. A sus pies había un mar de cuerpos bañados en sangre. Al otro lado de la cantera alcanzó a ver solamente las ametralladoras y a unos cuantos soldados. Los alemanes habían encendido una hoguera y daba la impresión de que estuvieran preparando café en ella.

Aferró la mano de Kolya y le dijo que cerrase los ojos. No sentiría ningún dolor, y cuando llegaran al cielo ella estaría a su lado. Le vio cerrar los ojos. Pensó en decirle que su papá y su verdadera madre ya se encontraban allí para recibirle; pero decidió que no era lo oportuno. Un alemán terminó su café y se encaminó despacio hacia una ametralladora. Ella empezó a susurrar el Padrenuestro y oyó que también lo recitaba la débil voz de su hijo junto a ella. Más que verlos, sintió los cuerpos que caían de la cornisa y el raudal de balas que se acercaba hacia ellos. Un instante antes de que les barrieran, tiró de la mano de Kolya, gritándole: «¡Salta!», y se arrojó con él desde la cornisa.

Le pareció que tardaba siglos en llegar al fondo: probablemente era un precipicio muy hondo. Al llegar abajo perdió el conocimiento. Estaba en su casa, de noche, tumbada sobre el lado derecho, medio soñando, y las cucarachas bullían por las paredes y debajo de la cama. Esa agitación de los insectos llenaba su mente. Luego fue comprendiendo poco a poco que el murmullo procedía del tropel de personas que se movían ligeramente conforme llegaban abajo y eran estrujadas por los movimientos de los que todavía estaban vivos.

Ella había caído sobre un baño de sangre. Estaba tumbada sobre el costado derecho y debajo tenía el brazo del mismo lado, formando un ángulo muy poco natural. No le hacía daño. No podía moverse ni girar, puesto que algo, posiblemente otro cuerpo (quizá

Kolya) le había atrapado la mano derecha. No sentía dolor en ningún sitio. Aparte del susurro se oían extraños ruidos subterráneos, un insípido coro de gemidos, ahogos y sollozos. Intentó gritar el nombre de su hijo, pero la voz no salió de su garganta.

Al oscurecer buscaría a Kolya, saldrían a gatas del barranco, se adentrarían en los bosques y huirían.

Unos soldados se asomaron a la cornisa y enfocaron los cuerpos con linternas, disparando balas de revólver sobre todos los que dieran muestras de estar vivos. Pero alguien no muy alejado de Lisa siguió gimiendo tan ruidosamente como antes.

Luego oyó a personas que caminaban cerca, pisoteando cadáveres. Eran alemanes que habían descendido y se inclinaban para confiscar cosas de los muertos y, de vez en cuando, rematar de un tiro a los supervivientes.

Habiendo percibido un destello de algo brillante, un hombre de las SS se agachó sobre una anciana que yacía de costado. Con intención de arrancarle el crucifijo, tendió la mano hacia él y rozó el pecho de la mujer. Debió de percibir un hálito de vida, porque soltó el crucifijo y se incorporó. Tomó impulso con la pierna y estrelló su bota alta contra el pecho izquierdo de la anciana. La fuerza del golpe la hizo cambiar de postura, pero no profirió el menor sonido. Sin darse por satisfecho, volvió a columpiar la bota y descargó un tremendo puntapié contra la pelvis. Una vez más, solo se oyó el nítido chasquido de los huesos. Por fin saciado, arrancó de un tirón el crucifijo y se marchó, caminando sobre los cadáveres.

La mujer cuyos gritos no habían sido capaces de brotar por la garganta empezó a chillar; los chillidos se transformaron en gemidos y nadie la oía. En el silencio del barranco, una voz gritó desde arriba: «¡Demidenko! ¡Vamos, a mover la pala!».

Hubo un estrépito de palas y después un ruido sordo a medida que la arena y la tierra cubrían los cuerpos, acercándose cada vez más a la anciana que todavía vivía. Comenzó a caer tierra sobre ella. Lo intolerable era que la enterrasen viva. Gritó, con voz potente y aterrada: «Estoy viva. ¡Dispare, por favor!». Fue solo un susurro ahogado, pero Demidenko lo captó. Le quitó de la cara parte de la tierra.

—¡Eh, Semashko! —gritó—. ¡Aquí hay una viva!

Moviéndose ágilmente para un hombre de su corpulencia, Semashko se aproximó. Miró a sus pies y reconoció a la vieja que había intentado sobornarle.

—¡Pues fóllatela! —dijo, riendo.

Demidenko esbozó una sonrisa burlona y empezó a desatarse el cinturón. Semashko dejó el fusil y puso de un tirón a la mujer en una postura más plana. La cabeza se ladeó hacia la izquierda y vio de lleno los ojos abiertos de un niño. Entonces Demidenko le separó bruscamente las piernas.

Al cabo de un rato Semashko se mofó de él y Demidenko protestó que hacía demasiado frío y la vieja era demasiado fea. Se arregló la ropa y recogió el fusil. Con ayuda de Semashko encontró la fisura y se regocijaron ambos cuando él insertó allí la bayoneta, con mucho cuidado, casi con delicadeza. La anciana no emitía el menor sonido, aun cuando advirtieron que todavía respiraba. Con la misma suavidad, Demidenko imitó las acometidas de la cópula y Semashko lanzó una carcajada, que rebotó en las paredes del barranco, al ver cómo el cuerpo de la anciana, una y otra vez, brincaba hacia atrás y se quedaba inmóvil. Tras aquellos espasmos no hubo más señales de reacción, y pareció que había dejado de respirar. Semashko refunfuñó malhumorado por la pérdida de tiempo. Demidenko inclinó la pala y la clavó profundamente en la tierra.

En el curso de la noche los cuerpos se asentaron. Una mano se movía un milímetro y obligaba a una cabeza a girar ligeramente. Las facciones se alteraban imperceptiblemente. «El temblor de la noche que duerme», lo llamó Pushkin; solo que se refería al progresivo aquietamiento de una casa.

El alma humana es un país lejano que no se puede visitar ni explorar. Casi todos los muertos eran pobres y analfabetos. Pero cada uno de ellos había soñado sueños, visto visiones y vivido asombrosas experiencias, incluso los niños de pecho (quizás en especial los niños de pecho). Aunque la mayoría jamás había vivido fuera de los tugurios del Podol, su vida e historia eran tan ricas y complejas como las de Lisa Erdman y las de los Berenstein. Si un Sigmund Freud hubiera escuchado y tomado notas desde los tiempos de Adán, todavía no hubiese explorado totalmente ni siquiera un simple grupo, una sola persona.

Y aquel fue solamente el primer día.

Una mujer sí escaló a gatas el lado del barranco, después del atardecer. Era Dina Pronicheva. Y al aferrar un arbusto para salvar la cornisa, se encontró *en efecto* cara a cara con un niño que vestía camiseta y pantalones y que también había trepado hasta arriba. Asustó a Dina susurrando: «¡No tenga miedo, señora! ¡Yo también estoy vivo!».

Lisa había soñado una vez esas palabras, cuando estuvo tomando las aguas termales con la tía Magda, en Gastein. Pero no era realmente sorprendente, pues ella poseía el don de la clarividencia y una parte de sí continuaba viviendo de manera natural con aquellos supervivientes: Dina y el chiquillo que temblaba y se estremecía entero. Se llamaba Motya.

Los alemanes abatieron a Motya de un disparo mientras este gritaba una advertencia a la señora, a quien ahora consideraba y amaba como si fuera su madre, puesto que era bondadosa con él. Dina sobrevivió para ser la única testigo, la sola autoridad para lo que Lisa veía y sentía. Sin embargo, había sucedido treinta mil veces; siempre de la misma forma y siempre de un modo distinto. Ni tampoco los vivos pueden hablar siempre en nombre de los muertos.

Las treinta mil veces se convirtieron en un cuarto de millón. Un cuarto de millón de hoteles blancos en Babi Yar. (Cada uno tenía un Vogel, una Madame Cottin, un cura, una prostituta, una pareja en luna de miel, un poeta soldado, un panadero, un jefe de cocina, una orquesta zíngara.) Las capas inferiores se comprimieron hasta formar una masa sólida. Cuando los alemanes quisieron sepultar su carnicería, a las excavadoras les resultó difícil separar los cuerpos, que para entonces eran de color azul grisáceo. Hubo que dinamitar las capas inferiores y en algunos casos utilizar hachas. Estos estratos inferiores constaban, por lo general, de cuerpos desnudos; pero más arriba había cadáveres en ropa interior, y más arriba aún, completamente vestidos: como las diversas formaciones de las rocas. Los judíos servían de fondo; encima estaban los ucranianos, los zíngaros, los rusos…

Se construyó un gran edificio, sede de múltiples tareas. Los cavadores excavaban la tierra; los remolcadores extraían los cadáveres; los prospectores (*goldsuchern*) reunían los objetos de valor. Era curioso y enternecedor que casi todas las víctimas, incluso las desnudas, hubieran conseguido ocultar algo de valor sentimental para llevarse consigo al barranco. Había incluso utensilios de tenderos. Hubo que desenredar de los cadáveres muchos de los objetos valiosos. Los empastes que Lisa se había hecho hacer poco después de su regreso de Milán se mezclaron con otros de distinta procedencia —algunos provenientes de las bocas de cuatro proyectas hermanas de Freud— y fueron a parar a una consigna de barras de oro.

Los encargados del guardarropa requisaron todas las prendas de buena calidad; los constructores erigieron gigantescas piras; los

fogoneros mantuvieron el fuego prendiendo los cabellos de los muertos; los trituradores cribaron las cenizas en busca del oro que hubiese escapado a la vigilancia de los prospectores; y los jardineros se llevaron en carretillas las cenizas para esparcirlas sobre las parcelas cercanas al barranco.

Era una tarea pavorosa. Los guardias solo lograban soportar el hedor mediante tragos de vodka durante todo el día. Los prisioneros rusos no recibían alimento (pero pobres de ellos si flaqueaban); y de vez en cuando, uno de los presos, enloquecido por el delicioso aroma de la carne asada, era sorprendido introduciendo una mano en las llamas para sacar un pedazo de carne; aquella barbarie se penalizaba haciendo que el culpable se sumase al tentador perfume, asándole vivo como a una langosta. Los prisioneros sabían que al final, cuando el último cadáver ya estuviese calcinado, serían a su vez pasto de las llamas; y eso los que todavía conservasen la vida. Los guardias sabían que lo sabían: era un motivo de chanza entre los dos grupos. Un día llegó una camioneta de exterminación llena de mujeres. Cuando el gas se encendió, hubo el estruendo y el griterío habituales; no tardó, sin embargo, en hacerse el silencio ni tardaron en abrirse las puertas. Fueron descargadas más de cien muchachas desnudas. Los guardias borrachos se partían de risa. «¡Vamos! ¡A probarlas! ¡Bautizarles el coño!». Casi se asfixiaron con sus botellas de vodka: el chiste consistía en que las muchachas eran camareras de los cabarets de Kiev y, por tanto, era muy improbable que fuesen vírgenes. Los rostros huesudos de uno o dos prisioneros dibujaron una sonrisa burlona al amontonar a las jóvenes —las muertas y las que aún vivían— en la pira funeraria.

Cuando terminó la guerra, el esfuerzo por aniquilar a los muertos prosiguió realizándose, pero a cargo de otros. Al cabo de un tiempo, Dina Pronicheva dejó de admitir que había escapado de Babi Yar. Los ingenieros construyeron una presa a través de la boca del barranco, e inyectaron agua y barro de las canteras vecinas, creando así un lago verde, estancado y pútrido. La presa reventó, sepultando en barro a una inmensa zona de Kiev. Inmóviles en sus últimas posturas, como en Pompeya, se extrajeron cadáveres incluso dos años más tarde.

Nadie, sin embargo, juzgó oportuno apaciguar al barranco con un monumento conmemorativo. Lo cubrieron de hormigón y construyeron encima una carretera general, un centro de televisión y un elevado bloque de apartamentos. Los cadáveres habían sido enterrados, calcinados, ahogados y vueltos a sepultar bajo hormigón y acero.

Pero todo esto nada tenía que ver con la invitada, el alma, la novia febril de amor, la hija de Jerusalén.

6

EL CAMPAMENTO

Tras el caos y las apreturas del viaje de pesadilla, salieron al andén pequeño y polvoriento en un lugar perdido. Cruzaron forcejeando un puentecito; luego fue agradable respirar el aire fresco y ser recibidos sin aspavientos ni formalidades. Afuera esperaba una hilera de autocares.

El joven teniente al cargo del autocar de Lisa tenía un tímido tartamudeo que relajó la atmósfera mientras él leía la lista de viajeros. Sonrió, timorato, cuando las risitas le informaron de que había pronunciado mal uno de los apellidos difíciles. Tuvo un problema especial con el de Lisa. Bajo una película de sudor —el día era muy caluroso—, una cicatriz blanca le rayaba la mejilla y le cruzaba la frente, y una manga se hundía, inservible, en el bolsillo de su uniforme.

Cuando el autocar partió, envuelto en una nube de polvo, el joven se precipitó al asiento vacío enfrente de Lisa.

—¡Lo siento! —dijo, y sonrió.

—No tiene importancia —dijo ella, y devolvió la sonrisa.

—Es polaco, ¿no? —preguntó él.

Ella lo corroboró. De hecho, le desconcertaba su propio error. Habiendo decidido no utilizar su apellido judío, Berenstein, ni el alemán, Erdman —a causa de todos los acosos que había tenido que soportar cuando le pedían los documentos—, se propuso usar su nombre de soltera, Morozova. Pero debido a alguna extraña razón había dicho, en cambio, el de su madre: Konopnicka. Ahora era demasiado tarde para remediarlo. El joven teniente les estaba preguntando qué tal había sido el viaje. «¡Horrible!, ¡fatal!», contestó Lisa.

Él asintió, comprensivamente, y agregó que al menos podrían descansar en el campamento. No era un palacio, pero sí bastante confortable. Después serían enviados más lejos. Lisa le dijo que nunca imaginaría lo que significaba oír una voz amiga. Contempló

el monótono desierto bajo el sol ardiente, y no prestó atención a la siguiente pregunta sobre lo que hacía en su vida de antes. Él tuvo que repetirla. Le agradó conocer que ella fuese cantante. Aunque no sabía gran cosa de música, le gustaba mucho, y uno de sus deberes consistía en organizar los conciertos del campamento. ¿Tal vez le apeteciera participar? Lisa dijo que lo haría gustosa, si consideraban que su voz servía.

—Me llamo Richard Lyons —dijo, tendiéndole la mano izquierda por encima del respaldo de su asiento. Torpemente, ella la estrechó también con la mano errónea. Aquel nombre le decía algo; y, sorprendentemente, resultó que ella había conocido al tío de él. Le había conocido durante unas vacaciones en los Alpes austriacos.

—Él creía que usted había muerto —dijo Lisa.

Con una mueca forzada, el teniente Lyons dijo: «No del todo», y dio una palmadita a la manga vacía. Por supuesto, él conocía el hotel donde ella se había alojado, pues solía ir con frecuencia a esquiar allí.

—Es un sitio precioso —dijo él.

—Sí, pero también esto —respondió ella, echando un vistazo por la ventanilla a las dunas de arena—. Un paisaje muy bonito.

Ella aprovechó la oportunidad para preguntarle qué había que hacer para ponerse a buscar la pista de unos parientes. Él sacó una libreta y un lápiz del bolsillo del pecho y, utilizando hábilmente la mano siniestra, tanto para aferrar el cuadernillo como para escribir en él, apuntó el apellido Berenstein. Prometió llevar a cabo algunas pesquisas.

—Puede estar segura de que sus parientes también estarán consultando las nuevas listas —dijo. Ella le agradeció su deferencia y él dijo que no era nada, que estaba muy contento de poderle ayudar.

Se disculpó por seguir su recorrido hacia el fondo del vehículo, y cambió amistosas palabras con algunos de los restantes pasajeros. Kolya, extenuado, dormía con la cabeza recostada sobre el hombro de Lisa. Cambió de postura para que el niño estuviera más cómodo. El pecho de Lisa era muy blando. De todas formas, pronto tendría que despertarle, pues el autocar hacía una parada. A pesar del cansancio, los viajeros lanzaban exclamaciones de placer al ver un oasis: hierba verde, palmeras, agua chispeante. Y el edificio mismo parecía más un hotel que un campamento de paso. Lisa y su hijo tenían una habitación para ellos solos. Despedía un dulce perfume a madera. Las vigas eran de cedro y los pares del techo de abeto.

Kolya salió en seguida a explorar con Pavel los alrededores, pero

Lisa estaba tan cansada que se dejó caer directamente en la cama. En la media luz del crepúsculo, la despertó un tímido golpecito en la puerta. Pensó que era Kolya, dudando si aquella sería su habitación. Desnuda como estaba, sin haber deshecho el equipaje, fue a abrir la puerta. Era el teniente. Se disculpó, ruborizándose al ver que estaba desnuda, por perturbar su descanso; tenía que haber pensado que ella se acostaría temprano. Su tartamudeo resultaba embarazoso. Simplemente quería decirle que no conseguía encontrar a Victor Berenstein en las listas. Figuraba, no obstante, una tal Vera Berenstein. ¿Le servía de algo? Era estupendo, dijo ella: «Gracias». Él volvió a sonrojarse y dijo que seguiría tratando de encontrar el nombre de su marido. Y él pensaba que quizá le interesase saber que había alguien más con su infrecuente apellido: una mujer llamada Marya Konopnicka. «¡Pero si es mi madre!», exclamó, entusiasmada. Él se alegró y prometió seguir haciendo averiguaciones.

Los días transcurrieron rápidos. Ella los pasaba acechando las mesas a las horas de comer y observando un rostro que le resultaba conocido. Una vez llegó a pensar que había visto a Sigmund Freud: un hombre de edad, con una mandíbula llena de vendas, que comía (o intentaba comer) solo. Le temía demasiado como para ir a hablarle. Además, quizá no fuese él; porque se decía que el anciano había venido desde Inglaterra. Pero ¿acaso ella podía confundir aquella noble expresión? Cuando le vio dar unas dolorosas bocanadas a su puro, a través de una boca que no pasaba de ser un diminuto orificio, estuvo casi segura. Experimentó el pícaro impulso de escribirle una postal (con una foto del campamento, la única que había) diciéndole: «Frau Anna G. le envía un saludo y le pregunta: ¿quisiera hacerle el honor de tomar con ella un vaso de leche?». A lo mejor le arrancaba una sonrisa, al recordar al chef del hotel blanco. Mientras acariciaba la idea de la postal, preguntándose dónde comprar una, de pronto cayó en la cuenta de que el viejo, reseco, bondadoso cura de su diario había sido Freud; ¿cómo era posible que ella no lo hubiera visto en aquella época? Era evidentísimo. Luego vaciló entre la decisión y la duda, porque el mismo médico, tan profundamente sabio, tuvo que haber sido consciente de ello y probablemente pensó que ella se estaba burlando de él. Sería muy poco delicado, en consecuencia, enviarle una postal que se lo recordase.

Se cruzó un día con él cuando le llevaban en una silla de ruedas al dispensario. Tenía la cabeza inclinada y no la vio. Parecía espantosamente infeliz y desdichado. Si ella se daba a conocer,

tendría que eclipsar aún más con serias dudas la exactitud de su diagnóstico analítico, y ello acrecentaría su tristeza. Era mejor mantenerse lejos y limitarse a rezar para que los médicos pudieran aliviarle. Ciertamente, daban la impresión de saber lo que hacían. El joven médico abrumado de trabajo que la había atendido fue eficaz y al mismo tiempo amable. Ella, no obstante, se había acobardado ante el examen de las zonas doloridas.

—¿Qué cree usted que anda mal? —le preguntó el joven, viendo que ella retrocedía al intentar tocarla.

—Anagnórisis —suspiró Lisa.

Los medicamentos que él le recetó le habían aliviado los dolores.

Se sintió lo suficientemente bien para asistir a las clases de idioma ¡en el aula contigua a la de Kolya! Quería aprender correctamente hebreo. Lo único que sabía era una sentencia que le había enseñado Madame Kedrova, la traducción hebrea de la frase: «Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni pueden ahogarlo las inundaciones». Los idiomas siempre le habían resultado fáciles, y a sus profesores les complacieron sus progresos.

Al parecer, no era preciso ser judío para estar allí, pues su madre figuraba en las listas.

La segunda noche —ella pensó que era la segunda—, el joven teniente se acercó a su mesa y le pidió tímidamente un baile. Como había cantidad de músicos entre los inmigrantes, inclusive algunos miembros de la orquesta de Kiev, habían formado rápidamente una banda de baile. Reinaba una feliz atmósfera comunitaria durante las comidas; las parejas casadas no se recluían egoístamente en sí mismas, sino que procuraban que los numerosos viudos y viudas participasen del regocijo colectivo. Lisa no creyó que podría arreglarse bailando, debido a que le dolía la cadera; pero no quiso ofender al tímido oficial que se había comportado de un modo tan afable. Se las ingeniaron para bailar un vals: él con un solo brazo y ella, en definitiva, ¡con una sola pierna! Festejaron con risas este hecho. Esa noche fría salió a dar un paseo con el joven teniente. Junto al oasis, él le mostró un hermoso arriate de lirios de los valles. A él no le importó que ella estuviera menstruando.

Lo realmente asombroso —lo que todo el mundo convino en considerar un milagro— fue «la inmigrante ilegal» que apareció unas cuantas semanas más tarde del primer tren que partió de Kiev. Atravesó la viña cojeando y los vendimiadores pararon el trabajo y la miraron, atónitos. Liuba Shchadenko estaba en su habitación aquella mañana, junto con los niños y la madre política; y oyó unos arañazos en la puerta. La abrió y vio a sus pies a un gatito negro

que maullaba patéticamente. Era su gata Vaska: estaba esquelética y con las patas hechas una pulpa roja; pero se trataba inconfundiblemente de Vaska. Y en seguida estaba ronroneando ovillada en los brazos de Nadia, y lamiendo leche de un platillo. Valida de ese pasmoso instinto que poseen los gatos, había recorrido de algún modo calles y desiertos y franqueado montañas para encontrar su pista. Pronto la carne recubrió de nuevo sus huesos, empezó a corretear por el campamento y llegó a ser la mascota y el animal doméstico de la comunidad.

La gata negra ocupó el lugar que le correspondía en la tumultuosa celebración de la cosecha vinícola. Fue una recolección abundante, y las uvas eran tiernas. Lisa ensayó por primera vez la voz: con calma y arropada por el coro que entonaba una canción báquica. Le salió una voz ronca e insegura que no la descontentó; y unas cuantas personas incluso volvieron la cabeza, como si se preguntaran quién estaba haciendo tan placentero contrapunto.

Fuera uno donde fuera, ¡allí estaba Vaska! Una noche llegó a interrumpir la proyección de una película en el campamento. Lisa asistía habitualmente a esas funciones porque, si bien las películas carecían normalmente de interés —eran documentales mal filmados —, le ayudaban a aprender el idioma. La noche en que apareció Vaska, ella y Liuba estaban viendo un documental sobre la colonia de Emaús. Mostraban el hospital de la prisión, que pretendía haber obtenido grandes éxitos en la cura de endurecidos reclusos. Entre los pacientes filmados y entrevistados había un hombre a quien Lisa reconoció, un hombre con gafas y bien parecido. Guardias armados le servían de escolta mientras era conducido de un edificio a otro. Se le veía jugando con unos niños en la sala de recreo, e incluso allí los guardias armados le vigilaban estrechamente. El comentador dijo su nombre, Kürten, como si el público le conociera bien; y Lisa pensó que *en efecto* había oído aquel nombre y posiblemente visto su fotografía en los periódicos, pero no conseguía situarle en su recuerdo. Estaba a punto de cuchichear algo a Liuba, cuando la pantalla se vio de pronto invadida por Vaska… ¡la silueta de Vaska! El público se despabiló y soltó una carcajada. La gata se había deslizado de algún modo en la cabina de proyección; ¡y ahora se estaba limpiando tranquilamente la cara en plena pantalla! Los espectadores aplaudieron, solicitando más: ¡era mucho más divertido que la película!

Y una mañana hubo cuatro gatitos negros y blancos, mojados y maullantes, tirando de las tetillas de Vaska. Liuba dijo que era un milagro, puesto que la había hecho castrar… Pero sin duda los

gatitos eran reales, y Vaska, por supuesto, adquirió más rango de heroína que nunca. Todos los niños del campamento hicieron cola para ver y manosear a los inmigrantes más recientes, e intentaron sobornar a Nadia para que les confiara la custodia de una de las crías.

Pero el mayor milagro de todos —como dijo Liuba, riendo— fue el siguiente: ¿quién era el padre?

> Levántate, mi amor, hermosa mía, y sal afuera. Porque he aquí que el invierno ha concluido, la lluvia ha cesado y partido; las flores brotan en la tierra; ha llegado la hora en que cantan los pájaros y la voz de la tórtola resuena en nuestra patria. Oh, paloma mía, que te escondes en las grietas de la roca y en los lugares secretos de las peñas escarpadas, déjame ver tu semblante, déjame oír tu voz; pues tu voz es dulce y tu rostro [36]

La cita venía en una carta de origen totalmente inesperado. Ella estaba en el campo cuando un hombre llegó repartiendo el correo, y al ver la familiar, olvidada letra, Lisa tuvo que abandonar la larga hilera de espigadores y correr al único lugar secreto a su disposición, las letrinas. Sobre ella cayeron tantas emociones del ayer fenecido que realmente necesitaba ir. Durante los años que pasó en Kiev había visto a menudo el nombre de Alexei en los periódicos, y visto su foto, en posición de firmes en una fila de hombres uniformados. Luego había leído la noticia de su arresto y sus sensacionales confesiones. Regocijó el corazón de Lisa que no le hubiesen fusilado y le hubieran consentido participar en la diáspora.

Le escribía que había sido recluido durante un corto plazo en Emaús y que ahora era un hombre nuevo. Actualmente se hallaba en un poblado de las montañas de Bether. La vida era dura allí, pero estaban trabajando para crear una existencia mejor. Al ver el nombre de Lisa en las listas, supo al instante que todavía la amaba, y anhelaba que ella fuese a compartir su vida con él.

Puesto que Liuba no quería que su amiga se fuese, la presionó mencionando las ventajas de reunirse con Alexei. Él, por supuesto, no había dicho nada de matrimonio, pero las leyes del nuevo país no alentaban los lazos formales.

Pero Lisa contestó que era demasiado tarde. Ella también seguía queriéndole. Pero si aceptaba vivir con él, siempre les perseguiría la figura de un niño. Ambos llevaban aquel pesado fardo en la conciencia.

Un día se estremeció al oír por la radio la voz argéntea de Vera Berenstein. En contra de sus costumbres, Vera estaba cantando una canción religiosa, una adaptación del salmo veintitrés. Su voz parecía más deliciosa que nunca. Más tarde, gracias a su amistad con Richard Lyons, pudo oír la voz argentina de Vera a través de un crepitante teléfono. Vera confirmó que su marido no se hallaba allí… no todavía. Hizo, excitada, un montón de preguntas acerca de su hijo. Lisa, de hecho, estaba preparando a Kolya para el encuentro con su verdadera madre: mencionaba su nombre con frecuencia, como por azar; la rememoraba en su presencia.

Fue un duro golpe para ella; mucho más duro que la suave faena que había comenzado a realizar en los campos. Vertió lágrimas en privado por aquello. Era duro porque se consideraba la madre de Kolya, y *este* pensaba que ella era su madre; y sin embargo tenía que allanar el camino que le devolviera a la mujer que le trajo al mundo. Sería mucho más fácil permitir que Victor se marchara, en caso de que llegase algún día. Se alegraba interiormente de que no estuviese allí; y al mismo tiempo sentía remordimientos por esa alegría. Aunque le amaba mucho, su corazón no le reconocía como su auténtico y eterno esposo. Como cumpliendo una penitencia por su culpa, trató de ayudar a la gente todo lo posible.

Intentó ayudar al anciano que pensaba que era Freud. Richard le dejó hurgar en los registros de las personas que se habían trasladado a los poblados. El problema consistía en que no recordaba el nombre de casada de la hija de Freud. Pero al encontrar el nombre de Sophie Halberstadt, con un hijo pequeño llamado Heinz, creyó haber encontrado lo que buscaba, y escribió una breve carta a Frau Halberstadt. A modo de recompensa por su buena acción, halló por azar la tarjeta de registro de su vieja amiga de San Petersburgo, Ludmila Kedrova. Y, por una de esas extrañas coincidencias, al volver a su habitación encontró sobre la cama una carta dirigida a ella. Era de Ludmila, diciendo que había visto el nombre de Lisa en las listas y que se alegraba sobremanera de que se hallase a salvo. Ella —Ludmila— no se encontraba todavía lo bastante bien para realizar un largo viaje, pero confiaba en verla pronto. Le estaban tratando el pecho con radio; era doloroso y la hacía vomitar. Era extraño, porque Lisa creyó recordar que le habían extirpado un pecho a su amiga, en un esfuerzo por salvarle la vida. Se inquietó, esperando que aquello no significara que se le había infectado el otro pecho.

Un día abrasador, sin viento, Richard Lyons la llevó en un jeep del ejército más allá de la orilla del lago. La madre de Lisa quería

ver a su hija en algún sitio apacible. Detuvo el jeep a la sombra de unas higueras y le dijo que ascendiera la duna. En la cima ella miró hacia el lago, con las colinas de Judea detrás, y vio a una mujer de pie. La mujer tenía el rostro vuelto, como absorbido por la nube de polvo rojo que se cernía por encima de su hombro, en el horizonte. Ni siquiera se movía el dobladillo de su vestido. Cuando volvió la cara hacia Lisa, esta vio que todo el lado izquierdo era piel muerta.

Caminaron juntas a lo largo de la orilla. No sabían qué decirse. Finalmente Lisa rompió el silencio diciendo que le apenaban las quemaduras de su rostro.

—Sí, pero las merezco; y aquí se está obrando una prodigiosa cicatrización.

La hija reconoció la voz de medio siglo atrás, y su corazón se agitó.

La mujer observó atentamente la cara de Lisa y empezó a identificar las facciones de su hijita. Al reparar en la cruz, le preguntó:

—Es la mía, ¿verdad? Me alegro de que la hayas conservado.

Persistía la vergüenza y la timidez entre ambas.

Lisa, para quebrar el penoso silencio, le preguntó qué condiciones de vida reinaban en su poblado, situado en Caná. Su madre esbozó una triste sonrisa.

—Bueno, no es el círculo más bajo, en ningún sentido.

Lisa sonrió también, por cortesía, pero estaba perpleja; recordó la irritante costumbre de su madre de no responder nunca directamente a las preguntas.

—Tu tía va a venir —dijo la madre.

—¡Oh! ¿Cuándo?

—Pronto.

Un cuervo atravesó el lago, con un pedazo de pan en el pico.

—Y también Yuri, muy pronto. —Los melancólicos, hermosos ojos avellanas de la madre miraron de soslayo a Lisa—. Deberías conocer a tu hermano. Desde luego, estoy segura de que tuvo celos cuando naciste. Eres muy distinta; él se parece a su padre, está claro.

Lisa cogió la mano de su madre. Sus manos se toquetearon torpemente.

—Tu padre está aquí, ¿lo sabías? —preguntó la madre—. Permanece aislado.

—¡Siempre lo estuvo! —dijo Lisa; la pulla les inspiró una risita, y el hielo se rompió por fin.

Lisa dijo:

—¿Estás en contacto con él?

—Oh, sí.

—¿Le darás recuerdos de mi parte?

—Sí, por supuesto. Ah, y su familia —y la mía— te envían su afecto, y están deseando verte.

La joven asintió, complacida. Caminaban con paso acompasado, sosegadamente por encima de la arena. Lisa abrió la boca para hacer una pregunta; pero lo pensó mejor. Era demasiado pronto. Además, obedecía a simple curiosidad; la respuesta no era importante. Lo único importante, lo terrible había sido la *muerte*; y ahora carecía de vigencia, porque su madre no había muerto, había emigrado.

La madre suspiró, empero, como si lo intuyera, e inquirió:

—Supongo que sabes lo que ocurrió, ¿verdad?

—No sé más que los hechos. Ignoro las circunstancias. Pero no tienes por qué hablar de ello si no quieres. No es realmente importante. Me hubiera afligido lo mismo si hubieras estado asistiendo a una reunión de monjas.

Su madre rió.

—¡Hubiera sido improbable! No, no me importa hablar de ello. Tu tío es un hombre excelente. No lo tuvo muy fácil con Magda. Era saludable y normal, pero sus deseos iban en una dirección completamente distinta. Ella no podía satisfacerle en gran cosa. No hay que reprochárselo; lo supo cuando era demasiado tarde. Las dos éramos terriblemente inocentes cuando nos casamos. Y jóvenes. E ignorantes como margaritas. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Lisa—. Sí, empiezo a verlo claro.

—Ella sabía lo que ocurría entre nosotros —por lo menos al principio—, y me dio la sensación de que sentía incluso un enorme alivio.

Miró con inquietud a su hija.

—Así que, *de hecho* —dijo Lisa, mientras la bruma empezaba a despejarse—, cuando vosotros tres… ¿ella quería realmente?

Miró a su madre, se sonrojó y desvió de nuevo la mirada.

—Sí, probablemente. Ella lo propuso. A Franz y a mí nos pareció muy violento. Pero más tarde ella quiso que acabara *todoaquello* (supongo que se sentía celosa y sola), así que tu tío y yo tuvimos que vernos a escondidas. Ese fue el pecado imperdonable.

—¿Lo sabía papá?

—Lo sabía, pero jamás se habló de ello. No dormíamos juntos desde… prácticamente desde que Yuri nació. Bueno, no es del todo cierto, ¡claro que no! De Pascuas a Ramos. Estaba muy ocupado.

Tenía su trabajo, su espionaje, su amante. No le preocupaba lo que yo hiciese, con tal de que salvara las apariencias.

El sol se hallaba en su punto álgido y Lisa empezó a sentirse mal. La experiencia de escuchar la confesión de su madre era agotadora. Preguntó si podía sentarse; una roca procuraba algo de sombra. Se sentaron, recostando la espalda en la ardiente roca. Su madre preguntó alarmada si se sentía bien, y Lisa contestó que solamente un poco mareada a causa del paseo bajo el tórrido sol. La madre preguntó si deseaba beber, y cuando Lisa respondió que sí, ella se desabrochó el vestido y rodeó a su hija con el brazo para atraerla hacia su pecho. Las primeras gotas refrescantes enfriaron la sangre de Lisa, y su cabeza dejó de dar vueltas. Apartó los labios y descansó la mano, reverentemente, en el amplio pecho blanco de su madre, coronado por el pezón naranja.

—¡Me acuerdo de él! —exclamó con una sonrisa.

Su madre correspondió a la sonrisa y dijo:

—Bebe cuanto quieras. Siempre he poseído el don de una abundante leche.

—Pero ¿cómo…?

La madre, con un suspiro, declaró:

—Están enviando aquí a muchos huérfanos. Nunca hay suficientes nodrizas. Es mi modo de ser útil.

Lisa, feliz, mamó primero de un pezón y después del otro. Su mano, abrazando a su madre por dentro del vestido, palpó los huesos duros, y sonrió para sí al pensar que todavía usaba la anticuada faja. Una vez que hubo acabado de beber y la madre se abrochó el vestido, Lisa se desató la blusa y dejó que su madre chupara. Los labios que mamaban su pezón la hicieron muy feliz, y al acariciar los cabellos todavía espesos y rubios de su madre, advirtió que le envidiaba la experiencia de amamantar niños. Abrochándose la blusa y ruborizándose ante la pregunta de su madre, explicó que tenía leche merced al joven teniente inglés. Explicó que le gustaba mucho, parecía necesitar nutrición y consuelo y le despertaba los instintos maternales.

De nuevo frescas y fuertes, se levantaron y prosiguieron su paseo por la orilla del lago. Marya Konopnicka dijo:

—Me pareció que estaba siendo buena con tu tío de un modo muy similar. Y creí que sin herir injustamente a nadie. Claro que en parte nos engañábamos.

—Sí, ¡ya te *vi* consolándole! —dijo la joven, con una maliciosa mueca de soslayo.

—¡Lo sé! ¡Oh, aquello fue horrible! ¡Casi nos provoca un ataque

al corazón! Solo pudimos rezar para que fueses demasiado joven y no lograras entender, pero evidentemente no lo eras. Lo siento, Lisa, querida. Ya ves, no tenía ni idea de que estuvieras todavía en el yate. Sonia tenía instrucciones estrictas de…

—¡No me refiero a aquella vez, sino al día de la glorieta!

Sonrió, bromista, pero su madre estaba seria, desconcertada.

—*Nunca* hicimos nada en la glorieta; ni en cualquier otro sitio donde pudieran vernos. Casi siempre era en el yate; si tu padre estaba trabajando y tu tía prefería quedarse. Siempre teníamos mucho cuidado.

Enrojeció al hacerse la luz en su memoria.

—¡Espera! ¡Ah, sí, ahora recuerdo! ¡Sí, una sola vez! ¡Oh, qué necios fuimos! ¿Nos viste *tú*? ¡Creía que por entonces no sabías ni andar! ¡Sí, claro que me acuerdo! Yo estaba pintando en la playa, ¿no es eso? Con la mente perdida… ¡Seguro que era un cuadro espantoso! Hacía mucho calor, ¿verdad? Casi como hoy. Entonces bajaron tu tío y tu tía, y Magda quería tumbarse al sol, así que Franz y yo fuimos a pasear por los jardines. ¡Oh, sí, cielos!

Sonrió, y el rubor se intensificó en el lado intacto de su rostro.

—Solo estábamos besándonos, ¿verdad?

Lisa negó con la cabeza, vigorosa, malévolamente:

—¡Solo estabas medio *desnuda*!

—¿*Sí*? ¡Dios mío! ¡Es cierto! ¡Ya recuerdo! ¡Debíamos de estar locos! —Lanzó una súbita y enjundiosa carcajada, y Lisa vio los dientes nacarados y uniformes que conocía tan bien—. Era una atracción sexual muy fuerte, tengo que admitirlo. Naturalmente, yo intenté convencerme de que estaba enamorada. Y, ya sabes, invocaría los versos de Pushkin: «Cuando volvamos a vernos / a la sombra de los olivos / bajo un cielo siempre azul, / nos daremos un beso de amor, mi queridísima…». ¡Cosas por el estilo, y a montones! A las mujeres siempre nos resulta difícil admitir que sobre todo es deseo sexual. Probablemente te hubiera parecido más disculpable si el nuestro *hubiera* sido un amor inmortal; pero honradamente no puedo afirmar que lo fuera.

—No, me has entendido mal —dijo Lisa—. No tengo nada que perdonar. Me pareció simplemente *interesante*. —Volvió a coger la mano de su madre—. De hecho puedo entenderlo. La emoción de viajar en un tren para ir al encuentro de tu amante, sabiendo que él también viajaba, igualmente excitado, rumbo a *ti*. Yo solía pensar mucho en eso.

—¡Así es! —reconoció la madre, con una sonrisa triste.

—¡Líneas convergentes que avanzan por un mapa! Muertos de

deseo… ¡locos de impaciencia! Y el placer de que fuera algo *prohibido*.

La madre inclinó la cabeza.

—¡Sí, eso también! —dijo—. Era un gran pecado.

—Bueno, aunque lo fuese, es el futuro el que cuenta, no el pasado. Sé que suena trivial, pero es verdad.

Su madre se detuvo, se cubrió con las manos la cabeza y empezó a estremecerse.

—¡El incendio fue horroroso, horroroso! —Siguió estremeciéndose durante un largo rato. Luego bajó las manos y añadió con voz trémula—: Fue la segunda noche, creo. No nos habíamos visto desde hacía tres meses, y estábamos absortos el uno en el otro. Tú debes saber cómo es; cuando estás acostada con alguien tus sentidos son menos agudos, todo lo de fuera está cerrado. No oímos ni olimos nada. Luego, en cuanto terminamos, notamos el humo y empezamos a toser. Oímos un estruendo detrás de la puerta. Franz fue a abrirla y fuera había un auténtico infierno.

Se retorció, como si las llamas la atraparan de nuevo; como si ella misma fuera una llama.

—Vamos, aquello pasó —dijo Lisa, cogiéndole una mano. Poco a poco la madre se fue serenando.

—De todas formas —prosiguió Lisa—, creo que siempre que hay amor, de *cualquier* clase, hay esperanza de salvación.

Vio la imagen de una bayoneta centelleando sobre unos muslos separados, y se corrigió apresuradamente:

—Siempre que hay amor en el corazón.

—Ternura.

—¡Sí, exactamente!

Prosiguieron su paseo por la orilla. El sol estaba más bajo en el firmamento y el día había refrescado. El cuervo volvió a pasar rozando el agua, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lisa. Se detuvo.

—¿Esto es el Mar Muerto? —preguntó.

—¡Oh, no! —respondió la madre, con una risa argentina; y le explicó que lo alimentaba el río Jordán, que a su vez recibía caudal del arroyo Cherith—. De modo que ya ves que el agua está siempre pura y fresca.

Su hija asintió, con gran alivio, y las dos mujeres siguieron andando.

Era blanco el viento que soplaba desde las colinas. El sol se puso sobre el desierto, y su luz, a través de una lejana tormenta de polvo, se deshizo en círculos y formó los contornos de una rosa.

Su paseo por el lago les condujo a un pueblecito y entraron en una taberna para comer algo. Las dos mujeres se sintieron incómodas, pues solo había hombres en el establecimiento: pescadores que comentaban las capturas del día junto a un vaso de vino. Los hombres ignoraron cortésmente a las forasteras. El dueño, que las acogió con deferencia, era muy viejo, tembloroso y de reacciones lentas. Fue con pasos despaciosos, a llenarles de nuevo los vasos, e hizo un alto al ver que el de Lisa solo se había vaciado un tercio. Ella colocó la mano encima para indicar que no quería más, pero el tabernero continuó su acción hospitalaria y el vino bañó la mano femenina, y de allí cayó sobre la mesa un chorro ininterrumpido. Ella no retiró la mano y el dueño siguió vertiendo vino. Lisa le dio las gracias con grave semblante, pero cuando el hombre se llevó con pasos quedos la botella vacía, las dos mujeres lanzaron una sigilosa carcajada. La madre de Lisa no sabía qué hacer consigo misma, se apretó con los brazos el estómago, se retorció en su silla, escondió la cabeza entre las manos para ocultar las lágrimas que afluían a sus ojos, se mordió el labio, señaló la mano mojada de su hija y sufrió un nuevo espasmo de risa.

Había una cabina telefónica en la taberna. Lisa aún se estaba ahogando de hilaridad cuando descolgó el teléfono. Pidió un número que su madre le había dado. Al responder su padre, casi fue lo mismo que en los viejos días:

—¿Cómo estás, papá?

—Bastante bien. ¿Y tú?

—Oh, muy bien.

—¿Necesitas dinero?

—No, no necesito.

—Bueno, si necesitas algo dímelo. Cuídate.

—Gracias. Tú también.

Pero al menos había hablado con él, según el patrón convencional, y algún día quizá sostuvieran incluso una conversación.

Cuando Lisa regresó al campamento, brillaba la luna llena en un firmamento de tranquilas estrellas. Pero la escena que contempló no tenía nada de tranquila. En los terrenos del campamento, y adentrándose mucho en el desierto, había tiendas erguidas o a punto de ser alzadas. Se extendían por todos lados hasta el horizonte. Jóvenes oficiales dirigían la inmensa operación. Lisa divisó a Richard Lyons, con su cara delgada reluciendo de sudor a la luz de la luna, y la cicatriz lívida. Iba velozmente de un lado para

otro, dirigiendo con su único brazo a sus asistentes, que faenaban duro, y enarbolando el bastón como si fuese la vara de un chamán. Distinguió a Lisa, ordenó al sargento que «continuara» y se acercó a ella.

—Vaya, ¡es la rosa de Sharon! —dijo, sonriente. Era el apodo jocoso y afectuoso que le había puesto. Le explicó que ese día había llegado más de una docena de trenes cargados. Cada día eran más numerosos. Cuanto más aprisa se construían nuevas chozas, menos tardaban en llenarse y tantas más hacían falta. Pero nadie podía ni sería rechazado, porque no tenían ningún sitio donde ir. Metiendo el bastón en la cintura, pescó en el bolsillo un paquete de tabaco, lo abrió, sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca, pescó una caja de cerillas, la abrió, encendió una, prendió el pitillo y guardó caja y paquete de nuevo en el bolsillo… todo ello con su diestra y única mano izquierda. Exhaló una bocanada y contempló con Lisa el espectáculo de silenciosa algarabía a la luz de la luna.

—¡Donde brillan de noche las tiendas de Israel! —recitó el joven.

Muchos miles de inmigrantes aguardaban, de pie junto a sus patéticas maletas de madera y sujetando sus bultos de harapos atados con cuerdas. Más que tristes, parecían apáticos; más que enjutos, esqueléticos; más que furiosos, impacientes. Lisa suspiró.

—¿Por qué es así, Richard? Hemos sido hechos para ser felices y gozar de la vida. ¿Qué ha ocurrido?

Él movió la cabeza, desconcertado, y exhaló el humo.

—¿*Hemos* sido hechos para ser felices? ¡Eres una optimista incurable, muchachita!

Apagó el cigarrillo y sacó el bastón de la cintura.

—Necesitamos desesperadamente nodrizas —dijo él—. ¿Quieres cooperar?

Señaló con el bastón el dispensario. Habían sacado a la intemperie camas de campaña. Siluetas blancas pasaban corriendo entre ellas.

—¡Sí, por supuesto! —contestó. Avivó el paso hacia el dispensario, y su premura desembocó en carrera; solo entonces se dio cuenta de que en todo aquel día no le había dolido ni la pelvis ni el pecho.

Olió el perfume de un pino. No lograba ubicar aquella fragancia… La perturbó de un modo misterioso, pero al mismo tiempo la hizo feliz.

D. M. THOMAS

EL HOTEL BLANCO

Traducción de
JAIME ZULAIKA

Donald Michael Thomas (Redruth, Inglaterra, 1935), poeta, novelista y traductor, nació en una pequeña ciudad de Cornualles, donde pasó su infancia. En su juventud vivió dos años con su familia en Australia. Allí inició unos estudios universitarios que, a su regreso a Gran Bretaña, finalizó licenciándose en Filología Inglesa en Oxford. Poco después empezó a trabajar en la enseñanza, profesión que ha compaginado prácticamente toda su vida con la literatura. Además de traducir al inglés a algunos poetas rusos, como Pushkin y Anna Ajmátova, ha publicado diversas colecciones de poesía, relatos de ciencia ficción y novelas como *The Flute Player, Ararat, Swallow* o la famosa *El hotel blanco*.

Un sueño marcado por el erotismo y la violencia sirve como presentación de una joven cantante de ópera que sufre unos dolores psicosomáticos, por lo que inicia una terapia. A partir de uno de los primeros casos de Sigmund Freud, recreado con talento y perspicacia, germina un intenso relato que oscila entre la atmósfera onírica, el caso clínico y las visiones de una historia del siglo xx que iba a marcar el devenir de la humanidad. Con un soberbio dominio del lenguaje y una habilidad inusual para ir revelando las claves de la trama progresivamente pero con implacable rotundidad, D. M. Thomas crea una novela de magnetismo creciente, en la que examina un caso particular y lo amplifica hasta llegar a registrar ecos de los acontecimientos más oscuros de la historia reciente. El hotel blanco es una cuidada y originalísima pieza narrativa, con una voz propia que no se parece a ninguna otra y una fuerza arrolladora que acaba dejando una huella imborrable tras su lectura.

NOTAS

[1] Venus, diosa del amor, se ve como Medusa, uno de los tres monstruos mitológicos llamados Gorgonas. (*N. del t.*)

[2] Falso embarazo. (*N. del t.*)

[3] Arma de fuego de muchos cañones que lleva el nombre de su inventor. (*N. del t.*)

[4] Corazón de león. (*N. del t.*)

[5] *Tradescantia* en inglés se dice *spiderwort*, es decir, literalmente, «mosto de araña». (*N. del t.*)

[6] Casi literalmente, porque eran gemelas idénticas. (*N. del a.*)

[7] El combustible para la calefacción y el alumbrado escaseaba desesperadamente en el período de posguerra. (*N. del e.*)

[8] Un día me dijo que el crucifijo era una herencia de su madre. Así pues, la piedad filial reforzaba el temor religioso.

[9] Alusión a las largas noches de verano en el lejano norte, donde los días están divididos solamente por un breve crepúsculo. (*N. del a.*)

[10] En el texto hay un juego de palabras con el vocablo *niederkom men*, que significa «caer» y también «dar a luz». (*N. del a.*)

[11] Sophie, de veintiséis años, la segunda hija de Freud, muerta en Hamburgo el 25 de enero de 1920. Dejó dos hijos, uno de los cuales de solo trece meses. (*N. del a.*)

[12] Popular balneario de los Alpes austriacos. (*N. del a.*)

[13] En realidad, el enemigo *había* recuperado terreno. Asistíamos al contraataque desesperado de la histeria.

[14] De hecho, Frau Anna G. era cantante de ópera, no instrumentista. El deseo de Freud de proteger su identidad dio origen al cambio, aun cuando siempre lamentaba tener que apartarse de los hechos, incluso en detalles aparentemente triviales.

[15] Shakespeare: *Sueño de una noche de verano*.

[16] Existen también pruebas de que ayudó a su hija a lo largo de las últimas fases con un mínimo de represión. Ciertos pasajes del diario dan a entender que Anna poseía una saludable y moderada

conciencia de que el aparato genital sigue siendo el vecino de la cloaca, y de hecho (para citar a Lou Andreas-Salomé) «en el caso de la mujer solo se saca de ahí en arrendamiento».

[17] Frau Anna utilizó la palabra rusa *medusa*: otro ejemplo de que ocasionalmente introducía términos extranjeros, hecho del que hay que tomar cuidadosa nota.

[18] Una de las citas favoritas de Freud. La máxima completa de Charcot era: «La théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister» («La teoría es buena, pero no impide que las cosas existan»).

[19] El padre de Anna había repudiado por completo su herencia judía, y por consiguiente ella no se sentía judía en absoluto. Una vez me comunicó que se consideraba «cristiana centroeuropea».

[20] *De la historia de una neurosis infantil* («El hombre lobo») (1918). Aunque Frau Anna no conocía a este paciente, había en el pasado de ambos una sorprendente serie de similitudes. Además, en una ocasión tuvo que haberse cruzado con él en las escaleras, después de haber pasado mucho tiempo comentando conmigo aspectos del caso del paciente.

[21] Evidentemente en la postura a la que he aludido.

[22] 1920.

[23] *Canción nocturna del vagabundo*, de Goethe («Estoy cansado de todo esto, ¿qué sentido tienen tantas penas y gozos?»). La cita era oportuna en vista de las circunstancias en que fue escrito *Frau Anna G*. Freud fue galardonado en 1930 con el premio Goethe de literatura. Su magistral discurso de agradecimiento (leído en Fráncfort por Anna Freud) impresionó de tal forma al Ayuntamiento que fue invitado a escribir un artículo psicoanalítico para su publicación en una elegante edición limitada, tanto en honor del centenario de la muerte de Goethe en 1832 como del cuadragésimo aniversario de los *Estudios sobre histeria* de Freud y Breuer. Al aceptar el encargo, Freud propuso redactar el caso de Frau Anna. En un primer momento, el comité del centenario accedió de buena gana a su deseo de que los escritos de la paciente se publicaran a modo de apéndice al estudio, pero la asamblea fue presa de un previsible espanto al descubrir la naturaleza del texto. Freud no permitiría que se efectuase otra censura que la sustitución de las palabras obscenas por asteriscos convencionales. La publicación del artículo fue postergada. Al llegar al poder el nacionalsocialismo, el proyecto fue abandonado por completo, y en 1933 se quemaron en Berlín, en una hoguera, todas las obras de Freud.

[24] El relato que hizo la tía de la impulsiva acción de su

hermana tuvo un efecto doloroso en la paciente, que a menudo habría de volver al tema.

[25] Su sueño (página 108) parece haber estado preparando el camino para el descubrimiento del trauma. Se apea en un lugar cuyo rótulo reza *Budapest*, aunque es un paraje «completamente muerto». El hombre del tren la advierte de que los T—— de Moscú no podrán alojarla, y de que tendrá que dormir desnuda en la glorieta. La reflexión de Frau Anna al respecto, durante el período de abreacción consistió en que era extremadamente improbable que su madre se hubiera hospedado en un hotel en caso de que el destino de su viaje fuera Moscú; casi con certeza se hubiera alojado en casa de los T——, sus hospitalarios parientes. Liberación y expresión de la tensión emocional producida por ideas reprimidas al aflorar estas en la consciencia. (*N. del t.*)

[26] La mayor parte de las veces el tío encarna al chef: tanto en la blanca gorra marinera que usaba jocosamente, llamándose a sí mismo el «Jefe», como en el «Capitán» de su padre; y también en el voraz apetito cuyo recuerdo conservó la paciente.

[27] Diosa romana de las plantas nutricias. (*N. del t.*)

[28] El inhabitual hincapié que hace Freud en el papel materno puede obedecer en parte a la reciente muerte de su propia madre, el 12 de septiembre de 1930. Véase su carta a Jones: «Difícilmente puede exagerarse lo que ella significaba para mí… No experimenté dolor ni pesadumbre, cosa que probablemente expliquen las circunstancias, su avanzada edad, y el final de la compasión que nos inspiraba su situación desvalida. A ello se une un sentimiento de liberación que creo poder entender. Yo no podía morir mientras ella viviese, y ahora sí puedo. De algún modo los valores de la vida han cambiado notablemente en sus niveles más profundos».

[29] G. von Strassburg: *Tristan*.

[30] El manuscrito de 1931 contiene un nuevo párrafo a partir de aquí: «En esta oportunidad me pareció adecuado presentar un caso en que la razón y la imaginación puedan considerarse compañeras en la búsqueda de la verdad, como lo fueron en el corazón y en la cabeza del genio a quien rendimos homenaje. Por muy sentimental y escandaloso que sea el diario de Frau Anna, creo que el mismo Goethe hubiera visto en él más pureza que grosería; y que no le hubiera sorprendido descubrir que en el reino de la libido lo más alto y lo más bajo están estrechamente relacionados, y en un sentido dependen uno de otro: “Desde el Cielo, a través del mundo, hasta el Infierno”. Ojalá la poesía y el psicoanálisis puedan proseguir durante largo tiempo iluminando, desde diferentes

perspectivas, el rostro humano en toda su pesadumbre y su nobleza».

[31] Serebryacova (serebryani) significa de plata, plateado, en ruso. (*N. del t.*)

[32] *Chudno* significa «admirable, maravilloso». (*N. del t.*)

[33] Por la espalda.

[34] Juego de palabras intraducible: el error se debe a la semejanza ortográfica de dos palabras: *Jew*, «judío», y *jaw*, «mandíbula». (*N. del t.*)

[35] Juego de palabras intraducible: el error se debe a la semejanza ortográfica de dos palabras: *Jew*, «judío», y *jaw*, «mandíbula». (*N. del t.*)

[36] *Yids*, término despectivo que no tiene equivalencia en español. (*N. del t.*)